BIBLIOTECA CLÁSICA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA
TOMO SEGUNDO

TRATADO

DE TODAS LAS

ENFERMEDADES DE LOS RIÑONES, VEJIGA, Y CARNOSIDADES DE LA VERGA, Y URINA

DEL

DR. FRANCISCO DÍAZ

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR ACERCA DEL AUTOR Y SUS OBRAS

POR EL

DR. RAFAEL MOLLÁ Y RODRIGO
de la Real Academia Nacional de Medicina.

TOMO PRIMERO

MADRID.—IMP. DE COSANO.—1923

A 1565
2 vols.

RECEIVED
MAY 5 1955
WEST VIRGINIA UNIVERSITY
MEDICAL SCHOOL LIBRARY

GE: CIRCULATE IN LIBRARY ONLY!
DO NOT CIRCULATE

BIBLIOTECA CLÁSICA

DE LA

MEDICINA ESPAÑOLA

II

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
LYRASIS Members and Sloan Foundation

http://www.archive.org/details/tratadodetodasla1922dazf

REAL ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

BIBLIOTECA CLÁSICA

DE LA

MEDICINA ESPAÑOLA

TOMO II

MADRID. — MCMXXII

TRATADO

DE

TODAS LAS ENFERMEDADES DE LOS RIÑONES, VEJIGA Y CARNOSIDADES DE LA VERGA

DEL

DR. FRANCISCO DÍAZ

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR
ACERCA DEL AUTOR Y SUS OBRAS

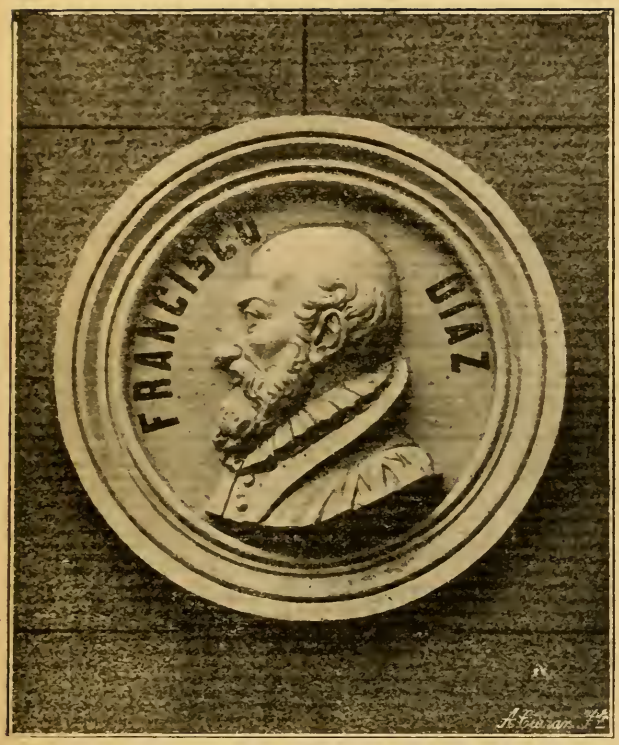
POR EL

DR. RAFAEL MOLLÁ Y RODRIGO
de la Real Academia Nacional de Medicina.

MADRID
IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN DE JULIO COSANO
Torija, núm. 5, teléfono M-316.

1922

LOCKED CAGE
RC 900
D59t
v. 1


FRANCISCO DIAZ

EL DR. FRANCISCO DÍAZ Y SUS OBRAS

I

No constituye una novedad el que la Ciencia y la Literatura patria rindan el culto merecido a la memoria del insigne cirujano español, ni es nuevo para nosotros el recordar las glorias del que justamente merece considerarse como el primer urólogo del mundo. Cuatro médicos ilustres glorificaron la obra del Dr. Díaz en el último cuarto del pasado siglo, dando a conocer al mundo médico su vida y sus trabajos científicos, y a propósito de este hecho, efeméride gloriosa de la literatura médica, decíamos nosotros hace ocho años, en un trabajo, modesto por ser nuestro, al ocuparnos de la evolución histórica de la Cirugía urinaria, y elogiando al Dr. Suender, que enalteció como se merece la obra de Francisco Díaz (1): «Era el Dr. Suender un hombre de ciencia y un literato insigne; díganlo, aparte de su Memoria sobre la litotricia y otros muchos trabajos científicos, aquel torneo literario, lleno de gracia, desenvoltu-

(1) Discurso de ingreso en la Real Academia Nacional de Medicina.

ra e ingenio, sostenido con el gran Letamendi y los ilustres escritores médicos Pí y Molist y Comenge, de lo cual es muestra elocuentísima la biografía de Francisco Díaz, el primer cirujano urólogo del mundo, escrita por Suender, y que dió origen a tres trabajos histórico-filosóficos, titulados: *La Estafeta de los Muertos, Crítica y Comentarios a la Estafeta* y *Nueva Estafeta de los Muertos,* carta cervantina de Pí y Molist, modelo imperecedero de bella literatura y de erudición histórica.»

El honor que nos dispensa la Real Academia al encargarnos de comentar la obra de Francisco Díaz, **Tratado nuevamente impreso de todas las enfermedades de los riñones, vejiga y carnosidades de la verga,** si bien debió recaer en inteligencia mejor preparada para este género de trabajos, difícilmente hallaría mejor devoto y más convencido que nosotros de los merecimientos del gran cirujano burgalés.

Es indiscutible la importancia que tiene desde el punto de vista histórico la obra científica del Dr. Díaz, que merece considerarse como el primer autor, como el primer publicista en cuyas obras, de modo ordenado, sistemático y didáctico, se exponen las enfermedades de todas las regiones del aparato urinario; es, pues, la primera obra de la especialidad la que vamos a comentar. Así se ha reconocido recientemente merced a los trabajos de Suender y de los historiadores médicos españoles citados antes, y así lo afirmarían todos los urólogos e historiadores del mundo, si no fuera tan desconocida nuestra producción literaria, aun la de los propios siglos en los que ésta rayó a gran altura, como en el siglo XVI. En ello, hemos de declarar, sin jactancia y dentro de la justa medida de un sano patriotismo, hay por parte de muchos juzgadores y críticos notoria injusticia.

No vamos a hacer aquí la apología del siglo XVI; imitaríamos con ello burdamente al gran escritor Pí y Molist, que la hizo de un modo admirable, con motivo precisamente del examen y crítica de las obras de Díaz; pero, aunque hiciéramos este panegírico, no por ello incurriríamos en el delito de apologistas de la tradición, que se debe rechazar en lo que tiene de rutinario, arcaico y pernicioso, pero se debe respetar en lo que tiene de insustituíble, porque, en ciertos aspectos de la vida, de la Ciencia y del Arte, no hemos podido rebasar, ni alcanzar siquiera, la perfección clásica, limitándonos a copiar o a reproducir las obras de modo vergonzante e imperfecto, como en Arquitectura o en Escultura hanse reproducido las inmortales obras clásicas, sin alcanzar jamás la serena belleza del Partenón o las armoniosas proporciones de la Venus de Milo. Precisa ser conservadores de lo bueno y de lo bello y de lo útil, e iconoclastas de lo malo y de lo carente de belleza o de práctica utilidad.

Hay que convenir en que nuestro siglo XVI fué grande en todas las actividades de la inteligencia, aunque de modo efímero. Lástima que el abuso de la fuerza, puesta al servicio de ideas que habían de ser barridas por la tolerancia y por la ciencia de los siglos siguientes, desviara las energías de la raza, tan bien orientadas por la civilización y cultura propias de Castilla, y singularmente de Aragón, empapado este último de la cultura francesa e italiana, sobre los sedimentos que de la cultura romana quedaban en el país, no borrados por la barbarie teocrática de los godos, y más bien acrecidos por la influencia de los árabes.

Hemos de permitirnos, sin salirnos mucho de la órbita obligada del tema impuesto, mejor que elegido, exponer alguna consideración arrancada de nuestras convicciones

en materia de cultura nacional en relación con el pasado y con la visión del porvenir.

No pueden negar nuestros pesimistas, nuestros detractores y los que de buena fe proclaman nuestra inferioridad intelectual y moral, que nuestro abolengo y nuestra historia demuestran precisamente lo contrario en la época en que se inició el renacimiento de la cultura clásica grecolatina. Es más: si en aquella época, en los albores del siglo XVI, el Renacimiento francés y el Renacimiento italiano hicieron explosión de modo más ruidoso que el español, atareado nuestro pueblo en los últimos pasos de la Reconquista y en los primeros de la conquista de América, no sucedió lo mismo en los siglos que le precedieron, los últimos de la Edad Media. Gracias al contacto y fusión con el único pueblo culto de la época medioeval, el árabe y el judío, puede afirmarse que no hubo Edad Media en España o, por lo menos, no actuaron tan intensamente los efectos del fanatismo religioso, que culminó en el Milenario, y no se eclipsó por completo la cultura grecorromana y oriental. Las manifestaciones artísticas, científicas, filosóficas y sociales de los árabes y judíos llevaron su espíritu y su cultura y su personal cooperación más allá de nuestras fronteras, como a la fundación, por ejemplo, de la Universidad de Montpellier, y especialmente su Escuela de Medicina. ¡Y cómo no participar de estas luces, cuando la ciencia brillaba desde el siglo IX al XIII en las escuelas de Córdoba y Sevilla, de Toledo y de Granada! Por eso el Reino de Aragón, que tuvo con los árabes el máximo contacto y amplias comunicaciones marítimas con Italia, fué la primera potencia de Europa en el siglo XIII, y aun en el siglo XIV.

Aparte de estos hechos y estas realidades que atestigua la Historia, las manifestaciones artísticas y científi-

cas de la décimosexta centuria no desmerecen de la producción europea, y hasta la superan en algunos de sus aspectos, especialmente desde el punto de vista médico. Nuestros escritores, nuestros políticos, nuestros filósofos, nuestros catedráticos son buena prueba de ello, y, sobre todo, son una razón incontrastable de que si, por una serie de causas que no hemos de analizar, nuestra patria se ha desviado o se ha rezagado en el camino interminable del progreso, ello demuestra que no somos imperfectibles ni refractarios a este progreso; sólo dice que nos hemos descuidado o detenido, pero que el tiempo perdido en los tres últimos siglos es posible y hasta fácil de recobrar.

A este respecto, mejor que los pesimismos de Ortega Gasset, suscribimos y aplaudimos las ideas del insigne Enrique Rodó, expresadas en su magnífico libro *El Mirador de Próspero* y en su bello artículo «España niña». Tal vez sea verdad, y una verdad consoladora, que más que decadencia, más que degeneración, esté aún España en la *infancia;* sea una niña que espera a los preceptores que la dirijan y encaucen por el camino del progreso, detenido en los albores de la Edad Moderna por un cúmulo de complejas causas, pero muy principalmente por lo que de modo gráfico llamó el *Austricismo* el gran patriota Macías Picavea.

No fué una falsa cultura la nuestra del siglo XVI, ni una falsa grandeza casual debida a enlaces de familia, como afirmó Cánovas del Castillo: fué positiva y real, y representó un valor innegable, comprobado por los hechos históricos. En el propio siglo XV, poco tiempo después de la invención de Gutenberg, se estableció la imprenta en España, mejor dicho, en el Reino de Aragón, pues fué Valencia, primero, y Zaragoza, después, donde se impri-

mieron los primeros libros antes de la unidad española, como había sido Valencia (Játiba) donde primero se fabricó papel en Europa, en pleno siglo XII, a la caída del Califato de Córdoba. Nuestros navegantes, nuestros exploradores, nuestros cosmógrafos, geógrafos y cartógrafos fueron los primeros del mundo, los que descubrieron América y Oceanía y la mayor parte de los rincones del globo en la aurora de la Edad Moderna.

Los primeros mapas, las primeras Geografías, los primeros Museos de Ciencias Naturales, en España aparecieron y se fundaron por los Juan de la Cosa, Enciso, García de Paredes y otros insignes varones. En el orden literario, basta recordar a Cervantes y a cien escritores que le precedieron y le acompañaron en su siglo; y en el orden médico, que más directamente nos incumbe, son testimonio de nuestra grandeza las obras clásicas sobre Medicina, que hoy nos arrebatan los extranjeros, porque no pueden ostentar iguales ni parecidos tesoros.

Todo este grandioso movimiento científico se hundió en los abismos de la incultura, del fanatismo y de la ignorancia durante los siglos XVII y XVIII, culminando en el desdichado Carlos II, el último de los Austrias, directamente responsables de tan espantosa decadencia.

El análisis detenido de la época de nuestra Historia en que vivió el gran cirujano cuya obra se reproduce en estas páginas que prologamos, nos dará la razón, en el orden de las ideas que defendemos, pues cuando la mayoría de los grandes escritores médicos de Europa del siglo XVI, verdadero siglo de oro de nuestra Medicina o del *período erudito,* como le designan otros, eran simples comentadores de las obras clásicas, sin negar por ello la existencia de grandes obras originales, vemos en la obra de Díaz y de muchos de nuestros escritores médicos no sólo la origi-

nalidad en las doctrinas, sino la particularidad de producir verdaderas obras especiales, universalmente admiradas y reiteradamente editadas en varias capitales de Europa durante los siglos XVI y XVII.

II

Ocupémonos concretamente de Francisco Díaz, su vida y sus obras. Por fortuna para la historia de la Ciencia española, poseemos hoy datos completos acerca de la vida de Francisco Díaz, gracias a los trabajos de meritísimos investigadores, y no ciertamente a los historiadores clásicos de nuestra Medicina, sino a cirujanos de nuestros días, Suender y Sagarra, que se dedicaron con ahinco a la busca de datos que han ilustrado y completado la historia de nuestro urólogo.

Hasta las investigaciones realizadas en nuestros archivos por dichos profesores, bien pocos datos concretos se tenían acerca de la vida de Díaz, fuera de los escasos que consigna el mismo autor en el prólogo de sus obras y los aportados por los historiadores de la Medicina patria, escasos e incompletos también.

Hasta fines del pasado siglo se sospechaba que Díaz había nacido en Castilla la Vieja; se sabía que había estudiado en Alcalá de Henares y en Valencia, por confesión del autor; ejercido brillantemente la profesión en Burgos; más tarde médico de Felipe II, y que produjo dos obras famosas: el *Compendio de Cirugía* y su obra magna sobre enfermedades de los *riñones*, *vejiga* y *uretra*. Hoy poseemos nuevos datos, los cuales, unidos a los que arroja el examen de sus obras, permiten hacer una acabada biografía.

Está averiguado por las investigaciones de D. Vicente Sagarra, insigne maestro jubilado de la Facultad de Medicina de Valladolid, que Francisco Díaz nació en Rioseras, pueblo de la provincia de Burgos, a 13 Km. de esta capital, sin poderse precisar la fecha del nacimiento, pues los libros parroquiales más antiguos que se encuentran en la iglesia de Rioseras no alcanzan más allá de 1560. Por la época de su muerte, que se supone ocurrida de 1588 a 1590, poco después de la publicación de su obra de Urología, y por la edad avanzada en que tuvo lugar, puede calcularse la fecha de su nacimiento de 1510 a 1515.

El lugar donde nació se ha podido comprobar de modo indirecto, gracias al tesón y diligencia del Dr. Sagarra y merced a documentos hallados en el Real Monasterio de las Huelgas de Burgos; así como muchos datos respecto a la vida profesional de Díaz, especialmente su permanencia en Burgos, se deben a la actividad de su entusiasta biógrafo D. Enrique Suender.

Sagarra descubrió, en efecto, en el legajo 15, número 15 y cajón 36 del Archivo del Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, una escritura de censo otorgada en dicha ciudad en 11 de febrero de 1561 ante el escribano público Martín de Ramales, en la cual figura como uno de los testigos *Francisco Díaz, de Rioseras*, *médico*, dato de grandísimo valor, pues Francisco Díaz, médico, probado que en dicha época ejercía la profesión en Burgos, no puede ser otro más que nuestro biografiado. Estudió en Alcalá de Henares, donde se graduó de *maestro en Filosofía* y de *doctor en Medicina,* desconociéndose la fecha de su reválida. Parte de sus estudios, antes o después de los de Alcalá, los realizó en Valencia, cuya escuela de Medicina alcanzaba gran fama en aquella época (mitad del siglo XVI), contando entre sus maestros a

Collado y a Gimeno, que figuran entre los más insignes maestros de la Medicina patria. El propio Díaz, en el último párrafo del capítulo III de su obra de Urología, que trata de la anatomía y fisiología de los riñones, recuerda con cierto orgullo que estudió en Valencia algún tiempo y tuvo por maestros a los mencionados sabios.

Debió ejercer la profesión en varias poblaciones importantes de España, a juzgar por lo que él mismo dice en su *Compendio de Cirugía*, de tener «larga experiencia de muchos años, por haber trabajado en muchos y muy insignes pueblos de España». En este orden de hechos, tenemos datos fidedignos y documentados acerca del ejercicio de la profesión en Burgos. Según estos datos, aportados por Suender, del Archivo del Ayuntamiento de Burgos, en el libro de actas de 1559 consta que el Dr. Francisco Díaz concertó con el Ayuntamiento de esta ciudad, en el mes de agosto de dicho año, servir la plaza de cirujano de Burgos, desde el inmediato mes de octubre, por la cantidad de 40.000 maravedises cada año.

En el mismo libro de actas de 1560, y en la de la sesión de 18 de mayo, al folio 82, se dice lo siguiente: «los dichos señores mandarán librar y librarán en Gerónimo de Santatis, su Mayordomo, al doctor Francisco Díaz, Cirujano de esta ciudad, diez mil maravedises que los ha de haber de su salario a razón de 40.000 maravedises cada año, de Cirujano, que corre desde 1.º de octubre del año pasado de 1559, conforme al asiento que con él se tomó, que está en el libro de cuentas del dicho año, y que se le libren en forma».

En los libros de actas de 1561 hasta 1565, inclusive, constan las órdenes de librar su consignación; pero en 1567, en vez del nombre del Dr. Díaz, aparece el nombre del licenciado Campos. Parece, pues, que Díaz ejerció la

profesión en Burgos durante seis o siete años, hasta 1566 ó 1567, durante cuyo período fué la ciudad invadida por la peste en los años 64 y 65, en la que prestó Díaz extraordinarios servicios y adquirió tal experiencia, que, como resultado de sus estudios y práctica, anunció la publicación de un libro (así lo dice en su *Compendio de Cirugía)*, proyecto que no llegó a realizar, por dedicarse de lleno, sin duda, a la práctica de la Cirugía.

Todas las obras de Díaz son posteriores a su residencia en Burgos, donde adquirió fama y renombre con su excelente práctica y sus altas dotes, y de donde salió para establecerse en la Corte hacia el año 68, según se deduce de los datos que se conocen sobre su actuación como médico de Cámara durante el último período de su vida.

Que fué Díaz hombre de extensa cultura, además de excelente práctico, lo prueba no sólo el hecho de haber sido llamado a formar parte del protomedicato de Cámara, sino el haber contendido en actos públicos con los primeros cirujanos de su época. En efecto, en la obra de Dionisio Daza Chacón, *Práctica y teórica de Cirugía*, uno de los libros más famosos de su tiempo, rival de la obra de Ambrosio Pareo sobre la misma materia, hay un curioso pasaje (1), donde se relata que en 1557, vacante la plaza del hospital de la Corte, entonces en Valladolid, se proveyó por oposición, porque así lo pidieron los cirujanos del hospital, en contra de lo acordado por la Corte, que había nombrado personalmente a Daza cirujano, a la muerte del Dr. Herrera. La plaza la obtuvo el protestado Daza Chacón (hace tres siglos pasaban las cosas como ahora), y uno de los opositores fué el Dr. Francisco Díaz.

Seguramente después de este acto público, en el cual

---

(1) Prólogo del libro.

midió sus fuerzas con el Dr. Daza, se estableció en Burgos, donde ejerció hasta su traslado a la Corte, según dejamos dicho, hasta el año 1568. En efecto, en el Archivo de Simancas, donde existen los documentos trasladados del Archivo del Palacio Real de Madrid, están los documentos originales, donde consta que en 1.º de abril de 1570 se le confirió al Dr. Francisco Díaz el título de cirujano de S. M.

Consta igualmente la Real Cédula haciéndole merced de 20.000 maravedises de ayuda de costa, además de 60.000 maravedises de salario ordinario.

También se conservan los documentos justificativos de salarios hasta el año 1588, en el que probablemente ocurrió su fallecimiento, ignorándose cómo y dónde, si bien es casi seguro que acaeciera en Madrid.

Del conjunto de estos documentos y demás datos que dejamos expuestos, resulta que Díaz ejerció el cargo de médico de Cámara desde 1570 a 1588, pues, aunque no consta documentalmente la fecha de su muerte, a partir de este año 88 no existe justificación de salarios. Hace creer el que la muerte ocurriera en dicho año, el que teniendo anunciada la publicación de una obra de Anatomía, y habiendo dado a luz en el mismo año 88 su obra de Urología, no se llegara a publicar la obra anunciada.

Antes de hablar de sus libros, de su obra científica, ocupémonos *del hombre*, de su carácter, su moral, su cultura, su estilo y demás condiciones intelectuales y sociales.

Fué Díaz hombre de altura en todos los órdenes y manifestaciones de la vida. No cabe duda, a juzgar por sus escritos, que posee el *ideal armónico* de todas sus facultades, aptitudes y aficiones, que pregona Edgardo Poe como base de la felicidad humana.

Díaz fué hombre de extensa cultura, revelada en sus libros y en su actuación profesional. Practicó la profesión a conciencia y con el entusiasmo de un virtuoso de su arte; escribió obras admirables, que analizaremos, aunque con la premura obligada de una prefación, y tomó parte en lides públicas, en las que midió su cultura y su talento con los más grandes cirujanos de su tiempo.

El lenguaje y estilo de las obras de Díaz es claro y preciso, más perfecto en la obra sobre Urología, sin duda por la mayor originalidad de la misma y el cariño que puso en su confección, estilo mucho más claro y perfecto que el de muchos libros de su época. No es el estilo limpio y armonioso de Cervantes (su coetáneo), que en sus obras trazó la arquitectura definitiva de nuestro gran idioma, pero dista mucho también del lenguaje conceptuoso e hinchado de los culteranos, y del exprimido, simbólico y retorcido de los conceptistas, que en el siglo siguiente, no obstante, habían de publicar obras inmortales: Góngora entre los primeros; Quevedo y Gracián, entre los segundos.

Lo que vamos a decir no se tome como expresión de la añoranza por los tiempos que pasaron para no volver, pues ya hemos dicho bajo qué aspecto amamos nosotros lo tradicional, y más bien debemos hacer constar, para que no se tuerzan nuestros juicios, que tenemos la profunda convicción de que precisa se derrumbe todo lo que tiene de injusta, de arbitraria, de inmoral y de artificiosa la actual organización del mundo, remedo de la tradición prolongada en jerarcas y oligarquías de aquellos siglos, para que la igualdad y la paz puedan reinar entre los hombres.

La Nación que en el siglo XVI y comienzo del XVII produjo sabios, observadores, clínicos, filósofos e ingenios

como Cervantes, Huarte, Vives y Gracián más tarde, y médicos de la altura mental de Laguna, Mercado, Valles, Collado, Gimeno y otros cien, parece imposible que cayera en la postración de los siglos XVII, XVIII y XIX, y —¿por qué no confesarlo?—en el propio siglo que corremos, postración, abatimiento, indiferencia, desgobierno en todos los órdenes de la vida, de la cual no saldremos, por desgracia, mientras no resolvamos de otro modo que con lamentaciones y pesimismos el gran problema de nuestra cultura y de nuestra educación nacional. No basta hoy con mirarnos en el espejo de nuestros sabios de aquella centuria, aunque supieran engrandecer la Patria; precisa algo más: reandar el tiempo perdido y acomodarnos a las exigencias de los tiempos que corren, trabajar con tesón, luchar con fe y con ideales prácticos y ser tan viriles como honrados, desechando lastres inútiles y afrontando, directa y resueltamente, la causa del progreso en todos los órdenes de la vida, y singularmente en el orden moral y en el orden práctico, trabajando y produciendo más y mejor. Hay que reconocer valientemente que desde el siglo XVI no hemos hecho nada bueno; no hemos podido, no hemos querido o no hemos sabido o no nos han dejado incorporarnos a la corriente del progreso. Nuestra Ciencia ha permanecido muda o fué a la caza de traducciones y parodias de la Ciencia europea. Nuestro Arte, desde los siglos XVI y XVII, no produjo más que a Goya. Nuestro Ejército no ha vencido jamás en los empeños en que le han metido, desde los últimos días de la Edad Media. De América y de Oceanía fuimos vergonzosamente arrojados, e idéntico porvenir se vislumbra en Africa. Nuestras guerras civiles, en las que jugamos a soldaditos, terminaron con los famosos abrazos.

Es preciso remontarse al siglo XV para ver triunfar

nuestras armas en Italia con el Gran Capitán, o al siglo XIII, para admirar la política y arte militar de Pedro III de Aragón, conquistando rápidamente Sicilia y Nápoles contra la voluntad de Roma y de Francia, y a este mismo ejército, después, realizando la heroica y épica expedición a Grecia y Oriente. Pero estos ejércitos vencedores eran, como es sabido, del Reino de Aragón, la nación más culta y liberal de Europa en aquellos siglos.

El reconocer estas amargas verdades no impide que formemos entre los que no dudan del brillante porvenir reservado a nuestra raza, cuya energía bien orientada, al lado de nuestras hijas las Repúblicas hispano-americanas, que dentro de un siglo pueden sumar 300 millones de habitantes, puede volver a regir los destinos del mundo, como la raza latina, de la que somos herederos directos, los rigió en la Edad Antigua. Pero para ello es preciso que la educación y la cultura, la voluntad y la elección de métodos de trabajo y de política sepan crear ciencia y riqueza, las dos grandes palancas que mueven el mundo moderno, y seguirán imponiendo su incontrastable poder a las futuras generaciones.

Una de las consecuencias de nuestro atraso, de nuestra decadencia, si se quiere, es el desconocimiento de nuestra obra pretérita en el orden concreto de la Medicina y refiriéndonos, claro está, a los profesionales de nuestra ciencia. Son muy poco conocidos los autores clásicos españoles de nuestro período erudito, como son desconocidas, en general, las obras filosóficas y sociales. Salvo el *Quijote,* la mayoría de nuestros tesoros literarios no se han vulgarizado. El vulgo no conoce a Huarte ni a Gracián, y no hay que hablar de Luis Vives. Sólo la novela picaresca, y en muy pequeña escala, ha sido vulgarizada en estos últimos tiempos, sin que ello signifique difusión y conocimiento común. Por algo ha dicho, casi en nuestros

días, el gran pensador Schopenhauer, copiando a Gracián, que los españoles «abrazan todo lo extranjero, pero no estiman lo propio».

Para obviar, en parte, este inconveniente, precisa dar a conocer nuestros tesoros clásicos, literarios y científicos, y aunque otros méritos no tuviera, a este respecto, la iniciativa de la Academia al publicar nuestros olvidados o desconocidos clásicos, este solo hecho puede prestar a la cultura patria un señalado servicio.

Olvidado o desconocido estaba nuestro Díaz más por los propios que por los extraños, aunque figuraba su nombre en todas las *Antologías* de médicos ilustres y era citado y comentado por los historiadores de la Medicina; pero fué precisa la fecha del tercer centenario de la publicación de la obra de Urología, para que un médico insigne, al par que literato eminente y especialista ilustre, y gran patriota, el Dr. Suender, hiciera resaltar y revivir como se merece la personalidad y la obra de Díaz.

Está hoy probado de un modo indiscutible que Francisco Díaz fué el inventor de la Uretrotomía interna, y para ello no hay sino conocer las páginas de su obra, sin que el pecado de malicia o de ignorancia, como dijo el insigne Pí y Molist, de propios y extraños haya podido obscurecer, si por mala ventura lo intentaran, la obra gloriosa del gran médico español. En el orden técnico le juzgaremos luego al analizar su obra magna. Dentro de la cultura general, fué Díaz un prestigio, como casi todos los médicos de su siglo, a la par filosófico y literario, con un profundo conocimiento de los clásicos grecolatinos y de toda la producción europea contemporánea. La simple lectura de sus obras prueba este aserto, por la abundancia de citas y de textos a que alude constantemente en sus páginas.

Esto, que llegó a ser un defecto en casi todos los es-

critores y oradores, por el abuso del criterio de autoridad dominante en épocas de escasa producción original, está muy atenuado en nuestro Díaz, que abiertamente rompe en algunos pasajes contra los autores griegos, latinos, árabes y contemporáneos, imponiendo sus opiniones personales basadas en la experiencia y en las luces de su cultivada inteligencia. Se consideraba «amigo de hombres curiosos y solícitos de saber», y toda su producción revela el noble afán de conocer e interpretar los fenómenos normales o patológicos. Dió magníficas reglas y normas sobre las condiciones que debe reunir el cirujano y su manera de comportarse cerca de los enfermos, reglas que seguramente no dejó de tener presentes otro gran cirujano español, casi contemporáneo nuestro, el Dr. Argumosa, al ocuparse de estas mismas cuestiones en su obra de Cirugía.

Copiemos a Díaz, porque la belleza de la forma corre parejas con la altura moral de sus consejos:

«El cirujano (dice en su *Compendio de Cirugía)*, ante todas las cosas, ha de ser siervo y temeroso de Dios y encomendar los negocios en las manos de Nuestro Señor; ha de ser mancebo, por lo cual entiendo no viejo; pulido, limpio, de clara vista, de buenas costumbres, prudente, experimentado, diestro de entrambas manos, apacible, no dejarse vencer de las voces del enfermo, no interesable, de buenas letras, estudioso, tener buenos principios de Filosofía y Medicina, no ha de ser confiado ni porfiado y ha de ser gran anatómico.»

En otro de los diálogos de su *Compendio de Cirugía* expresa de este modo el comportamiento que debe tener el cirujano con el enfermo: «Tiene de haberse mansamente, visitar con cuidado, alegre, pronosticar con cordura, declarar el peligro a los parientes y amigos, no exagerar

las cosas más de lo que son, curar al pobre de balde, y aun darle lo que le falta». ¡Qué hermosas lecciones de moral médica contienen los párrafos transcritos!

En otra parte de su libro de Cirugía dice que no se entusiasma con la práctica hospitalaria, porque los médicos de hospital siempre visitan de prisa y como por la posta a los pobres enfermos. Todo revela al hombre puro y delicado, de alta moral, enamorado de su profesión y de la misión noble y honrosa del médico en la sociedad. ¡Cuánto tienen que aprender no pocos *prácticos* y *practicones*, tocados unos de indiferencia, de industrialismo los más, ante estos admirables consejos de Díaz! Indudablemente, a ellos se ajustó en su larga práctica, y por ello fué estimado de sus conciudadanos y honrado por el Monarca, que le distinguió con singular aprecio, como se deduce de las halagüeñas frases consignadas en las autorizaciones reales para la impresión de sus libros.

La gloria de Díaz débese concretamente, aparte sus condiciones de gran médico, a su especialización en las enfermedades del aparato urinario, y a ser, indudablemente, el inventor de la uretrotomía interna.

Tan grande es el interés histórico y la transcendencia práctica de este hecho, que, aun adelantándonos a lo que hemos de hacer en la exposición y crítica de la obra de Urología, vamos a permitirnos unas previas consideraciones.

Hecho tan evidente fué olvidado, o desconocido, u ocultado hasta nuestros días, resultando, al parecer, inexplicable el que la mayoría de los autores del pasado siglo que dieran el carácter científico a la especialidad urológica y dedican extensos capítulos al estudio de la uretrotomía interna, deteniéndose algunos ampliamente en la historia de la operación, unos no mencionan a Díaz, otros

se limitan a nombrarlo, y muy pocos conceden a los trabajos del urólogo español el valor que positivamente tienen en el descubrimiento e *invención* de esta operación.

Civiale, en un *Tratado práctico sobre las enfermedades de los órganos génito-urinarios,* publicado en París en 1858, a pesar de dedicar un largo capítulo a la parte histórica de la uretrotomía interna, no menciona para nada a Francisco Díaz, sea por desconocimiento del libro de nuestro urólogo o por omisión intencionada. Tenemos derecho a *mal pensar,* desde el momento en que cita a Laguna como uno de los precursores, contemporáneo de Díaz, que le disputó la prioridad de la invención del procedimiento operatorio, y pasa, sin embargo, en silencio sobre la gran obra de Díaz. De todos modos, no tiene disculpa al que pasa por creador de la Urología moderna en Francia, y está justificado que le acusemos de pecado de malicia o de ignorancia, repitiendo la frase del insigne Pí y Molist.

Voillemier, otro de los pilares de la Urología francesa, en su obra publicada diez años después de la de Civiale, es el único autor que subsana la omisión de este último, dedicando largos párrafos a probar que fué Díaz el inventor de la uretrotomía interna, reproduciendo las palabras y párrafos enteros de Díaz al explicar la técnica y manejo del aparato de su invención, lo mismo que los grabados del que puede diputarse como el primer uretrotomo. Por cierto que Voillemier atribuye la publicación de la obra de Díaz al 1576, cuando la edición es de 1588. Esto parece probar que no la conoció directamente.

Gross, de Filadelfia, gran cirujano de mitad del pasado siglo, en su magnífica obra sobre enfermedades de la vejiga, próstata, glande y uretra (1851), al hablar de la uretrotomía interna, confiesa que esta operación no es de in-

vención reciente, sino que fué empleada hace *tres siglos* por el Dr. Díaz, español. Precisamente, esta breve noticia es lo que despertó la curiosidad de Suender para iniciar las investigaciones acerca del Dr. Díaz y su descubrimiento.

Henri Thompson, uno de los creadores de la Urología moderna en Inglaterra a mediados del pasado siglo, tan dado a exponer la historia de las enfermedades y de los procedimientos operatorios, hace con extensión la historia de la uretrotomía, y, con relación a nuestro Díaz, se limita a citarlo (demostrando que desconoce su libro) como uno de los cirujanos y médicos del siglo XVI, al lado de Pareo, Lusitano, Vega, Laguna y otros que se ocuparon del tratamiento de las estrecheces, *carúnculos* o *carnosidades* de la uretra...

Es, sin embargo, indiscutible que a Díaz corresponde la invención del primer aparato práctico para el tratamiento quirúrgico, rápido y cruento de las estrecheces uretrales, llamadas entonces *carúnculos* o *carnosidades;* es decir, la verdadera uretrotomía interna.

Ni Laguna, ni Cristóbal de Vega, entre los españoles, ni otros muchos que se ocuparon en aquella época del tratamiento de las estrecheces; ni Ferri ni Pareo, cuyo instrumento es parecido al de Díaz, y además es posterior a la invención del de este último, pueden ostentar la prioridad del instrumento y de la aplicación, que por entero corresponde a Díaz.

Al exponer el juicio crítico del libro, a continuación, trataremos, con la extensión que merece, de tan interesante asunto.

III

Solamente dos obras de Díaz son conocidas y han llegado hasta nosotros: el *Compendio de Cirugía,* del que daremos breves noticias, por juzgarlo como obra de interés relativo, y su gran obra sobre enfermedades del aparato urinario, de la que hablaremos con la extensión que merece su crítica y comento.

Por manifestaciones concretas de Díaz, consignadas en varios pasajes de sus libros, se sabe que escribió una obra de Anatomía, que no llegó a publicarse, y cuyo original se ha perdido, pues han sido inútiles cuantas gestiones hizo Suender y hemos repetido nosotros para encontrar este original o rastros de él en las Bibliotecas Real y Nacional y en el Catálogo de Manuscritos de la Universidad de Alcalá de Henares, que se conserva en la Biblioteca de la Facultad de Derecho de la Universidad Central.

Indudablemente, la obra de Anatomía perdida debió ser meritoria para la época en que se escribió, y a juzgar por los conocimientos anatómicos que revela Díaz en las obras de Cirugía suyas, ya que, en los pasajes dedicados a recuerdos anatómicos, siempre remite al lector a su obra de Anatomía.

De la lectura de sus libros se deduce que practicó muchas autopsias, especialmente de calculosos y enfermos de riñones, y debió aprovechar estos datos necrópsicos para estudiar, confirmar o rectificar los datos anatómicos de Vesalio, que eran los admitidos en aquella época. Sus relaciones con Bernardino Montaña y con Gimeno, anatómicos famosos entre los profesores españoles

de la época, hacen pensar lo mismo acerca del mérito del libro perdido o no publicado.

Los ejemplares de los libros de Díaz que se conservan son muy raros.

De la obra de Cirugía existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional, y hemos visto dos en la Biblioteca de nuestra Facultad de Medicina. Los dos son de la primera y seguramente única edición de 1575, impresos en Madrid por Pedro Cosín. La obra está escrita en forma de diálogos o *coloquios* entre médico y practicante, y consta de cinco partes o *libros*. La primera parte o *primer libro* consta de 13 coloquios, dedicados a la anatomía del cuerpo humano. El *segundo libro* se ocupa de los *apostemas* o abscesos, a los que dedica 22 coloquios. El *tercer libro* trata de las llagas o heridas, en 19 coloquios. En el *cuarto libro* estudia las úlceras o *llagas viejas*, en 14 coloquios. El *quinto libro* lo dedica a estudiar las enfermedades que titula *Ninfea, Hernias, Almorranas* y *Flema salado.*

Como se ve, la obra es un tratado de Patología general quirúrgica, escrito en forma original y sencilla, libro de vulgarización mejor que de exposición científica, destinado a los prácticos más que a los impuestos en los conocimientos quirúrgicos de aquella remota época.

Su libro verdaderamente interesante es el que trata exclusivamente de las enfermedades del aparato urinario, obra que vamos a analizar y comentar.

De esta obra famosa se conocen en Madrid mayor número de ejemplares, pero no creemos que pasen de *cinco,* tal vez por estar impresa trece años más tarde que el *Compendio de Cirugía*, o por haber sido más buscada y leída en su tiempo ante su mérito indiscutible.

Suender afirma que en la Facultad de Medicina de

Madrid (Biblioteca) existen tres ejemplares; pero nosotros no hemos podido encontrar más que uno, admirablemente conservado y muy pocas veces abierto, de la primera y seguramente única edición del libro, en 1588, en Madrid, por Francisco Sánchez. No tenemos noticia de que existan otras ediciones del libro aislado, y sólo conocemos la reproducción de Fragoso, de 1666, juntamente con la *Cirugía Universal* de dicho Fragoso y la obra de Lera Gil de Muro sobre las *fuentes,* que forman un voluminoso tomo en folio.

El ejemplar de la Biblioteca Nacional es idéntico al de la Biblioteca de la Facultad de Medicina, y también está admirablemente conservado, encuadernado en pergamino de la época de su publicación. Se conserva en la Sección de libros raros.

El ejemplar que hemos examinado en la Biblioteca Real es, seguramente, de la misma edición que los anteriores, y así consta en el pie de imprenta, idéntico, y la fecha de 1588; pero difiere, no obstante, de los anteriores en que la portada está rehecha y el título algo variado, pues en vez de «Tratado nuevamente impreso», que llevan los dos primeros, dice solamente «Tratado de las enfermedades», etc. Este ejemplar difiere también en que sólo lleva un soneto laudatorio, de Cervantes, y colocado al final, mientras los otros dos libros llevan dos sonetos, uno de Lope de Vega y otro de autor anónimo, colocados delante del texto. También faltan en el ejemplar de Palacio la dedicatoria a Valles, la autorización de Felipe II y el prólogo, seguramente porque se arrancó o perdió el primer pliego y no han reproducido más que la portada, y no fielmente, como dejamos dicho. También se explican estas diferencias, siendo de la misma edición, por ser una tirada nueva con los mismos moldes y en la misma época, con

meses o días de diferencia, lo cual era muy común en los libros de aquellos tiempos.

Ya consignábamos antes las características del estilo de Díaz. La obra está escrita con un perfecto orden didáctico y topográfico, y por enfermedades dentro de cada región u órgano; no fatiga su lectura, sobre todo cuando no se limita a relatar lo conocido o a citar opiniones de autores clásicos o contemporáneos, sino que expone opiniones propias, como hace en casi todas las materias de algún interés de la Patología urinaria. Claro está que la obra participa del carácter general de los libros de la época, en los que tanto se abusaba del criterio de autoridad y del *magister dixit,* empedrándolas de citas de autores griegos y latinos, árabes y contemporáneos, ya para dar mayor autoridad a las opiniones propias o como aportación exclusiva o principal de conocimientos sobre la materia. Pero, aparte estos defectos comunes, el libro de Díaz, por las condiciones de cultura y de inteligencia del autor, por el cariño y entusiasmo con que cultivó la cirugía urinaria, por su extensa práctica, gran sentido clínico y profundo espíritu de observación, no olvidando el estado de los conocimientos médicos en la época en que fué escrito, resulta, como dijo Suender, un monumento literario de primera magnitud, lleno de originalidad, no sólo en la exposición, sino en la concepción de las ideas sostenidas en sus páginas.

Es bien sabido que en aquella centuria, como en la siguiente y anteriores, era la simple lectura, el comentario, la copia, la repetición y la adopción servil de lo clásico y de lo dicho por los maestros lo que privaba en las escuelas y enseñanzas médicas, especialmente las lecturas y los comentarios, las citas y las interpretaciones, criterio transmitido de la Edad Media. Vesalio rompió el fuego

contra el dogmatismo de su maestro Silvio, porque ya bebió en las fuentes de la observación directa, disecó cadáveres, comprobó hechos, rectificó muchos errores y saltó por encima del criterio de autoridad, que imperaba desde las edades medias, y singularmente con el dogmatismo de las doctrinas escolásticas.

Díaz fué en este orden de hechos imitador de Vesalio. Profundo observador, inteligencia clara, enamorado de su arte, se dió en cuerpo y alma al estudio de la Cirugía y de la Medicina toda, y las luces de su genio iluminaron muchos puntos de la patología y de la terapéutica urinaria. Claro que vivió envuelto entre las rutinas, errores y supersticiones de su época; que mucho de lo que él renovó no persiste, como no persistirá mucho de lo nuestro; pero ello no resta mérito a su obra, pues sin lo suyo no existiría lo nuestro; que fué polifármaco en terapéutica y participó de las preocupaciones, costumbres y usos impuestos por el hábito y por el medio; pero supo luchar y vencer, y cuando no pudo conseguir la victoria en el orden de las aplicaciones clínicas, sostuvo su sabio criterio frente a las rutinas de su tiempo, exponiéndolo noblemente en sus libros. Tal hizo con motivo de la enfermedad y muerte del Príncipe de Éboli, diagnosticada por Díaz de estrechez uretral, con lesiones consecutivas de gravedad, y con otros casos parecidos, en los que la ignorancia o la envidia o la malicia profesional se opusieron a su oportuna actuación. Lo lamenta y lo dice en varios pasajes de su libro: confiesa que tuvo enemigos que no le perdonaron jamás, porque tuvo valor para ponerlos en evidencia, hablando alto y claro, y las últimas palabras del prólogo son a este respecto claramente intencionadas, cuando dice que sabe bien «que no han de faltar murmuradores, cuyo oficio y pretensión es aniquilar obras ajenas».

En la obra que se reproduce, y que estamos comentando, lo mismo en el ejemplar de la Biblioteca de la Facultad de Medicina que en el de la Biblioteca Nacional, que son idénticos, se insertan los dos sonetos que verá el lector; pero en el ejemplar de la Biblioteca del Palacio Real se inserta otro de Cervantes, que a continuación copiamos:

Al Dr. Francisco Díaz, de Miguel de Cervantes.

SONETO

Tú que con nuevo y sin igual decoro
Tantos remedios para un mal ordenas,
Bien puedes esperar destas arenas
Del sacro Tajo las que son de oro.
Y el lauro que se debe al que un tesoro
Halla de ciencia con tan ricas venas
De raro advenimiento y salud llenas,
Contento y risa del enfermo lloro.
Que por tu industria una deshecha piedra,
Mil mármoles, mil bronces a tu fama,
Dará, sin imbidiosas competencias,
Daráte el cielo palma, el suelo yedra,
Pues que el uno y el otro ya te llaman
Espíritu de Apolo en ambas ciencias.

En el análisis que vamos a hacer de la obra de Díaz, seguirémos el mismo orden que emplea el autor en la exposición de las materias. Se divide en tres partes o libros, por orden topográfico: riñón, vejiga y uretra, y aunque esta última parte es la más original y la más interesante desde el punto de vista de las innovaciones y descubrimientos aportados, como en toda la obra se encuentran diseminados conocimientos y afirmaciones de positivo interés, haremos este análisis siguiendo el orden natural de los capítulos en cada una de las partes del libro, haciendo hincapié en aquellos pasajes que lo merezcan.

LIBRO PRIMERO

ENFERMEDADES DE LOS RIÑONES

Esta primera parte se compone de catorce capítulos, y está repetido el duodécimo, y en ellos se estudia de modo ordenado y metódico toda la patología del riñón conocida en aquella época.

En el *capítulo primero* manifiesta *las razones que tuvo para escribir el libro,* que no fueron otras sino el dar a conocer a los médicos generales una materia concreta de tanta importancia práctica como las enfermedades del aparato urinario, poco conocidas *de doctísimos médicos,* y porque el *nombre de enfermedad de la orina espanta y pone grandísimo horror, miedo y turbación al más sutil y discreto entendimiento;* es decir, que se propuso escribir, y lo realizó, una obra de la especialidad *trescientos años antes* que tuvieran verdadera vida las especialidades médicas.

Comienza por unas generalidades sobre etiología, dividiendo las causas de las enfermedades en externas o *procatárticas,* y en internas o *intrínsecas,* como los humores. Después de estas consideraciones de etiología general, habla de la frecuencia de las piedras, de sus causas generales, de lo desconocidas que son para muchos médicos y lo ignorados que son los medios de tratamiento.

En el *capítulo segundo,* antes de entrar en materia, hace un estudio acerca de los animales y miembros u órganos humanos donde se hallan piedras. Es un curioso estudio, lleno de erudición, aparte los errores en anatomía patológica propios de la época.

En el *capítulo tercero* trata de la anatomía y fisiolo-

gía de los riñones. Hace un buen estudio microscópico del riñón, lo único que cabía en aquella edad; pero que prueba sus conocimientos en Anatomía y que había disecado repetidas veces el órgano y la región. En Fisiología es humorista, propio de la época, en la que reinaban las doctrinas galénicas y árabes. Es, sobre todo, galénico, y cita a Galeno más que a ningún otro autor. Es humorista y yatromecánico en patogenia y en la interpretación de los tratamientos, como se ve en toda la obra, porque siempre da las explicaciones e interpretaciones humorales—(sangre) cólera (bilis)—hipocondría (bazo) y orina, y es yatromecánico, porque en el tratamiento habla de medicamentos que aprietan, que relajan, que templan, que calientan, etc. Al final de este capítulo hace el elogio de sus maestros valencianos Collado y Gimeno, y se jacta y enorgullece de haber estudiado en Valencia.

En el *capítulo cuarto* trata de las arenas, *qué cosa sean, cómo se engendran*, lo mismo que de la piedra. Estudia muy bien, tanto las arenillas como los cálculos, en sus caracteres físicos. En patogenia es humorista, con gran sentido clínico. En cuanto a las causas, las divide en materiales y eficientes. Estudia las materiales, dividiéndolas en próximas y remotas. Dice que ambas residen en los humores gruesos y glutinosos (humorista); pero la causa próxima reside en el riñón, y la remota, en la alimentación.

Estudia con alto sentido clínico las causas hematológicas de la litiasis renal, y como prueba de nuestro aserto, transcribimos el párrafo siguiente: «El mantenimiento de gruesa sustancia y dificultoso de cocer: de las carnes las que están aparejadísimas a engendralla son: vaca, puerco, cabra, cabrón, oveja, venado y cualquiera carne acecinada es la más aparejada a hacer este efecto... To-

dos los pescados que se engendran en lagunas que no corren, las ranas y los pescados acecinados, de donde resulta que todos los pescados de gruesa sustancia, sean de mar o de río, se deben condenar. Beber aguas gruesas, turbias, encharcadas, saladas y crudas suele hacer esta tan temida enfermedad». De la misma manera condena el uso de los vinos cocidos, los vinos fuertes, nuevos o añejos y los adobados con yeso, cal, manzanas, etc. Insiste en que el exceso de alimentación conduce a la litiasis renal, aunque se trate de alimentos sanos.

En los *capítutos quinto y sexto* estudia la causa eficiente de la piedra de los riñones, manifestándose francamente humorista, y en cuanto al modo de engendrarse estas piedras, dice que puede tener lugar de dos maneras: o *por arenas* o por *humor grueso* o glutinoso. Insiste en el aglutinamiento y formación del cálculo por yuxtaposición, sin apartarse de las ideas galénicas y humoristas; pero interpretándolas con evidente buen sentido clínico.

El *capítulo séptimo,* dedicado al estudio de las señales de piedra en el riñón, es de gran valor clínico. Estudia perfectamente los síntomas del cólico nefrítico y hace un diagnóstico diferencial acabado con el cólico intestinal.

El *capítulo octavo* trata del pronóstico de la piedra de los riñones. Lo funda en el estudio de los síntomas, muy variados, según los casos, y lo hace variar en relación con ellos. En aquella época, como hoy, el volumen del cálculo era uno de los elementos del pronóstico; pero mucho más entonces, porque se perdía la esperanza en la expulsión por «las ureteras, y por la cirugía no hay que imaginallo». La cirugía renal no se había iniciado, y en este sentido, el pronóstico estaba en armonía con los medios de tratamiento. Considera más benigno el pronóstico en la mujer que en el hombre. Hace la afirmación, muy

clínica, de que la piedra renal es más frecuente en los hombres gruesos que en los flacos; pero que se pueden hallar en todos los sujetos y en todas las edades, más en el hombre que en la mujer.

En el *capítulo noveno* trata de la manera de regirse y preservarse de la piedra del riñón. Estudia muy bien y busca la profilaxis de los cálculos en la alimentación, como encuentra en la alimentación la causa de los *humores gruesos* que engendran la piedra. Traza un buen plan higiénico y dietético, que puede suscribirse hoy, preservativo y curativo, a la vez, de la enfermedad. Recomienda una porción de aguas minerales nacionales y extranjeras, alcalinas casi todas ellas, cuyos establecimientos hidrominerales siguen abiertos en su mayor parte.

En el orden a la profilaxis, el párrafo siguiente tiene perenne actualidad:

«Debe guardarse templanza, porque todo lo demasiado daña, lo cual en la era presente anda disoluto en el mundo, porque ya es galantería el brindarse y los banquetes en tanta demasía, que no me espanto sino de no suceder más daños de los que al presente suceden, aunque no son pocos, de lo cual se entiende que cuanto más nos apartemos de la templanza de todas las cosas, tanto más recibiremos de daño para la conservación de nuestros cuerpos.»

En el *capítulo diez* trata de *cura de la piedra de los riñones,* revelándose como un clínico de altos vuelos. En el tratamiento de ésta, como de casi todas las enfermedades, es muy ordenado y metódico. Empieza recordando las causas, para establecer, si puede, la profilaxis y un tratamiento etiológico o causal. Establece casi siempre indicaciones basadas en la etiología, síndrome o pronóstico y en lo que se ha llamado después elementos morbosos,

descendiendo a continuación a enumerar los elementos indicados.

Con gran fundamento censura a los médicos de su tiempo que concedían escasa importancia a los cólicos nefríticos y se limitaban a los tratamientos sintomáticos, reducidos a calmar el dolor. Que Díaz adivinaba o comprendía el carácter general o diatésico de la calculosis renal lo prueban las consideraciones y consejos que deducía en relación con la terapéutica, insistiendo en que el dolor es sólo un síntoma, que la enfermedad es progresiva, si no se la trata bien desde el comienzo, y llega a ser mortal de necesidad cuando el cálculo ha crecido en el riñón.

Los capítulos más extensos de la obra suelen ser los dedicados al tratamiento farmacológico, de lo cual, desgraciadamente, no resta o no persiste más que el sedimento de las medicaciones empíricas o caseras, a base de simples o de cocimientos o de ungüentos y pomadas, hoy de escasa o ninguna aplicación, fuera de los cocimientos diuréticos. En este terreno rindió tributo a las preocupaciones y prácticas de la época, recomendando una serie de preparados complejos, polifármacos, de los que muy pocas fórmulas persisten en la farmacología corriente.

El *capítulo onceno* se ocupa de la inflamación de los riñones, describiendo la nefritis en general, sin distingos ni variedades, lo cual no debe causar extrañeza, por cuanto hasta en nuestros días se ha discutido y se discute el capítulo de la clasificación de las nefritis y su concepto al lado de las degeneraciones y procesos específicos. Expone unas generalidades sobre inflamación, en las que, siguiendo a Galeno, dice que se toma esta palabra en tres acepciones: como sinónima de calentura, como fluxión de humor caliente y como flegmón. En esta acepción toma

CAP. duodecimo. Enel qual se trata de la llaga delos riñones.

SVELE succeder la llaga de los riñones, de la manera que tenemos dicho por la mayor parte, q̃ es auiendo precedido inflamacion, y auiendose madurado, y rõpido, de fuerça es, que por donde se rompio, à de quedar llaga, de la qual en este capitulo presente tratamos, y no dexo de conceder, que tambien puede esta llaga venir de otras causas, como lo diremos en su lugar quando traygamos la dotrina dela causa desta enfermedad en su lugar propio, y por que procedamos por el orden acostumbrado, y para mayor claridad sera bien comencemos por las señales que muestran esta passion para que conocida sin confusion

la palabra inflamación del riñón, estudiando el flegmón y absceso perinefrítico, trazando la historia de la enfermedad desde la etiología al tratamiento. Por cierto que en este capítulo hay un dato interesante para la historia biográfica de Díaz. Cita un caso notable de absceso perinefrítico, que se evacuó por vómito, curando el enfermo, cuando ejercía la profesión en Burgos.

En el *capítulo doce* estudia la *llaga de los riñones*. Se ocupa de las ulceraciones del riñón, debidas, sobre todo, a la abertura de apostemas o abscesos, consecutivos a piedras o a otras enfermedades. Lo más notable de este capítulo es que adivina o, mejor, menciona, la tuberculosis renal, pues dice «que suele hacerse alguna llaga *como acontece en el pulmón,* la cual de los médicos se llama *tisis*». Es una intuición genial, que revela el alto espíritu clínico de Díaz.

El *capítulo trece* lo titula *del ardor de orina,* y es un estudio de semeyótica urinaria en relación con el síntoma o síndrome *ardor,* el cual se puede interpretar a título de expresión de varios estados patológicos, y hasta englobarse en él síntomas variados. No bien conocida como no era en aquella época la patología urinaria, daban a los síntomas el valor de enfermedades, sin poder comprender siempre que el mismo síntoma puede, en patología vesical sobre todo, corresponder a los más diversos procesos, aun cuando la patogenia sea la misma. Esto aparte de que varios síntomas, individualizados hoy, se confundían entonces en uno solo. Seguramente, en la denominación *ardor de orina* se englobaban el dolor a la micción, la disuria, la estrangurria, el tenesmo, la polakiuria dolorosa, la micción a gotas, la retención, la incontinencia por distensión vesical, etc., y sobre todo, el carácter físico de la orina, densa y encendida. Una observación muy clínica y

muy profunda hace Díaz a este propósito, cuando dice que muchas veces es la vejiga la que padece, pero el *mal está en el riñón*. Esta afirmación, al lado de otra de alto valor clínico, cuando afirma que, en ocasiones, la vejiga llega a ulcerarse (se llaga), hace pensar que Díaz o conoció o adivinó la existencia de la tuberculosis urinaria. El ardor de orina lo atribuye principalmente a la alimentación, hecho que no debe extrañar, si tenemos en cuenta el desconocimiento de la etiología en todos los procesos sépticos.

En el *capítulo catorce* estudia el *flujo de sangre por la verga*, la hematuria, haciendo un estudio clínico del síntoma. Distingue las causas del flujo sanguíneo en externas o traumáticas e internas, distinguiendo en éstas los humores irritantes, verdaderas causas de tipo inflamatorio, y las llagas o ulceraciones. También hace un estudio diferencial entra las hemorragias uretrales, vesicales y del riñón, muy clínico, muy verdad y revelador de sus grandes conocimientos y de su fino espíritu de observación.

El *capítulo quince*, y último de las enfermedades del riñón, lo dedica al estudio de la diabetes, *de la diabética pasión*. El estudio sintomático está muy bien hecho. Atribuye al riñón la causa de esta enfermedad. Hoy sabemos que el riñón no siempre es ajeno a la micción de azúcar o glucosuria.

LIBRO SEGUNDO

ENFEFMEDADES DE LA VEJIGA

El libro segundo, dedicado a las enfermedades de la vejiga, es, seguramente, más importante que el anterior, porque, tanto desde el punto de vista del diagnóstico como de las intervenciones manuales y exploratorias, se presta

a las iniciativas individuales, de las que Díaz da pruebas constantes en su trabajo. Por esta razón, la importancia de la obra es aún mayor en el libro tercero, porque las innovaciones e invenciones de procedimientos quirúrgicos hallan en este libro su principal campo de exposición.

En el *capítulo primero* se ocupa de la anatomía de la vejiga y de su fisiología como reservorio urinario, en cuya descripción, si no revela grandes conocimientos, es porque no se tenían en aquella época; pero la anatomía macroscópica la estudia con bastante perfección, probando que había disecado cadáveres, y en cuanto a la estructura de la vejiga, describe sus dos capas, refiriéndose a la muscular y a la mucosa, y dentro de la primera, señala claramente la diversa dirección de las fibras musculares, iniciando lo que había de describirse centenares de años después.

Expone en el *capítulo segundo* las causas de las arenas y de la piedra en la vejiga, repitiendo lo dicho al estudiar la calculosis renal, y respecto a la causa material y eficiente, insiste en la alimentación como causa material remota. La patogenia también la interpreta de igual manera que el riñón. Conoció y afirmó que los cálculos de la vejiga descienden muchas veces del riñón, donde se forman, deteniéndose en el reservorio urinario, por su volumen, por su aspereza o por su forma irregular, cualidades que impiden su expulsión espontánea.

En el *capítulo tercero* trata *de las señales* de piedra en la vejiga y hace un estudio muy acabado de la sintomatología de los cálculos vesicales, dando a entender que describe lo que había sabido ver con los ojos del clínico y que sabía interpretar lo observado personalmente. Tanto los síntomas racionales como los físicos comprobados por la exploración, los describe como en nuestros días, seña-

lando observaciones tan agudas y tan clínicas como la siguiente: «el escozor y ardor que sienten los enfermos en la punta del miembro en los casos de piedra de vejiga se presenta también en la piedra de riñones».

Describe el tacto rectal como medio de diagnóstico de cálculo vesical, proceder muy empleado en los niños ante las dificultades de la exploración instrumental, pero prefiere la exploración directa intravesical por las *candelillas*, *tallo de plomo* o *algalia metálica*, como muy superiores a todos los demás procedimientos exploratorios. Poco más hacemos hoy en este orden del diagnóstico, aparte de la perfección del instrumental y de la cistoscopia y radiografía, a las que pocas veces se recurre para diagnosticar un cálculo vesical.

Por lo demás, las dificultades clínicas que a veces se presentan en el diagnóstico de los cálculos vesicales no pasaron inadvertidas para Díaz, ni dejaron de ser expuestas y razonadas, como lo prueban los casos que relata. Uno de ellos ocurrió en Burgos en un señor llamado el licenciado Salamanca, quien, teniendo síntomas de cálculo, no pudo ser éste confirmado por los medios exploratorios; ocurrida la muerte del paciente y practicada la autopsia, se encontró un grueso cálculo *entre las dos túnicas de la vejiga*. Seguramente, en este caso, se trataría de un cálculo enquistado en una celda vesical o en un divertículo congénito o adquirido, afecciones desconocidas entonces y, por tal razón, ignorada la situación del cálculo e interpretada erróneamente como caso de desarrollo entre las dos túnicas de la vejiga. El mismo caso se repite en el Dr. Mena, famoso en los fastos de la Medicina patria, y nos creemos autorizados a interpretarlo de la misma manera, sin negar que puede interpretarse de otro modo la imposibilidad de diagnóstico del cálculo en estos

casos, por haberse desarrollado en la última porción del uréter, sitio de elección, como es sabido, de detención de los cálculos ureterales emigrados del riñón, o en la porción intravesical de este conducto, si bien este hecho es mucho más raro, sin negar por ello su realidad clínica.

El *capítulo cuarto* lo dedica al *pronóstico de la piedra de la vejiga,* estudiándolo en varios de sus aspectos: la piedra en sí, la vejiga y el enfermo, juicio bien expresado y bien orientado desde el punto de vista clínico.

Se lamenta de que la operación de la piedra esté en manos de empíricos, de charlatanes y de curanderos, amparados y protegidos hasta por los mismos médicos; lamentos y protestas que se repiten en varias páginas de sus libros.

En honor de la verdad, por muy lamentable que esto fuera en los tiempos de Díaz, no alcanzaba, seguramente, su gravedad a la que debe concederse al hecho de que, en nuestros días, los *maestros de hernias y de roturas* todavía campan por sus respetos, no sólo en los campos, sino en las más opulentas ciudades, y si no existen los *litotomistas ambulantes,* pululan los intrusos de todo género en las más difíciles especialidades, al lado de la legión de *aficionados* que explotan la Medicina general o la *credulidad general* del vulgo, tan escéptico como ignorante en materias de terapéutica racional.

En el *capítulo quinto,* que dedica especialmente a la *profilaxis o preservación de la piedra de la vejiga,* insiste, de igual manera que al ocuparse del mismo asunto en el riñón, en el análisis de las causas, para evitar los efectos, procurando implantar una terapéutica causal o patogénica. Insiste, sobre todo, en el plan dietético y en la higiene general, no mucho menos de lo que hoy debe hacerse, apoyados en el concepto de la litiasis como en-

fermedad de la nutrición o trastorno del metabolismo orgánico.

En el *capítulo sexto* trata de la *curación de la piedra en la vejiga*. Divide en dos partes esta exposición terapéutica: *primera*, por medicamentos, y *segunda*, por obra de mano; y ésta, a su vez, en otras dos partes, dedicada una a describir la talla *a la castellana*, que no era otra cosa, como veremos, que el primitivo método de Celso, y la otra a la talla llamada *a la italiana*, que se reduce a lo que después se llamó talla perineal lateralizada.

Estudia antes los accidentes y complicaciones de los cálculos vesicales, la retención de orina, dolores, hematurias, *pujos*, etc.; pero insiste en el plan higiénico y dietético como parte fundamental de la terapéutica, exponiendo con prolijos detalles el tratamiento farmacológico, objeto principal de este capítulo, extendiéndose, sobre todo, en la enumeración y preparación de fórmulas y recetas de la más abusiva polifarmacia, una de las características de la época, y singularmente de Díaz, que conocía bien toda la terapéutica farmacológica empleada desde Hipócrates hasta su época.

No por ello deja de rendir la debida atención a los medios quirúrgicos de tratamiento de algunos accidentes e indicaciones a que pueden dar origen los cálculos vesicales que espontáneamente se detienen en la uretra. La práctica que recomienda puede seguirse aún en nuestros días en determinados casos, puesto que se reducía a extraerlos por la uretra, o bien hacerlos retroceder a la vejiga, según estuvieran detenidos por delante o por detrás del *esfínter vesical externo* o esfínter uretral; no habiendo pasado inadvertido para Díaz el obstáculo que naturalmente opone la porción membranosa de la uretra al

retroceso de los cálculos a la vejiga. Para la extracción de los cálculos uretrales por la vía natural, recomienda el empleo de unas pinzas o tenazas especiales, de su invención, cuyo grabado en madera acompaña, y para cuya introducción en la uretra recomienda, en casos de estenosis, la sección del meato, prácticas todas ellas racionales y científicas que se emplean en la actualidad.

El *capítulo séptimo* se ocupa *del tratamiento de la piedra de la vejiga por obra de mano.* Sienta bien las indicaciones y contraindicaciones de la extracción de la piedra, considerando gravísima la mencionada operación, lo cual no debe sorprender, teniendo presente la época y el estado de la Cirugía, puesto que no hace más de cincuenta años afirmaba Malgagne que la talla es una operación que tiene una mortalidad de uno por cada siete de los operados, cuando hoy esta mortalidad se ha reducido a *cero* en manos experimentadas, y cuando las lesiones locales o el estado general no agravan el pronóstico operatorio.

Los preliminares, que expone con mucho detalle, de la operación de la talla son admirables, por lo prudentes y bien meditados, y en relación, claro está, con la importancia que se concedía a la entonces grave operación de la piedra. Establece ocho consideraciones previas, sabias y oportunas, de gran sabor práctico y clínico, expresión del interés que despertaba la extracción de un cálculo de la vejiga.

Describe en este capítulo la talla a *la castellana,* que no es sino la antigua operación de Celso, como dejamos dicho, atrayendo el cálculo hacia el periné y fijándolo contra el cuello vesical mediante dos dedos, índice y medio izquierdos, introducidos en el recto y doblados en forma de gancho, seccionando directamente todos los planos perineales hasta el cuello vesical.

Describe varios instrumentos curvos de variada curvadura (catéteres) para atraer la piedra hacia el cuello en caso de movilidad o de dificultad para cogerla con los dedos a través de la pared rectovesical, como describe unas tenazas cortantes o cizallas para fragmentar la piedra en la vejiga, cuando ésta tenía gran volumen, a través de la incisión perineal. Esta operación es, en el fondo, la misma que tres siglos más tarde había de practicar Dolbeau y darle su nombre de *litotricia perineal.*

En la mujer describe la talla vaginal, tal como ha venido practicándose en los tres últimos siglos.

En el *capítulo octavo* estudia la *manera de extraer la piedra por el método a la italiana,* que viene a ser el método establecido por Juan de los Romanos, en Italia, en el primer tercio del siglo XVI, y perfeccionado en este mismo país por Mariano Santo, o sea la talla perineal, previa colocación en la uretra de una sonda conductriz o catéter acanalado, para seccionar sobre ella los tejidos del periné con bisturí, como se ha venido practicando durante tres siglos. Fué base de perfeccionamientos posteriores y de variados procedimientos, hoy abandonados todos, excepto por algún tradicionalista que sigue empleando la talla perineal en los niños.

En el *capítulo noveno* se ocupa *de la inflamación de la vejiga.* Traza un buen cuadro sintomático de la cistitis, diferenciándola de la piedra y de los pujos e insistiendo en lo difícil que resulta algunas veces el diagnóstico diferencial. En este capítulo trata de la retención de orina como una de las complicaciones más graves de la inflamación de la vejiga; confundiendo, seguramente, las inflamaciones de la uretra posterior y de la próstata con las de la vejiga, especialmente en las formas agudas, o bien en las formas crónicas, tratándose de la cistitis de

los prostáticos, que son, como hoy sabemos bien, las que se acompañan de retención, no por la infección vesical, sino por el obstáculo prostático. Creemos más lógica esta interpretación que la expuesta por el Dr. Suender, al afirmar que dicha retención podía atribuírse al espasmo del esfínter uretral o porción membranosa de la uretra, pues hoy no puede admitirse el espasmo sostenido o contractura de tal esfínter hasta el punto de engendrar la retención. El hecho de recomendar Díaz la sonda o candelilla para tratar estas retenciones nada prueba en contra de lo que sostenemos, porque era y es la candelilla o sonda el medio común de tratamiento, y, sobre todo, que el autor, al ocuparse en este capítulo de las candelillas y atribuír su invención a «algún ángel para remedio de los hombres», expone todas las modalidades del cateterismo por candelillas, tallos de plomo y algalias o sondas metálicas. Es, pues, lo más probable que Díaz confundió las afecciones prostáticas con las vesicales, interpretación que estimamos tanto más racional cuanto que en su libro no se ocupa para nada de la próstata ni de su patología, desconocida en aquella época. Tan cierto es esto, que en el mismo capítulo de las retenciones de orina describe una forma «por flaqueza de la facultad expultriz de la vejiga», retención seguramente de origen prostático, cuyo único tratamiento dice que es la algalia, tan útil y necesario, que «muchos enfermos llevan consigo este instrumento, porque sin él andarían a riesgo de la vida en los caminos y poblaciones, y aun en su casa». El *autocateterismo* de nuestro tiempo, tan empleado por los prostáticos como operación obligada del tratamiento paliativo, está perfectamente señalado por Díaz, y no puede referirse a otra enfermedad más que a la retención parcial, de origen prostático.

El *capítulo décimo* trata *de las llagas de la vejiga,* y teniendo en cuenta lo poco diferenciadas que en aquella época estaban las diversas enfermedades del reservorio urinario, y no conocida la patología de la próstata, es lógico admitir que bajo esta denominación de *llagas de la vejiga* incluyó las diversas lesiones de las cistitis crónicas, tales como las ulceraciones, la tuberculosis vesical y los mismos tumores de la vejiga, además de las enfermedades de la próstata.

Traza el cuadro sintomático de las ulceraciones de la vejiga—dolor, hemorragia, pus, etc.—, estudiándolas con detenimiento, y en lo referente al tratamiento, además del higiénico y dietético y del farmacológico con la difusión abusiva de medicamentos y fórmulas, propio de la época, recomienda el empleo del tratamiento local por las inyecciones y lavados vesicales utilizando la sonda metálica y la jeringa, lo cual constituía un verdadero progreso en la terapéutica de las afecciones de la vejiga.

LIBRO TERCERO

DE LAS CARNOSIDADES DE LA VERGA

Este libro tercero es el más notable de la obra. Es también el más interesante, especialmente por su originalidad y por ser el que, gracias a esta condición, ha perpetuado el nombre de Díaz. Por esta circunstancia vamos a dedicar a su análisis mayor extensión, exponiendo y discutiendo alguno de sus pasajes, desentrañando algunas de las cuestiones en él tratadas, para ratificar aquello que hoy ya no es discutible ni dudoso, pero sí por muchos desconocido: el que Díaz fué el inventor y el que primero practicó en el mundo la uretrotomía interna.

El *capítulo primero* lo titula *De la cura de esta enfermedad y de quién fué el primero que la usó*, y lo dedica casi exclusivamente a la historia del tratamiento de las carnosidades de la verga, o sea a las estrecheces uretrales. «Ningún autor antiguo - dice – ha escrito, y de los modernos pocos y poco, y por esto he tomado este trabajo, sacando de los escritores alguna cosa.» Se ocupa de los que escribieron de carnosidades y de su cura, afirmando que en España empleó el primero esta cura el doctor Romano, médico de Carlos I; pero usaba un cáustico poderoso, que iba seguido de muchos accidentes. A su juicio, el verdadero inventor de este tratamiento de las estrecheces por medio de los cáusticos químicos fué un tal Felipe, médico también de Carlos I, y de él lo tomó el doctor Romano. Afirma Díaz que a él le pertenecen en la curación de esta enfermedad dos cosas: 1.ª, *encorecer la llaga,* entendiendo por tal lo que hoy llamamos cicatrizar y epidermizar para impedir la reproducción; 2.º, *modificar el cáustico,* hasta el punto de que obre sin producir dolor, ni hemorragia, ni otros accidentes.

Dedica el *capítulo segundo* a la anatomía de la verga, y hace un estudio anatómico del pene bastante acabado, macroscópicamente considerado, habida cuenta de que la anatomía histológica era absolutamente desconocida en su época, y sólo describían, aparte de los órganos individualizados que formaban los grandes sistemas orgánicos (muscular, vascular, nervioso, vísceras), los planos y capas, membranas que groseramente distinguían en órganos y regiones.

En el *capítulo tercero,* y con el propósito de recabar para sí la parte que tomó en el descubrimiento del tratamiento de las estrecheces uretrales, se ocupa, con más detenimiento, «del inventor de esta enfermedad, y cuán-

do fué conocida, y su cura inventada, y la ocasión de hacerlo». Dice que ha tenido cuidado en averiguar cuándo y cómo se descubrió la enfermedad. Ni griegos, ni romanos, ni árabes, ni Hipócrates, ni Galeno se ocupan de ella, porque fué desconocida hasta de los autores de su época. De éstos—sigue diciendo—sólo Amato Lusitano se ocupó de ella, el cual autor afirma que el descubridor de esta cura fué el Dr. Alderete, catedrático de Salamanca, cosa que Díaz niega terminantemente. También Andrés Laguna se ocupó de esta enfermedad, y conocido es su libro, aunque pequeño, escrito en latín. Insiste Díaz en que el descubridor de esta enfermedad y su cura fué maese Felipe, médico de Carlos I, y la descubrió con motivo de padecerla el mismo médico, y no el Rey Carlos I, como algunos erróneamente han afirmado. Enfermo de la uretra maese Felipe, y seguro de que su enfermedad no era la piedra, usó el primero, consigo mismo, una candelilla de cera rodeada o embadurnada de un cáustico, y con este tratamiento consiguió la curación. Un mancebo farmacéutico o boticario que estaba sirviendo de practicante con maese Felipe se apoderó del secreto del tratamiento, y, como era natural de Roma, se volvió a su país, donde se dedicó a curar las carnosidades, cosechando honra y dinero. Por lo visto, en aquella época el curanderismo, en el orden de la cirugía urinaria, estaba tan extendido como en nuestros días. Pero «donde las dan las toman», podemos decir, repitiendo el vulgar adagio, porque otro mancebo boticario del romano, un tal Alfonso Díaz, natural de Portugal--que fué el que después se llamó el *Dr. Romano*, por haber aprendido su arte en Roma—, tomó el secreto de su maestro, abandonó la ciudad de los Papas, se estableció en Valladolid, y en la propia Corte después—que le dotó espléndidamente—,

allá por el año 1552, y fué el verdadero propagador de este método de tratamiento en Castilla. Ya hemos consignado la parte que Díaz se atribuye, y realmente tuvo, en la cura de las carnosidades.

El *capítulo cuarto* se ocupa de *qué cosa es la carnosidad o callo*. Describe muy bien las carnosidades y las define que «ésta es a modo de una herida que crece más de lo necesario en el canal de la uretra» (estrechez). Para la época en que Díaz escribió, y lo poco conocida que era la enfermedad, expone muy bien la anatomía patológica de las estrecheces. Afirma que esta enfermedad debe curarse al principio, porque luego se endurece y se hace incurable; que puede haber una o muchas carnosidades, observación profunda y muy real, porque se anticipó siglos a describir la forma anatómica que Guyon había de llamar *estrechez en rosario*.

En el *capítulo quinto* trata de las causas de las carnosidades, y, a vuelta de las ideas humoristas de la época, no deja de reconocer y afirmar que unas son de causas externas, y corresponden a las estrecheces traumáticas, que admitimos en nuestros días, y otras obedecen a causas internas, como *inflamaciones en el canal, ardor de orina, piedras*, etc., *todo lo que produce ulceración y consecutivamente carnosidad y luego callo*.

Es curioso y digno de anotarse que en la etiología y en lo fundamental, adivinó y consignó cuanto hoy se admite acerca de esta enfermedad; es decir, estrecheces traumáticas y estrecheces inflamatorias; las traumáticas, más raras, y las inflamatorias, más frecuentes, como textualmente se afirma en estas palabras: «suele venir este daño de causas primitivas, como las de afuera, golpe, caída, cuchillada, palo; pero la mayor parte de las veces, la causa de esta pasión es la gonorrea».

El *capítulo sexto* trata de las señales de la carnosidad y *callo de la urina*, donde estudia con gran sentido clínico la sintomatología de las estrecheces uretrales.

Expone muy bien, y con gran claridad y método, el interrogatorio a que ha de someterse al enfermo en el que se sospechen las carnosidades, de tal manera, que las preguntas ordenadas que formula no difieren esencialmente, en su intención y transcendencia, de las que aconsejaba Thompson trescientos años más tarde en el interrogatorio de los enfermos del aparato urinario.

El mismo orden y claridad se aprecia en la exposición y estudio de la sintomatología de las estrecheces uretrales, hasta tal punto, que, como afirmaba Suender, este capítulo es de los más curiosos y mejor trazados de este interesante libro.

Nosotros afirmamos más: que la patología y terapéutica de las estrecheces salió definitivamente establecida en lo fundamental, y hasta en el detalle, de las manos de Díaz.

Después del estudio de los síntomas racionales, aconseja, para confirmar o rectificar el diagnóstico, el empleo de la exploración, para hacer, además, el diagnóstico diferencial entre las varias enfermedades de la uretra que pueden confundirse con la estrechez, «para conocer si es piedra, materia gruesa o arena inculcada (incrustada) en el caño o carnosidad o callosidad, que en esto suele haber confusión o engaño». Aconseja, para el tacto instrumental, el empleo de la candelilla, junco, esparto, plomo o algalia, y con estos instrumentos—dice—, «es menester la experiencia del artífice» para no causar daño.

Hace la apología de la candelilla que se empleaba en aquella época, y demuestra que, bien usada, no tiene peligro alguno. Censura duramente la ignorancia de muchos

médicos y el desconocimiento de remedios tan eficaces, y a los que sin consideración alguna condenan el uso de las candelillas, acarreando daños irreparables a los enfermos. A este propósito relata la enfermedad y muerte del Príncipe consorte de Éboli, «para que los médicos escarmienten»; historia expuesta con tal sinceridad, galanura y belleza de estilo, que puede estimarse como un modelo de historias clínicas.

En el *capítulo séptimo* se ocupa *del pronóstico de esta enfermedad*. «Es enfermedad peligrosa, si no se cura, porque hace supresión de orina». Hace el pronóstico con arreglo a varias circunstancias, como el tiempo, la situación, la coincidencia con piedra en la vejiga, etc., insistiendo en que el pronóstico depende mucho de la antigüedad del mal, y por ello afirma que el peligro está en no curarse a tiempo, porque se va tapando el paso de la orina y se va endureciendo y haciendo más peligroso y difícil de curar; observaciones, todas ellas, de una profunda veracidad clínica. Insiste en la gravedad del pronóstico cuando coincide con piedra en la vejiga, y señala el peligro de retención de orina en estos casos por obstrucción uretral calculosa, cuando la piedra es pequeña y es empujada y retenida en la uretra.

Está dedicado el *capítulo octavo* a las *tientas o instrumentos que se han de usar para este mal*. Demuestra la necesidad de emplear instrumentos para la curación de las estrecheces, pues «muchas enfermedades se pueden remediar por naturaleza, como una calentura o algún dolor o un flujo de vientre; pero la carnosidad es imposible, si no se aplica remedio para poderla extirpar y consumir».

A continuación describe los instrumentos que se han de usar y se usaban en aquella época para «hacer urinar» (sondar), tales como tallos de esparto, de malva, de pere-

jil, de hinojo, juncos delgados, y, sobre todo, los tallos de plomo, las candelillas y las algalias o sondas metálicas. La verga de plomo no la recomienda más que en caso de verdadera necesidad, cuando precisa hacer presión para penetrar en la vejiga. Elogia la candelilla como invención divina, y describe la materia de que él mismo se construye estos instrumentos y la técnica de esta construcción, que se reducía a un pábilo o alma de hilo fino y fuerte revestido de capas de cera y otras substancias, para darle consistencia y elasticidad a la vez. Prefiere, con gran lógica, las candelillas para «abrir camino» en la uretra estrechada, por no tener los peligros del plomo y de la algalia, a los que no acude más que en casos de verdera necesidad, «por no ser su amigo», estimando perjudicial y peligroso su empleo, de tal manera, que confiesa no haber empleado la algalia metálica más de seis veces en veintiocho años de práctica.

Este horror por los instrumentos metálicos en casos de estrechez uretral con uretra dura, frágil y fácilmente rasgable, revela en Díaz alto sentido clínico, pues hoy mismo está unánimemente condenado el empleo de estos instrumentos en tales condiciones, como en toda intervención de carácter diagnóstico o terapéutico, salvo en muy contados y muy especiales casos. Además, los accidentes, las falsas vías, las muertes ocurridas en el transcurso de los siglos con el empleo de las sondas metálicas para el cateterismo evacuador o explorador podrían contarse por miles.

Todos estos peligros los adivinaba y conocía Díaz, como buen práctico y dominador de la técnica, citando casos desgraciados, ocurridos en su presencia, de perforaciones de uretra producidas por manos inexpertas e imprudentes, algunos seguidos de muerte inmediata.

Cuando la estrechez es muy dura, *en forma de callo*,

para poderla vencer recomienda el instrumento de su invención, *instrumento cisorio*, es decir, cortante, verdadero uretrotomo y verdadera uretrotomía la operación que practicaba. He aquí sus palabras: «Vine a dar que se hiciese una como algalia, y que, como la algalia está abierta por los dos lados, lo esté este instrumento por la punta, de modo que tuviese dentro una verga de plata con su punta e ir cortando la carnosidad poco a poco». Esta intervención la aconsejaba cuando el cateterismo lo juzgaba imposible, porque en tales casos *no se debe porfiar*, es decir, no se debe insistir en pasar a viva fuerza candelilla o algalia, por los serios peligros a que entonces, como ahora, exponíase a los enfermos. Guyon y Suender escribieron oportunas y bellas frases acerca del amor propio y el cateterismo, aludiendo a que la porfía del cirujano inexperto o testarudo puede ser causa de la muerte del enfermo o de accidentes gravísimos.

Que fué Díaz el inventor de la uretrotomía interna, aparte los testimonios de la época y el no constar en ninguna obra la descripción reglada de la operación antes de la publicación de su libro, los párrafos que vamos a transcribir lo confirman sin ningún género de duda.

Véase cómo describe la operación por nadie practicada antes que por él: «Hase de usar de esta manera: meter este instrumento (algalia abierta por los dos extremos) hasta donde estuviera la carnosidad o callo, y luego apretar, como he dicho, y cortar con mucho espacio con el mayor tino que se pudiere, y desta manera proseguir hasta acabar de romper la callosidad; bien sé que este instrumento es de algún modo peligroso, pero mayor peligro es quedarse en su ser la dureza, porque della se siguen los daños que muchas veces tenemos declarado, y así de dos daños tenemos que socorrer el mayor; de este instrumen-

to tenemos que usar como de remedio externo, que no hay otro. Ha de tener este instrumento el mismo largo que la algalia, por si acaso la callosidad estuviese al cabo del cuello de la vejiga, que alcance el mal.»

No sólo inventó Díaz el instrumento y la operación, sino que la practicó en el vivo, y prueba de ello es el caso clínico que relata, muy instructivo y convincente, en el que describe, con todo género de detalles, los tiempos de la operación y su técnica, consiguiendo salvar la vida del enfermo, amenazada por la retención completa, debida a la estrechez impermeable, y la curación definitiva.

Aunque en varios puntos de estos comentarios hemos consignado que fué Díaz, sin ningún género de duda, el inventor de la uretrotomía interna, permítasenos insistir una vez más, por ser esta invención la que mayor renombre y gloria ha dado al insigne cirujano castellano.

En otra parte hemos dejado consignados los nombres y los textos de más autoridad que en estos últimos años, los de vida científica de la Urología, se han ocupado de la historia de la uretrotomía interna, lamentando la ignorancia o la mala fe de muchos al no reconocer a Díaz como inventor indiscutible de esta operación.

Hemos de insistir aquí en aportar los testimonios que confirman la intervención decisiva de Díaz en este aspecto, como en todos los que hacen referencia a la patología y terapéutica de las estrecheces uretrales.

Recordemos, por orden cronológico, a Gross, de Filadelfia, quien, en su obra de Cirugía urinaria, publicada en 1851, dice textualmente: «Esta operación no es de invención reciente, pues parece que la practicó Díaz hace trescientos años» (1). Y no dice más. Sin duda no conocía

(1) Obra citada.

el libro de Díaz y tomó el comentario de alguna cita bibliográfica, pues de otro modo hubiera sido más explícito ante la importancia del asunto.

También hablamos en párrafos anteriores, del testimonio de Voillemier, ante el silencio sospechoso de Civiale. Voillemier conoció el original de Díaz, y de grado o por fuerza tuvo que hacerle justicia, y debemos aceptar fué espontánea y noblemente. Cita párrafos enteros del libro de Díaz, copia el uretrotomo o instrumento cisorio, y no duda de que fué el inventor de la uretrotomía interna, y así lo reconoce.

Otros autores, de autoridad indiscutible en estas materias, tales como Thompson y Duplay, mencionan a Díaz como uno de los cirujanos que se ocuparon del tratamiento de las estrecheces, combinan el empleo de los cáusticos *con las incisiones,* pero se limitan a esto, con notoria injusticia o calculada indiferencia o imperdonable desconocimiento de la historia. Es más: colocan a Díaz al lado de Pareo, de Ferri, de Laguna y de Vega, sin especificar la parte que cada uno de estos autores tomó en el descubrimiento del tratamiento cruento de las estrecheces uretrales, que data, indiscutiblemente, de la época de Díaz.

Tenemos hoy bastantes datos históricos para fallar este pleito a favor de nuestro Díaz, como ya Suender dejó resuelto y demostrado con su autoridad y competencia.

Desde luego, Cristóbal de Vega ni fué cirujano ni se ocupó de tratamientos quirúrgicos de las enfermedades, aunque su nombre vaya unido al de los más grandes médicos de la segunda mitad del siglo XVI. Laguna sí que escribió un pequeño libro, en latín, sobre el tratamiento de las carnosidades uretrales, y aunque le tituló *De la extir-*

pación de las carúnculas, se refirió tan sólo al tratamiento por los cáusticos, como venía practicándose desde mediados de aquel siglo; pero ni habló de la uretrotomía, ni la practicó.

Ferri y Pareo, por el hecho, tal vez, de no ser españoles, han sido considerados fuera de nuestra patria como los inventores o los precursores de la uretrotomía, porque realmente en sus libros se ocupan del asunto, singularmente Pareo, quien, en su famosa obra de Cirugía, describe instrumentos para el tratamiento por sección de las estrecheces; e indiscutiblemente, por este solo dato, tiene derecho al honor de ser discutido al lado de Díaz. En cuanto a Ferri, médico napolitano, parece, por sus escritos, que concibió la idea de seccionar las estrecheces uretrales, pero no consta que lo llevara a la práctica; antes al contrario, de sus propias palabras se deduce que no solamente no lo realizó, sino que condenó tal intento práctico, sólo proyectado en el orden teórico. Pensó, sí, introducir en la uretra «algalias puntiagudas y bien cortantes, con el objeto de penetrar a través de las estrecheces»; pero en el mismo capítulo asegura que «la nobleza del miembro y el escaso calibre de la uretra no admiten el uso del hierro, y por ello hay que recurrir a la hábil aplicación de los medicamentos».

Pareo, cuyo gran genio quirúrgico abarcó todos los aspectos de la Cirugía, se ocupó y preocupó del tratamiento quirúrgico de las estrecheces; pero sus intentos no pasaron de concepciones teóricas, y, en realidad, de concepciones teóricas sin valor y a todas luces poco prácticas y peligrosas. En su obra de Cirugía, descríbense sus variadas intentonas para resolver el problema, sin haberle podido dar eficaz solución, a pesar de que en el prólogo de su libro dice cándidamente, llevado, sin duda, de

sus entusiasmos por el arte, que la Cirugía había llegado a la cumbre de su desarrollo y que difícilmente podría ir más allá.

Comenzó por inventar catéteres de plomo provistos de varias estrías o asperezas transversales, a modo de sierra fina o de limas, situadas cerca del pico, para desgastar por este modo, tan inocente como peligroso (pase la paradoja), la carnosidad uretral, a la manera como el *vaivén* o roce de una lima desgasta el más duro metal.

Inventó otro instrumento, que viene grabado en su libro y lo reprodujo Voillemier, consistía en una sonda metálica recta, del calibre del 15 ó 16 de la actual escala francesa, provisto de dos ojos laterales, de forma ovalada y bordes cortantes. Las carnosidades se introducirían por dichos orificios y serían seccionadas por presión, a la manera como el amigdalotomo de Fanestock secciona una amígdala hipertrofiada introducida entre sus láminas ovaladas.

El otro instrumento se reducía a una sonda metálica curva, del calibre 10 ó 12, abierta por sus dos extremos y provista de una armadura o mandril metálico, terminado por ún botón, que ocluía al extremo libre y cortante de la sonda, sobre la que se aplicaba como un cierre u opérculo al tirar del mandril desde el exterior.

A cien leguas se adivina que ninguno de los dos instrumentos podía servir para el objeto a que la concepción de Pareo los destinaba, resultando, por el contrario, inútiles o perjudiciales. Respecto al primero, como las estrecheces no son tumores salientes en la luz de la uretra, ni son tumores pediculados a modo de pólipos, cosa que tal vez creyera Pareo, sino infiltraciones basales o submucosas, mal podían introducirse por los ojos cortantes de la sonda; y en cuanto al segundo de los aparatos, si el cali-

bre de la uretra era tal que permitía sin riesgo el paso del botón cortante más allá de la estrechez, mal podía seccionar esta estrechez ni los tejidos de la uretra, que le había dado paso por su mayor calibre; esto aparte de que, pasando instrumentos de tal calibre, y sin guía, punta o candelilla conductriz, se tenía siempre una uretra susceptible de tratar por la dilatación lenta progresiva, que es, ha sido y será el método racional de tratamiento de las estrecheces uretrales de origen inflamatorio.

Afortunadamente, no consta que Pareo llevara a la práctica tan raras concepciones, hijas, sin duda, del noble afán de progreso y de realizar un descubrimiento cuya necesidad era sentida y cuya realización práctica estaba reservada, aunque rudimentariamente, como todo invento al nacer, al genio de nuestro biografiado.

Es, pues, indiscutible que Díaz, con su instrumento cisorio, todo lo rudimentario que se quiera, inventó el primer uretrotomo y practicó el primero la uretrotomía interna, gloria que no puede disputarse a la Cirugía española, ni a la luz de la malicia, ni a la sombra de la ignorancia.

Los demás capítulos del tercer libro carecen de interés desde el punto de vista histórico, y no son de gran valor dentro de la historia de las estrecheces uretrales. Haremos, sin embargo, su extracto, para terminar, siguiendo el método impuesto, el análisis de la obra.

El *capítulo noveno* trata del *tiempo en que se debe hacer la cura de las carnosidades*. Refleja en este terreno las preocupaciones de la época, las ideas galénicas y los resabios de la astrología, aunque referidos a *buen* o *mal tiempo, calor* o *frío,* optando por el templado. Díaz rechaza, sin embargo, estas ideas, y dice que, desde hace más de treinta años, viene curando en todo tiempo, sin

haberle sucedido nada malo. Ello prueba su independencia de criterio, su buen juicio y alto sentido clínico, por encima de las preocupaciones universales.

En el *capítulo décimo* trata de *la prevención que se tiene que hacer para curar este mal.* Repite lo que ha dicho tantas veces en su libro: que, según Hipócrates, Galeno, etc., no se deben usar remedios tópicos sin emplear antes los universales remedios, como sangría, purga, clíster, etc., y preparar el cuerpo, según se trate de pletóricos o cacoquímicos, y según los humores y el temperamento predominante: el colérico (bilis), por medio de la purga, clíster y jarabes, etc.; el humor melancólico (¿linfáticos?), por otros medios, insistiendo en el valor de la higiene y de la alimentación.

El *capítulo undécimo* se ocupa *del modo como se ha de tener en la cura de las carnosidades.* Recomienda, primero, preparar la región con fomentaciones calientes, baños, bebidas emolientes y dietas; precauciones muy racionales tratando de operar en una región infectada, y cuyas intervenciones daban lugar a tantas complicaciones de naturaleza séptica. Después de unos días de este tratamiento - dice -, se debe comenzar a abrir camino con mucho tino y cuidado, embadurnando bien las candelillas con aceite de almendras dulces, aumentando progresivamente el grosor y señalando la candelilla que se pone cada día. Recomienda calma, paciencia y arte, hasta dejar camino suficiente para el paso de la candelilla con cáustico que obre sobre la carnosidad. Son curiosísimos tan minuciosos preceptos para el paso de las candelillas dilatadoras, y muy parecidos a los que dió Guyon trescientos años después para la *dilatación lenta progresiva,* como hoy se la denomina, y que sigue siendo el procedimiento más racional para el tratamiento de las estre-

checes. Cita un caso de perforación uretral y muerte de un enfermo por hemorragia, por haber procedido el cirujano bruscamente, sin cuidado y sin delicadeza, en la operación del cateterismo dilatador. Si la estrechez «es dura, se debe acudir al plomo, y si se resiste al plomo, acudir al instrumento cisorio». No de otra manera se hace hoy: dilatar antes de uretrotomizar. No se cansa Díaz de repetir que se debe proceder con prudencia, y tener hábito y costumbre, para evitar serios peligros.

Dedica el *capítulo duodécimo* a los medicamentos *que se deben usar para esta pasión*. Describe con detenimiento la manera de preparar los *tres cáusticos*, *flojo, mediano y fuerte,* que se empleaban para la curación de las carnosidades. Dice que es la parte más delicada de la cura, e insiste en las cuatro condiciones fundamentales, verdaderas indicaciones, según las condiciones de la carnosidad y del sujeto. Se extiende largamente en la manera de preparar los cáusticos, tomando la candelilla, embadurnándola con el cáustico y excavándola algo, para que lo retenga al nivel del punto que ha de ponerse en contacto con la carnosidad. Insiste en la manera de preparar su famoso cáustico, que destruye, *sin dolor y sin peligro*, las carnosidades.

En otro *capítulo doce* (que está repetido), se ocupa de los accidentes que suelen suceder al extirpar la carnosidad, y su cura, accidentes de tipo séptico, como *frío, calentura, inflamación, sangre, dolor* y *ardor de orina,* revelando gran espíritu de observación y larga experiencia en la materia.

El *último capítulo* del libro y de la obra trata «del orden que ha de guardar el que fuese curado de este mal», y da consejos de alto sentido clínico y práctico: régimen de alimentos y de bebidas, «como cuando se

esté curando». Abstención del coito durante cuatro meses. Recomienda con insistencia una práctica de altísimo valor para asegurar y consolidar la curación: el seguir calibrando la uretra con el paso de candelillas, consejo que por no quererlo seguir, o por olvidarlo, muchos operados en nuestros días dan lugar a segura recidiva de la estrechez. Sus palabras son terminantes: «que cuando uno se acabare de curar de lo dicho, que, de *cuatro en cuatro días,* se vaya poniendo una candelilla de las de encorecer o lisa, la que le pareciere, untada en el aceite de almendras dulces. Y si en algún tiempo tornara a tener purgación de materias, doy por consejo que torne al uso de las candelillas». En este terreno no hacemos hoy cosa distinta de lo que recomendó Díaz en el siglo XVI.

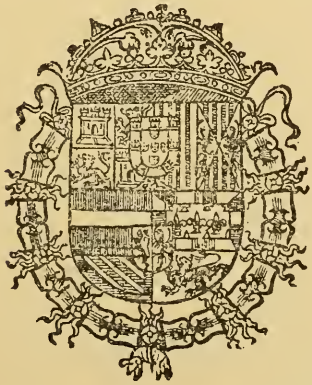
Cerremos estos comentarios y juicios repitiendo, una vez más, que Díaz fué el primer urólogo del mundo; que su libro sobre Urología es un monumento imperecedero, testimonio perenne de su saber y de su sabiduría, en el que con orgullo puede apoyarse la crítica histórica halagadora del amor propio nacional, afirmando y pregonando muy alto que el tratamiento racional y científico de las estrecheces uretrales nadie antes que Díaz lo estableció sobre bases indestructibles, culminando su obra científica con la invención y práctica de la uretrotomía interna, que tantas vidas arrancó a la muerte en el transcurso de los siglos.

DR. RAFAEL MOLLÁ.

Madrid, octubre de 1921.

TRATADO NVEVAMENTE IMPRESSO, DE TODAS LAS ENFERMEDADES DELOS Riñones, Vexiga, y Carnosidades dela verga, y Vrina, diuidido en tres libros. Compuesto por Francisco Diaz Dotor en Medicina, y maestro en Filosofia, por la insigne vniuersidad de Alcala de Henares, y Cirujano del Rey nuestro Señor.

DIRIGIDO AL DOTOR VALLES Protomedico del Rey nuestro Señor, y Medico de su Camara, &c.



CON PRIVILEGIO.

Impresso en Madrid por Francisco Sanchez.

Año. 1588.

EL REY

POR cuanto por parte de vos, el Doctor Franciſco Díaz, Médico y Cirujano nueſtro, nos fué fecha relación, diciendo que vos habíades compueſto un libro intitulado de todas las enfermedades de urina, como piedra, arenas, materias grueſas, carnoſidades y otras enfermedades de las vías de la urina, en lo cual habíades paſado mucho trabajo, suplicándonos mandáſemos ver el dicho libro, y conſtando ser útil y provechoſo, os mandáſemos dar licencia y facultad para lo imprimir y privilegio por veinte años, o como la nueſtra merced fueſe. Lo cual, viſto por los del nueſtro Conſejo, por cuanto en el dicho libro se hizo las diligencias que la premática por nos sobre ello fecha dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nueſtra cédula en la dicha razón, y nos tuvímoſlo por bien. Por la cual, vos damos licencia y facultad para que, por tiempo y eſpacio de diez años cumplidos, primeros si-

guientes que corran y se cuenten deſde el día de la data de eſta nueſtra cédula en adelante, vos, o la perſona que para ello vueſtro poder quiere y no otra perſona alguna, podais imprimir y vender el dicho libro que de suſo se hace mención, y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de eſtos nueſtros Reinos que vos nombráredes para que por eſta vez le pueda imprimir, con que deſpués de impreſo, antes que se venda, lo traigais juntamente con el original que en él fué viſto, que va rubricada cada plana, y firmado al fin del de Lucas de Camargo, nueſtro eſcribano de cámara y uno de los que en el nueſtro Conſejo reſiden, para que se vea si la dicha impreſión eſtá conforme a él, o traigais fe en pública forma en cómo por corrector por nos nombrado se vió y corrigió la dicha impreſión por el dicho original, y se corrigió conforme a él, y que quedan aſimiſmo impreſas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que anſí fueren impreſos, y se os taſe el precio que por cada volumen quiéredes de haber; y mandamos que, durante el dicho tiempo, perſona alguna, sin vueſtra licencia, no lo pueda imprimir ni vender. So pena que el que lo imprimiere o vendiere haya perdido y pierda cualeſquier libros, moldes y aparejos que dél tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, la cual dicha pena sea: la tercia par-

te para el juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para nueſtra Cámara, y la otra tercia parte para el que lo denunciare; y mandamos a los del nueſtro Conſejo, preſidente e oidores de las nueſtras Audiencias, alcaldes, alguaciles de la nueſtra Caſa y Corte y Chancillerías y a todos los corregidores, aſiſtentes, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios y otros jueces y juſticias cualeſquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y Señoríos, anſí a los que agora son, como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan eſta nueſtra cédula y merced que anſí vos hacemos; y contra el tenor y forma della, ni de lo en ella contenido, no vayan, ni paſen, ni conſientan ir, ni paſar en manera alguna, so pena de la nueſtra merced y de diez mil maravedís para la nueſtra Cámara. Fecha en San Lorenzo a 11 días del mes de abril de 1587.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nueſtro Señor,
Iuan Vázquez.

AL DOCTOR VALLES

PROTOMÉDICO DEL REY NUESTRO SEÑOR, Y MÉDICO DE SU CÁMARA, EL DOCTOR FRANCISCO DÍAZ, CIRUJANO DEL REY NUESTRO SEÑOR. S.

EN cuánta veneración y eſtima fueron tenidos los antiguos atenienſes, por el cuidado que tuvieron en el gobierno de sus repúblicas y la vigilancia en la adminiſtración dellas (doctíſimo Señor y maeſtro), a todo el mundo es notorio que no sólo procuraron enriquecerlas con teſoros y con policía, pero enoblecerlas con virtudes, con letras y que excedieſen en coſtumbres a las demás de su tiempo; y al que se aventajaſe en algún miniſterio, premiarle nobiliſimamente, dándole cargos honroſos, de lo cual reſultaba jamás faltar grandes gobernadores, virtuoſiſimos varones, agudos filóſofos, fuertes capitanes y excelentíſimos médicos, que no sólo entendían en curar las enfermedades, pero con mucho cuidado, la preſervación dellas; y acuérdome haber leído en Plutarco un edicto público, que en todas las ciudades y villas eſtaba recebido y guardado: que todas las enfermedades (cuyo remedio conſiſtía en obra de manos), como sacar lobinillos, cancros, que, en nueſtro vulgar, son çaratanes, hernias, roturas, sacar piedras de vexiga, y otras a éstas semejantes, se hicieſe públicamente en lugar donde todos lo pudieſen ver, por dos razones: La primera, para que los que lo vieſen pudieſen saber la cauſa de que las tales enfermedades se engendraban, por que se guardaſen, y si acaſo se habían començado, no crecieſen con

buena prefervación. La otra razón, porque, entre tantos que lo viefen, podría haber alguno que supiefe algún remedio se creto y le descubriefe, remunerándole con eftipendio público, ley utilifima, digna de ser eftimada; pues entendiendo el deseo que, defde que V. M., en Alcalá de Henares, profefando la cátedra de prima de medicina, moftró del acrecentamiento defta facultad con criftianifimas mueftras, por las cuales el Rey Don Felipe, nueftro Señor, teniendo larga experiencia, le hizo Médico de su Cámara, y agora, su Protomédico, con univerfal aplaufo de todos, será cofa jufta ufe del celo y defeo dichofo, para que las cofas que defta facultad tocaren se perfeccionen atento a su necefidad; y afi, acordé, doctífimo Señor, de dedicarle efte tratado, como a quien se deben çometer todas las cofas a él tocantes, para que mi trabajo sea agradecido y con tal patrocinio, defendido; y bien puedo afirmar que ninguno como yo ha llegado efta materia de carnofidades tan al cabo. Porque aunque Laguna, médico efpañol doctífimo, y el Doctor Romano efcribieron de carnofidades, y otros autores, fué tan sucintamente, que apenas por ello se puede entender qué cofa sea el mal. Y si Galeno y otros autores graves efcribieron de las enfermedades de riñones y vexiga, fué en diferentes tratados, salpicando y no reduciéndolo a una obra sola. Por lo cual, gravífimo Señor, es jufta cofa se tenga en mucho efte trabajo y la liberalidad con que defcubro secretos, con tanta diligencia adquiridos y tan necefarios a la república, y dándome V. M. su ayuda, me alentaré, y otros muchos trabajarán de sacar cofas mayores, y no tendrán lugar idiotas sin fundamento a pedir premios de lo que no entienden, defendiéndolos algunos médicos por el interés que ellos se saben. Y confiando que V. M. lo mirará y remediará, y con su autoridad defenderá efta obra que con tanto trabajo he compuefto y con tanto gafto echado a luz, cefo, cuyas manos befo.

El Doctor Francifco Díaz.

PRÓLOGO AL LECTOR

ENTRE las coſas de mayor admiración que hay en la facultad de medicina, es ver la multitud y variedad de enfermedades que, con cuantas los eſpléndidos griegos, y los elegantes latinos, y los curioſos árabes eſcribieron, se ofrecen, muchas nuevamente cada día, como el morbogálico, que en vulgar se llama bubas, y es de gran conſideración ver la divina providencia y su miſericordia, que en el lugar donde eſtos males se deſcubrieron, allí fueſe hallado el remedio, como en las Indias del criſtianiſimo Rey Don Felipe nueſtro Señor, donde ellas andaban, allí se halló la çarçaparrilla y el guayaco, que es el palo, y otras a eſtas semejantes; pero de la que agora tratamos últimamente fué el deſcubrirle como milagro, según lo hallarás en el proceſo deſta obra, que, aunque al principio se curaba con mucha di-

ficultad, agora, por la miſericordia de Dios, se cura tan fácilmente, que es coſa admirable haberse hallado tan válidos y fáciles remedios en enfermedad tan nueva. Y eſto, o la mayor parte dello (diſcreto lector), hallarás de mi invención y con mi sudor tratado, donde también verás los cáuſticos calcinados y con mucha curioſidad corregidos. Verás aſimiſmo una coſa de que yo soy el primero en hacello, que es la última intención que de los que han eſcrito, ninguno lo ha soñado, que es el encarecer coſa tan neceſaria para eſta cura, y sin la cual no se puede conſeguir perfectamente el fin, y lo que debe de eſtimar es que eſtén los cáuſticos en punto que quemen y gaſten la carne sin dolor. Y también hallarás tratadas otras muchas enfermedades de urina, y sus remedios a la larga traidos. Bien sé que no han de faltar murmuradores (cuyo oficio y pretenſión es aniquilar las obras ajenas); pero suplícote, lector piíſimo, si alguna coſa no te pareciere digna de salir a luz, se recompenſe con muchas nuevas utilíſimas, que, con diſcreción miradas, deben eſtimarſe, y de los individuos defenderſe, por ser celo de aprovechar a las repúblicas.

FIN

DE LOPE DE VEGA AL AVTOR.

SONETO.

A La inmortalidad os mueue y llama,
Vn nueuo bien al mundo descubierto,
Diuino ingenio que oy aueys auierto,
La voca de la inuidia, y de la fama.
Pues comoal fin la ingratitud desama,
Vuestro raro valor à quel incierto,
Tesoro a los antiguos encubierto,
Con mano celestial vierte, y derrama.
Italia cesse, y la opinion famosa.
De los Alaraues, aquien descubre el cielo,
De ignotas yeruas la virtud sin tassa.
Muestrese agora España venturosa.
Que a todos quantos oy celebra el suelo,
Francisco Diaz los excede y passa.

EN ALABANZA DEL AVTOR.

SONETO.

NVeua inuencion, estilo nueuo y raro,
Contra vn mal que a tantos atropella,
Salutifera ciencia, pues con ella
Sereys de tantos daños el reparo.
Trabajo venturoso al mundo charo,
De remedio preciso, estampa bella,
Con que mata y destruye vna centella
Que a tantos cuesta, y a costado caro.
De Hippocrates dechado, y de Galeno,
Epilogo dichoso que preserua,
Y cura vn mal que espanta su memoria.
Vergel florido, de [illegible] remedios lleno,
Que curando passion de vrina acerua.
A Francisco leuanta en tanta gloria.

LIBRO PRIMERO

EN EL QUAL SE TRATA DEL MAL DE URINA Y ENFERMEDADES DE LOS RIÑONES

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL QUAL SE TRATA DE LA RAZÓN QUE MOVIÓ AL AUTOR ESCRIBIR DESTAS ENFERMEDADES

MUCHAS y diverſas coſas dañan y ofenden, gaſtan y perturban la salud de nueſtros cuerpos, abrevian y acaban la vida, como nos lo mueſtra Galeno en muchos lugares, y dice que nueſtros cuerpos eſtán siempre aparejados a recibir alteración y mudanza, no sólo de las cauſas de afuera, que los médicos llaman procatárticas o primitivas, como palo, piedra, caída, pero que también se alteran de las cauſas de adentro de nueſtro cuerpo, que los autores las llaman internas, que también se llaman intrinſecas, como los humores, que aunque son para mantenimiento

Lib. 1. Aforis., coment. I. Illius vita brevis.

Gal. Lib. de causis morbor.

Guido. c.

Gal.: Lib. de causis morbor. Et. I, Aforismorum, com. I.

nueſtro, muchas veces con livianíſima ocaſión se corrompen, y corrompidos, engendran graves y monſtruoſas enfermedades, cada día las vemos los médicos, y de aquí reſulta que fácilmente la humana naturaleza se deſtruye, corrompe y acaba viviendo en tantas contrariedades y siendo de tantas coſas ofendida, y menoſcabada, porque una vez la corrompe el frío, otras el calor, otras la humedad y otras la sequedad; unas veces con comer y otras con no comer; otras por sueño y otras con vigilia. Finalmente, la vemos muchas veces de una miſma coſa moleſtada, y de la miſma ayudada, y anſí, claro vemos, que ligeríſima ocasión, caſi súbitamente, le deſtruye y deſhace; de donde reſulta la neceſidad de preſervarſe en salud y mirar la facilidad de ser ofendido, y cuanta miſeria tenga en su salud que verdaderamente es meneſter vivir con grandíſima vigilancia y cuidado para conſervar el cuerpo y para salvar el ánima, pues vemos claro con cuánta facilidad puede deſcomponerſe y declarado cómo puede el cuerpo humano deſcomponerſe y deſtruírſe, y algunas veces introducirſe en él una deſtemplanza, o en todo el cuerpo o en algún miembro particular, de la cual se engendran varias enfermedades en todo el cuerpo o en algún miembro particular, como es el engendrarſe piedra, como nos lo mueſtra Galeno y otros graviſimos autores, como Paulo Gineta, Aecio y lo miſmo Alexandro Traliano y Avicena, y por ser eſta enfermedad moleſta y trabajoſa ordinaria, la cual

Lib. 5, de locis afectis.

Gal.: de causis morborum.

Gal.: Lib. de inequali intempery.

Lib. de lapide renum, de lapide vesicae.

Cap. de lapide vesicae et renum.

se engendra anſí, en viejos, como mancebos, en niños, en mujeres, aſimiſmo en cualquiera tiempo del año. En el verano, eſtío, otoño, invierno y también en cualquiera complexión colérica, sanguínea, flemática y melancólica. De la miſma manera acontece engendrarſe en cualquier miembro de nueſtro cuerpo, como en el hígado, bazo, mollejas, eſtómago, hiel, pulmón, corazón, tripas, riñones, vejiga debajo de la lengua, y no sólo en los animales racionales, pero también suele hallarſe en los brutos y animales irracionales; y ansí miſmo nos enſeña Galeno hallarſe piedra en poſtemas, como lo diremos en su propio lugar, y por eſta razón he determinado tomar eſte trabajo que no fuera razón, teniendo deſte miniſterio tan larga experiencia y habiendo viſto varios acaecimientos en curar eſtas enfermedades de la urina, y por la divina miſericordia he conſeguido felicíſimos suceſos de más de veintiocho años a eſta parte, y porque el nombre deſta enfermedad de la urina eſpanta y pone grandíſimo horror, miedo y turbación al más sutil y diſcreto entendimiento, me pareció eſcribir deſta enfermedad y sacarlo en público, poniéndolo en método y regla, para que de todo sea recibido y la república aprovechada, porque es cierto he viſto a doctiſimos médicos andar tan deſlumbrados en eſte negocio, sin conſiderar cauſas ni señales, ni entender la eſencia del mal, y sin entenderlo, con poca advertencia decir que tenía piedra, y poner al enfermo en tanto rigor, y a los deudos y amigos

Trat. Avicena.

Lib. de lapide in Pesicanos, lo enseña Galeno.

Engéndrase piedra en cualquier miembro.

Hállase piedra en animales irracionales.

Lib. de renum afect.

Lib. de sanitate tuenda.

Lib. 2, ad Glauconen, cap. de abcesu.

El nombre de mal de urina espanta.

Cuánto vale la experiencia.

Historia.

en tanta turbación y alboroto, que andaban todos perdidos, y el enfermo metido en tal imaginación, que no sé si fué más el daño que hizo al enfermo que el mifmo mal que padecía, y digo cierto que fué más el remediar el daño que la enfermedad que tenía, aunque fuera principio de engendrarfe la piedra, y más como se pareció que realmente no la tenía, y no es mucho que si el tal médico fuera adelante con su cura diera con él en la huesa, y todo efto proviene porque fe defdeñan de saberlo del que lo ufa; y efte error, por la mayor parte, cae en hombres muy confiados y poco expertos en efte negocio; pero a efte enfermo, cuya hiftoria he contado con pequeños y vulgares remedios, vino a sanar por haberle quitado la causa; con facilidad se defhizo el efeto; quife y determiné efcribir efta obra en caftellano, para que los hombres curiofos y tocados defte mal puedan preservarfe del y aun curarfe, apartándofe de muchas cofas que podrian ofender y caufar acrecentamiento del daño. Y a efte propófito, me acuerdo haber lefdo en un Tratado antiquífimo, que trataba que los antiguos egipcios tenían una ley conftituída y mandato general, y el mifmo se guardaba en la ciudad de Atenas, que era que todas las obras de manos, como sacar lobinillos, çaratanes, lamparones, roturas, piedra de vejiga y otras a éftas semejantes se hicifen en público, para que todos generalmente los que pafafen por allí lo pudifen ver, y saber las caufas y mantenimientos o excefos que

Gal.: in Arte medecinali, c. 8.

Ley utilísima de los atenienses y egipcios.

solían caufar eftas enfermedades, sólo a fin que supiefen de qué se habían de guardar, para no caer en eftas y otras enfermedades, y para que si algunos las tenían, supiefen prefervarfe dellas, y el mifmo autor dice, que una vez eftando sacando una piedra, llegaron muchos a ver la obra, y uno dellos preguntó de qué se engendraba la piedra, al cual le fué refpondido que de comer cofas gruesas, glutinofas y dificultofas de cocer en el eftómago, como pan mal fermentado y no bien cocido, vaca, cecinas, pefcados frefcos, quefos, leche, huevos duros y otros a éftos semejantes, y de beber vinos gruefos y aguas saladas, encharcadas y gruefas, y no es pofible, sino que oyendo efto los que fuefen difcretos, viendo efta obra tan cruel y avifo tan sano, sino que han de procurar guardarfe de las cofas que ofenden y dañan, y de allí adelante vivir con grandífimo recato, y por efto lo efcribo en nueftro vulgar, para que todos puedan gozar defte trabajo, mirando la utilidad de la república; bien entiendo que no han de faltar mal intencionados que con dañada voluntad han de procurar oscurecer mi buen defeo y menofpreciar mi trabajo; pero eftoy confiado que Nueftro Señor ha de darles a entender el pecho con que yo lo efcribo, tan sin vanagloria, sino sólo por servirle hacer efto, y por el bien univerfal de todos los que dello quifieren aprovecharfe, y anfí lo dirijo a quien como supremo juez declara mi pureza; pero sé con efto que no han de faltar difcretos y criftianos

Cosas duras y dificultosas de cocer son contrarias a esta pasión.

La razón por que se escribe esta obra en castellano.

que, desnudos de ambición y curiosos por saber, procurarán recompensarme este trabajo, y si hallaren en el proceso de la obra algún error, le han de corregir y enmendar sin redarguille. Volviendo, pues, a nuestro propósito, ya tenemos entendido de lo pasado, engendrarse piedra en el hígado, bazo, riñones y otros miembros de nuestros cuerpos; pero son enfermedades estas escondidas, prolijas y casi incurables y de grandísimo trabajo, como nos lo ha mostrado la experiencia, y por esto ahora no es mi propósito tratar desta universalidad de miembros, sino solamente de aquellas piedras que se engendran en la vejiga y riñones, y así mismo tratar de otras muchas enfermedades que suceden en otros lugares que suelen ser molestísimas, largas y trabajosas, no sólo a los que las padecen, pero también a los médicos a cuyo cargo está buscarles remedios, y así para mayor claridad desta doctrina, determiné dividirla en tres libros: en el primero trataré de las arenas y piedras, y llagas, e inflamaciones y otras enfermedades de los riñones. Y en el segundo libro trataré de las arenas, piedras, llaga e inflamación y de las demás indisposiciones que suelen acontecer en la vejiga. Y en el libro tercero trataré de las carnosidades y callos que suceden a la vía de la verga, la cual enfermedad es cruelísima y muy fastidiosa, y las más veces mal entendida, y por la misma razón mal curada, y acontece muchas veces morir los que la padecen miserablemente, sin haber enten-

Sólo la intención del autor es tratar de piedra de vejiga y riñones.

En tres libros se divide este tratado.

La carnosidad en la verga es cruel y fastidiosa.

dido su mal los médicos, y verdaderamente hay grandíſima neceſidad de remedio, y que el Reino lo procure, sin informarſe de personas intereſables y apaſionadas, que por sus propios intereſes y por lo que ellos se saben señalan algunos, que ni jamás lo practicaron, ni lo vieron ni entendieron aun el primer principio deſte mal; pero allá se avengan, que yo digo lo que siento, y con eſto me deſcargo deſte negocio, y porque en eſto nos hemos de detener en todo el libro tercero deſte TRATADO, no quiero ahora ser prolijo, y porque me parece coſa que a eſte lugar cumple tratar, en qué animales y en qué miembros de nueſtro cuerpo se hallan arenas y piedras, lo trataré primero para que procedamos con más luz en eſte negocio.

Cuán necesario sea el remedio en este mal.

CAPITULO II

EN EL CUAL SE TRATA EN QUÉ ANIMALES Y EN QUÉ MIEMBROS DE NUESTROS CUERPOS SE HALLAN PIEDRAS Y ARENAS

Antes que vengamos a tratar de la piedra y de las demás enfermedades de los riñones, me pareció razonable y juſta coſa, y aun neceſaria, y manera de curioſidad, saber y entender en qué animales y en qué miembros del cuerpo suelen engendrarſe piedras y arenas, y a mi parecer no va fuera de propóſito, para nueſtra intención, dar a lo dicho claridad, para que, con mayor recato, podamos proceder con la cura, y con luz dar el remedio que conviene y anſí lo traeremos de graviſimos autores, que en eſto metieron la mano, la experiencia nos ha moſtrado, no sólo hallarſe en hombres, pero también en brutos y animales irracionales, y en diferentes miembros, y entiendo que los curioſos han de eſtimar en mucho eſte trabajo, porque de propóſito ningún autor antiguo ni moderno lo ha tratado a la larga en tratado particular,

Hállase también piedra en brutos.

porque aunque Hipócrates, Galeno, Paulo, Aecio y Avicena y otros muchos y graves autores han tratado y moſtrado eſto, ha sido en capítulos particulares y confuſamente, y no reducido a una obra ni lo han pueſto en un lugar, sino en particulares, creo, y tengo por cierto, que a mí sólo se me debe eſto por haberlo recopilado en eſte libro, para que puedan todos, anſí médicos como enfermos, aprovecharſe. Eſto preſupueſto, será bien declaremos en qué animales racionales e irracionales se hallan piedras; y anſi digo que es a todos notorio, que en carneros, ovejas, cabras, bueyes, aſnos y caballos, como se ha viſto muchas veces matando carneros, hallar en las aſaduras y livianos y otros miembros, piedras, y eſto es a todos manifieſto, que acontece verlo matando carneros y otros animales que hemos contado, y porque eſto es tan claro y manifieſto, no hay que parar, porque sería coſa superflua, y cierto que en mi propia caſa, matando una gallina, abriendo la molleja, se halló en ella una piedra del tamaño de un dátil, y revolviéndola un poco, junto al corazón de la miſma ave, se halló otra, que cierto me pareció coſa rara y maravilloſa, y pudiera ser que si yo no la viera no lo pudiera creer, por ser novedad nunca oída, ni quizá viſta. Dice también Gorge Agricola, autor grave, que en las entrañas del capón viejo se halla una piedra que se llama Aletorio (lo cual confirma Plinio), el cual también, tratando de las victorias de Milo Cretenſe, se halló otra que se llama Eſte-

Declárense los animales donde se hallan piedras.

En gallinas.

lon o Borax, que éſta se halla en la cabeça de sapos viejos, coſa maravilloſa y de gran admiración, lo cual confirma Antonio Muça, médico egregio de nueſtro tiempo, diciendo que él había hallado una, y que tiene virtud contra ponzoña. Aecio, autor griego auténtico, refiere que en el vientre, corazón y tripas del cuervo, se halla piedra, y la pone por remedio para muchas enfermedades, y también es sentencia de Avicena que se hace piedra en el vientre del puerco montés, lo cual miſmo conteſta Paulo Gineta, lo cual otros muchos autores confirman, anſí antiguos como modernos. También dicen que se halla en el vientre del gallo; es también a todos notorio que en el águila se halla una piedra, la cual vulgarmente se llama la piedra del águila, y dicen graves autores ser remedio para los partos dificultoſos; autores hay graves deſto. También hay muchos autores, y entre ellos es Plinio en su *Historia Natural*, y dice en el miſmo lugar, y añade que en la vejiga del lobo se engendra una piedra llamada Sirites, que es remedio para la piedra de vejiga, coſa sabida es y notoria que en el buche de un animal que se llama cornicabra, el cual se halla en la India Oriental del Sereníſimo Rey de Portugal, y de poco acá se ha hallado en las Indias del Criſtianíſimo y Poderoſo Philipo, segundo Rey de Eſpaña, nueſtro Señor, a quien Nueſtro Señor proſpere, guarde y en su santo servicio conſerve; pero de mucho acá se hallan en Levante, y eſta piedra se llama bezar, piedra

Sermone 4.

Tetabili 4.

En el cuerno.

Pen. 41.

Lib. 2, cap. 32.

En el puerco montés se halla piedra.

En el gallo.

En el águila.

La piedra del águila es buena para el parto.

Plinio. Alberto Magno.

Lib. 12, cap. 37.

Ambrosio Pareo, autor grave de mucha autoridad, en el capítulo de dificile partu, y Alb. Magno.

En la vejiga del lobo se halla piedra. En un animal llamado cornicabra, la piedra vezal.

de tan gran virtud contra veneno, que de su excelencia, todas las coſas que son contra el veneno se llaman bezárticas, que tienen virtud contra las coſas venenoſas; deſto son teſtigos graviſimos autores, como Plinio, Abezoar, Avicena y Alexandro de Alexandris y Raſis, y todos eſtos autores graviſimos se conforman en su origen, que es en el buche, y que tomada hecha polvos, en aguas cordiales, tiene fuerza y virtud para deſtruír cualquier género de veneno, y que divierte el dicho veneno, que no corra al corazón, y que deſhace y deſtruye la mala calidad, que es cauſa o aſiento del dicho veneno, y por eſta cauſa y razón, las medicinas que son contra el veneno toman el nombre deſta piedra, y de su origen y facultad; muy a la larga eſcribe el doctiſimo y curioſiſimo doctor Monardes, médico de Sevilla, en el cual se hallara eſta doctrina doctiſimamente y bien a la larga eſcrita, y los doctores y graves autores que deſta piedra eſcriben, el que fuere curioſo lo puede leer y aprovecharſe del trabajo y curioſidad de los que deſto han eſcrito. Porque el doctiſimo Monardes lo trae con gran fundamento, y anſi, por no parecer coſa de nueſtra intención, no hay para qué parar más en eſto, y de aquí se puede entender que como en eſtos, anſi se puede hallar en otros irracionales, pues no tienen privilegio para eximirſe deſte daño, pues también de buena razón eſtán sujetos a los miſmos males y accidentes que los otros para confirmación también de se hallar en irracionales. En

Autor desto es Monardes en un tratado que hizo de las yerbas y medecinas de las Indias.

Lib. 5. Alexandro de Alexandris.

Lib. 9, ad Almanzorem.

A las medecinas contra veneno por excelencia se llaman vezárticas.

Monardes, en un libro que escribió de las cosas de las Indias.

Monardes.

Turquía eſtiman mucho unas piedras que se hallan en las hieles de algunos bueyes, y que son buenas para muchas enfermedades, y anſí miſmo varios autores modernos dicen que se crían piedras en las cabezas de algunos peſcados, y aun Ariſtóteles dice que se hallan en otros animales, de que hemos hecho mención. Pero, pues es nueſtro intento tratar de los afectos y piedras que se hallan en los hombres, no quiero traer autores que tratan de otros diverſos animales irracionales, y para cumplirſe lo prometido y supueſto en eſte capítulo, que era en qué miembros de los cuerpos humanos se hallan piedras, será bien al preſente tratar en qué miembros del cuerpo humano, que es el sujeto de que tenemos preſupueſto tratar, y para mayor declaración digo que tenemos de entender que se hallan piedras no menos en los cuerpos de las hembras que de los varones, y eſto declarado, digo, anſí se hallan en los livianos, hígado, bazo, mollejas, hiel, tripas, riñones, y en la vejiga, y en otros miembros de nueſtro cuerpo; eſta sentencia es de Paulo Gineta, y en el miſmo lugar, cuenta de un hombre que padecía de una tos antigua, y habiéndole hecho remedios para ella, y no ceſando eſta paſión, un día, tomándole tos, y toſiendo con gran fuerza y violencia, una vez yendo a eſcupir, echó una piedra dura y grandecilla, y el miſmo Paulo, en el miſmo lugar, trae de opinión de Traliano, que habiendo uno echado una piedra, tan dura como la que en la vejiga y riñones suele hallarſe, por eſpu-

Hállanse piedras en hembras y varones.

Gal. in lib. de lapide vesica et renum.

Avicena.

En los miembros que se halla piedra.

Lib. 3, cap. de usi.

Historia notable.

Cap. y lib. alegato.

to. Y el miſmo Paulo refiere que un otro hombre que padecía eſputo de sangre, que había eſcupido y echado cuatro piedras duras a vuelta de la sangre, y señala que peſaban eſtas piedras cuatro onzas. Anſí miſmo, Aecio, autor grave, dice que él vido hallarſe en la madre de la mujer, y que daba graviſſimos dolores. Pero Galeno afirma hallarſe piedra en las tripas, y él miſmo también lo afirma que se crían allí en el pulmón, que es lo que en nueſtro caſtellano llamamos livianos, lo cual anſí miſmo trae Avicena, eſto es sentencia de muchos autores graves, anſí árabes como griegos, antiguos como modernos, y no sólo en los miembros referidos, pero haberla ellos viſto debajo de la lengua, y de duriſſima subſtancia. Y Paulo Gineta trae una hiſtoria, de sentencia de Galeno, que cierto hombre padecía un teneſmo, que es lo que en caſtellano se llama pujo, que es gana de hacer cámara sin hacella, y que siendo muchos días moleſtado deſta paſión, al cabo de algún tiempo, echó por la silla una piedra grande, y quedó libre del todo deſta enfermedad, y contentiſſimo, y que no cauſó poco eſpanto a los circunſtantes.

Otra historia de Paulo.

Loco alegato.

Cap. de lapide et de affectione uteri.

Lib. 6, de locis affectis.

Jen. 6, lib. 3, tratado 6.

Abenzoar.

Lib. 3, cap. 12.

Lib. 3, de locis affectis.

Historia.

Y es cierto que vino a mí un caballero extranjero a curarſe de una carnoſidad en la vía del pudendo, y luego hechas mis prevenciones, que para tal caſo suelo hacer, y llegándole a tocar con una candelilla, le hallé una dureza grande, que por entonces me pareció calloſidad, según era la reſiſtencia que hacía al tacto, y procedí por la método

Historia maravillosa y nueva.

acoſtumbrada, y a cabo de muchos días que fuí curando, me parecía siempre eſtar de la miſma manera, sin hallar ventaja en la cura, y ser la candela de poca importancia, y que sin hacer efecto se me doblaba y quedaba inútil para aquel daño, y eſtaba sin término de cumplirſe nueſtra intención, me pareció paſarme al uſo del plomo, como de coſa más sólida que la cera, viendo, pues, tanta reſiſtencia en el callo, y tan poca eſperanza de cumplir mi fin, determiné paſarme al inſtrumento ciſorio, hecho de mi propia induſtria, invención curioſa, aunque cruel, pero remedio extremo, del cual trataré en su propio lugar, placiendo a Nueſtro Señor, cuando tratare deſta cura, que será, como tengo prometido, en el libro tercero deſta obra, y con él abrí algún tanto la dureza, y sin duda penſé que era algún callo, pero no fué sacado el inſtrumento, cuando salió mucha materia, y sin duda era algún cirro que tenía alguna parte supurada, y entrando más adentro, me pareció que topé subſtancia más sólida, y apretando un poco más, entendí claro que era piedra, que acaſo se le había engendrado en el abceſo, y con la fuerza que puſe se quebró y salió a pedazos, y juntos los pedazos haría un cuerpo de dos avellanas, y también puede tenerſe soſpecha si se engendró allí o no, pero eſto me aconteció, mas en abceſo engendrarſe, coſa es de que hizo mención Galeno, Pablo, y Aecio, y Avicena, y por eſto no es maravilla; pero es lo contado, por haberſe engendrado en tal lugar, que es lo que voy

Advertencia.

Cuya figura pondré en su lugar.

Cap. 8.

Lib. 2, ad lauconem, cap. de abcesu.

declarando. Y otro suceſo me pareció contra aquí admirable, y fué: que un capitán, valeroſo soldado, en un aſalto le dieron un alcabuzazo en la región del muſlo, en la parte que se junta a la cadera, y no pudo en la cura ser hallada la pelota, aunque se puſo la poſible diligencia, y pasados algunos días, y eſtando en eſta corte, se le vino a hacer en la parte de abajo del muſlo una apoſtema, y aunque le hacía impedimento, no le dolía, que al parecer moſtraba ser un cirro, y como le crecía, determinó curarſe y me llamó, y viſto el tumor e hinchazón, comencé a aplicarle los remedios dedicados para aquel efecto, y procediendo con la cura, se supuró una parte del cirro, y luego me pareció abrirle, y poniéndolo en ejecución, le hallé dentro una piedra tan grande como una nuez, que me quitó la soſpecha ser de arcabuz o de moſquete, que si el tamaño no se hallara, se podia creer era de subſtancia duríſima, y al fin averiguadamente se engendró, poco a poco, como la que se engendra en la vejiga, y lo que más eſpanto fué, que sanó breviſimamente, es con feliciſimo suceſo, quedando como si nunca hubiera eſtado malo de coſa alguna, y aunque ya tenemos de Galeno, en los lugares alegados que tenemos dicho, pero por cuadrar a nueſtro propóſito, lo torno al preſente a referir, y en eſto no hay que parar, pues de tantos y tales autores eſtá traído, y que en los abceſos se hallan no sólo piedras, pero otras muchas alteraciones, como pelos, palos, cieno, yeſo, de lo cual

Historia.

En el muslo se engendra piedra.

Lib. 1, de Arte curativa ad gl. 13, de morbis curandis.

Paulus, cap. de abcesu, et Galeno locis citatis.

bien a la larga traté en mi *Compendio de Cirugía,* a donde lo podrá hallar el que fuere curioſo y quisiere eſto saberlo de raíz, donde digo yo haberlo viſto muchas veces en abceſos que he abierto, y sólo diré de un hombre a quien, junto a Alcalá de Henares, le abrí una poſtema y muchas, y de ellas le saqué piedrezuelas de los artículos de las manos y de los pies; eſte hombre era de Santorcaz, y digo que algunas piedras eran del tamaño de pequeñas avellanas, y es el negocio que en acabado de sacarle una piedra, de allí a muy poco tiempo se le tornaban a hacer, y este caſo se podrá contar del invictíſimo Carlos V, Emperador de buena memoria, Rey de Eſpaña nueſtro Señor, que de la miſma manera le sacaba piedras de los miſmos abceſos que se le hacían en los artículos, y de la miſma forma se le tornaba a hacer, y anſí miſmo me ha acontecido sacar piedras de apoſtemas de garganta y en apoſtemas debajo del brazo y de otros muchos lugares de nueſtro cuerpo, de lo cual lo tengo, y bien a la larga, referido en nueſtro *Compendio de Cirugía,* y allí se podrá saber la cauſa deſto, quien lo quiſiere ver lo hallará allí tratado con claridad, y aun en particular, que abriendo apoſtemas saqué piedra de diverſas colores, que parecía haberſe hecho artificialmente, y eſto en partes carnoſas. De lo cual hace mención Tagaulcio tratando deſtas de los dichos abceſos. Muchas coſas pudiera traer acerca deſto, pero como no es nueſtro intento tratar de ello, no quie-

Historia.

El invictísimo Carlos V, emperador de Alemania, los criaba en los artejos de pies y manos.

ro ser prolijo, pues muchas de ellas acontecen a cada paſo, y no hay para qué contar otras, que, por su dificultad y ser raras, no serán creídas, pero baſta haberlas comprobado con tantos y tan graves autores. Otros dicen hallarſe en las narices, en la madre de las mujeres, tripas, como Galeno cuenta por coſa de admiración salir piedras del hueco de la tierra. De lo cual hace mención Ariſtóteles. Y por ser eſto coſa tan notoria, no hay que alargarme en ello; pero por ser rara coſa, también me pareció contar un caſo de grandíſima admiración y raro: que eſtando un caballero aragonés malo de una supreſión de orina, al cual le puſe candelilla y no aprovechó, y llamé médicos por parecerme caſo raro, y venidos, se conformaron ser el daño en las ureteras, y anſí le hicimos infinitos remedios, como ſangrías, purgas, eſcadificaciones y baños, y no aprovechando coſa, acabó, y teniendo deſeo de saber el caſo, le abrimos, y tenía en las ureteras una sarta de piedras por la parte de fuera como garbanzos y como avellanas, las cuales comprimian los dichos canales y no dejaban paſar la orina, coſa que ningún autor había tocado. Y así trataremos de las piedras que vemos engendrarſe en los riñones y la vejiga, y por ser coſas tan ordinarias, y para llevar en eſto el camino claro y patente, será bien tratar de las que se engendran en los riñones, y no sólo deſta paſión, pero de todas las que a eſte lugar suelen suceder, y deſpués tratar de la piedra de vejiga y de las enfermedades deſte

Lib. 4, de sanitate tuenda.

Lib. 2, Meteoror.

miembro, y en la tercera parte de las carnoſidades (como tengo prometido), pero porque tenemos de tratar de los riñones, será bien, y aun neceſaria coſa, tratar de la diſección de los riñones, para que con mayor claridad podamos proceder en el discurſo de la curación de todas eſtas enfermedades, que es el principio para conſeguir el fin deſeado.

CAPITULO III

EN EL QUE SE TRATA DE LA DISECCIÓN Y ANATOMÍA DE LOS RIÑONES Y DE SU USO Y SITIO

Por parecerme coſa tan neceſaria habiendo de tratar de las enfermedades que sobrevienen a los riñones, será bien entender la fábrica y compoſición deſte lugar, y también su uſo y neceſidad, pues de aquí se ha de entender cuáles y cuántos medicamentos, y el lugar donde se ha de aplicar, que no es de menor neceſidad que todo lo que se puede traer al preſente, pues es meneſter tanto saber el lugar a donde se tienen de aplicar los remedios. Y anſí digo que los riñones son dos, porque faltando el uno pueda el otro hacer el oficio de entrambos, como los ojos; son de subſtancia grueſa, más que es el hígado, y más maciza, y todos los anatómicos dicen que son de subſtancia más dura y sólida que el hígado por cuatro razones: la primera es porque el cuerpo denſo es más fuerte para atraer la superfluidad seroſa y acuoſa del hígado y de otras partes de donde viene la segunda, porque

Vesalio, Carolo Stefano. Galeno, de usu partium.

Por qué los riñones son de más dura sustancia que el hígado.

han meneſter mantenimiento para suſtentarſe, y como trae la acuoſidad, trae a vuelta sangre para su suſtento y juntamente de cólera citrina que se expurga por la orina, lo cual todo tiene cantidad de peſo y gravedad, y por eſo fué neceſidad que su subſtancia fueſe dura y denſa para poderlo suſtentar y sufrir; la tercera razón fué porque no atraigan sino lo sutil, porque si fuera subſtancia eſponjoſa y blanda, atrajera lo grueſo y eſpeſo, como lo suele atraer el bazo, que atrae el humor melancólico del hígado; la última razón que fueſen los riñones de subſtancia grueſa, es porque no se humedecieſen y recibieſen ofenſa de la superfluidad acuoſa, porque de fuerza había de ser continua. Autores deſto son muchos y muy graves, son de complexión cálientes y eſtán sujetos a padecer todas las enfermedades que se hallan en la temperatura y también en mala compoſición y en solución de continuidad, y eſto eſtá claro, pues puede padecer inflamación, como se dirá en su propio capítulo. Y también digo que suele padecer la deſtemplanza deſnuda, como sin humor, y con el que es, lo que dice Avicena, con materia y sin materia, en la compoſición de los riñones no se hallan hilos ni hebras algunas, como en el bazo e hígado; pero eſtán llenos de venillas y de arterias, las cuales sirven para hacer la obra, para la cual fueron conſtituídos de naturaleza, que son uſando y sirviendo para las cuatro virtudes naturales que son atatriz y retentriz y concotriz y expultriz, todo

Balverde, in cap. de renibus.

Montaña, Avicena, fen. 2, lib. 6, tratado 1. Vesalio, Carolo Stefano, Realdo Columbo, Ximeno, propriis in capitibus.

Gal.: lib. de dif. mor. cap. de distemperie.

eſto es sentencia de Veſalio, Carolo Stefano, Balverde, Realdo Columbo, Montaña, Silvio y Ximeno, doctiſimo valenciano, lo cual también es de Galeno en su *Anotomía* y en un libro que compuſo de *Renum affectibus,* a donde da la razón que fueron dos: como dos manos, dos ojos, dos oídos; Carolo Stefano refiere, que viendo su maeſtro una anotomía halló que en medio del eſpinazo eſtaba un riñón fijo y no más, llámanſe riñones de algunos autores como ríos, a lo menos dicen que se llaman anſí, porque corre por ellos, como los ríos, y lo que corre son humores acuoſos y serosos de las venas de las arterias del hígado, bazo y de los tuétanos; finalmente, corren a ellos todos los humores deſta calidad, los cuales se expurgan de todo el juego y cuerpo humano, y de allí deſciende a la vejiga por las vías y canales, que se llaman ureteras; eſto hay autores que lo digan. El sitio dellos es en el eſpinazo, a donde llegan la decena, oncena y docena coſtilla, por donde tuercen a la parte de atrás, un poco más bajo que donde llega el diafragma, que divide el pecho del vientre inferior que se llama epigaſtrio, en nueſtro vulgar vientre: el uno dellos eſtá pueſto a la parte derecha, y el otro, a la izquierda, y no eſtán iguales por la mayor parte, porque el derecho de ordinario eſtá más bajo; el uno eſtá debajo del hígado, y el otro debajo del bazo; todo eſto nos enſeña Veſalio y Carolo Stefano y los demás eruditos anatómicos alegados, y anſí miſmo Galeno. Eſto,

Capitibus propriis de renum difectione. Lib. de anotomocis administrationibus. De renum affectibus et libris de usu partium.

Realdo Columbo y Silvio.

Balverde, in proprio cap., y Ambrosio Pareo, cap. de renibus.

En lo de renum affect. y libris de usu partium.

pues, dicho, los riñones eſtán cubiertos de dos túnicas o telas diferentes en nacimiento y en subſtancia: la primera cubre el riñón alrededor y tiene su principio y nacimiento del peritoneo, de aquella parte donde los riñones eſtán arrimadas al eſpinazo, de la cual parte nacen venas, hebras nervoſas que se ingieren y convierten en la miſma tela, y eſtá sembrada de venillas, de la miſma manera que el miſmo peritoneo, de la cual gordura se ayuda para hacer mejor su oficio; la segunda tela es más delgada que la primera, a la semejanza que la que cubre el hígado y el bazo; pero para que mejor podamos declarar, el uſo y oficio y facultad para lo que fueron fabricados de naturaleza, será bien tomar más de raíz eſte negocio. Para lo cual hemos de entender que luego que el mantenimiento comemos, se hace la primera alteración dél en la maſticación, y entra por una boca que se llama eſtómago, a la cual eſtá pegado el tragadero, y eſta boca es ancha, y luego se comienza a cocer, y cocido, se hace quilo, con la facultad del calor natural del miſmo estómago, y eſte quilo reſulta del mantenimiento (como tengo dicho), es una subſtancia blanca, de lo cual el eſtómago toma lo que ha meneſter para mantenerſe, y cuando ha tomado lo que le conviene, luego lo que queda lo expele, con ayuda de la facultad exputriz, lo cual deſpués va a dar a otra boca que los anatómicos llaman píloron, que eſtá en lo más hondo del eſtómago, y éſta es muy menor que la

Carolo Stefano, prop. cap.

Hoc. efc. Galeni, lib. de anatomicis administrationibus, et de alimentorum facultatibus.

otra que dijimos llamarſe boca de eſtómago; pero quiero advertir que el píloron no es boca tan angoſta que no quepa por ella un eſcudo y un anillo, porque por experiencia tenemos que se tragan un anillo y un eſcudo y le vemos echar por la cámara, y, finalmente, el quilo baja por el eſtómago por unos canales que toman su principio de la otra puerta segunda que es el piloron, y deſtos canales va parte a las tripas, que llamamos graciles o delgadas, a donde el quilo se perfecciona más, y se diſpone, para que ido al hígado, se haga sangre, y deſto es el camino por unas venillas que llamamos meſenterio, y digo que eſtán inſertas en el que vulgarmente se llama entreſijo; otra parte va a las tripas y se junta con las heces, como excremento, y con ellas se expele, y cuando eſtá en el hígado recibe forma de sangre, y eſto se llama maſa sanginaria, de la cual el hígado se mantiene, y cuando ha tomado lo que ha meneſter para suſtentarſe y mantenerſe, lo demás que sobra lo envía y diſtribuye por todo el cuerpo, por las venas, fabricadas como inſtrumento para eſte oficio de naturaleza, para que por ellas vaya a mantener los demás miembros del cuerpo, y para que pueda ir con más facilidad se mezcla la bebida, porque pueda haciéndoſe con ella más líquida, para que con mayor facilidad pueda ir a hacer su oficio, y anſí lo hace, y deſpués que ya ha hecho su oficio, parte del agua se diſcute y reſuelve, y parte della se torna por el miſmo camino por donde fué al

Andrea Vesalio, Carolo Stefano ét Balverde, in cap. prop.

Hoc est Vesaliis in cap. prop.

tronco de la vena grande, como excremento de la maſa sanguinaria, que como Galeno e Hipócrates lo llaman *serum sanguinis,* y es lo que llamamos urina.

Balverde in cap. proprio.

Eſto es de Galeno en algunos lugares, la cual del tronco dicho, y del hígado deſciende a los riñones por dos canales y venas, llamadas emulgentes: una de la parte derecha y otra de la parte izquierda; de la vena y arteria grande, que se llaman, como tengo dicho, emulgentes, que quiere decir vaciaderos, éſtas van a ingerirſe y meterſe en los miſmos riñones, y con ellas se mantienen chupando la sangre que viene por ellas, que viene mezclada con lo que llamamos urina, y para eſte miniſterio eſtá hecha, en medio de los riñones, una concavidad y hueco, para que la seroſidad y sangre, que viene mezclado, se cuele y expela. Es el hueco hecho a manera de embudillo, y de allí, colada, va a las vias que llamamos ureteras, que son los caminos por donde camina la urina a la vejiga, de los cuales diremos a la larga, en su lugar propio, cuando trataremos de la anatomía de la vejiga. Eſtas dos venas emulgentes, que son deſaguaderos del hígado, éſtas se juntan en la subſtancia de los riñones y se hacen una túnica grueſa, como la de las arterias, la cual se diſtribuye por todo el riñón, dividiéndoſe en dos partes. La una va a la parte delante del riñón, y la otra, a la parte de atrás del riñón, y la que va a la parte delantera se diſtribuye, cuando en seis, cuando en siete ra-

Lib. de crisibus et aliis-tocis.

Es también del mismo Galeno, libro de facultatibus, et est etiam Vesaliis.

Balverde, in eodem cap.

Vesalio, proprio cap.

Carolo Stefano y Ximeno, in cap. prop.

millos, y alguna vez, en más, y éſtos todos se tornan a juntar y forman y conſtituyen un septo en el riñón, que es un atajo, haciéndoſe dos senillos pequeños, que el uno, ordinariamente, eſtá teñido de sangre, y el otro, que dijimos hacerſe a manera de embudillo, aparece siempre lleno de la seroſidad que llamamos urina, que es como colatorio para los vaciaderos dichos. Eſto es lo que para nueſtro propóſito sucintamente he tratado. Y con eſto, el que fuere curioſo y quiſiere aprovechar en curar las enfermedades que a eſte lugar sucediere, bien pudiera alargarme en la anotomía deſte lugar, pero porque deſto tengo otro tratado de la diſección del cuerpo humano, allí trataré, y bien a la larga, deſte lugar, porque lo dicho baſta para eſta doctrina, y en el lugar que ahora lo dejo es meneſter tener cuenta, porque de aquí tengo de comenzar la anotomía de la vejiga cuando tratare della y de sus enfermedades, advirtiendo primero que el curioſo lector, si es médico o cirujano, lea a Galeno, Veſalio, Carolo Stefano, y a Balverde, y a Jacobo Silvio, y a Realdo Columbo, y a Montaña, que son los que deſte negocio trataron eruditíſimamente y de propóſito, y también entre éſtos puede poner a Ximeno, doctíſimo valenciano, y el primero que, con elegancia y erudición y gran deſtreza, comenzó a poner la ejecución de cortar y a hacer anotomía en la ciudad de Valencia, donde tanto reſplandece la Medicina y la Anotomía al preſente, y no menos la hiſtoria de las yerbas y

Balverde no quiere que sea embudillo, ni Vesalio, antes condenan a Carolo Stefano.

otras curioſidades tocantes a eſta facultad; y no tengo yo poca jactancia de haber gaſtado en eſta ciudad algún tiempo y tener por maeſtro al peritíſimo Dr. Collado y al Dr. Ximeno, y con eſto me parece dar fin a la diſección de los riñones, que tanto importa para conſeguir fin tan deſeado.

CAPITULO IV

EN EL QUAL SE TRATA QUÉ COSA SEAN ARENAS Y CÓMO SE ENGENDRAN EN NUESTROS CUERPOS Y SU CAUSA, Y DE LA PIEDRA

Porque mejor procedamos en nueſtra doctrina y que no quede coſa por decir y declarar, me pareció tratar qué coſa sean arenas y cómo se engendran en nueſtros cuerpos, anſí miſmo que sea la cauſa dellas, que tanto son mentadas y tantos padecen eſte mal, que cierto he conocido a muchos que se me han quejado dellas, y anſí miſmo, de la piedra, que tanto miedo pone de oírlo mentar, y primero será meneſter declarar qué cauſa sea la que tal efecto imprime en nueſtros cuerpos y tantos accidentes y tanta moleſtia da al que padece eſte mal, como eſcozor, ardor de orina y otras indiſpoſiciones graviſimas de que tenemos ya tanta experiencia y a cada paſo lo vemos; y primero me pareció tratar qué cosa sean arenas, comenzando por su definición: son, pues, unos corpeçuelos menudos, duros y muy secos, lo cual es a todos ya

Michael Angelo Blondo, lib. de carunculis et de lapide renum et vesica.

coſa conocidiſſima, tanto, que no hay ninguno que no sepa lo que es el arena, y llámeſe anſí: abherendo, que quiere decir: porque se allega, y también se llama anſí por la semejanza que tiene a la arena exterior, como la que se halla a la orilla del mar y de los ríos, porque muchas enfermedades toman el nombre de la semejanza, como porque el pólipo parece al pulpo marino, se llamó pólipo, y el cancro, que es el çaratán, al cancro marino, y las arenas de nueſtros cuerpos, parecer a la de los ríos, y exterior arena que se halla por las dichas riberas, es meneſter, pues, tener noticia de lo que dijimos en el capítulo paſado: que se hallaba piedra y arenas por la mayor parte en los riñones y la vejiga. La piedra, según Gal., libr. I de *Locis affectis,* es enfermedad trabajoſa y es un cuerpo duro como las piedras de acá fuera; es enfermedad, en número, en exceſo preternatural. Eſto es de Galen., lib. de *Differentis morborum*, y de Paulo Gineta. Reſta ahora tratemos por qué razón las arenas y piedras unas son negras, otras pardas, otras amarillas, otras blancas, y otras coloradas, y otras cenicientas, que cierto parece coſa de admiración la variedad de los colores siendo criadas en nueſtros miembros, y aun en uno solo hallarſe todas eſtas colores, y por ello, como coſa que pone eſpanto y de miſterio, me pareció no paſar sin declarar la razón deſte negocio, porque unos han querido decir que difieren los colores en el lugar donde se engendran, y que las de los riñones son

Tagautius.

Galeno, in pluribus locis.

Gal., lib. 1, de locis affectis.

Gal., lib. de differentis morborum, y PauloGineta.

bermejas, por razón que es deſte color el lugar donde se fabricaron y las de la vejiga son blancas, porque es miembro de color blanco. Pero, aunque eſtá eſto recibido en el vulgo, me parece que para la averiguación deſto es meneſter paſar adelante, y anſí yo he procurado, como mejor he podido, buſcar las cauſas deſta diverſidad de color. Eſto presupueſto, que entre los autores que deſte miniſterio eſcribieron, hallé que Michael Angelo Blondo, varón doctíſimo, que en un libro que compuſo de piedra, donde dice: Que eſta diverſidad y diferencia de colores conſiſte en más o menos calor, diciendo, que si el calor es poco y flaco, sea en riñones, o sea en vejiga, serán las arenas o la piedra blancas, y si fuere menor, con poca deſtemplanza, serán bermejas, y si fuere fuerte, caliente en demaſía, que baſte a quemar los humores, serán negras las arenas, y si fuera tanto el exceſo de calor, que de todo punto acabe de abraſarlas, serán cenicientas, y para mayor comprobación, trae, por ejemplo, de los alquimiſtas, que con grandíſimo cuidado y advertencia eſtán velando el fuego, porque si se les paſa a más de lo que es meneſter, se les va la obra como humo y se les pierde todo como tal y se deſhace su trabajo, y la miſma pérdida acontece si el fuego no llega a lo que es meneſter y al punto que ha de tener para salir con su intento, y deſta miſma manera es en los riñones cuando se ha de engendrar la piedra, que si fuere el calor flojo y flaco, las hace blancas, y, al fin,

Michael Angelo Blondo, lib. de lapide vesicae.

La causa de la diversidad de colores de la piedra.

De dónde vienen las arenas negras. Las de color de ceniza.

por no repetir eſto tantas veces, hace el efecto dicho. Pero, acerca deſto, lo trata Galeno más claramente, y me parece que es lo que se ha de tener, que eſta diverſidad en los colores proviene por dos cauſas: la primera, por el lugar donde se engendra, y la segunda, por la materia de que se hace, y anſí se ha de contemplar el humor, que es lo que llamamos materia; si fuere sangre grueſa, serán coloradas o bermejas; si de humor colérico, amarillas, y de la flema, serán blancas, y si de la melancolía, negras, y en eſto también habrá más y menos, que los humores pueden ser naturales o preternaturales, que en eſto también conſiſtirá más y menos grados de calor en las arenas o en las piedras. La otra cauſa, que también tomaban el color del lugar, es como de la vejiga, que es nervoſa, y por eſo es blanca, y en los riñones, que es el color dellos colorados, serán rojas; sólo la cuestión acabo, que lo que digo de las piedras se entiende de las arenas. Una coſa sola me queda por decir: que si en la materia, que es en los humores hubiere mezcla dellos, que la miſma piedra traerá diferentes colores, como lo hemos viſto en muchas que se sacan cada día, y eſto dicho, es meneſter venir a la cauſa, y digo: que, según Galeno y Avicena, y de Aecio, Paulo, y de Traliano, y de todos los autores, anſí árabes como modernos, que son de cauſas de la piedra y arena, una es material y otra eficiente; por la material, tenemos dicho entenderse los humores. Autores deſto son Ariſtóteles y

Lib. de renum affectibus et de lapide vesicae.

Dos causas de la diversidad de colores.

Segunda causa de la diversidad de colores.

Alberto Magno, y en el mifmo lugar, dicen eftos autores, que humor sólo terreftre no puede ser caufa material de que se engendre la piedra, si con ella no hay humor glutinofo que la abrace y allegue, y de aquí se entiende que las arenas se engendran anfí por faltarles humor glutinofo, porque juntarfe lo mifmo; todo refiere Hipócrates, y dice que la piedra de los riñones y vejiga tienen por causa material la flema.

Efta doctrina trae muy bien Alberto de Xaxònia, y todos confirman la mifma, y para que con mayor doctrina y más claridad procedamos, será bien en efte capítulo, sola y diftintamente, tratemos de la caufa material, y en el siguiente trataremos de la eficiente, y efto dividido, que la caufa material o es propincua o es remota, y otros dicen que hay otra remotífima. Efto es de Guillermo de Saliceto, árabe, la caufa propincua es el humor grueofo, crudo y vifcofo, que eftá ya en la parte de los riñones, punto que los médicos suelen llamar caufa conjunta. La caufa remota es la que llamamos propincua, salvo que difieren en que la propincua eftá ya afentada en los riñones y la remota no, pero en lo demás son de una mifma subftancia, calidad y forma; la caufa remotífima debe llamarfe el mantenimiento de que se engendran los humores dichos, glutinofos y vifcofos con gruefeza, y finalmente, será bien que digamos los mantenimientos de que eftos humores se engendran, y dichos algunos, quedará a la difcreción del médico

Lib. de mineralibus.

Lib. 3, cap. de lapide.

Los mantenimientos malos para esta pasión.

elegir lo que conviene. El mantenimiento ha de ser de grueſa subſtancia y dificultoſo de cocer, como de las carnes los que eſtán aparejadiſimos a engendrarla, son los siguientes: vaca, puerco, cabra, cabrón, oveja, venado y cualquiera carne acecinada, es la más aparejada a hacer eſte efecto, y anſí los que solían antiguamente vivir en Alejandría, éſtos eſtaban sujetíſimos a humores melancólicos y a piedra, y a cancros, que es lo que llamamos çaratanes, como lo dice Galeno en muchos lugares; carne de liebre grande es maliſima, y finalmente, todo lo que fuere duro de cocerſe, y dificultoſo de los peſcados, los siguientes: congrio freſco, y acecinado, que en Portugal lo llaman çafio, marraxo, atún freſco y salado, tollo, toñina, anguila, lamprea, pulpo, bonitalo, palomillas, morenas. Y finalmente, todos los peſcados que se engendran en lagunas retenidas que no corren, y por eſta razón, todos los peſcados de Guadiana son maliſimos, y aparejados a engendrarſe eſta paſión; son también malas las ranas, y finalmente los peſcados acecinados son vituperados para eſte negocio, de donde reſulta, que todos los peſcados de grueſa subſtancia, o sean, de mar o de río, se deben condenar, y acuérdome haber leído en Pero Mexía, que en muchos lugares marítimos eſtaba eſtatuída una ley, y publicada con edicto público con grandes penas, que ninguno comieſe de ciertos peſcados que tenían señalados, que eran perjudiciales para eſtas y para otras paſiones, y con eſtos eſtaban libres y

Gal., lib. de bono et malo suco et de alimentorum facult.

Lib. 2, ad Glau. et lib. alimen. facultatibus, libro de bono et malo suco.

Pescados dañosos.

Por qué el pescado de Guadiana es malo.

Laguna.

Pero Mexia: de varia lectione.

sanos, sin caer en eſta ni en otras enfermedades. También son deſte jaez los laticinios, que son los que se hacen de leche, como natas, queſo freſco y añejo, y la miſma leche no es buena, porque fácilmente se corrompe, y corrompida, engendra crudezas, que son maliſimas para eſta enfermedad, como nos lo mueſtra Galeno en los lugares alegados y en otros muchos, y también se saca de aquí que aunque los mantenimientos sean buenos, si se comen en mucha cantidad, que no puede cocerlos naturaleza, se encrudecen, y vienen a hacer el miſmo daño, que es engendrar piedras y arenas, y no sólo eſto, pero que pueden los buenos mantenimientos encrudecerſe por falta de calor natural, y hacer eſta paſión los medicamentos o alimentos demaſiadamente calientes, y con eſto tienen en sí acrimonia y agudeza, y es, que como los comemos, luego que en nueſtros cuerpos entran, se consume lo sutil y queda lo grueſo, quedando diſpueſto a engendrar eſta paſión. Muéſtralo eſto Galeno, libro alegado, eſtos son como ajo, moſtaza, axi, que en caſtellano se llama pimienta de las Indias, cebollas, maſtuerço, oruga, puerros, pimienta, canela, jengibre, clavos, nuez de eſpecia. Pero quiero que se entienda cuando deſto se comiere demaſiada cantidad y sin orden, como algunos suelen glotonear y comer sin razón ni sin conſideración, porque no se entiende cuando se come con templanza (dicho de la comida) será bien decir; los daños que reſultan de la bebida, que no suelen ser

Testib. Galeno et Avicena et aliis graviſsimis auctoribus.

Et de lapide vesicae. Lib. de renum afect.

menos perjudiciales que los de los mantenimientos, beber aguas gruesas encharcadas, turbias, saladas y crudas, suelen hacer esta tan temida enfermedad. De la misma manera vino cocido que se hace de muchas maneras, con especias que uno se llama clarea, otro hipocrás, valmasía. El mismo daño hacen vinos nuevos fuertes, porque tienen en sí muchas crudezas, y tienen gruesa substancia, y también muy añejos, adobados con tierra y con otras cosas, que verdaderamente son tan perjudiciales, y pestilencia de la república, en figura de romero no nos conozca Galván, porque unos se adoban con tierra, otros con yeso, otros con cal, otros con manzanas, otros con claras de huevos, con almendras machacadas, y con otras muchas cosas que tienen mucha malicia, que estragan de manera los estómagos, que hacen que los hombres abrevien la vida, y lo que vivieren lo vivan con mucho trabajo y pesadumbre, lo cual se debería remediar, y pedirse en Cortes con mayor diligencia que se pidió en las Cortes de Córdoba, que si entonces se pidiera con tanta diligencia cuanto es el daño que hace, fuera una de las cosas más útiles a la república, y es de entender que aunque estas cosas son de sí perjudiciales, lo son mucho más si de ellas se usa en tiempo no oportuno, como despues de haber comido bien, y más siendo los mantenimientos gruesos, y que declinen a flemáticos, porque estas bebidas, con su acrimonia y agudeza, se llevan tras sí todo lo que está crudo, de donde clara-

Gal.: Libro de sanitate tuenda.

Hip.: lib. de locis et aqua.

Que se debe evitar el adobo del vino.

mente reſulta ser coſa grave y perjudicial a la salud, lo cual nos enſeña y declara Galeno en muchos lugares, como en el sexto libro de las *Epidemias* sobre un texto de Hipócrates, que comienza *in renem dolor gravis,* en él pone. Que el humor grueſo, y flemático, y glutinoſo, es la cauſa material de eſta paſión. También nos enſeña Hipócrates, que suele ser el aire cauſa deſta paſión y la mudanza del lugar y de coſtumbre. Y Galeno, en los aforiſmos, allí dice claro, que la mudanza de coſtumbre de región del aire hace muchas enfermedades, y anſí pone el miſmo tanta fuerza, que dice que aunque uno eſté acoſtumbrado a ruines coſas, que no las mude súbitamente, porque ofenden mucho, y particularmente el Galeno lo dice en el texto de el aforiſmo alegado, que las mudanzas dichas vienen a ser cauſa material de la piedra, y de otras muchas; y aun se saca claro del vulgar proverbio, que mudar coſtumbre es apar de muerte. Lo cual Hipócrates confirma en otro aforiſmo, diciendo que en la cura se tiene de dar algo a la coſtumbre, y anſí puede ser cauſa material: la hambre, el tiempo y la tierra, y la razón deſto es, porque se conſume lo sutil y queda lo duro, como suele acontecer en los cirros cuando se hacen de inflamaciones, que por poner medicinas que reſuelven fuertemente, se deſhace la sutil y queda lo duro, y se viene a poner duro como piedra. Eſto es de Galeno en muchos lugares, y de la miſma manera puede acontecer en nueſtro cuerpo, que con la dieta demaſiada se reſuelve lo sutil y lo demás cobra

Gal.: libro de sanitate tuenda. Lib. de renum affect. Lib. 6. Epidemiarum.

In loco Epidemiarum citato.

Hip: lib. 3. Aforismorum, afor. 1, et Galeno, in eis comentario.

Eodem textu Gal.

En los Proverbios et Hipócr., Aforismorum, afor. 50 y 51, et in eiusdem comentarie Gal.

Lib. 2, ad Glauc., cap. de cirro, et 13, de morbis curandis et de compositione, lib 6,

med. También es de Guido y Vigo.

dureza y se hace piedra. Eſto acontece más en sujetos coléricos, por ser más reſolubles, en los cuales con mayor facilidad acontece que en las demás complexiones, y anſí queda lo térreo y el calor demaſiado, que hallando algún humor glutinoſo, se congela la piedra, lo cual diremos cuando trataremos de la cauſa eficiente, y en donde trato del modo de engendrarſe la piedra, y en el capítulo donde trato de la regla que se ha de tener en preſervarſe deſta paſión, allí traigo de los mantenimientos que tenemos de uſar en tal caſo. Reſta ahora decir, que no sólo la piedra se engendra de crudezas y humores flemáticos, pero de todos humores de nueſtro cuerpo, anſí naturales como no naturales, y eſtos eſtán aparejados a recibir alteraciones, anſí de arenas como de piedra; finalmente, ſon ya cauſa propincua cuando ya eſtán en el lugar diſpueſtos a recibir eſta tranſmutación, y antes son cauſa remota. Y antes que se coman son la remotíſima; eſtos humores dichos, crudos, grueſos, flemáticos, viſcoſos, glutinoſos, se mezclan con humores seroſos y delgados, que son vehículo para que corran, aunque son de suyo tardos y poco aparejados a corroimiento. Una sola coſa me reſta por decir: que las arenas o piedras que se engendran en las apoſtemas o abceſos, y las que se hallan en el hígado, y las de los livianos, tienen la miſma cauſa, en el engendrarſe como las de los riñones y vejiga, y por eſo me pareció dar fin a eſte capítulo. Bien es verdad que pudiéramos alargarnos, pero, por evitar prolixidad, me parece que lo que eſtá tratado baſta.

Gal.: lib. de lapide renum.

Esto es de Galeno en muchos lugares.

Gal.: de malo et bono suco.

CAPITULO V

EN EL CUAL SE TRATA DE LA CAUSA EFICIENTE DE LAS ARENAS Y DE LA PIEDRA

A la larga he tratado de la cauſa material de las arenas y piedra que se engendran en el cuerpo humano, y por no hacer confuſión en tan largo capítulo, dije que en eſte trataría de la segunda causa, que era la eficiente, que será apartarnos de confuſión en tal largueza, la cauſa, pues, eficiente, según Galeno en el libro alegado muchas veces, donde dice que la cauſa eficiente es calor demaſiado de las partes donde la piedra se engendra (digo calor demaſiado), se tiene de entender deſtemplado; pero para que procedamos en eſte negocio con buen fundamento, es meneſter sepamos un principio de Galeno y de Ariſtóteles, donde mueſtra que una coſa se dice tal del temperamento que tiene de las cuatro cualidades, que son calor, frialdad, humedad, sequedad, el cual es una debida proporción de ellas compueſta de ellas. Eſte temperamento, sacado de su natural por alguna deſproporción

De renum affectis et de lapide in vesica.

Lib. primethodi.

Lib. 1, Fisicorum.

y exceſo, se deſcompone el cuerpo y un miembro particular y recibe ofenſa, y si va adelante, cobra enfermedades. Eſto es de Galeno en muchos lugares; entre algunas enfermedades, es una éſta que al preſente tratamos, que es piedra y es demaſiado calor, y cuando eſte lugar se deſtemplare a más calor, si no hallare la cauſa material en los riñones, hace la enfermedad, que se llama ardor de urina, enfermedad trabajoſa y moleſta, de la cual trataremos en capítulo particular. Pero si la cauſa material eſtuviere diſpueſta, engendrará la piedra, y si padeciendo los riñones eſta deſtemplanza caliente y viniere la cauſa material de humor grueſo, y no tuviere humidad glutinosa con que se peguen las arenas, entonces quedarán engendradas solos ellas. Algunas veces, la cauſa eficiente de la piedra o arena es el calor templado, y no en exceſo, como lo diremos cuando trataremos de piedra de vejiga y de su cauſa eficiente. Y para que procedamos con mayor claridad y diſtinción, es meneſter saber que los riñones padecen eſta deſtemplanza de dos maneras. La primera por aumentarſe el calor natural en más grados de lo que debe. La otra es porque se diſminuye grado de su natural, y no puede hacer su obra como se requiere y debe. Y esta deſtemplanza es algunas veces inſeparable o es separable. La inſeparable es aquella que tuvieron de su primer principio y nacimiento, y éſta no puede reducirſe a buena templanza, a lo menos dificultoſamente, por ser la propia del lugar, y eſta

Libro 1, de temperamentis, et lib. de sanitate tuenda, et lib. de locis affectis, lib. de inequale intemperiae.

deſtemplanza se halla en otros miembros, como hígado, bazo, cerebro. Y anſí Galeno nos lo mueſtra en el *Tegni,* y por eſo el fraſis de llamar a uno caliente de hígadó, o de eſtómago y cerebro. También eſta doctrina es de Michael Angelo Blondo y de Serapion, que habló deſto muy bien, y también Cartagena en su *Pratica*. La otra deſtemplanza que dijimos que era separable, que se puede corregir y reducir a su templanza, éſta con ayuda de médicos se templa porque ella es aciticia, y entendida con diligencia se ayuda, como lo vemos ordinariamente volver a su natural, porque como fué naturalmente accidental, ninguna duda hay en su reducción, entendiendo bien la cauſa de su destemplanza, que suele venir por paſarse de tierra fría a caliente o por beber coſa caliente, como vinos fuertes y adobados y las demás que dijimos, y a su tiempo diremos, o porque comió demaſiado o coſas calientes, y aunque parezca manera de prolijidad, porque se puſo ropa demaſiada, y también suele ser cauſa deſta paſión llenarſe los senos de los riñones de viſcoſidades y excrementos y taparſe los caminos dellos, y tapados no se pueden ventilar, y anſí crece y se aumenta el calor, de la miſma manera que acontece en hacerſe las fiebres podridas, que se engendran de eſtar prohibida la ventilación del calor natural, y por eſo se hace fuera de naturaleza. Autores deſto son Galeno y Jacobo Silvio y otros muchos y diverſos autores, anſí graves y antiguos como modernos; a

In Arte medicinali.

L. del Tegni.

Cartagena et Serapio, lib. cui titulos est Breviarius.

Gal.: Contraria contrariis curantur.

Cosas por que se destemplan los riñones.

9, Methodi, y en lo de differencia febrium.

In Pratica.

todas las cauſas dichas añadimos otra, y es: porque se echa de eſpaldas y se pone al sol y a la lumbre, o porque duermen en jergón o colchón de pluma, lo cual se uſa en las montañas de Vizcaya. Pero para lo que toca a nueſtro propóſito, lo trae Galeno en algunos lugares que la eſtrecheza de los caminos y angoſtura, y también dice que por la craſicie de su subſtancia se suelen deſtemplar. Estas son las cauſas de la deſtemplanza deſte lugar; pero yo añado una otra, que a mi parecer no es de las menores para que se enciendan demaſiadamente y se deſtemplen mucho, y es la frialdad, porque con ella el calor se reconcentra, y por antipariſtasis se vuelve mayor y deſtempla. Eſto los llamamos aſí médicos y filóſofos, pero digo que la frialdad exterior es la que hace mayor calor, que es la antipariſtaſis la interior: eſta frialdad no sólo no es caliente, pero enfría en demaſía cuando es penetrante, y tras deſta pongo otra que es apoſtema en el miſmo lugar de los riñones, y se encienden, porque el hígado eſtá deſtemplado y los miembros vecinos y circunſtantes, que participan los riñones deſta deſtemplanza. También suelen deſtemplarse por hambre, que como tenemos dicha conſume y enciende, lo cual nos mueſtra la experiencia que con la hambre sale la urina encendidíſima y muy colorada, lo cual viene por demaſiado calor e incendio de los riñones. Eſtas, pues, son las cauſas por que se deſtempla eſta parte, la cual deſtemplanza es la cauſa que llamamos eficiente, y sien-

Lib. de clementis.

Platón y Aristóteles la llaman así.

Gal.: lib. 6, Epidemiarum

Varias causas de destemplarse los cuerpos humanos y miembros particulares, como riñones y vejiga.

Causa eficiente de la piedra.

do la deſtemplanza por alguna de las cauſas dichas, fácilmente podrá reducirſe a su propio temperamento, con facultad de medicamentos contrarios. De la primera deſtemplanza, que dijimos ser inſeparable, trató Galeno en muchos lugares, y de la miſma Avicena grave Arabe, y de gran erudición, y otros sus secuaces, y eſto dicho, digo que será meneſter traer a la memoria lo que dijimos, que eſta deſtemplanza podía ser por tener un grado menos de calor, éſta se ha de entender ser la accidental. Pero eſto puede venir a tener el grado menos de dos maneras o porque por alguna ocasión se enflaquece, o porque la frialdad vence y aniquila el calor natural y le tiene oprimido, y eſta frialdad puede introducirſe en los riñones, por razón de los miembros circunvecinos, o por correr a ellos cantidad de humor frío, y lo que de ello resulta es que el calor se remite y la frialdad congela, y el calor hace eſta obra de endurecer, allegando aquellas coſas que son de una miſma subſtancia, y se aparta todo lo que es de diverſa materia. Eſto es de Galeno y también es doctrina de Ariſtóteles, a donde a la larga trata deſta materia, lo miſmo trata Serapion, y para que eſto sea más claro y mejor se entienda: por ejemplo, se ve en la clarificación del azúcar o en la miel, que poniéndolo al fuego, luego que comienza a hervir, se comienza a apartar la eſpuma, en la cual va y se aparta todo lo excrementicio, y no de la miſma subſtancia del azúcar, pero lo contrario acontece a la frialdad,

Lib. de renum affect.
Fen. 16, cap. 2, trat. 1.

Libro 2, de compositione medicamentorum.
Lib. 2, de generatione et corruptione.

Lib. 2, Breviarii.

Lo que hace el calor se prueba por ejemplo.

La frialdad

hace lo contrario, condensando.

que es condenſar y apretar todas las coſas, aunque sean de diverſa subſtancia, como claro se ve cuando hiela, que todo cuanto topa metido en el agua lo aprieta y condenſa, ya sea paja, ya palo, y otra coſa de diverſa subſtancia y de la propia suya, y deſto tenemos experiencia el invierno, cuando el agua se hiela y aprieta, que abraza todo cuanto topa, y lo junta aſí, y por eſto se han algunos atrevido a decir que la cauſa eficiente puede ser frío y engendra piedra, para lo cual me pareció decir que no del todo hemos de redarguir a los que dicen eſta sentencia, porque si ellos acaſo hablaran con diſtinción, pudiera tenerſe eſta opinión, que aunque es verdad que Galeno en el libro alegado de *Renum affectibus,* y en lo que trata de piedra de vejiga, diga muchas veces que el calor solo es la cauſa eficiente de eſta paſión, hase de entender en nueſtros cuerpos, porque él toca y quiere sentir en los miſmos lugares, que no es la doctrina de las piedras que se engendran exteriormente. Deſta manera se han de entender los lugares de todos los autores que tratan deſto, y la razón en que lo fundan, que dentro de nueſtro cuerpo no puede haber piedra que se engendre de frialdad, es eſta: no poder haber tanta frialdad que baſte a engendrarla sin que gaſte y acabe el calor natural, donde saca que ha de ser cauſa eficiente de piedra, calor; pero en otros lugares no niega hacerſe piedra de frialdad, pues se ve en las sierras y frigidiſimas montañas haber muchas y muy grandes piedras, y eſto

Ejemplo del efecto de la frialdad, cómo condensa el hielo.

Lib. de renum affect. et lib. de lapide in vesica.

Que la frialdad puede ser causa de piedra exterior, fuera de cuerpos vivientes.

Hoc est Galeni, locis alegatis.

es lo que trae Serapion, y dice que no siempre la piedra tiene por caufa eficiente el calor, sino que también puede engendrarfe de eficiente fría, y también Galeno en los lugares alegados, y dijimos que los riñones padecían deftemplanza caliente en menor grado que el natural, a mi parecer defta destemplanza, según de lo dicho se colige, que es impofible engendrarfe piedra. Efto se ha tratado juntamente, y no nos hemos alargado en lo de las arenas, porque como tengo dicho ser la caufa mifma. Cierto que para piedra es menefter humedad glutinosa, y si no la tiene, la imprefión que hará es difgregarfe y quedar hechas arenas, u tofo, que es lo que el vulgo llama terrones, como ya lo tenemos referido. Bien pudiera alargarme en efte capítulo y en efta materia, pero porque algo de lo que toca a efto que he tratado he de tocar en el siguiente capítulo, diciendo y declarando la manera como se engendra efta pafión. Por efo determiné acortarme y dejar lo que queda para donde tengo dicho, que por ser necefaria cofa a nueftro fin, lo trataré en capítulo propio, y para efto cumple mucho tener en la memoria eftas caufas, que son de mucha importancia en efta doctrina, y con efto, y con avifar al que defta pafión eftuviere laftimado, no bufque idiotas perigrinantes por el mundo, porque éftos jamás tienen delante los ojos, sino el interefe, y quien tal hace, es impofible, aunque tenga mucha experiencia y sepa mucho defte menefter, que le suceda bien, con lo cual doy fin a efte capítulo.

En el lib. 5 de su Compendio.

De renum affect. et de lapide vesicae.

Cuánto se debe guardar de charlatanes vagamundos.

CAPITULO VI

EN EL CUAL SE TRATA DEL MODO DE ENGENDRAR LA PIEDRA DE LOS RIÑONES

Paréceme que se ha tratado baſtantíſimamente de las cauſas de arenas y de las piedras, anſí de la material como eficiente, como coſa de tanta importancia y sin la cual no se podía alcanzar nuestra pretenſión en eſte capítulo, sepamos de qué manera se engendra y el modo como se hace, y eſto entendido, procedamos con más luz para llegar a su curación, que es lo que en toda aqueſta obra se pretende, y para alcanzarlo, es meneſter saber que la piedra se engendra de dos maneras en el cuerpo humano: la una, de las arenas, siendo ellas cauſa material; la otra, del humor grueſo, crudo y viſcoſo y glutinoſo, que ya tenemos dicho ser cauſa material de la piedra; de las arenas se engendra de la manera siguiente. Ya tenemos dicho que las arenas son unos cuerpezuelos duros y menudos, sequíſimos, engendrados de calor demaſiado, por razón de haberſe secado ya toda la hume-

dad sutil, dejando lo grueſo sólo, por no poder reſolverle lo grueſo, y como quedaba deſgregado, se hacían arenas. Todo eſto es de Galeno y de los demás autores alegados, pues juntos eſtos cuerpezuelos, suele venir algún humor glutinoſo, que los pega, ayudando a ella el calor, y anſí se vienen a hacer piedra, quedando todas juntas hechas un cuerpo mediante el glutinoſo humor. Las piedras que se hacen deſta manera, por la mayor parte, suelen ser menos duras, que se hacen a manera de terrones, que se deſmoronan, y anſí para la generación deſtas, es meneſter, que el glutino eſté proporcionado y reſponda a la deſtemplaza del calor, para que pueda mezclarſe y hacerſe un cuerpo, porque si alguna deſtas coſas faltaſe, en ninguna manera podría hacerſe la piedra, aunque muchas veces vemos que se deſmoronan y deſhacen; eſta manera de engendrarſe piedra acontece pocas veces; muchas más es de la otra manera, que es lo que tenemos dicho: que se engendra del miſmo humor, antes que se formen arenas, pues el engendrarſe la piedra, que como ya estaba en la parte como cauſa propincua, el calor demaſiado lo va allegando y endureciendo, y eſto acontece cada día, que como la deſtemplaza permanezca y el humor glutinoſo y grueſo se vaya allegando cada día, de aquí es que cada día va cobrando capas y se hace en mayor, y anſí vemos que tienen algunas unas láminas, a manera de las de la piedra bezar, y como cada día se va

Lib. de lapide renum et lib. de lapide vesicae.

Autor desto es Galeno en los lugares alejados.

haciendo, se va endureciendo, haſta venir a hacerſe tan dura como pedernal, de lo cual tenemos ya grandiſima experiencia, porque, de ordinario, los maeſtros las sacan que parecen piedra de las de fuera, y de la miſma manera se engendran las piedras que se hallan en las apoſtemas, y en otros lugares que tenemos dicho, como se colige de Galeno, en muchos lugares citados por eſte efecto y para los miſmos abceſos donde las hallamos. Una coſa acerca de eſto notó Michael Angelo Blondo, que no sólo eſtas piedras se hallaban en los huecos de los riñones, sino en la miſma subſtancia de ellos, como vemos que se hallan en el hígado. Eſto es doctrina de Hipócrates y Galeno en muchos lugares; en el Comentario de aquél que comienza: «In renem dolor gravis», dice que o sea en el hueco de los riñones o sea en las substancia del miſmo riñón, siempre el dolor es grave y peſado, y lo miſmo afirma Matheo de Grandi. Todas eſtas coſas preſupueſtas y sabidas, vengamos a la concluſión de lo que tratamos, y es cómo se hacen, y el modo que tienen las piedras para engendrarſe, para lo cual es meneſter acordarſe que en el capítulo de la Anotomía deſte lugar dijimos el uſo de los riñones en nueſtros cuerpos, que son como expurgatorios de la sangre soroſa de todo nueſtro cuerpo, y eſto lo atraen, mediante la facultad atractriz deſte miembro, y juntamente atrae humor grueſo y glutinoſo, crudo y viſcoſo, y como eſtá el miembro caloroſo y demaſiadamente

Lib. 2, de Arte cura. Lib. 13, Methodi. Lib. proprio de lapidibus.

Lib. de natura humana. 6, Epidemiarum, comentario alegato.

Lib. de renum affect. Lib. 4, cap. de lapide.

El modo de engendrarse la piedra de humor.

deſtemplado, conſume la seroſidad, bajando parte a la vejiga, y va conſumiendo poco a poco, haſta que queda la subſtancia más grueſa endurecida, con el demaſiado calor, y anſí eſtá claro que si la cauſa material eſtuviere en el hueco del riñón, allí se hará la piedra; pero si eſtuviere en la subſtancia del riñón, será el engendrarſe en la miſma subſtancia, y lo miſmo se ha de entender de las arenas. Y si acaſo no hubiere en la cauſa material diſpoſición de poderla endurecer, sino que eſtuviere falta de humor glutinoſo, será ponerſe en el medio, que ni serán arenas, ni será piedra, sino quedará hecho toſo, que es lo que en caſtellano se llama terrón, que anſí se deſmorona como el terrón. Deſto tenemos mucha experiencia, que alguna vez vemos que por la orina sale como terroncillos y cieno, tomando algunos remedios para eſta paſión; anſí lo llama Galeno en el lugar alegado. Eſto vemos muchas veces expelerſe en dolores de ijada y de riñones. Eſtos que padecen eſte mal eſtán aparejadiſimos a tener piedra, sino viven con grandiſimo recato, y son remediados con mucha diligencia, y eſto eſtá muy claro, porque a allegarſe con eſta tierra el glutino, fácilmente puede engendrarſe la piedra, y por eſto aconſejo que nadie se deſcuide, sino que se remedie, por no venir a eſta miſerable plaga. Porque habiendo la deſtemplaza dicha y la materia, en que haga eſta lo más hecho, y anſí dice Alexandro de Alexandris que el engendrarſe las piedras es

Esta es doctrina de Avicena, fen. 4, urini.

Lib. citatis de renum affect. et de lapide vesicae.

Alexandro de Alexandris, lib. 3, cap. 4.

como acontece en un vaſo de barro o de vidrio, que poniéndole al fuego, va conſumiendo poco a poco la humedad, y lo grueſo se va endureciendo, imprimiéndoſe en ello el calor demaſiado, y de la miſma manera que unos vaſos quedan más duros que otros, de la miſma manera unas piedras quedan más duras que otras, y eſto se cauſa por la diſpoſición de la materia, y es que la tierra es una más pegajoſa que la otra, y tener de la humedad pegajoſa más cantidad, y lo miſmo puede suceder de haber más o menos deſtemplanza en el calor de parte de la tierra: se ve claro en las ollas de Alcorcón, que como se hacen de tierra areniſca y seca, por eſo son de poca reſiſtencia, que son poco más duras que toſos, que es los terrones que dijimos, y como eſta tierra tiene poco glutino, anſí se quiebran con gran facilidad, y no baſta el fuego a hacerlas sólidas, de lo cual se saca claro que no sólo baſta el calor y el humor grueſo, sino que también ha de haber diſpoſición de parte de la materia, que es el glutino, porque sin el mal se puede juntar y formar la piedra, y lo contrario vemos en otros barros, que, llegándolos al fuego, se endurecen que parecen piedra, como se ve claro en el barro de Talavera y de la Puente del Arzobiſpo, que, en llegándolo al fuego, queda duriſimo, y eſto se ha de atribuír a la diſpoſición del barro. Y el miſmo ejemplo y de mayor eficacia es el barro de las porcelanas de la India de Portugal, que realmente son de subſtancia tan sólida como piedra (como es

Hoc etiam est Aristotelis.

Por qué una piedra es más dura que otra.

Ejemplo.

Habiendo el calor y humor grueso, se requiere ser pegajoso.

Ejemplo claro.

notorio a todo el mundo), y eſto es lo que ayuda para la confirmación de la opinión que tiene, que la frialdad puede ser cauſa de la piedra, pues cuanto mayor fuere la frialdad y subſtancia de la material cauſa de la piedra, tanto es el efecto más sólido y duro. Eſto es de Galeno y de Paulo, Aecio, Avicena, Alexandro, Traliano y de todos los autores graves y no graves, antiguos y modernos, griegos o árabes, de lo cual reſulta más claro lo que tenemos dicho: que cuando la piedra se engendra de las arenas, allegándoſe por la manera significada, será la piedra menos dura, y tiene más facilidad en el deſagregarſe y deſhacerſe y por la miſma razón, cuando dentro de algún abceſo se engendra piedra, no es tan sólida y dura como las demás, y por eſo se deſhacen fácilmente, por la diſpoſición de la materia de que se hizo, y por las demás razones dichas y por ser de substancias diverſas (como más a la larga lo tenemos tratado en nueſtro *Compendio de Cirugía)*, y traído de Galeno en muchos lugares y de Tagaulcio en su *Cirugía*, y anſí miſmo, es de Felipelo y Baptiſta Montano y de otros muchos autores graves, como Falopio y Sylvio. Pues eſto preſupueſto, se entiende claro la cauſa y razón por que la piedra crece y se aumenta cada día, de lo cual más de propóſito y a la larga trataremos en su lugar.

Lib. y cap. proprio citato de lapide in vesica.

Lib. 2, de Arte curativa ad Glauc., et lib. 13, de Methodo, et Tagaulcius, Felipelo, Falopio et Sylvio.

De todo lo dicho, se ve cuánta diligencia y cuidado es meneſter en procurar el remedio para eſte

negocio y como si no se remedia pasará adelante, y se vendrá a hacer sin remedio este daño, teniendo siempre ojo a la causa, una y otra desta pasión, que mientras fuere adelante, se va haciendo más molesto, más cruel y más sin remedio. Lo cual bien a la clara Galeno en el libro alegado, y Avicena y Alexandro, Traliano, Paulo y Aecio en los lugares dichos, y tantas veces repetidos; y de aquí se entiende fácilmente lo que Hipócrates dice, que el humor grueso y viscoso detenido mucho tiempo en un lugar, como en el hueco y seno del riñón, o en su misma substancia, sin que se ponga remedio cada día, se va parando más grueso y duro, y el calor natural se podrece, o preternaturiça con la constipación y por el mismo caso se destempla mucho más y hace en el humor detenido y endurece con tal furia, que le viene a hacer piedra durísima y desto consta claro, que la causa eficiente de la piedra es calor en nuestros cuerpos al engendrarse la piedra y no frialdad; pero esto no repugna a que las piedras que se engendran de fuera no puedan engendrarse por causa eficiente fria. Y casi esto nos muestra Galeno, en el libro muchas veces alegado, y allí quiere sentir, que condensando se hace de la misma manera que vemos los artificios que se hacen debajo del agua, como en los molinos, que viene a recibir tal dureza, que no la tiene mayor la piedra, y una cosa tenemos por experiencia, que todas las que desta manera se engendran son grandísimas,

Lib. 9, cap. 4.

Locis citatis.

Loco Epidemiarum multocies alegato.

De renum affectibus.

pero no tan sólidas como eſtas otras, lo cual se mueſtra claro en la piedra berroqueña, que se desmorona entre sí, y en la piedra marmoroea, que se engendra en montañas frías, que también nos lo enſeña el mármol de tamajón y para labrarlo es meneſter mojarlo, y para mayor demoſtración y averiguación deſto, es meneſter traigamos la razón de los que dicen poder ser cauſa eficiente de las piedras exteriores, fundan, pues, su razón diciendo que si la cauſa eficiente fueſe siempre calor, siempre se había de engendrar más y mayores en las tierras calientes y no en las frías, y que claramente la experiencia nos mueſtra al contrario, porque vemos que en las montañas y sierras frías hay más piedras y mayores, como lo vemos de ordinario. Luego deſto reſulta claro que no es poſible, sino que concurre aquí cauſa fría en la materia, para formarſe la piedra; pero en una coſa concluímos, que ya se haga piedra por frialdad, ya por calor, de cualquier manera que sea, es meneſter que haya humedad glutinoſa, para que la materia de que se hace venga a hacerſe piedra, y de aquí se saca la razón, por que en unos lugares más que en otros se vienen a engendrar las piedras, que es por haber la materia más diſpueſta, como claro nos lo mueſtra el Filósofo en muchos lugares. Aquí de preſente se nos ofrecen dos coſas que tratar. La una, por qué por la mayor parte se engendra piedra más en los niños que en los hombres ya provertos. La segun-

Aristóteles, lib. 2 De corruptione et generatione.

da, por qué las más veçes se halla en los riñones y vejiga que en otros miembros y por qué a los niños caſi siempre en la vejiga que en los riñones. También será bien declarar otra duda, que no me parece coſa de otro lugar, y es, cómo podremos conocer de qué humor se engendra, pues en lo paſado tenemos traído que de todos los humores puede hacerſe.

Todo eſto me ha parecido tratarſe al preſente para la doctrina que vamos tratando: a la primera reſponde Galeno: en el lugar y libro citado dice que en los niños se hace eſta paſión más que en los que son de edad, porque son voraces y comedores, sin orden ni tiempo, y deſto se saca que hay muchas crudezas, y las tienen, porque comiendo mucho, y tan sin conſideración, como realmente lo hacen, y sin elección de mantenimientos, no es poſible menos sino que se han de engendrar humores grueſos, viſcoſos y pegajoſos, y como tienen fortíſimo calor, es claro que con ellos ha de hacer correr a las concavidades, y anſí va a la vejiga, y que tengan mucho calor nos lo enseña Hipócrates, libro segundo *Aforismorum*, y anſí miſmo lo dice en otros lugares, y Galeno en el comento del alegado aforiſmo; pero no deteneſe en los riñones, sino ir a la vejiga, es porque tienen mucha y muy superflua humedad, y por eſto no para haſta que lleva al humor crudo, grueso, glutinoſo a ella, donde se detiene, y por el demaſiado calor, la cuaja y hace que se convierta en

De renum affectibus.

Libro 1, De elementis. Lib. 2, Aforismorum, aforis. 13, et comentario eiusdem Gal.

piedra poco a poco, haſta que se hace grande, preſuponiendo que por razón de detenerſe eſtos excrementos, el calor se deſtempla y enciende, como ya lo tenemos referido que se reſuelve lo fútil, y lo duro queda diſpuesto para engendrarſe eſta paſión, de lo cual queda clara la cauſa, por qué en los niños se cría piedra en la vejiga más que en los hombres, y en eſto seremos más largos, cuando tratare de la piedra de vejiga, como propio lugar deſto, y anſí las dos coſas, preſupueſtas, quedan baſtantemente declaradas.

Gal.: lib. cit. et eodem momo. Avicena, cit. loc.

Reſta ahora declarar de qué humor se engendre la piedra, que también hay neceſidad sea declarado, porque ya se acuerda la una cauſa ser material y al fin que era humor, será meneſter, como duda importantíſima, cómo se conozca eſta paſión: y anſí miſmo, por qué unas son rojas, otras blancas, otras cenicientas, otras negras, a lo cual digo acerca del calor, que aunque es él la cauſa eficiente, anſí lo es en las unas como en las otras; pero si acaſo fuere de sangre requemada, es claro que con el calor se volverán coloradas, y de crudezas entenderemos hacerſe las blancas, y las negras de melancolía, y cenicientas pueden ser y son de humor flemático y de cualquier humor, quemándoſe demaſiado, cobra el color ceniciento, y porque ya repetimos que el calor se cobraba por el calor, y la materia según eſtaba dispueſta, o el calor demasiado; y anſí vemos piedras de vetas bermejas, y otras negras y blancas y doradas, que va en la ma-

El calor es causa eficiente, así de las piedras exteriores como interiores; así en blancas como negras.

También el color de la

piedra se causa por la disposición de la materia.

teria de que se hacen, y como son diverſos los humores y más o menos el calor, de aquí viene también la diverſidad de las colores, y es cierto que yo me hallé preſente en Alcalá de Henares al sacar una piedra a un eſtudiante sacerdote, la cual tenía vetas coloradas, y vetas azules, y vetas negras, blancas y doradas, y pesó más de cuatro onzas, la cual hoy en día la tengo guardada, y si alguno fuere tan curioſo, se la moſtraré, y aliende de tener eſtas colores dichas, tenía otra coſa que admiraba más: que eſtaban pueſtas por tanto concierto, que parecía haberla compueſto a mano y no he viſto jaſpe tan viſtoſo como era ella, de lo cual se saca que se tienen de juzgar eſtas coſas anſí por la materia como por el calor; pero el modo de hacerſe mal se puede averiguar si no es por conjetura, y eſto no sólo acontece en las piedras que se engendran en nueſtros cuerpos, pero en las exteriores nos lo da claro a entender el jaſpe, que cierto parece milagro de naturaleza ver la armonía en tantos trozos, ver tales colores, como cada hora parecen y más la diverſidad de los humores, anſí son diverſas las colores.

Historia de una piedra que se sacó en Alcalá, que parecía finísimo jaspe.

Artificialmente.

Diferentes formas y figuras de piedras.

También otra coſa hay que pone grandíſima admiración, las hechuras que tienen, que unas son como huevo, otras como caſtañas, otras redondas, otras prolongadas, otras de otras figuras maravilloſas, de la miſma manera que en las piedras exteriores, que también las hay de diverſas figuras, de las cuales he viſto muchas en un lugar de la Man-

cha, cerca de San Clemente, que de un pozo de pequeño eſpacio, sacan grandíſima diverſidad de piedras, en color, en figura, y son de manera que, si no es sólo el que las ha viſto, no parece coſa creíble, porque unas son como racimos de uvas blancas, otras cenicientas, otras negras, otras bermejas; unas son puntiagudas, otras anchas, otras redondas, otras largas, otras semejantes a los caracoles grandes, y otras como pequeñas, otras salen criſtalinas, y de la miſma manera son las que se hallan en nueſtros cuerpos, en color, figura, grandeza, y, muchas veces, pegada una piedra con otra, de las cuales yo he viſto muchas veces y eſtar al sacarlas, no le creyera tan fácilmente, de lo cual sacamos claramente cuánta neceſidad tenga el médico de saber el pronóſtico y cauſas deſta paſión, para poder aplicar el remedio que convenga, para la curación y preſervación deſta enfermedad, que cierto por no procurar el médico saber deſto, cae de ordinario en cien mil errores, porque algunas veces dan remedios con intención de deſhacer la piedra, y la aumentan más, y otras muchas veces sin tiempo y sin sazón, dan medicinas diuréticas, que llevan tras sí grandíſima copia de los humores, que suelen ser cauſa material della, y de la miſma manera dan medicina, para que las arenas se expelan, y las juntan, y son cauſa que se hagan piedra, o tofo, y es cauſa de eſte yerro, no hacer diferencia entre el humor melancólico, flemático, o sanguino, o colérico,

Junto a San Clemente, en la Mancha, aparecen piedras milagrosas.

De la manera misma se hallan en los cuerpos humanos.

Las medicinas diuréticas, sin tiempo, son perniciosísimas.

Por tofo se ha de entender terrón.

que es el principio y fundamento de la perfecta cura deſta paſión, y de todos eſtos errores soy teſtigo de viſta, y queriendo perſuadir a los médicos, que no se había de ir por eſe camino, sino muy diferentemente, enojarſe de tan de veras contra mí, como si les hiciera algún agravio y a muchos hoy les dura el enojo, de más de diez y seis años a eſta parte, que tengo grandiſima soſpecha de tales conciencias, pero allá se avengan, pues conocieron entonces, y tienen el deſengaño de su error, y demoſtración clara de mi razón, y con todo eſto no han querido reconciliarſe a mi amiſtad, sino que siempre se han moſtrado mis contrarios en las coſas que se han ofrecido; todo eſto he querido decir para moſtrar la neceſidad preciſa que hay en eſte daño, y de tener en la cura deſta enfermedad cuidado y diligencia, y procurar alcanzar las señales deſta enfermedad, de las cuales haré capítulo particular, como coſa de tanta importancia, para poder alcanzar la salud que se pretende al enfermo, y anſí, según lo dicho, se conoce claro que la piedra o arenas que se engendran en los riñones pueden ser blancas, por razón de ser la materia flema, y en la vejiga pueden ser rojas, si la cauſa material es roja, y por el miſmo caſo, si fuere en cualquiera parte de nueſtro cuerpo, y si los humores acaſo se mezclaren entre sí, como suele acontecer, tomaran el color de todos lo que se juntaren, como si hay sangre y flema será la piedra blanca y colorada, y anſí de las demás que se jun-

Autor est Gal., lib. cit., et Michael Angelo Blondo.

taren, del uno y del otro tomaran el color, por eſto es cierto que el agente natural hará en él paſo, según hubiere la diſpoſición en él, que es en la materia de la piedra, y la miſma razón se puede dar de las piedras que se crian en las minas que tenemos dichas de San Clemente y de otros muchos lugares, y cierto es de conſideración grandísima, ver que en las entrañas de la tierra se hallen tantas diferencias de metales y de piedras diferentíſimas, metales, como oro, plata, eſtaño, latón, plomo, alumbre, cobre, hierro, anſímiſmo las piedras, cuya diverſidad eſpanta, y mueſtra la grandeza de su criador, como jacintos, turqueſas, topacios, granates, criſtal, zafiros, eſmeraldas, rubíes, diamantes, piedras precioſísimas, pedernales, y otras deſta miſma manera, pues no son menos dignos de eſpanto los minerales, como azogue, minio, solimán, sandaraca, que es el rejalgar, tucia, alcohol, y lo más admirable es, que siendo como es la tierra frigidíſima, engendre cosas tan calientes y tan frías, y porque se vea claro que no baſta el calor por sí a dar el calor, ni tampoco el humor que es la materia, ni tampoco el lugar donde se engendra, contaré una hiſtoria, que eſtando yo preſente la vimos acerca deſte negocio: que Juan Velázquez, Caballero del Hábito de Santiago y del Conſejo de las Ordenes, varón claríſimo, que habiendo padecido un gravíſimo ardor de urina, con soſpecha de graviſimos médicos que tenía piedra, aunque no fundados en las señales

Hoc. est Aristotelis.

Advertencia.

Los metales que se hallan en la tierra.

Piedras preciosas.

Minerales.

Historia.

que anſí diſcretíſimamente dijeron su parecer, sólo el Licenciado Ruy García dijo no tener piedra en riñón, ni en vejiga, lo cual contradijeron los otros graviſimos médicos, y viendo la diſenſión, con alguna soſpecha, quiſe aſiſtir al abrirle, y le hallamos en la vejiga una llaga sórdida y negra y malicioſa, la cual habíamos confeſado tener el Licenciado Ruy García y yo, y no piedra, porque por los excrementos se dejaba entender claro, y paſando adelante, el riñón derecho saníſimo, pero el izquierdo tenía un cancro del tamaño de una gran yema de huevo durísimo, coſa bien olvidada de todos. Tenía el pulmón dañado, caſi todo eſtiomenado y perdido, sin haber señal en todo el proceſo en la reſpiración, porque siempre eſtuvo libre, sin dificultad en ella, que se verificó lo de Argenterio, que tan duro se había juzgado de muchos, paſando, pues, más adelante hallamos una piedra pequeña en el hígado, del tamaño de una haba, negra como pez, y en la hiel, dentro, le hallamos diez piedras negras, con algunas vetas amarillas muy pequeñas, lo cual nos dió evidentíſimo teſtimonio, que ni el lugar, ni la materia las había de hacer negras, pues de neceſidad era cólera, y habían de ser amarillas, y la del hígado de su miſmo color, y fué negra; pero deſto me parece haber dicho lo que se ha de decir suficientemente; pero quiſe contar eſta hiſtoria, por venir a nueſtro propósito, pero porque quede más clara eſta doctrina será bien decir una coſa que parecerá nueva, y es de

Lo que el vulgo llama zaratán.

Lib. 3, cap. de lapide in vevesica et de morbo pulmonis.

gravíſimos autores, que el calor templado puede ser cauſa eficiente de la piedra, aunque de alguna manera parezca contrariedad, y es deſta manera: Que siendo templado por haberse dado al eſtómago mucho mantenimiento, no lo puede cocer, y deſto se engendran muchas crudezas, que venidas al riñón o a la vejiga, allegándose poco a poco, las va el calor moderado allegando, y anſí viene a hacerse piedra, diſponiéndolas el calor templado. Autores deſto son Hipócrates y Galeno en muchos lugares, y también nos lo enſeña Guillermo Varignana. También nos lo refiere Avicena, Paulo Aecio, Traliano y el Michael Angelo Blondo, como lo tenemos alegado de su intención; pudiera alargarme en eſta materia, pero porque eſto se hace con intención que todos los de capa y eſpada se aprovechen de eſte TRATADO, me pareció que lo dicho baſta, sin usar de más largueza, por no poner confuſión.

Michael Angelo Blondo, lib. cit.

Cómo el calor templado es causa eficiente de la piedra, algunas veces.

Lib. De natura humana. Lib. De renum affect. et lib. 6, Epidemiarum, trat. 13, cap. 2.

CAPÍTULO VII

EN EL CUAL SE TRATA DE LAS SEÑALES DE LA PIEDRA DE RIÑONES

Para que con mayor claridad se proceda en eſta obra y se pueda alcanzar el fin deſeado, es meneſter entendamos la eſencia deſte mal que queremos tratar, porque mal podríamos curarle, si primero no entendiéſemos qué coſa es, y anſí, en el precedente capítulo tenemos dicho ser enfermedad en número y en exceſo, y para que de raíz le conozcamos, ha de ser por las señales que suele traer conſigo, y es de tanta importancia saberlas, que el médico que no se guiare por ellas irá a ciegas y totalmente perdido, y mirándolas el curioſo artífice y entendiéndolas las curará regularmente, y con facilidad satiſfará a lo que está obligado a su conciencia, y si no con deſcuido, hará eſta enfermedad incurable, no remediándola en su principio, porque eſtá claro que diferentemente se ha de curar al principio, y diferentemente en el aumento, y anſí miſmo se debe entender de los demás tiem-

Lib. de locis affect., Galeno, et plúribus aliis in locis, et Avicena, fen. 41.

pos. Pero porque la cólica y eſta enfermedad tienen caſi unas miſmas señales, como se ve en todos los graviſimos autores, y todos parece que hacen mucho caudal; en eſta duda será bien declaremos en qué difieren, que no será apartarnos de nueſtro propóſito. Eſto dice Galeno, que la cólica y la piedra de riñones tienen unas miſmas señales, y Avicena tiene la miſma sentencia y de todos los prácticos, como coſa tan importante, procuran tratando deſta materia, poner luego las diferencias de eſtas dos enfermedades, y el miſmo Galeno, en el lugar acotado, aviſa al médico tenga gran cuenta en eſte punto y dice: que el médico que luego conociere cuál deſtas dos enfermedades el paciente tiene, es grandíſimamente dieſtro y de grandíſimo fundamento y talento, y que debe ser tenido en grandíſima reputación, porque eſto proviene de grandíſima experiencia, y en el miſmo lugar confieſa haberſe él miſmo engañado y en su propia perſona, porque habiendo entendido que padecía piedra en los riñones por el dolor grave, y con otros accidentes que suelen acompañar eſta pasión, se hizo echar un cliſter de aceite de ruda, y en habiéndole recibido, se le deſató la ventoſidad, que era cauſa del daño, y quedó libre y deſengañado, quedando bueno y sano. Eſto es también de Paulo Gineta, y también es deſta opinión de Alexandro Benedito, y de otros muchos y muy graves autores, y anſí será bien antes que paſemos adelante hagamos diſtinción deſte mal, para lo cual

Gal., lib. de locis affect. Altomari, proprio in loco.

Lib. de locis affec.

Lib. 6, de locis affectis.

Cuán difícil cosa sea juzgar estas señales de piedra de riñones y cólica.

Libro 3, capítulo 45.

Libro 23, capítulo 34.

Avicena, Arnaldo de Villanova.

En qué difieren las señales desta pasión y cólica.

digo, que en lo primero que difieren es en el dolor, porque en la piedra de riñones eſtá el dolor fijo, en los miſmos riñones, y sin apartarſe de ellos un punto, y en la cólica anda mudable, y en muchas partes moviéndose a ellas, lo cual nos enſeña Aecio, y Alexandro Benedito, en los lugares alegados, y también es de Paulo Gineta. Tómaſe de el miſmo dolor otra diferencia, que en los que padecen cólica, es el dolor continuo, sin ceſar un punto, y eſto es al contrario en la piedra de riñones, es que alguna vez da treguas, que se quita y a veces vuelve, de el miſmo dolor se toma otra diferencia, que el dolor cólico es agudo y el que le padece vomita cólera o flema corrompida, y tras deſto son moleſtíſimas en extremo, pero en la piedra de riñones es el dolor grave, y el vómito no es colérico, ni la flema es corrompida, como en la cólica; Galeno nos lo mueſtra, que la razón porque el dolor es más agudo, es por ser humor ventoſo, y por eſo va el dolor de aquí para allí, y anſí alguna vez baſta un cliſter para deſatar la ventoſidad, como lo tenemos declarado en los lugares alegados; la otra diferencia es que los que padecen cólica no hacen cámara, y la que hacen es como el excremento que hacen los caballos y otras beſtias de cuatro pies y menores y los de las piedras de riñones, aunque tienen defenſión en las heces, no tienen mudanza en las heces, salvo si con más sequedad que suelen, y con eſto se ve claro con cuánta advertencia debe proceder el médico en el

Cap. propio de cólica.

Lib. 5, cap. 5.

Hip. in Epidemiis, com. al., in renen dolor gravis.

Lib. 6 de locis affectis.

Alexandro de Alexandris, capítulo de cólica.

conocimiento de cada una dellas. Eſto preſupuesto, como tan neceſario, será bien moſtremos las señales por las cuales debe conoceſſe la piedra de riñones, que es de lo que ahora venimos tratando; lo que mueſtra eſta paſión es cuando uno suele expeler arenas y se le detienen; entonces hay temor que se comienza a allegar la piedra, y con eſto un dolor grave en ellos, y si acaſo fuere en uno dellos donde acontece eſte mal, en él ha de ser la peſadumbre; eſta señal trae Hipócrates y Galeno; comentario de eſte miſmo texto es también señal deſta paſión eſtupor, que es lo que llamamos amortecimiento, y eſto es en el muſlo de la miſma parte, y si fuere en entrambos riñones, el eſtupor vendrá en entrambos muſlos; eſta señal es de Galeno en el libro alegado; también eſta señal es de Paulo Gineta, en la parte alegada; es también de Paulo, y de Avicena, y finalmente, de todos los que tratan deſta paſión que la llaman nefrítica. Pero pues hemos dicho muchas veces dolor grave, como también Hipócrates le llama en el miſmo lugar grave, y Galeno en el comentario alegado de aquel texto que comienza *In renem dolor gravis,* será bien entendamos qué quieren significar por ello, lo cual en el comentario lo declara diciendo que es el dolor de dos maneras, grande y grave. Por el grande tenemos de entender que sea cruel, acerbo, y eſto lo da a entender Paulo diciendo que ha de ser acerbo y pungitivo. Por el grave se entiende peſado, y que carga aquella

Señales legítimas de piedra de riñones.

Lib. 6, Epidemiarum, in renum dolor gravis, et eodem comentario.

Lib. de renum affect.
Libro Epidemiarum.
Lib. de lapide renum, cap. aleg. Gal., libro 6 Epidem.

Qué quiere decir dolor gravis.

Lib. alegato. parte, y eſte accidente, que es el dolor (dice Galeno) que infeſta, y acuſa más en acabando de comer.

Lib. alegato. También es señal de Paulo Gineta deſta paſión encogerſe el compañón del lado donde la piedra eſtuviere, y si en entrambas partes entramos, harán lo miſmo. También Donato Antonio de Altomar pone la miſma señal. Eſto afirman todos ser por la comunión que tienen los ligamentos de los testículos con los riñones; anſí miſmo es señal el vómito y dolor en la punta del miembro genital, y mayor cuando se levanta; tiene cuando urina eſcozor; tiene poca o ninguna gana de comer; hace cámara pocas veces de suyo, sin purga o cliſter; tiene sed; eſtas señales dichas son de cuando la piedra se comienza a hacer, y cuando ya eſtá hecha, nos lo mueſtran las miſmas, pero muy mayores; mas es meneſter advertir que eſtas señales al principio dan treguas y ceſan algún tanto; pero cuando eſtá ya hecha eſta paſión, jamás se quitan, antes eſtán menores y son compañeras del sujeto toda la vida, o haſta que naturaleza la expela, como algunas veces lo suele hacer; el dolor es fijo sin moverſe a un cabo ni a otro, es el eſcozor más grande; todo eſto viene por unos nervezuelos que se comunican con el riñón, y ellos salen del eſpinazo, que parte va al riñón y parte al pudendo, y por eſo viene el eſcozor. Eſtos nervezuelos salen de las vértebras o eſpondiles, donde se juntan a los miſmos riñones, y por eſta cauſa y razón es el

En su Pratica, cap. de nefritide.

Las demás señales.

Gal., lib. 1, de facultatibus naturalibus.

dolor y el eſcozor, y algunas otras señales, como las referidas de los vómitos. Dice Avicena que suelen ser por intervalos de seis a seis días, y aun alguna vez de seis a seis meſes, y otras veces a tres y a menos y más, y principalmente haciendo notable deſorden, no mirando prevenirſe para mal tan cruel, como comer demaſiado o el mantenimiento ser malo, o por comerla sin tiempo, o beber coſa caliente, o demaſiado ejercicio; finalmente, por uſar de muchas coſas que suelen hacer eſte daño, y de otras muchas ocasiones, que sería prolijidad contarlas o también por la cauſa antecedente, que es el humor que se mueve, como suele acontecer, o de cauſa interior o por cauſa de afuera, como el miſmo Avicena dice en muchos lugares, que muchas coſas hacen daño moviéndolas, que si no las tocaſen no harían daño, y es buen ejemplo un muladar, que paſando por el que eſtá piſado, el cual no mueſtra tener mal olor; pero dando una azadonada, no hay quien pueda sufrir el perverſo olor, que si no se tocara, no hiciera aquel daño; deſta miſma manera acontece en los humores, que muchas veces movidos hacen excesivo daño, eſtando el sujeto en buena diſpoſición antes que los movieſen, o con medicina o con otra ocaſión; entre las señales que dijimos era la poca gana de comer; esta señal es de Paulo Gineta, de Alexandro Traliano, de Aecio, de Cornelio Celſo. Y éſtos también ponen andar duros de vientre; éſtos, por la mayor parte, cuecen mal, y padecen

Fen. 3, primi, cap. proprio.

Avicena, en muchos lugares.

Ejemplo maravilloso.

Capítulo 45, lib. 5.

In prop. cap. de lapide renum et vesicae.

grandiſimas crudezas; entre eſtas señales hemos pueſto la sed ordinaria y grandiſima. Eſto nos lo enſeñan Hipócrates y Galeno en los lugares alegados, adonde dicen que los nefríticos andan por la mayor parte encorvados, sin poderſe enderezar; suelen en eſte mal salir las urinas grueſas y encendidas, y otras negras, a manera de hollín; también en la miſma parte se siente peſo, y con eſto les parece abraſarſe; anda el enfermo diſguſtadiſimo y con grandes triſtezas y profunda melancólica; duermen poco, y si acaſo duermen, tienen inſomnios temeroſos; tienen las mañanas llena la lengua de sarro; no tienen soſiego en el lecho; tienen en el sieſo peſadumbre, que parecen, y aun lo son, almorranas. Eſto es de Paulo, Aecio, Alexandro, Traliano; las cámaras que hacen son como heces coléricas, echando juntamente ventoſidad, urinan poco, y muchas veces tienen un poſo las urinas sabuloſo, que es a manera de cieno; pero también digo que se pueden tener eſtas urinas sin tener piedra, porque es excremento grueſo, que el vulgo llama ya materias grueſas, y yo he viſto a muchos padecer un mal muchos días y venir a sanar dél. Por manera que ſe ha de entender que todas las veces que haya piedra en los riñones han de estar las urinas con sabulo o con excremento arenoſo, lo cual nos enſeña Hipócrates y Galeno. También Paulo Gineta, en el lugar alegado, dice que los que tienen eſte mal tienen las vías eſtrechiſimas, son por donde deſciende la urina. Todas

6, Epidemiarum, et de renum affect.

Lib. alegato. Alex., lib. 2, cap. de lapide renum.

Lib. 6, Aforismorum.

las señales dichas nos mueſtran la nefrítica paſión; pero haſe de entender que cuando duran es la piedra grande y que no tiene remedio. Será ahora bien decir de las piedras que se pueden expeler, porque en éſtas ha de haber otra conſideración, que, aunque sean las miſmas, son muy menores, como tenemos ya muy bien declarado, y deſtas piedras que se arrancan y expelen tenemos señales, que dellas es una quedar el riñón deſcargado y sin ningún género de dolor, y antes como la piedra va bajando por las ureteras, el dolor va también aflojando, y también los vómitos perſeveran, haſta que cae en la vejiga y se levantan las ventoſidades, y como ocupan las canales, que realmente son angoſtíſimas, de manera que la piedra cae en la vejiga, y es cierto que he viſto muchos que echaban eſtas piedras, a quien la experiencia tiene hechos maeſtros, y entienden cuándo se les arranca y cuándo camina poco a poco, y cuándo cae en la capacidad de la vejiga, y lo van diciendo como si lo vieſen; suele, cuando anſí viene la piedra, salir la urina cruenta, que es llena de sangre, que pone eſpanto a los circunyacentes, y aun a peritíſimos médicos, como yo lo he viſto y quitado la perturbación, declarando la cauſa deſta sangre, la cual es, porque como se deſpide la piedra y baja por caminos tan eſtrechos como las ureteras, en las cuales hay muchas venillas, y acontece ser la piedra áſpera y grandecilla, va dilacerando los vasillos, y anſí sale sangre, que se mezcla con la

El caer la piedra de los riñones en la vejiga, cómo se conozca.

Cuando se expelen estas piedras salen las urinas cruentas.

Libro 4, Aforismorum, afor. 75.

urina, lo que nos enſeña Hipócrates, que cuando se urinare sangre o arena, que significa ser paſión de vejiga o de riñones.

Galeno in comentario et lib. de renum affectibus.

También lo mueſtra Galeno, también suele salir la urina anſí porque deſde la vena cava suele venir sangre delgada y seroſa al riñón, y por eſtar la facultad retentiva flaca, deſciende sin detenerſe con la urina, y anſí sale mezclada, lo cual fácilmente se conoce, porque sale sin dolor, que de eſotra manera, cuando viene por razón de la piedra, a la larga, tenemos dicho que trae conſigo el dolor significado: eſta sentencia es de Galeno en muchos lugares; eſto, pues, acontece de cuando en cuando, que naturaleza hace eſta expulſión, de lo cual el médico debe hacer larga inquiſición, como coſa que tanto importa para adminiſtrar los remedios neceſarios para atajar y curar eſta paſión, y anſí aviſo al médico que no se arroje a curarla sin estar enterado dellas, pues los autores graves dificultan tanto en ella, poniendo tanta confuſión en las señales della y de la cólica, con lo cual doy fin a eſte capítulo.

Lib. de locis affectis, et libro de morbo, et simptomate.

CAPITULO VIII

EN EL CUAL SE TRATA DE EL PRONÓSTICO DE PIEDRA DE RIÑONES

Porque no quede coſa por declarar tocante a eſta enfermedad, y para que la doctrina quede más declarada, me pareció tratar en capítulo particular, como coſa de tanta importancia, del pronóſtico della, pues para el honor del médico y provecho del paciente, es coſa tan neceſaria, y no menos para satiſfacción del pueblo, parientes y amigos del paciente, pues diciendo el bueno o el mal suceſo, se cobra mayor autoridad, como nos lo enſeñan Hipócrates y Galeno, y allí declaran de cuánta utilidad sea para el médico pronoſticar lo que de las enfermedades tiene de suceder, y que uſar desta providencia es gran satiſfacción de todos, y anſí declaro que eſta enfermedad en griego se llama nefritis, y en latín se llama *renum calculus,* y en caſtellano se dice piedra de riñones; pero quiero advertir que aunque Galeno llama a eſta paſión nefritis, que muchas veces se toma por todas las en-

Libro 1, Pronostic o r u m, coment. 1.

Lib. de renum affectibus.

Libro 3, capítulo 46.

In Pratica, cap. de nefritide.

Cap. de nefritide.

Cap. eodem de fremetive.

Libro de diferentibus morbor.

Tres géneros de enfermedades, a los cuales se reducen todas.

Lib. 6, Epidemiarum.

Lib. de difer. morborum, libro 3, cap. 40.

fermedades de riñones, y lo miſmo dice Paulo en el lugar alegado, y anſí todos los prácticos como Donato Antonio Abaltomari, y lo miſmo declara Paſcual, médico valenciano, en su práctica en el miſmo lugar, y lo miſmo enſeña Bautiſta Montano en su práctica, y lo miſmo Jacobo Silvio y otros muchos y muy graves autores, y pudiera comprobar eſto con Avicena y los demás autores, anſí árabes como griegos, antiguos como modernos; pero por ser coſa tan sabida y clara, no hay para qué nos detengamos en el probarlo: eſta enfermedad es meneſter sepamos en qué género de enfermedad eſtá situada, porque Galeno dice que hay sólo tres géneros de enfermedad: en mala complexión, mala compoſición, solución de continuidad; la mala complexión es mala templanza; mala compoſición: éſtas dice que venían por añadirſe algo, o por diſminuírſe algo. Eſto todo lo tengo tratado, y a la larga, en mi *Compendio de Cirugía,* y allí declaré que lo que se añadía, o era según naturaleza, o fuera de naturaleza, según natura, como seis dedos en una mano, lo que se añadía fuera de naturaleza, es como piedra de vejiga y de riñones, por manera que éſta en el género es mala compoſición. Eſto es doctrina de Hipócrates en muchos lugares, y es de Galeno, es también de Paulo y de Aecio y de Avicena, y dicen que son diferentes las piedras de riñones a las de la vejiga, y que algunas dellas difieren en blancura o color rojo, al fin en el color; pero quiero advertir de una

coſa que dice Aecio: que en los riñones se hallan también piedras de diverſas colores, como blancar, amarillas, negras; al fin es una coſa cierta que por la mayor parte las piedras de riñones son chicas, aunque algunas veces se hallan grandes; suelen también hallarſe muchas, y una; suelen ser de varias figuras, y en reſolución difieren, en número, en color, en figura, dureza, blancura, aspereza, en blandura; en número, como pocas o muchas; en el color, unas son blancas, coloradas, negras, amarillas, pardas; en figura, unas son largas, otras redondas, otras quebradas, otras romas, otras puntiagundas; en blandura, unas blandas, otras duras, blandas como tosos, que quiere decir terrones; otras duras como pedernal, otras son ásperas, otras lisas; también difieren en ser unas leves, y otras peſadas y graves. De todas las que hemos nombrado, las redondas son las que con mayor facilidad se expelen y con menos dolor, pero si son áſperas se deſpiden con mayor trabajo y mayor dolor y tienen más peligro, y también las que fueren largas, si se atravieſan, son perniciosas y malas, y por la miſma cauſa, todas las deſte jaez, que de fuerza han de hacer gran daño, porque suelen quedarſe en la vejiga o en las vías de los riñones a la vejiga, y detiniéndoſe y golpeando, vienen algunas veces a exulcerar, de lo cual trataremos en su lugar, cuando tratáremos de llaga de vejiga.

Las piedras de riñones, por la mayor parte son chicas.

Entre sí las piedras de riñones difieren.

Las redondas se expelen con mayor facilidad.

Los daños que hacen las piedras ásperas.

Eſtas piedras se hallan por la mayor parte en hombres gordos más que en flacos; pero tratando

En qué sujetos se hallan estas piedras

más eſte negocio, digo que se pueden hallar en todos los sujetos, en flacos, grueſos, niños, mancebos, viejos, y, de la miſma manera, en las hembras, y en cualquiera edad dellas, pero más en los varones que en hembras; deſtas todas que hemos referido, las grandes son las que más amenazan, y también la muchedumbre dellas, aunque sean más chicas, como sean muchas, porque inculcan y prohiben la orina de manera que no puede salir, y acaba al paciente, como yo lo he viſto muchas veces, y también no pueden paſar por las ureteras, y quedarſe en ellas, aunque eſte daño suele hacerle cieno y humores viſcoſos, crudos y glutinoſos, y cuando es por cieno, el ataparſe no duele, pero cuando es por piedra padecen ingentíſimo dolor. Pero de una y otra manera, acaba eſte daño muchas veces, como nos lo ha moſtrado la experiencia, y al fin de todas de cualquiera deſta, se ha de tener temor y no deſcuidar. De las puntiagudas suelen venir muchos trabajos; por ser puntiagudas, suelen fácilmente ser cauſa de inflamación, y no para aquí, sino que se eſtiomena la parte, corriendo mucho humor a ella, y dello se sofoca y ahoga, y cuando no haya tanto daño, baſta a quitar el sueño, y con la vigilia se enflaquece la virtud que tanto peligro suele acarrear; la privación del apetito en eſta paſión es peligroſíſima, porque durando dura el daño. Autores deſto son Galeno, libro alegado, y de Paulo, Alexandro Traliano, de Aecio, Cornelio Celſo y de Avicena, y de todos los auto-

Las mayores son de mayor peligro.

Aunque sean chicas, tienen peligro, si son muchas.

Por qué las muchas piedras son peligrosas.

En qué difiere ataparse la uretera, por cieno o por piedras.

El daño que hacen las puntiagudas.

De renum affect., cap. 45, lib. 5.

res que deſto eſcribieron, como Serapion y Alexandro Benedito; que cauſa a la vigilia y enflaquezca la virtud, nos lo mueſtra Aecio, diciendo que la freneſia, aunque la enfermedad lo demande y sea en el verano, en un mozo de hábito sanguino, eſte tal se.tiene de sangrar poco, porque habiendo vigilia se temía extremamente la caída de la virtud; al fin, de cualquiera manera que sea, eſta enfermedad es peligroſa, larga, faſtidioſa; en las mujeres es de menos peligro, y eſto es por dos razones: la primera es porque tienen las vías más anchas, por razón de lo cual tienen los humores grueſos mejor salida, y por eſo no se detienen ni se paran a eſpeſarſe, ni tienen tiempo de endurecerſe; la otra razón es por la purgación natural de los menſtruos, que vulgarmente llaman regla, por razón de la cual no se detienen en el cuerpo superfluidades, que suelen ser cauſa material de eſta paſión. Eſta última razón es de Avicena, y deſto trataremos a la larga cuando tratáremos de piedra de vejiga.

Serapion y Alexandro Benedito.

Cap. de cura frenitidis.

Esta enfermedad es de menos peligro en hembras que en varones.

Cap. proprio de lapide renum.

Eſta piedra de riñones, por la mayor parte se engendra en mancebos de veinte años haſta veinticinco, y también de allí adelante las piedras que fueren grandes no tienen remedio, porque el ser expelidas por las ureteras es impoſible, y por cirugía no hay que imaginarlo; finalmente, duran cuanto dura la vida en los niños; todos los autores graves dicen que se hallan raramente; deſto es autor Galeno en el libro indicado, pero también dice que

Cuando son grandes, no tienen remedio.

De renum affect.

es al revés en la vejiga, lo cual dejo para su tiempo, y allí daré la razón por qué es eſto.

6, Epidemiarum. Gal. in eodem coment. in renen dolor gravis

Deſto eſcribió nueſtro Galeno, pero tan confusamente y sin hacer diſtinción, y el que fuere curioſo lo hallará en aquel comentario, muchas veces alegado.

Es eſta enfermedad, como tengo dicho, larga, prolija, enfadoſa y moleſta, no sólo al que la padece, sino también al médico que la cura; en los viejos es incurable y sin remedio, aunque la piedra sea chica, y si se comenzó en la mocedad, es peor. Eſto dice Hipócrates en los *Aforismos,* y Galeno dice lo miſmo. Deſta miſma sentencia es Avicena, Falopio y otros muchos y muy graves autores; al fin, eſta es enfermedad, de la manera dicha, peligroſa en cualquier tiempo del año, o sea una o muchas, grande o pequeña, larga o redonda, áſpera o blanda, digo, liſa, aunque a la verdad vemos muchos vivir con eſte mal muchos años, y padeciendo dolores y los accidentes dichos. Pero es meneſter que cualquiera que eſte mal padeciere ande muy ordinario en todas sus acciones, comida, ejercicio y en las demás coſas que diremos en el propio lugar, donde trataremos en la manera de preſervarſe en eſta paſión, y el médico que lo curare tenga grandiſima advertencia en saber gobernar al paciente, y no arrojarſe a dar remedios sin orden ni tiempo. En breve, digo que el enfermo que deſta enfermedad va a acabar se conoce eſtar cercano a muerte, que totalmente eſtá privado de

Libro Aforismorum, 6. Eodem coment. 61. Fen. 4, primi cap. de lapide

De cualquiera manera, esta enfermedad es peligrosa.

Cuánto cuidado han de tener el médico y el enfermo.

En qué se conoce que el que padece este daño es-

gana de comer y padece grandíſimas anſias en el eſtómago, y cuando come algún bocado, tiene grandíſimas náuſeas, que es gana de vomitar; tiene grandíſima triſteza y melancolía; no toma guſto en coſa alguna; en la parte, muy grande y muy pesado dolor; no puede urinar, y lo que expele es gota a gota, y, a veces, totalmente se le quita la urina; padece grandíſima e inſaciable sed; viénele calentura, delirio, que es locura; eſtá tan peſado, que no se puede menear, y si lo hace, queda cansadíſimo; no puede andar bien del cuerpo, y tiene el lugar del recto inteſtino, por donde recibe los cliſteres o ayudas, tan apretado, que apenas y con gran trabajo puede recibirlas, ni una mecha, y aquéjale mucho más las almorranas. Finalmente: todas las facultades padecen y dan mueſtras de su fin, con lo cual se acaba lo tocante al pronóſtico deſta enfermedad.

tá cercano a la muerte.

CAPÍTULO IX

EN EL CUAL SE MUESTRA LA MANERA DE REGIRSE Y PRESERVARSE EN ESTA PASIÓN

Deſpués de haber tratado del pronóſtico como de coſa tan importante al médico, será bien tratemos otra coſa neceſariſſima al enfermo que padece eſte mal, y es cómo se tiene de regir, para que si no tuviere principio dél, no le venga, y si acaſo estuviere començado, para que no le crezca, ni vaya el mal adelante, porque bien se deja entender que viviendo con recato prohibirá muchas coſas que pueden venir y cortará las piernas al daño, y lo primero que acerca deſto aviſo es considerar las cauſas que suelen hacer eſte mal, porque entendiéndolas, y huyendo dellas, si no hubiere venido, se eſtorbará que no venga, y si eſtuviere començando, que no crezca, porque teniendo ojo a eſto, se eſtorbará que no venga o que no vaya adelante, porque, como dice el refrán, más vale prevenir que ser prevenido, y para que mejor nueſtro intento se cumpla, es meneſter nos acor-

Lo que importa la providencia en los males.

Hoc est Hip.: lib. 1, Pronosticorum, pronóstico 1.

demos de las caufas defte mal en sus lugares referidas, que dijimos ser la una material y otra ser eficiente y también declaramos que la material era propincua o remota, aunque, para lo que ahora es nueftra pretenfión, entrambas, la una y la otra, tiran a un fin, que es a los humores que se engendran en nueftros cuerpos, que son vifcofos, crudos, gruefos y glutinofos. Eftos, pues, se engendran de los mantenimientos y también se pueden engendrar por comerlos sin orden ni tiempo, y también por excitarfe defpués de haberlos comido; suele también acontecer que, por comer demafiado, que el calor no lo puede cocer, se engendran crudezas, que suelen ser caufa de la enfermedad de que al prefente tratamos, y porque defta caufa y materia se engendra la piedra, es menefter prohibirla, y anfí mifmo la otra que llamamos eficiente, que dijimos ser calor, porque, quitadas eftas caufas, de necefidad se quitará el efecto, según lo tenemos de Hipócrates y de Galeno en muchos lugares, y anfí mifmo todos los autores graves y auténticos, y anfí griegos como árabes y latinos, pues, efto prefupuefto, será bien tratemos las cofas de que se han de guardar y qué cofas han de hacer, y para efto se tiene de comenzar de las cofas que llamamos no naturales. Eftas, pues, son, según Galeno, mantenimiento, bebida, sueño, vigilia, aire, movimiento y repofo, ejercicio corto, de las cuales será bien tratemos a la larga, y comenzando del mantenimiento, digo que tiene de ser de buena

Cuánto se debe guardar el tiempo y el orden en la comida.

Hip.: lib. Aforismorum, 4.

Gal.: lib. de medendes morbis.

Aristóteles, Avicena, Aecio, Paulo, Cornelio Celso.

Lib. de facultatibus naturalibus et in regni.

El modo que ha de tener

el mantenimiento.

subſtancia y que fácilmente se convierta en nuestro mantenimiento, y por eſta razón eſtá claro que tenemos de huír de aquellos mantenimientos de los cuales se engendran humores grueſos y viſcosos, de los cuales pondré algunos, y los más que yo pudiere, para que deſtos se saquen los demás, y comenzando de las carnes, se tiene de huír de la de toro, vaca o buey, puerco, cabrón, cabra, oveja, venado, aſno, caballo, ganſo, anadón, liebre, conejos viejos. De las aves, las grullas, abutarda, milano, porque todas éſtas son de gruesa subſtancia y que tarde se cuecen en el eſtómago, y cocidas engendran grueſiſimos humores, y Galeno en muchos lugares nos amoneſta se tiene de huír de los tales; son anſí miſmo perjudiciales las carnes en paſtel, las aves criadas en lagunas, y de todas las carnes cecinadas. Lo cual, en el lugar alegado, clariſimamente nos lo enſeña Galeno. También es perjudicial el hígado de cualquier animal, principalmente del que es grande, y el bazo, y el corazón, y eſto se tiene de entender comparado al cuerpo del miſmo animal, como el higado o bazo del carnero es peor que el miſmo carnero, y de la miſma manera, de todos los otros animales, y anſí miſmo son malas todas extremidades de todos los animales, como pies, manos, porque son glutinoſos y difíciles de cocer, de lo cual nos advierte la experiencia. Una regla general pongo, que cualquier animal de cuatro o de dos pies, el más viejo es peor, y deſta regla se saca que

Qué carne se tiene de huír en esta pasión.

Lib. de bono et malo suco.

Libro de alimentorum facultatibus.

El higado en común es malo.

Los extremos de los animales son peores que los demás, como pies, manos, etc. Regla general.

el cordero es peor y de peor subſtancia que el carnero, y es la cauſa porque toma de la humidad de la madre, que es la oveja, si no fuere el carnero viejo y fibroſo, que entonces es al revés; pero la vaca o la ternera, mejor la ternera; de cabra o cabrito, mejor el cabrito. Y anſí digo, que para cualquiera indiſpoſición de nueſtros cuerpos, el mantenimiento que se ha de eſcoger ha de ser que engendre buen humor y que se cueza preſto y fácilmente se convierta en nueſtra subſtancia, como perdiz, pollo, gallina, tórtola, palomino, pajarillos montanos. Eſto es de Galeno, en muchos lugares; gazapos, cabrito, ternera, carnero, como no sea muy viejo, faiſanes. De los peſcados son malos todos los que no tuvieren eſcama, como lamprea, anguila, congrio, que en Portugal y en otras partes llaman çafio, pulpo, mielga, tollo, marraxo, bonitalo, ranas, atún, toñina, tortugas, galápagos, lenguados, oſtias, caracoles. Eſta doctrina es de Galeno, en los libros alegados, donde también se condenan todos los peſcados que se criaren en lagunas o en las aguas detenidas. La raya también es maliſimo, pero los que son buenos deſtos peſcados, son peces, saxatiles, trucha, peces pequeños, bermejuelas, luinas. Eſto es de todos los autores, anſí modernos como antiguos, griegos como árabes, y pudiera en eſte artículo alargarme mucho; pero porque ya tengo tratado deſto largamente cuando traté de la cauſa propincua y de la remota, no será razón alargarme aquí; el pan no ha de ser

Cuál mantenimiento se debe escoger

Libro 9, de morb. cur., et de bono et de alim. fac. malo suco, Cuál es el peor pescado

De aliment. facult., lib. de bono et malo suco.

Gal.: lib. 9, de morbis curandis.

Condiciones del buen pan.

caliente, ni sin levadura, porque caliente y sin ella, sería muy peor.

Lib. de bono et malo suco.

Deſto es autor Galeno en el lugar alegado, y Avicena, de Aecio, de Alexandro Traliano. Eſtos miſmos autores y Galeno reprueban los laticinios, que son las coſas que se engendran de leche, como mantequillas, queſo, natas, requeſones, y el queſo freſco es mejor; es mala también la cuajada; a mi parecer será la razón porque de todas eſtas coſas se engendran crudezas, y humores grueſos y glutinosos; de las frutas son malas las que engendran los dichos humores, como peras, caſtañas, bellotas, avellanas y las nueces, y anſí miſmo son malísimos los frutos que tuvieren pepitas, excepto los melones y camueſas y peros, porque éſtos, comidos en poca cantidad y tempeſtivamente son buenos; pero eſto se tiene de entender haciendo dellos el paſto, porque en poca cantidad no serán tan malos; pero eſto va aquí de paſo, porque se tiene de tratar particularmente y también del orden que se tiene de tener en el comerlo y cuándo y cuánto; no paſaré en eſto más adelante de las legumbres, que en caſtellano llamamos hortalizas: lo que se ha de huír es de los ajos, de las cebollas, y eſto se entiende en demaſiada cantidad, porque hay algunos autores que dicen que la cebolla aderezada de cierta manera la ponen por remedio para eſte mal; es malísimo mantenimiento el puerro, maſtuerzo, pan y queſillo, que en latín llaman burla paſtores; es mala la oruga, la moſtaza y todas las hierbas

Cosas de leche son perjudiciales.

Malos frutos, para esta enfermedad.

De la hortaliza que se ha de huír y cuál aprobar.

Dioscórides, cap. prop., et Laguna, coment. prop.

que tuvieren acrimonia y calor demaſiado, porque las tales calientan y derriten los humores, cuales que sean, y por la miſma razón conſumirán lo sutil y quedará lo duro, y finalmente, sea hierba o fruto o carne o cualquier mantenimiento que engendrare humores de la suerte dicha, se tienen de huir; pero quiero advertir que de las hierbas se puedan comer lechuga, eſcarola, achicoria, borrajas, y de los frutos, manzanas, camueſas; acerca de la bebida, si el eſtómago lo pudiera sufrir, será buena agua; pero tiéneſe de huír de todas las aguas saladas y de las aguas de pozo; al fin, todas las que no tuvieren corriente, todas las que eſtuvieren turbias, y de lo que hubiere de beber y comer, se dirá en la cura deſta paſión, porque nueſtro intento agora no es sino declarar los mantenimientos que se tienen de huír. De los vinos se tiene de huír de los tintos y grueſos y de los que fueren adobados, porque eſtos tales inducen destemplaza en nueſtros cuerpos; los nuevos son maliſimos y los muy viejos, porque tienen grandíſimo calor y llevan tras sí cuanto topan. Eſto es de Aecio, y de Paulo y de Galeno, en los libros muchas veces alegados, y también los árabes, como el Conciliador, y Avicena lo trae de propóſito donde trata de la bebida de que se tiene de uſar en eſta paſión y de la comida della, y allí trata que el vino se ha de eſcoger que ni sea viejo ni nuevo, sino en mediocridad, y en el miſmo cabo reprueba los vinos grueſos, como los tintos, y aprueba lo que

Repruébanse todos los mantenimientos que engendraren crudeza.

Que sea buena la bebida.

Cuál vino sea bueno y cuáles se deben huír.

El vino adobado, ni muy nuevo, ni muy viejo, porque el viejo es caliente demasiado, y el nuevo engendra crudezas.

Lib. de bono et malo suco.

Fen. 3, libro 30.

fuere de buen olor y que no sea dulce ni agrio. Una coſa condena: a quien lo bebiere puro y demasiadamente, porque la moderación es la mejor, y quien la condena es Galeno; aunque sea el mejor, daña extrañamente beber frío y demaſiadamente caliente, porque lo frío condenſa y encrudece, y lo caliente derrite, de lo cual reſulta que debe guardarſe la templanza, porque todo lo demaſiado daña, lo cual en la era preſente anda diſoluto en el mundo, porque ya es galantería el brindarſe y los banquetes en tanta demaſía, que no me eſpanto sino no suceder más daños de los que al preſente suceden, aunque no son pocos, de lo cual se entiende que cuanto más nos apartamos de la templanza en todas las coſas, tanto más recibiremos de daño para la conſervación de nueſtros cuerpos, no sólo en eſta paſión, sino en los más sanos; de lo dicho se declara cuán perjudicial sea beber con nieve en eſta enfermedad, por las razones dichas, porque juntamente con engendrar crudezas, enfriando demaſiadamente, reſulta también enflaquecerſe el calor natural; de lo cual se siguen otros muchos y diverſos inconvinientes para deſtruír la vida. De la bebida ſría tenemos declarado, y de los daños que acarrea será bien, con la brevedad poſible, decir de los inconvinientes que suele acarrear la caliente, lo cual se puede entender de dos maneras, o porque actualmente es caliente, como si puſiéſemos un poco de agua a calentar con fuego, como agua común hirviendo, o porque es en po-

Libro de aliment. facult.

Cuánto daña el desorden en las cosas.

Los inconvenientes de la demasía.

De dos maneras se entiende la destemplanza caliente.

tencia caliente: como vino común, hipocrás, clarea y otros de eſte jaez, como agua de flor de canela, de azahar, de hinojo; eſto, aunque se beba frío con nieve, es caliente en actuándoſe; eſtas, pues, bebidas calientes hacen dos perjuicios. El primero, que aumentan la deſtemplaza caliente, y la otra, irritan la urina y la mueven extrañamente y llevan tras sí todo cuanto topan, aunque más crudo sea, y aguzan y hacen acres los humores; de la miſma manera hace inconvenientes el vino cocido, que, como se cuece con eſpecias, se fortifica el calor y hace mayores daños que los que tengo referidos. De todo eſto trataremos, y bien a la larga, cuando declaremos lo de la cauſa material deſta enfermedad, y allí reprobamos el mucho uſo de las eſpecias, como pimienta, clavo, nuez de eſpecias, canela, cinamomo; al fin, todas eſtas tienen en sí grandíſima acrimonia y agudeza, aunque Matiolo sobre Dioſcórides dice que la pimienta es fría, que parece contradecir a lo dicho de los que escriben de hierbas; sólo Functio hallo que dice que es caliente en su simplario; pero en eſta oportunidad me extenderé deſto más a la larga; deſta manera es el axi, que en nueſtro vulgar se llama pimienta de las Indias, lo cual, tomado en la boca, quema la lengua, y de la miſma manera quemará los humores e introducirá una deſtemplanza calentíſima, de lo cual reſultarán muchas crueles y varias indiſpoſiciones de las que vamos moſtrando.

De dos maneras daña la destemplanza caliente.

Cap. prop. de pipere.

En el mismo lugar de la pimienta.

En la materia preſente he dicho brevemente de

las coſas que se tienen de huír; cuando tratáremos de la cura deſta paſión, trataremos el regimiento deſte mal y los mantenimientos, bebidas, ayudas que se han de eſcoger; sólo hay que advertir que de las carnes se han de eſcoger las fáciles que tenemos dicho, añadiendo mollejas de ternera y de carnero, aunque algunos las reprueban por demasiada humedad que tienen. También son buenos los huevos sorbiles freſcos, los cuales alaba Galeno en muchos lugares, porque fácilmente se cuecen y se pegan en nueſtra subſtancia, que es la condición que ha de tener el mantenimiento para eſta paſión, y del peſcado, los dichos, añadiendo azedias, y porque atrás nombré un peſcado raro, que son luinas, el cual, de todo lo que he peregrinado en Eſpaña y fuera della, solamente le he viſto en Cuenca, en el río Júcar. También es buen mantenimiento salmonete de agua dulce, pajeles, verderoles, sabogas, pámpanos, cabrillas, y aunque poco antes dije no ser cómodos los lenguados, se ha de entender los que fueren grandes, y la araña marina y peſcada freſca, que en Andalucía llaman peſcada en rollo, y en otros cabos, merluza, y, finalmente, digo que el peſcado ha de ser friable. Eſta es opinión de Rondoleto: puédense dar también boguetas de agua dulce, y deſtos mantenimientos se ha de dar en cantidad que el eſtómago lo pueda cocer, y no cargarle, porque deſto se seguirá el miſmo inconveniente que muchas veces tenemos tratado de los frutos; es muy

Advertencia necesaria acerca del regimiento.

Lib. de bono et malo suco, libro de aliment. facult.

Luina: un pescado que sólo se halla en Júcar, río de Cuenca.

Pescados que convienen en esta pasión.

Lib. 2, de picibus.

Qué cantidad se ha de comer.

Frutos que se han de comer

a propóſito el melón bueno y bien maduro; y ya dijimos, cuando reprobamos los frutos con pepita, digo que se tienen de exceptuar los que diremos al preſente: melones, camueſas y peros, que llamamos de Eneldo, y peros de Nájera, y las ciruelas damacenas y las de paſar, endrinas, y las sanmigueleñas, las de monje negras. Deſta manera se pueden eſcoger las paſas de sol, y también las de lexia. De las hortalizas son buenas las lechugas, eſcarola sativa, que es la que se cría en las huertas de regadío, y también son buenas las silveſtres, que es lo que llamamos chicoria; son buenas para eſte propóſito las verdolagas, éſtas para templar; también a propósito las malvas, y principalmente, si acaſo eſtá el daño comenzado, porque su facultad es templar los riñones y remitir y quitar la crimonia del humor y ablandar, las borrajas son buenas. No dejaré de decir una coſa, a mi parecer subſtancial para eſte lugar, y es un abuſo extrañísimo que tiene el vulgo, y aun algunos, o los más médicos, que sin más conſideración, aunque eſtá comenzado el daño, luego dan diuréticos y coſas que muevan urina, sin tener hecha prevención en el cuerpo; lo que dan es lo siguiente: berros, hojas de rábanos, cardos y otros a eſtos semejantes, coſa perjudicalíſima y que acrecienta más eſte mal, que cierto pone grima la poca conſideración acerca deſte negocio. Las hierbas que tenemos dichas ser útiles y neceſarias han de ser cocidas y eſparragadas. Sólo reſta declaremos el modo, el tiem-

Los frutos con pepita se han de huir, salvo los que se exceptúan aquí.

Cuáles legumbres se han de escoger.

Engaño del vulgo y de muchos médicos, el uso de los diuréticos sin tiempo.

El orden que se ha de te-

ner en dar los mantenimientos dichos.

po y la orden como se tienen de comer los dichos mantenimientos para que no hagan daño en ningún tiempo, y para poder mejor conſeguir nueſtro fin, es meneſter hacer una diviſión acerca de su subſtancia dellos, acerca de lo cual digo: todos los mantenimientos, o son de grueſa subſtancia, o de mediocre, o de tenue, y sabido eſto, digo: que los que son de sutil subſtancia, eſtos se han de comer al principio, precediendo a los de mediocre y a los de grueſa subſtancia, y eſto nos enſeña Galeno diciendo que, como son de sutil subſtancia, se cuecen preſto, y que se diſtribuyen luego, y que aparejan los caminos para cuando los otros eſtén cocidos, y que si eſtuvieſen encima de los de grueſa subſtancia, eſtando cocidos, no pudiendo diſtribuirſe, de fuerza se habían de corromper, de manera que se tienen de comer, por eſtas dos razones, antes que los demás, porque aparejen el camino a los demás, y porque no se corrompan deſpués de cocidos. Todo eſto es de Galeno en muchos lugares y también es de Avicena y de los demás graves autores, y para ejemplo deſto, se ve los que comen leche deſpués de haber comido otras coſas, que luego anda encima de los demás alimentos, acedo y corrompido, y se conoce porque regüelda a la leche, por ser de tenue subſtancia, y el miſmo ejemplo se puede traer de otros muchos mantenimientos de tenue y sutil subſtancia; pero es meneſter entender que si hay dos mantenimientos que en subſtancia el uno diſte poco del otro, como

División de los mantenimientos.

Libro de aliment. facult., cap. de pomis.

Hase de comenzar la comida de lo de sutil substancia.

Lib. de bono et malo suco; libro de aliment. facult., cap. de pomis. Avicena: lib. 4, fen. 4.

Cuando dos mantenimientos son que diste el uno

vaca y carnero, y es mi parecer que se tiene de comenzar de la vaca, y deſto es la razón porque en lo hondo del eſtómago, de sentencia de todos, hay más calor, aunque algunos no tienen eſta opinión, que en la superficie dél, que es lo que se llama boca de eſtómago, y habiendo más calor, se hará mejor la cocción de lo grueſo, por haber más calor natural, y anſí, comiendo deſpués el carnero, vendrá proporcionablemente a cocerſe, aunque hay muchos de otra opinión, y de aquí se sigue, que comiendo carnero aſado y cocido, ha de comenzarſe por lo aſado, y por el miſmo tenor, habiendo de comer lechugas, vaca y carnero, se tiene de comenzar de las lechugas, por la razón dicha, que hacen camino a los otros manjares, y luego la vaca, y a la poſtre, el carnero. Eſta es la orden y regla que se tiene de guardar en el comer para que no se engendren crudezas, que es el mayor daño; para eſte mal es meneſter advertir, que aunque he traído ejemplo de la vaca, no es porque se haya de comer, pues la tenemos condenada por perjudicial para eſta enfermedad, que sólo lo he hecho para mayor claridad de los mantenimientos que fueren eſcogidos y señalados.

poco del otro, el más grueso, primero.

De la carne asada y cocida, se comience de lo asado.

Dichas eſtas coſas, como tan neceſarias para nueſtro intento, reſta se diga en qué tiempo será convenible y tempeſtivo para comerlo, y por qué aunque fueſe eſcogidíſimo el mantenimiento, comido sin orden y a mal tiempo, se seguirán los miſmos inconvenientes, que ni la digeſtión se haría

bien, ni el eſtómago lo recibiría, y para eſto se tiene de comer cuando el eſtómago lo demande, y eſte ayuno anſí hará su oficio milagroſamente, porque si eſtando cargado el eſtómago de mantenimiento medio cocido, echándole más, irá crudo sobre lo indigeſto, y hará graviſimas crudezas, y por el miſmo caſo, grandes enfermedades. Eſto es de Galeno, y de los demás autores griegos; es también opinión de los árabes, por manera que de lo dicho queda declarada la manera, y el orden, y cuándo se haya de comer, que es una de las coſas más importantes para nueſtro negocio, y en reſolución siempre es mejor la templanza, y que se coma con gana, y quede con ella en la comida, y no dé al eſtómago más carga de lo que pudiere llevar; eſto es acerca de la comida. Acerca de la bebida, a mi parecer, el sujeto que pudiere llevar, beber agua como sea buena y eſcogida, es lo mejor. Pero torno a repetir que el agua sea sutil, con las condiciones que trae Hipócrates, y con las que trae Galeno al miſmo propóſito, que son las siguientes: que su nacimiento sea al sol, de donde nazca sea tierra arenoſa, y no cienoſa, que no se detenga en las ijadas, y no tenga color ni sabor, y que sea corriente y no detenida, y deſto conforme en cada pueblo en que cada uno habita, porque luego en cada pueblo hay un agua alabada, el que tuviere miedo deſte mal, debe eſcoger de aquélla, como en Avila, la Canaleja; en Madrid, de Leganitos, caño dorado, y antiguamente, la de

La doctrina y demostración del tiempo que se ha de comer.

Libro de aliment. facult., et lib. de sanitate tuenda

El beber agua pudiéndolo llevar el estómago, es lo mejor.

Lib. de locis et agua. Condiciones de buen agua.

Cómo se ha de escoger el agua.

Lavapiés, que ya eſtá eſtragadiſima, por mezclas de otras aguas, por edificios nuevos. Y porque viene á propóſito, será bien traer muchas fuentes que son para eſta enfermedad de grandiſima excelencia, y aunque parezca manera de prolijidad, pondré aquí algunas, para el que fuere rico y poderoſo pueda aprovecharſe dellas, y también pondré los autores que dellas han hablado, y con grandiſima experiencia han celebrado, y traeré otras que haſta ahora no se tiene noticia, a lo menos de autores graves, entre los cuales es Plinio; en su natural hiſtoria, trae una que se llama la fuente de Lieja, en Alemania; llámaſe anſí porque eſtá en una ciudad, o junto a ella, que se llama Lieja; éſta dice que es para el mal de la piedra, y para hidropeſía, y para otras muchas indiſpoſiciones, y en el miſmo capitulo trae el miſmo Plinio otras muchas fuentes de maravilloſa propiedad; deſta fuente tienen ya los eſpañoles grandiſima noticia y experiencia; hay otra fuente, que se llama de la Pireta, junto a Florencia, que es de grandiſimo efecto; para eſte mal es alabada de muchos autores que se han metido a hablar de fuentes y de lagos que tengan, y tienen, propiedad particular, entre los cuales es el doctiſimo y curioſo eſpañol Pero Mexia, caballero sevillano, en su silva de varia lección; hay otra fuente que se llama el agua de Montepatino, ocho leguas de Florencia, que hace para eſto milagros; hay otra agua en Luca, en Italia, para eſta y para otras muchas in-

Plinius: de naturali historia.

Fuente de Lieja.

Fuente de la Pireta.

Pero Mexía: varia lection.

Agua de Montepatino.

Agua de Luca.

diſpoſiciones medicinal, cuyo deſcubrimiento, aunque parezca ajeno de nueſtra doctrina, le pondré al preſente; perdonará a quien pareciere prolijidad, y fué el caſo: que en aquella comarca eſtaba un labrador, el cual, entre otros bueyes con que araba, tenía uno tan flaco y tan perdido, que, dejado por tal, para donde quiſieſe irſe, se apartó en un valle eſcondido, lejos de donde le habían dado suelta, que se fueſe donde quiſieſe; se metió en eſte valle deleitoſiſimo, y por medio dél corría una agua, que orilla della eſtaba una hierba hermoſa, y el buey comenzó a comer de aquella hierba y beber de aquella agua, y en pocos días comenzó a dejar la roña y enfermedad, de manera que al cabo de algunos días se paró tan gordo, lucido y hermoſo, que no había más que pedir en aquel miniſterio, y el labrador, al cabo de muchos días, mandó a un criado suyo fueſe a buſcarle, a ver lo que se había hecho, y acertó el mozo a paſar por allí, sin imaginación que fueſe aquél, porque lo tenía por impoſible; al fin, el buey, cuando le vió, le comenzó a hacer regalos al mozo, y tanto hizo, que vino el mozo a conocerle, y vuelto para su amo, le contó el caſo, y el amo, incrédulo de tal novedad, le quiſo ver, y conocido por él, entendió que aquello no carecía de algún miſterio; comenzó a publicarlo, y fué tanto el concurſo de gentes de venir a aquel lugar, y buſcar el nacimiento del agua, y buſcado comenzó a experimentarſe en muchas enfermedades, que se halló tal aprobación,

Historia.

Cosa admirable y de grandisima consideración.

que es ahora el agua más frecuentada de Italia, y para la enfermedad de piedra es extremo, y túvose entendido que el buey defechó el mal que tenía por pacer la hierba que con el agua defta fuente se regaba, y no traigo defto autores, porque muchos, anfí italianos como efpañoles, perfonas graves fidedignas, no sólo que lo han vifto, sino que para efte mal la han bebido, y sanado, con mucha certidumbre me lo han certificado, y como Nueftro Señor hizo merced a Italia en darles efte remedio, no dejó sin él a España, que cierto en él se hallan cofas dignas de fama, y ser celebradas, y entre ellas algunas fuentes que traeremos aquí, de maravillofa obra, de las cuales es una la fuente la Piedra, que el vulgo la llama fuente de Antequera, aunque eftá tres leguas de la ciudad; es antiguamente celebrada, y yo la fuí a ver a vifta de ojos, y a beberla en su nacimiento, que cierto es cofa suavífima de beber, es fácil de urinar, detiénefe poco en los hipocondrios, que es una de las condiciones que dijimos de la buena agua (que ya tenemos dicho), porque en bebiendo la lleva y limpia todo lo que se halla en las vías de la urina, y ha sido tal la frecuentación defta fuente, que es ya lugar, y jamás se ha vifto hombre dél con difpofición que sepa defta, y muchos señores poderofos la llevan lejos para beberla a grandífima cofta, y otros han holgado irfe a efte lugar, y es grande el concurfo de gente que acude de varios lugares, y de diverfas enfermedades.

Fuente la Piedra, junto a Antequera.

Condiciones del buen agua

Hip.: lib. de locis et agua.

Fuente la Nava, junto a Almagro.

Hay otra fuente junto a Almagro, que hace maravillofa obra en efta enfermedad: llámafe fuente la Nava, tiene un poco de agrio, como el pozo de la mifma villa; éfta, a mi parecer, es mineral, y por efo tiene efte sabor acedo, y lo mifmo del pozo. Hay otra fuente en Caftilla la Vieja, junto a Avila, la cual se llama la fuente de Munico, junto a un lugar que se llama Labajos, de la cual yo bebí, y es de tan liviana subftancia; ésta han experimentado muchos, y todos la han alabado extraañamente, por de efecto milagrofo. Junto de Vitoria hay otra fuente, para efte efecto milagrofa; muchos la han alabado, pero yo no la he vifto, y por ello me voy con los que la han experimentado, y los que han vifto la fuente de Lieja dicen por cofa cierta que en el raftro que deja por donde corre tiene grandifima semejanza con ella, y anfímifmo se parece en el gufto y en otras cofas, y efto puede ser por ser semejantes. Hay otra fuente maravillofa para efte efecto, que se llama fuente de Gayangos, junto a Medina de Pumar, en Castilla la Vieja, de la cual se dicen muchas cofas para la pafión que al prefente tratamos, y defta me han dicho con juramento perfonas de mucha autoridad fidedignas una cofa maravillofa: que metiendo en ella una vafija de plata, se dora cafi súbitamente, y entendiendo las cofas que tan encarecidamente me decían della, hice y perfuadí que fuefe a ella defde efta corte un paje del ilustre y criftianífimo duque de Alba, que padecía mal

Fuente de Munico.

Fuente junto a Vitoria.

Fuente de Gayangos, junto a Medina de Pumar.

Efecto de gran maravilla.

de piedra, y juntamente grandíſimo eſcozor de urina, y eſtuvo allá algunos días, y vino sano y bueno, que cierto pareció coſa de milagro, y también se ha dicho que es maravilloſo remedio para el que fuere tocado de hidropeſía y perleſía, y para otras muchas enfermedades, que por no ser de nueſtro propóſito las dejo. Hay otra fuente de grande efecto junto a Cuenca, en un lugar que se llama Valdecabras; a éſta se llama la fuente del Llero, Concejo de Valdecabras; la cual yo he viſto, y en alguna coſa puedo hablar della, como quien la ha experimentado, y oído a los propios moradores del lugar, y es: que un labrador, vecino del miſmo lugar, se había comido una oveja entera, cuyo nombre era Alonſo, que deſpués lo supe de su misma boca, y que había poco más de dos horas que se fué a la fuente dicha, de la cual tenian ya noticia del miſmo efecto, y que se hartó del agua, bebiendo un grande golpe, y a muy poco eſpacio de haber bebido, deſpués de haber hecho urina en cantidad, se halló tan hambriento, que comiera cualquiera coſa que le dieran, y por cierto juro que él miſmo me lo contó en el miſmo lugar, y también me dijo que los vecinos del lugar huyen extrañamente de beber della, porque les gaſtaba el mantenimiento y les da mucha hambre, porque en acabando de beber, queda como en ayunas, y entre otras coſas, me contaron una que si no fuera habérmelo certificado tantos y tan fidedignos, pareciera patrañuela; pero es coſa tan averiguada en eſte lugar y

Fuente del Llero, concejo de Valdecabras, junto a Cuenca.

Historia maravillosa de la fuente de Valdecabras.

en la miſma ciudad de Cuenca, que por eſo lo cuento, y es: que poniendo una pierna de carnero una noche donde la pueda dar el agua, la deshace, y parece a la mañana comida, quedando solos los hueſos, y lo que más me admira es que no he viſto agua más delgada y suave de beber, sin olor, calor, ni sabor; tiene otra obra, que a los que son gordos los adelgaza; sana a los hidrópicos; de mí podré afirmar que padecí en Cuenca una graviſima enfermedad, de la cual quedé con haſtío tan grave, que cuanto olía a mantenimiento aborrecía tan en extremo, que no había mentármelo, y oyendo la relación deſta fuente, hice que me llevaſen a allá, y no pasó una hora deſpués de haber bebido eſta agua que no me vino tan gran gana de comer, como en toda mi vida había tenido, y cuando eſtaba más deſconfiado de poder tener guſto en ningún mantenimiento, entonces me hallé de manera que aun lo que en mi vida había comido apetecía, que pareció coſa de encantamiento, porque la primera vez que bebí fué más de azumbre y medio, y no tardé un cuarto de hora en urinarla, de manera que con haber venido a mi noticia hallé lo que pedía y aun más, y la llevan a muchos cabos de la Mancha, que ya tienen deſto noticia, y hace que si fuera otra nación fuera de Eſpaña, que ella fuera celebrada. Eſte lugar de Valdecabras es de D. Bernardino de Cárdenas, caballero de nombre, que habiendo dado mueſtra de su valeroſa eſtirpe, acabó honradíſimamente en la Naval. De muy

Otra maravilla desta fuente.

Otra maravilla de la misma fuente.

Es maravillosa para dar gana de comer.

Descuidado de los españoles.

poco acá se ha experimentado otra fuente que parece don del cielo, según su bondad, y es junto a un lugar que se llama Corpa, dos leguas de Alcalá de Henares, cuya suavidad es tan admirable, que más parece coſa del cielo que de la tierra; tiene propiedad medicinal de ablandar el vientre, y al preſente bebe della el criſtianíſimo Rey D. Felipe nueſtro señor, segundo deſte nombre, y ha sentido grandíſimo provecho para la dureza de vientre, y otras muchas generoſas perſonas uſan della para eſte miſmo efecto, y se hallan muy bien con el uſo della, y guſto beberla, y yéndola yo a ver por ver su nacimiento y sitio, vi una coſa de admiración, y es: que todas las piedras que el agua della bañaba eſtaban tan blancas y liſas, y sin ningún género de verdoyo en ellas, lo cual era muy al revés en la fuente la Piedra, de Antequera, que todas tenían verdoyo a manera de tobas, que me dió bien que penſar en eſta novedad, y eſto, a lo que puedo entender, es la cauſa que la sutileza de eſta agua de Corpa no la deja criar, y yo he oído decir a muchos que han bebido la una y la otra hallarſe mejor y más deſembarazados con la de Corpa que con la otra, y bien pudiera traer otras muchas, de las cuales cuentan coſas excelentíſimas; pero porque ni en todas las provincias se halla comodidad para poder uſar dellas, será bien al preſente digamos qué se pueda hacer si no hay comodidad deſtas aguas, para lo cual será bien que nos aprovechemos del arte faltando naturale-

Fuente de Corpa, junto a Alcalá de Henares.

Cosa admirable de la fuente de Corpa.

Cómo se tienen de alterar las aguas, donde no son tan buenas.

za, y es que la ciudad, villa o lugar que no las tuviere tales, se tienen de cocer con anís, canela, regaliz, y más si el eſtómago tuviere crudezas, porque éſtas son enemigas crueles deſta paſión, y cuando el eſtómago no pudiere sufrir agua, será bien dar un poco de vino blanco aguado, y que no eſté adobado, ni sea vino de fuerza, porque no lleve tras sí los humores que se topare en los caminos; para eſte negocio se puede beber vino clarete de Illana, de Conſuegra, de Villanueva del Cardete, Villarrobledo de Madrilejos, y la bebida ha de ser moderadíſima, porque, o sea agua o sea vino, ha de ser poco, todo en orden, que no se engendren crudezas. Al fin, lo miſmo que dijimos en la comida digo en la bebida, que tiene de ser con mucha templanza.

Tiénese de huír el vino adobado.

Agua cocida con Salgifragia.

De poco acá traen de nueſtras Indias un palo, que dicen llamarſe Salgifragia, que echando dél unas rajas en una redoma, hace el agua azul; realmente tiene grandíſima facultad de limpiar los riñones; de otras muchas pudiera traer al preſente, pero eſto me parece que para lo que yo pretendo baſta.

Cap. de somno et vigilia

Dicho, pues, del mantenimiento y bebida, trataré del sueño y vigilia: de opinión de Ariſtóteles, el sueño es una quietud y repoſo de todas las facultades de nueſtro cuerpo, en el cual se perfecciona y rectifica el calor natural, y hace sus obras con más perfección, la cual también es doctrina de Hipócrates en muchos lugares, y Galeno, *Libro*

Cap. de somno, et Gal.,

de Crisibus, donde dice que en el sueño, el calor natural hace mejor sus obras y con más perfección; pero hase de entender del sueño moderado, como tenemos dicho de las demás cosas, porque si se toma inmoderado entorpece y llena la cabeza de muchos excrementos, como nos lo enseñan Hipócrates y Galeno, y traen muchos inconvenientes del sueño sin moderación, y así mismo, la vigilia es de las cosas que más gastan la virtud, porque resuelve grandemente, y así lo dice Hipócrates, donde dice que durando la vigilia, disipa y gasta, y Aecio dice que en la frenesía, aunque todas las cosas demanden sangría, como la edad, la complexión, el tiempo, la enfermedad y grandeza della, que no se tiene de hacer, porque con el movimiento continuo y la vigilia se enflaquece la virtud, y lo mismo dice en muchos lugares, como en los pronósticos, y Galeno, en su comento, donde poniendo el vulto hipocrático por señal de muerte, que le pinta de esta manera: los ojos hundidos, la nariz afilada, las sienes consumidas, las orejas frías, la boca abierta, el rostro seco es señal de muerte y cercana; pero aunque el enfermo esté desta manera, dice que es menester preguntarle si ha tenido flujo de vientre, y si se ha estado sin comer, o si hubiere velado, porque habiendo pretendido alguna cosa destas, no se tiene de tener tanto temor, ni aun casi ninguno, de lo cual se sigue que es bastante la vigilia demasiada a destruir un sujeto, y por esto Hipócrates dice, que si la vigilia perseve-

lib. de morbis et de locis et aqua, lib. 2, Crisibus.

Libro 7, Aforismorum, afor. 28.

Lib. 2, Afor.

Capítulo de frenitide.

Libro Prognost., cap. de vultu hip. qui mortalis est.

Lib. de natura humana.

Efectos de la vigilia.

Libro 7, Aforismorum, afor. 20.

rare mucho tiempo, que priva a un hombre de seſo, porque se enflaquecen todas las acciones naturales, animales y vitales, y principalmente se gaſtan y perturban las animales; de manera que de lo que tenemos dicho, todo ha de ser con grandíſima moderación, y con eſto doy fin al sueño y a la vigilia, el movimiento y la quietud, porque en eſto se ha de entender cuánto y cuándo, si ha de ser mucho o poco, porque poco no hace nada, y mucho enciende demaſiado, como nos enſeña Ariſtóteles, *Libro de los Físicos,* y claro se entiende cuánto daño para eſta paſión podría cauſar, pues la destemplanza caliente hace el daño que tenemos significado.

Lib. 2, Fisicorum.

También es meneſter saber cuándo tenemos de uſar el movimiento; a eſto se dice que ha de ser el ejercicio antes de la comida, eſtando ya vacío el eſtómago, porque si se hicieſe eſtando lleno, diſtribuiría el mantenimiento crudó y antes de tiempo, que es un inconveniente de los mayores que en eſte mal podría suceder, porque la cauſa material y eficiente se aumentaría y se harían mayores, y también hay otro inconveniente, que con el movimiento se diſtribuiría el calor natural, quedando el eſtómago con menos calor, y por el miſmo caſo se haría mala la cocción.

Gal., lib. 2, de racione victus in acutis.

Eſtos son los efectos del movimiento intempestivo, como lo refiere Hipócrates y Avicena, aunque el Hipócrates dice en otro aforiſmo que alguna coſa se puede dar a la región y al tiempo y a la

Fen. 2, cap. de exercitio.

coſtumbre, como se ve claro en los trabajadores, que viven sanos, sin guardar eſtas leyes, que luego en comiendo, siegan y cavan, aran y hacen otras coſas de trabajo, y por eſto Ariſtóteles llama a la coſtumbre otra naturaleza, y para prueba de lo dicho, es en nueſtro favor un proverbio caſtellano, que mudar coſtumbre es a par de muerte, y aſí los trabajadores, porque tienen profundo ſueño, aunque tengan muchas crudezas, las gaſtan con él, y lo miſmo trae la eſcuela de los médicos, y para lo del ejercicio y movimiento baſta lo dicho.

Libro 3, Aforismorum.

Gal., lib. de alimentorum facultatibus.

Libro 3, Fisicorum. Proverbii.

Será bien tratemos de la quietud, la cual no ha de ser demaſiada, porque si es mucha, y acaſo antes ha tenido ejercicio, se allegarán grandíſima copia de excrementos y crudezas, de las cuales se hacen notables daños doctrina es de Galeno en muchos lugares, y la razón nos mueſtra claro muchos y diverſos daños, que el ocio demaſiado nos suele traer, y eſto no sólo al cuerpo, pero también al ánima, y por eſto dijo Plinio el Iunior, en una epíſtola, que vale poco eſtar ocioſo.

Lib. de pane pile usu, lib. 2, de sanitate tuenda.

Plinius Iunior, lib. 2, epist. 22.

Acerca del aire, digo que tiene de ser templado, porque si es frío es contrario, y lo miſmo si es caliente, y anſí el médico le debe de reducir a templanza, e Hipócrates, *Libro de ulceribus*, en todas las coſas alaba al equinoccio, que es el tiempo templado; acerca del coito, ha de ser con templanza y moderación.

Libro de ulceribus.

Eſta es doctrina de Galeno en muchos lugares, y dice que en el acto venéreo todas las partes del

Libro tegni, cap. 88.

cuerpo humano padecen y contribuyen para tal miniſterio, y que acto perjudicial cuando eſtá el cuerpo lleno, aunque algunos le ponen por remedio en templanza, pero que en demaſía altera y enflaquece, de manera que algunas veces no puede reſtituirſe la pérdida que en ello se ha hecho. Pero porque en eſto veamos con mayor claridad, será bien notemos acerca deſto lo que se ha de tener, que es cómo, cuándo y en qué tiempo se ha de uſar para que no haga daño a la virtud, que tan neceſariamente debemos en todos los caſos conſervar, y primero será bien declarar a qué complexiones cumple; a lo primero será bien declaremos cómo tenemos de uſar dello, a lo cual se declara que en cuerpos llenos no cumple el uſo del coito, ni tampoco en cuerpos vacíos, ni a cuerpo flaco, porque la virtud flaca no lo sufre, ni el lleno lo permite: el flaco, porque se enflaquece más, pues todo el cuerpo padece en eſte ejercicio, ni el lleno, porque sería atraer mucha cantidad de crudezas y echaría a perder el sujeto que tal hicieſe, porque ya sabemos y tenemos dicho el efecto que las crudezas hacer suelen en eſta paſión, como tantas veces tenemos repetido, de lo cual se colige que en el cuerpo templado, uſado con moderación es en lo que se ha de uſar, y si alguno fuere deſtemplado, el que fuere caliente lo sufre mejor que el frío, y si un cuerpo eſtuviere acoſtumbrado a ello, lo sufrirá mejor, como lo tenemos dicho de Hipócrates y de Galeno, y tam-

En qué tiempo se tiene de usar el coito.

Lib. Aforism., afor. cit., et lib. 3.

bién de Plinio de la natural hiſtoria, y Pero Mexia la repleción, que es el henchimiento; por las dichas razones hemos de eſtorbar la mucha evacuación, porque ya sabemos lo que los autores dicen en eſte caſo, y no hay que ser prolijo en eſtas cosas no naturales, entendiendo lo que deſto dice Hipócrates y Galeno en los lugares alegados, y sabemos lo que en eſte caſo paſa, y a dónde, y cómo nos lo enſeña Galeno en muchos lugares, y con eſto doy fin a las coſas que llamamos no naturales, que sirven tanto, como tenemos dicho en eſte caſo. Y con eſto, advirtiendo que todo sea con moderación, pues sabemos de Celſo, que todo lo inmoderado daña cuanto más, que cuando no miráſemos lo de medicina, sino de buena coſtumbre, éramos obligados a ser moderados.

En su varia lection.

Cit. afor. et Galeno in comentariis eorum.

Lib. de plenitudine, et de sanguinis missione.

Cornelius, lib. 4.

Es también neceſario que cuando un cuerpo eſtuviere lleno, que es lo que llamamos pletórico, se haga en él alguna sangría. Eſte es precepto de todos, de Hipócrates y Galeno, que cuando llegare un cuerpo a tan buen hábito, que nos parezca no poder eſtar mejor, se tiene de evacuar, porque si no puede paſar a más bien, ha de venir a mal, y se corrompe y viene a menos; lo miſmo dice en el miſmo comentario Galeno, a lo cual acude Cornelio Celſo, que el hombre sano y hermoſo y gordo debe de andar soſpechoſo de tanta salud, que es lo miſmo de Hipócrates; anſí que el cuerpo pletórico se tiene de evacuar, porque para eſta paſión es coſa perjudicial, y aumenta más el daño. Eſto

Libro 1, Aforism., afor. 2, in eodem comentario Gal.

Hip., libro 1, Aforismorum afor. 2.

Lib. 5, cap. 1.

Gal., de sanguinis missione, lib. de plenitudine, lib. 13, de morbis curanda.

6. Epi. que comienza, in reni dolor gravis.

es del miſmo Galeno en el lugar muchas veces alegado de las epidemias, en el comento donde dice que en el cuerpo lleno se hace mayor el dolor; pero si el cuerpo eſtuviere cacuóquimo, es neceſario el purgarle con el medicamento que el humor de cada uno pecare y la complexión que tuviere, de lo cual trataremos a la larga, cuando tratemos de la cura deſte mal en su propio capítulo; para prevención deſte mal, es de grandíſima utilidad el vómito, y encomendado de Hipócrates en muchos lugares, y anſí miſmo de Avicena, donde dice que es grandíſimo remedio, principalmente en eſtómago que eſtá cargado de humores glutinosos, grueſos, crudos y viſcoſos, y para excitarle, es bueno el siguiente remedio: tomar de jarabe acetoſo onza y media, y cuatro onzas de agua común, y dárſelo; para el miſmo efecto, tomar cuatro onzas de agua común, y una y media de vinagre, y déſe lo uno y lo otro tibio, y si fuere meneſter, vomitorio más fuerte, a eſte último remedio se tiene de añadir de un poco de simiente de rábanos; suele también hacer eſto un poco de agua tibia, dándoſe media hora antes de comer; éſte, aunque fácil, es uno de los más preſtantes remedios que podemos traer, añadiendo un poco de aceite común o de manzanilla; éſte es remedio para provocar vómito, o para cocer las crudezas del estómago, que es lo que se pretende con el vómito; pero porque hay eſtómagos que por su flaqueza y relajación no pueden sufrir el agua, sin tener gran-

Libro 1, Aforism., et Galeno, in comentario. Fen. 1, primi cap., de cura februm putridarum.

Vomitorios.

Otro vomitorio.

Fuerte vomitorio.

Remedio maravilloso para quitar las crudezas.

díſima peſadumbre, pueden en su lugar darle a la miſma hora media eſcudilla de caldo de ave o de carnero, quitado todo lo gordo, y echarle allí tanto vino blanco como cabrá en medio huevo, y eſto se tiene de continuar algunos días, porque las crudezas que hubiere las conſumirá, y será parte para que adelante el mantenimiento pueda cocerſe mejor, y teniendo el enfermo eſta obſervación, eſtará seguro del crecimiento del daño, aunque eſté comenzado a hacer, y le será notorio remedio, y es cierto que se han viſto muchos que con llevar eſte regimiento se les ha quitado, ya comenzada a engendrarſe, la piedra, lo cual se conoció por las señales referidas, y con el dicho concierto venir a arrojar muchos trozos de pedrezuelas y de terrones, y quedar saníſimos y muy buenos; pero quiero advertir una coſa, que la cauſa por que eſta enfermedad mata muchas veces es porque el médico aſegura al paciente, y si no es en el ímpetu del dolor no lo eſtima, ni hace que el enfermo lo eſtime; la otra cauſa es porque eſte mal da treguas que parece que no hay mal alguno, y anſí va el daño en crecimiento, haſta que aſegurando prende, y por eſo es meneſter que al principio se comience a curar con grandíſima diligencia y curioſidad, antes que se continúe la moleſtia, porque entonces, o aprovechará poco el remedio, y lo más cierto es no nada, y de aqui es que algunos tienen eſte mal por incurable, y es porque se han tardado en aplicar el medicamento y ayuda para poder remediarlo, con lo cual doy fin a eſte capítulo tan neceſario.

Otro remedio para las crudezas.

Las causas por que esta enfermedad causa más veces peligro.

CAPITULO X

EN EL CUAL SE TRATA DE LA PIEDRA DE RIÑONES Y DE SU CURA

Después que tan a la larga hemos traído la manera de preſervarſe deſte mal, que tan neceſario era como del regirſe y gobernarſe el enfermo, anſí en el mantenimiento y bebida, y de las más coſas no naturales como de coſa, sin la cual ni la preſervación ni la cura puede ponerſe en efecto, para lo cual hemos pueſto reglas de cómo se debe hacer. Será bien tratemos el cómo se haya de curar eſte mal, que es el fin que pretendemos en eſta obra, y para lo que hemos procurado eſcribir eſte TRATADO, para lo cual es meneſter saber las cauſas deſta paſión, y los pronóſticos, anſí miſmo de las señales: eſto todo lo debe de poner delante los ojos el médico perito que quiſiere curar la dicha enfermedad; ya sabemos que en el capítulo precedente tratamos de las coſas no naturales, las cuales dijimos haberſe de guardar anſí en la preſervación como en la cura deſte mal, y que en eſto el

médico había de poner su cuidado, y en el mismo lugar dijimos que se tenían de guardar con moderación, sin hacer en ellas exceso; para la cura desta pasión hemos de comenzar de su causa, lo cual es de Galeno y es de todos los autores, así griegos como latinos, antiguos como modernos, y de los árabes, y comenzaremos de la causa material, que son los humores que son gruesos, fríos, glutinosos y viscosos, y los crudos; también es menester socorrer a la causa eficiente, la cual dijimos ser calor inmoderado, y así será menester templarles, y a la una y la otra causa socorrer, por lo cual será menester que usemos de mantenimiento que templando la causa eficiente engendre humores delgados, y esto será guardando las cosas no naturales; cuáles sean y de qué manera se deba usar dellas, parte dijimos en el precedente capítulo y parte diremos ahora, y por el orden que hayamos de guardarlo, y así comenzaremos del mantenimiento, comenzando de las verduras, de las cuales es buena la chicoria, lechugas, escarola, borrajas, malvas, verdolagas, acelgas, éstas cocidas, y esparragadas; éstas tienen facultad de templar y adelgazar los humores, que es lo que pretende hallarse; esto es en Galeno en muchos lugares. Para esta indisposición es alabado de Galeno el cremor de la cebada, lo cual alaba grandemente, y dice que es maravilloso porque templa y adelgaza y mundifica, y lo mismo hace el farro, lo cual se adereza de la misma manera que el arroz, poniéndolo a sudar y

Lib. tegni et lib. de causis morb. Avicena, fen. 4, primi.

El mantenimiento, cuál ha de ser en esta preservación.

Las verduras que conviene para templar el calor.

Lib. de bono et malo suco. Libro de alimentorum facultatibus.

Lib. 4, de sanitate tuenda

Lib. de bono et malo suco. El modo como se ha de cocer farro.

a cocer, o en caldo de ave o de carnero, lo cual es dificultoſo de cocer y haſe de cocer mucho, como el miſmo arroz, pero ha de ser en caldo de gallina o de carnero; anſí miſmo es bueno el caldo de capón, de gallina, de pollo, y echarle pan rallado al caldo dicho, y porque en el capítulo precedente, que trata de la preſervación, dije de los mantenimientos que se habían de elegir, y abundantemente, por eſto no me parece neceſario repetirlo al preſente, porque sería nunca acabar. Digo, en suma, que han de ser los tales mantenimientos que fácilmente se cuezan y se conviertan en nuestra subſtancia, donde también advertimos una coſa, que el enfermo jamás quédeſe harto, sino con gana de comer, porque el mayor beneficio para el eſtómago es quedar hambriento, porque fácilmente podrá cocer, y no se podrán engendrar crudezas, que suele ser en eſta paſión el mayor daño, y eſto es del Conciliador Aberrois *in col,* y también nos lo mueſtra Galeno en el lugar alegado, donde la hartazga vitupera y reprueba quedar el eſtómago hambriento, y en el miſmo comentario dice Galeno que el dolor en el riñón es mayor eſtando el cuerpo más lleno, y en el miſmo lugar condena el demaſiado ejercicio, anſí a pie como a caballo; luchar, tirar, saltar y, finalmente, cualquiera ejercicio que fuere violento, es dañoſo, porque, como tenemos dicho, de los tales se engendran muchas crudezas, y anſí miſmo, a eſto se alega lo siguiente: jugar pelota y chueca, bolos, argolla, al mo-

Los mantenimientos que se han de escoger.

Advertencia necesaria.

6, libro, Epidem. et lib. de plenitudine.

Lib. 6, Epidemiarum aleg.

Hoc est omnium auctorem in communi

jón, barra, al fin, todo lo inmoderado, porque todo daña extrañamente; pues eſto entendido, digo que es meneſter, quien eſto padece, andar bien de vientre, con medicina o sin ella, que es en eſte caſo una de las coſas más neceſarias; tiene el tal enfermo de huir las perturbaciones del alma, como de la ira, triſteza e imaginación, porque suele ser causa de hacer eſte daño muy mayor y más crudo; tiéneſe de huir de coſas que enciendan los humores y el calor natural demaſiadamente, porque es coſa perjudicialiſſima para eſte negocio, y para evitar prolijidad, y no hacer confuſión, digo que en las coſas naturales se tienen de guardar las miſmas reglas que ya, y bien largamente, tenemos declarado. En el precedente capítulo digo en el comer, beber, dormir, velar, ejercicio y repoſo, ira y placer, de lo cual, a mi parecer, tenemos, y bien a la larga, tratado, y por eſo no tenemos ahora que ser prolijos, sino venir a la cura, que es el fin que en eſte lugar pretendemos, y lo primero que tenemos de mirar es la diſpoſición del enfermo, si es pletórico o es cacoquímico, y para eſto es meneſter saber qué sea el cuerpo pletórico y qué el cacoquímico, y declarando qué deba llamarſe cuerpo pletórico, digo que Galeno lo declara en muchos lugares: que es cuando el cuerpo eſtá lleno de todos los humores, sin corrupción dellos, o de sangre, y el cacoquímico, dice que es cuando uno o todos los humores eſtán corruptos, o alguno dellos; al cuerpo que tuviere pletórico se debe evacuación

Hase de huír lo demasiado caliente.

En las cosas no naturales, se refiere al precedente capítulo.

Consideraciones para la cura.

Lib. de plenitudine, de sanguinis misione, de morbis curandis, lib. 13.

Al pletórico, sangría.

Al cacoquímico, purga.

de sangría, y al que es cacoquímico se debe purga, y cuando entendiéremos haber malicia de humor, tenemos de comenzar por clíſteres, que es uno de los mayores remedios en eſta paſión, para lo cual el siguiente clíſter o ayuda es excelente:

Clister 1.

tomar cocimiento de malvas y de linueſo de malvaviſco y de cebada media libra; aceite de manzanilla, de linaza, de cada uno dos onzas; de azúzar negro, onza y media; de hierapliega, media onza, y mezclarlo y hacer que reciba eſta ayuda;

Clister 2.

otra para el miſmo efecto: tomar cocimiento de malvas, de parietaria, y de verdolagas, otra media libra; de aceite violado, cuatro onzas; de miel rosado, onza y media, y media onza de yera simple, de Galeno, digo de los polvos, y hágaſe clíſter;

Clister 3.

otro, tomar del cocimiento siguiente: otro tanto de malvas y de violetas, con su flor, y cocerla, a lo cual se tiene de añadir aceite violado y de manzanilla, de cada uno dos onzas; azúcar blanco, onza y media; de benedita, una onza, y un poco de salgema, que es lo que el vulgo llama salpiedra, y hágaſe clíſter;

Clister 4.

otro para la miſma ocaſión: tomar cocimiento de higos, de ciruelas paſas, de cebada y de ariſtologia redonda diez onzas; de azúcar blanco, una onza; de pulpa de cañofiſtola, media onza, y añadir de benedita media onza; hágaſe clíſter; para los dichos clíſteres y ayudas pueden hacerſe de las hierbas siguientes: el cocimiento de alholvas, de coronilla del Rey, de talvina, de salvado, de linueſo, de cebada, y de malvas, y de malvaviſco

y de otras hierbas a éſtas semejantes; puédeſe añadir manteca de vacas; también se puede añadir cocimiento de acelgas, de mercuriales, de raíces de parietaria, y anſí se puede hacer el cocimiento siguiente: tomar de las acelgas, de parietaria y de cebada y cocerlo bien, según arte, y tomar dél media libra, y añadir de aceite violado, de linueſo, de cada uno tres onzas, y de pulpa de cañofiſtola ocho dracmas; azúcar blanco, onza y media; de benedita, media; hágaſe cliſter. Otro para el miſmo daño, con el cual se suele hallar muy bien: tomar de raíz de azucena o de hojas de malvas, de mercuriales y de acelgas, de cada uno un manojo, y hágaſe cocimiento, según arte, y luego se cuele y exprima, y deſto se tome seis onzas de aceite violado, de aceite de alegría y de almendras dulces, de cada uno onza y media; polvos de xera simple, media onza, y de diafinicón, media onza; hágaſe un cliſter; pero si el eſtómago anduviere alborotado y con gana de vomitar, o si acaſo tuviere costumbre de vomitar, uſemos de vomitorios, de los cuales en el precedente capítulo dijimos ser tan convenientes y neceſarios, para lo cual trajimos algunos y ahora traeremos otros.

Clister 5

Clister 6.

El vomitorio es utilísimo en esta enfermedad.

Para eſta intención es bueno tomar cocimiento de manzanilla, que suele hacer eſte efecto, y no baſtando eſto, será bien dar el siguiente: tomar onza y media de jarabe acetoſo y tres de agua común, y dárſelo tibio bien mezclado; para el miſmo efecto es el siguiente: tomar de agua común y

Vomitorio 1.

Vomitorio 2.

Vomitorio 3.

vinagre tres onzas, y añadir del cocimiento de la simiente de los rábanos y dárſelo tibio, y para que vomite se puede meter los dedos haſta aquella parte que llamamos gallillo, y cuando eſto no bastare, se puede meter una pluma al garguero mojada en aceite común; es el vómito una de las coſas más a propóſito para eſta paſión, porque es revulsión de la cauſa material, o ya sean crudezas, o ya otros humores grueſos o viſcoſos, o glutinoſos, y también se puede uſar de los otros que dijimos en eſotro capítulo, pero cuando ya tuviéremos hecho eſto del vómito, será bien tornar al uſo de los cliſteres, todo a fin de quitar eſta cauſa material y que lleven intención de templar la cauſa eficiente, que es el verdadero camino para el remedio deſta paſión, como ya tenemos en muchos lugares alegado de Hipócrates y de Galeno, y de otros graviſimos autores; que por donde se ha de comenzar la perfecta curación ha de ser extirpando la cauſa del daño; eſto se hace también con los siguientes cliſteres: tomar albahaquilla de río, de parietaria, de blanca urſina, y cocerlo, y deſte cocimiento se tome media libra, y añadir aceite violado cuatro onzas, y media onza de draprunis simple, y media de benedita, y hacer cliſter para el cocimiento; de las ayudas son buenas las hierbas siguientes: las raíces de los malvaviſcos, del milio solis, del pentafilón, del paucedano, raíz de linueſo, del dauco, de la ruda, del eneldo, de simiente del apio, de hinojo, del perejil, de las malvas; al fin, de todas

Otros remedios para el mismo efecto

Libro Aforismorum, 2. Libro tegni, cap. 84. Libro 6, Methodi.

Otros clisteres.

Dioscórides y Matiolo escriben la propiedad de estas hierbas.

las coſas que tengan facultad de ablandar y de templar, y anſí miſmo se pueden añadir: higos, ciruelas paſas; eſto hallarán en Paulo Gineta, y de Aecio, y de Traliano, y de Cornelio Celſo; para eſta miſma intención Avicena pone un cliſter maravilloſo: tomar de violetas, de malvaviſco y de borrajas de cada uno un manojo; de higos y de ciruelas paſas, uno y medio, y todo cocido y colado, y a ocho onzas deſte cocimiento se tiene de echar una onza de manteca de vacas freſco, y si no, lavado haſta perder la sal, y media de pulpa de cañofiſtola, y de aceite común cuatro onzas, y una dracma de salgema, que es sal piedra, y porque en eſta paſión suele acudir mucha ventoſidad, se tiene de añadir al cliſter onza y media de aceite de eneldo, de ruda, y el de manzanilla, y cuando el cuerpo eſté deſta manera, se le puede añadir al cocimiento, o el eneldo, o su simiente, o hinojo, o el de ruda y otros a eſtos semejantes, que deſhagan a ventoſidad, añadiendo anís de la simiente de hinojo, y en eſto doy por conſejo al prudente médico añada y ponga lo que le pareciere, según la necesidad hubiere, y porque muchas veces suele acontecer por limpiar los inteſtinos con eſtos cliſteres, como llevan coſas calientes, quedar las tripas escalentadas y con algún ardor, entonces se tienen de echar medicinas que templen y limpien los inteſtinos, y para eſte negocio son utiliſimas las que llamamos lavativas, que se componen de la manera siguiente: tomar cocimiento de cebada,

Lib. 5, cap. de lapide renum.

Avicena, cap. de lapide, cap. de cálculo, fen. 3.

Hase, con los cliſteres, de añadir carminativos de ventosidad.

Advertencia necesaria.

Medicinas lavativas.

ocho onzas; de aceite roſado, cuatro, y dos de azúcar, y se pueden añadir a éſtas las mucilagines de zaragatona, de linueſo; para el miſmo efecto es buena la leche de cabras, de vacas, de borricas, de yeguas, y mezclar con ella el aceite roſado, o el violado con azúcar, y añadir deſtas medicinas lo que pareciere al perito médico, y deſta miſma manera pueden ir quitando y añadiendo, guardando siempre la intención de quitar la cauſa deſta paſión, que es lo más neceſario para la cura della.

Advertencia.

Una coſa me pareció advertir, que en el vómito de bebida no se tiene de echar coſa diurética, porque si acaſo no vomitare, no vaya a la parte afecta.

Fen. 22, lib. 2, cap. 1.

Esto es de Avicena en muchos lugares; una coſa es de advertir: que si el vómito fuere en tiempo del dolor cuando eſtuviere crecido, que entonces se le dé el vomitorio más liviano, y que si el eſtómago no fuere obediente al vómito, se tiene de uſar de mayor templanza para aplicar vomitorios. Deſto son autores Aecio, Paulo y Avicena, pues eſtando prevenido el cuerpo de la manera dicha, anſí con cliſteres como con vomitorios es neceſario sangrarle.

Lib. 3, fen. 18, cap. 18. Libro de renum affect.

6, lib. de Epidem. in renem dolor gravis.

Eſto es de Hipócrates y de Galeno en los lugares alegados, que son muchos, y allí nos enseña que a todos los que tuvieren el dolor encima de los riñones, se tiene de sangrar de la miſma parte, del brazo de la vena del arca; pero si el dolor fuere de la parte baja, se tiene de sangrar del tobillo de la miſma parte.

Libro de sanguinis misione, cap. 20.

Eſto es de Galeno en muchos lugares, también es doctrina del miſmo en los libros del método, y de Avicena, y trae dos provechos deſta sangría; la primera utilidad es: que con la dicha sangría se templa y resfría el hábito de todo el cuerpo. Eſto es también de Galeno, y por eſo en las fiebres es aprobadíſimo remedio, porque resfría todo el cuerpo. La segunda utilidad es porque quita el henchimiento del cuerpo, que eſtando lleno de fuerza, es que se había de correr a la parte afecta de humor, y había de neceſidad la enfermedad hacerſe mayor.

Libro 4, Methodi.

Fen. 22, cap. de flomotomía.

Libro 9. Methodi. Libro de sanguinis misione, et lib. 2 de Arte curativa ad glauconem, de cura febrium.

Eſto nos lo amoneſta Paulo Gineta, y dice que eſto aprovecha maravilloſamente para que con más facilidad se expela la piedra, y lo miſmo es de Aecio, y de Cornelio Celſo, y de Alexandro Traliano.

Libro 3, capítulo 45. Loc. aleg. in renem.

De todo lo dicho y alegado, se mueſtra cuán neceſario sea eſte remedio para eſta paſión, eſtando el cuerpo pletórico, que es lleno de sangre o de otros humores que eſtén sin corrupción; pero si el cuerpo eſtuviere lleno de vellacos humores malicioſos y corrompidos, que es lo que llamamos cacoquímicos, entonces cumple purgar el cuerpo con medicamentos que tengan facultad de expurgar el humor pecante.

Gal. apellat hanc dispositionem cachochymiam.

Lib. 13, Methodi, et 2, de Arte curativa, ad glauconem, et pluribus aliis in locis.

Eſto es de Galeno y de Hipócrates en muchos lugares, y porque hemos dicho que es corrupción de todos los humores o de alguno dellos, y para que se proceda con más claridad, será bien decla-

Libro Aforismorum. Libro 13, de morbis curandis, et libro de quos et quando purgare conveniat.

remos las señales de cada uno dellos, y comenzando del colérico, se conoce ser cólera la que peca en que todo el cuerpo se mueſtra amarillo; tiene amargor de boca, y los excrementos que echare han de ser amarillos, como la urina, y la cámara, el vómito, las arenas, amarillas.

Qué sea la cacoquimia y como se conoce el humor cacoquímico colérico.

Eſto nos mueſtra ser el pecante cólera, y a éſte se tiene de echar un cliſter siguiente: tomar cocimiento de malvas, de cebada, de violetas, verdolagas, aceite violado, roſado, de dormideras, cañofiſtola, manteca de vacas freſca, o lavada con agua de achicoria, o roſada, o con cocimiento de cebada; puédeſele añadir emulſión de simientes frías, las cuales son de pepitas de melón, calabaza, cohombro, pepino, y eſto se ha de entender de las pepitas, y deſto se tiene de echar las cantidades que en otras hemos dicho, y deſpués se tiene de preparar el cuerpo con jarabe de endibia, de granadas, acetoſo, violado, de verdolagas, con las miſmas aguas; la cantidad del jarabe es onza y media, y tres del agua, y déſe cuatro o cinco mañanas, y cuando el cuerpo eſtuviere preparado, se le puede dar la purga siguiente: tomen del electuario de zumo de roſas cuatro dracmas de pulpa de cañofiſtola freſca, seis dracmas en decocimiento de cebada o en cocimiento colérico.

Gal., lib. de locis affectis.

Clister al colérico.

Jarabes para este negocio.

Purgas.

También para la miſma intención es buena la siguiente: tomar de pulpa de tamarindos seis dracmas de electuario roſado, de meſue cuatro dracmas, y una dracma de ruibarbo en infuſión, por la noche,

Otra purga.

deſhecha con la miſma infuſión, y darſe por la mañana; pero porque tenemos dicho que la cauſa material es humor grueſo glutinoſo, es meneſter que con los dichos medicamentos se mezclen otros que tengan facultad y fuerza para expurgarlos; anſí será meneſter que se mezclen con eſtos medicamentos que purgan cólera otros que purguen humores grueſos, como el diafinicón, diacatolicón, y siempre tener cuenta que no sean medicinas furioſas, y si pudiere ser, sin eſcamonia o con poca.

Es menester que se mezclen con las expurgantes de cólera, otras que purguen humores gruesos.

Es bueno para eſte negocio jarabe de nueve infuſiones, y alguna vez mezclar ruibarbo y agarico trociſcado, y deſto mezclar lo que el médico viere que cumple, según la fuerza del sujeto que curaren, y con eſto baſta lo del colérico; pero si fuere el cuerpo flemático, se tiene de tener otro método, como en los cliſteres, añadir hierbas que tengan juntamente algún calor, mezclándolas con las dichas, como eneldo, berros, ruda, manzanilla, alholvas y linueſo, parietaria, ortigas, mercuriales, cantueſo, ajenjos, coronilla del Rey, higos, ciruelas paſas y aceites de lo miſmo, como de manzanilla, de linueſo, de almendras, de eneldo, a lo cual se le puede añadir pulpa de cañofiſtola, de diaprumis, de diafinicón, diacatolicón, y de pulpa, de tamarindos, de benedita, de xirapliega, y polvos, de xera simple de Galeno, y la cantidad será la señalada en los otros cliſteres, y hecho eſto, se tiene de preparar el cuerpo con los jarabes siguientes: de dos raíces y de cinco, sin vinagre, ojimel sim-

Al flemático se tienen que dar medicamentos que purguen flema.

Jarabes para el flemático.

ple de culantrillo de pozo, de regaliz, miel rosada; pero con éstos se pueden juntar de endibia violado, para que el mucho calor no ofenda, sino que con estos jarabes se templen los que fueren calientes; destos se puede dar la cantidad que dijimos de los otros, pero el colérico que hemos dicho, con agua de hinojo, de achicoria, aguamiel, hecha según arte.

Medicamentos purgantes de flema.

Para purgar se tiene de tomar de pulpa de cañofistola seis dracmas, y de agarico trocisado, una dracma con azúcar hecho bocados, o desatado en cocimiento de regaliz, o de hinojo, o de culantrillo; puédese usar, en lugar de cañofistola, diaprumis simple.

Purga para esta pasión.

También es buena purga tomar de diaprumis solutivo media onza y una dracma de agarico trocisado, o si fuere sujeto robusto, añadir otra media dracma más; y también se puede, en lugar del agarico trocisado, dar el agarico en substancia, deshecho en cocimiento flemático; puédese dar también dracma y media de mechuacan en vino aguado, y si acaso fuere en tiempo de invierno, se pueden dar píldoras de agarico una dracma, o las píldoras agregativas, o la de iera, o de las cocheas; hánse de dar a media noche, y dormir sobre ellas hasta que comience a purgar, y comenzando, no dormir más; pero quiero avisar que el mechuacan es recia medicina, lo que usamos ahora, y aconsejo que se mezcle siempre con otra que sea fresca, como con pulpa de tamarindos o de caño-

El agarisco trociscado o en substancia se puede dar.

Qué píldoras se pueden dar en esta pasión.

El mechuacan solo no cumple.

fiſtola, o en cocimiento flemático, o en los cocimientos dichos, o en el de cebada para la templanza, o también se puede dar en caldo de pollo, y cocimiento de regaliz, o de perejil y de apio, de grama, de hinojo. Para la dicha purga se puede dar turbit, electuario indo, eſto todo mezclado con los dichos cocimientos, y con eſto baſte para lo que toca a la preparación y purgación del cuerpo flemático.

Para el meláncolico es bueno para supoſitorio tomar le dejera o el siguiente cliſter: tomar de diacatholicón media onza, y de cocimiento de parietaria y de fumaria, seis onzas, y talvina de salvado, cuatro onzas; de aceite violado, cuatro, y añadir dos onzas de azúcar y hacer cliſter; puédeſe también hacer cocimiento de epitimo, de sen y los aceites de almendras dulces, de linueſo, de manzanilla, zumo de acelgas, y hacer cliſter; es bueno el siguiente: tomar cocimiento de hojas de berros, de parietaria, de palomina y de perejil, ocho onzas, a lo cual se puede añadir: de manteca de vaca freſca, onza y media; se tiene de lavar haſta que quede sin sal, con cocimiento de malvas, de aceite de manzanilla y de violado, de cada uno dos onzas; de diacatholicón y de benedita, de cada uno media onza, y hágaſe cliſter; también es maravilloſo el siguiente: tomar de hinojo dos onzas; de cebada, un puño y otro de violetas, y una onza de sen y cocerlo todo con agua de la lluvia, según arte, y deſte cocimiento tomar ocho onzas, a lo cual se puede

Preparación del melancólico. Clister.

Otro clister.

Otro clister.

añadir de aceite de manzanilla y de eneldo, de cada uno dos onzas y media; de pulpa de tamarindos, media onza; de polvos de iera, una cuarta, y media onza de azúcar y una de miel rofado, y todo mezclado se haga clifter; es para aquefta pafión de grandifima eficacia el siguiente: tomar de linuefo, de manzanilla, de eneldo, de cada uno un puño, y efto se cueza en caldo de una cabeza de carnero caftrado, y defte caldo se tome diez onzas, y de aceite violado cuatro onzas, y de azúcar una onza, y de pulpa de cañofiftola y de confectión Hamec, de cada uno media, onza y hágafe un clifter, y anfí se pueden componer muchos clifteres, según viere la necefidad el médico perito.

Otro clister.

Puedénfe dar al meláncolico los siguientes jarabes: de fumaria, de borrajas, lúpulos, mezclados con el acetofo y con el de endibia; las aguas de achicoria, de borrajas, de palomina, de acederas, de lengua de buey, para que tengan facultad de templar y abrir y difponer el cuerpo para purgarfe, lo cual se tiene de hacer con confectión de diafen y confectión Hamec, sin efcamonea, porque en eftas pafiones se tiene de huir medicinas efcamoneadas. Para lo mifmo es diacatholicón, electuario indo y el de elefcoph, épitimo, en suero de leche de cabras; también es bueno el polipodio quercino, que es el de enzina seca, y todos eftos compuestos y confectiones se pueden defhacer en infufión de sen y en la melancólica y también se pueden dar píldoras de fumaria, que es lo que se llama

Expurgantes, melancolía.

Expurgantes medicamentos para el humor melancólico.

Píldoras.

palomina, de lapide laçulo, fétidas, cocheas, agregativas y éſtas se pueden mezclar según al médico perito pareciere que la neceſidad del sujeto lo pidiere, y la cantidad ha de ser como la del flemático; y para eſte negocio son buenas las ciruelas de sen, porque ablandan el vientre maravilloſamente y purgan sin moleſtia eſte humor melancólico, las cuales se componen deſta manera: tomar una libra de ciruelas paſas y echarlas en cuatro libras y media de agua, y que hierva a fuego manso, y habiendo hervido un rato, echarles tres onzas de folículos de sen y una libra de epitimo y otra de azúcar clarificado, y cocerlas, haſta que parezca conſerva y cuando eſtén ya con su punto, se tienen de apartar, y dellas se pueden dar a tercero día diez, con un poco del almíbar dellas; suéleſe hacer eſtas ciruelas con suero de leche de cabras infundidas en el sen; eſtas mundifican, purgan el humor melancólico y también de cuando en cuando se puede uſar los vomitorios, y eſtos remedios se tienen de continuar, con lo cual me parece que eſtá baſtantemente dicho acerca del cuerpo melancólico y colérico y del flemático, y una coſa advierto, que es la coſa más útil y subſtancial en eſte mal andar blando de vientre, porque muchas veces suele hacer graviſimos daños el eſtar reſtriñido; pero lo que tocaba a la pletoria o hechimiento tratamos de paſada y hame parecido como coſa tan importante tratarlo ahora a la larga.

Compos ición de las ciruelas de sen.

Advertencia.

Ya declaramos que plétora era una diſpoſición

Qué cosa sea plétora.

de sangre o abundancia de los humores en el cuerpo, sin corruptela, lo cual Galeno nos enſeña en muchos lugares, a eſta indiſpoſición se le debe sangría es meneſter digamos de dónde, digo que se tiene de sangrar de la parte donde el dolor estuviere, en el lado que se sintiere más peſadumbre. Eſto es de Galeno y de Hipócrates y de todos los autores; pero Galeno dice que si la sangre eſtuviere arriba, por bajo se saque la sangre, como si eſtuviere el dolor en el riñón, eſtando el cuerpo lleno, se tiene de reveler del brazo de la vena del arca; si acaſo durare y eſtuviere fijo, tenemos de bajarnos al tobillo.

Libro de sanguinis missione.

Lib. de plenitudine, 13, de morbis curandis. Libro 2, ad glauconem, cap. 1, et lib. 12, Methodi, et libro proprio de plenitudine.

Hip., lib. Epidem. cit., et lib. de sang. mis. Cap. 18 et 2, de Arte curativa ad glauconem.

Esto es de Galeno en muchos lugares, y entiéndeſe que si el dolor eſtá en entrambos lados, se tiene de sangrar revelendo de entrambos brazos, y luego de entrambos tobillos, y al fin nos tenemos de guiar como la diſpoſición llamare, teniendo siempre cuenta con la virtud, sin la cual no podemos hacer coſa bien hecha y también con las demás coſas que se requieren para hacer una evacuación de sangría, y el que quiſiere saber los escopos y reglas que se han de guardar para eſte remedio, lo hallará recopilado en nueſtro *Compendio de Cirugía;* el que fuere curioſo lo lea y vea, y por tenerlo allí eſcrito tan a la larga, me pareció dar fin a lo que toca a los remedios univerſales.

Miren el Compendio nuestro.

Reſta ahora digamos de los particulares y tópicos que para eſta enfermedad convienen, y porque de los accidentes que más suelen apretar

El dolor en esta pasión es grave accidente.

en eſte caſo es el dolor, será bien comenzar dél, para el cual son buenas medicinas anodinas, que son las que quitan el dolor; éſtas se tienen de proporcionar con el calor natural del paciente, para lo cual es maravilloſo remedio el siguiente: tomar de hojas de berzas y de malvas y de marrubios, todo eſto cocido en caldo de carnero, digo de la cabeza, juntando otra tanta cantidad de malvaviscos, y todo junto majado, a lo cual se tiene de añadir ocho onzas de mucilagines, de linueſo, de alholvas y de malvaviſco, teniendo cuenta que de las dichas hierbas sea cantidad de una libra, y añadir de aceite de azucenas y de manzanilla, de cada una tres onzas, de manteca de vacas, lavada o freſca, seis onzas; y todo eſto junto, mezclado, se tiene de hacer una cataplasma, y se tiene de aplicar a la parte; ha de tenerſe cuenta que se ha de mudar haſta que se seque. Para el miſmo efecto es maravilloſo remedio el siguiente: tomar de ortigas y de una miga de pan, de cada coſa media libra, y las ortigas han de ser cocidas; de manteca de vacas freſca tres onzas, o si no, lavada con agua roſada; de aceite de manzanilla y de roſado, de cada coſa dos onzas, y una dracma de azafrán, hecha polvos; de miel común, cuatro onzas; cuézaſe a fuego manſo, en la cantidad de leche neceſaria, y de harina de cebada, lo que baſtare para hacer cataplaſma, y cada vez que se hubiere de aplicar, se ha de añadir una yema de huevo, y aplicarle tibio. Para el miſmo efecto

Anodinas medicinas que son las que quitan el dolor.

Remedio anodino.

Otro anodino.

Otro anodino. es el siguiente: tomar aceite de alegría y de manzanilla y rosado, de cada uno una onza; de aceite de alacranes, dos onzas, y de manteca de vacas, preparada como está dicho, tres onzas; de enjundia de conejo, una onza; de mucilagines, de linueso, de alholvas, de malvavisco y de malvas, de cada uno medio puño, y de azafrán dos dracmas, hecho polvos, y de cera, lo que bastare; hágase ungüento, y con esto se tiene de untar los riñones. Para lo mismo es maravilloso el siguiente

Otro anodino. remedio: tomar de parietaria y de una especie de trifolio, que en Valencia se llama alfalfa, y su propio nombre en latín es hierba médica, de perejil y de apio, de cada uno manojo y medio; de aceite de alacranes, de linaza, de cada uno una onza; de aceite de azucena, dos onzas; harina de linueso y polvos de flor de manzanilla y de alholvas, de cada uno media onza; enjundia de gallina y de médulas de ternera, de cada cosa, onza y media, y de azafrán, hecho polvos, tres dracmas.

También hemos visto por experiencia ser de grande efecto una cernada de ceniza de sarmientos, cocida con un poco de agua de azahar; este remedio es bueno en personas flemáticas, que

Otro anodino. padecen flatos. Para este mismo efecto es utilísimo remedio una tortilla de huevos hecha con aceite de alacranes; del siguiente remedio tengo certísi-

Otro anodino. ma experiencia: tomar una cebolla blanca picada, y rociada con aceite de trébol, y después freírla con aceite de violetas y de manteca de vacas.

freſco, y con enjundia de gallina, y cuando esté frita, polvorizarla con polvos de flor de manzanilla y aplicarlo a la parte del dolor; y hay otro remedio para el miſmo fin acomodadiſimo, y ès el baño de agua dulce, anſi natural como artificial; el artificial es: tomar una tina llena de agua dulce tepida, y con algunas hierbas, como manzanilla, parietaria, berros, violetas, cardos, raices de achicoria, de lenguaza, malvas, raíz de malvaviſco y hojas de rábanos, y de la miſma manera, hojas de berros y sus raices y otras hierbas que tengan la miſma facultad, al fin, uſando de hierbas diuréticas que tengan fuerza para deſhacer la cauſa deſta paſión, y si el paciente eſtuviere en parte donde haya baños naturales, dejando que a los artificiales se pueda añadir raíces de apio y de perejil, coronilla de Rey, hojas de rábanos, alholvas, simiente de lino, ortigas, grama y hierba médica, que dijimos llamarſe alfalfa, y otras muchas que son en el efecto a éſtas semejantes, y preparado el baño, se tiene de meter dentro o en un semicupio, que es una vaſija donde pueda el enfermo eſtar sentado, haſta que se cubran los riñones, y eſto se tiene de entender cuando eſtén hechas las evacuaciones univerſales, que dijimos ser sangría, purga; y también suelen hacer provechos fomentaciones con el cocimiento de las dichas hierbas, con eſponja o con un fieltro de sombrero, y eſtando en el baño, se tiene de eſtar dando con la mano; los que eſtán con eſta neceſidad hanlo de eſtar

Otro remedio.

Cuán útil sea el baño natural y artificial

Para el mismo efecto sirven las fomentaciones.

haciendo buen rato, y sea fomentación o sea baño, y cuando eſté acabado de bañar o de fomentar, se tiene de untar con los remedios siguientes: tomar aceite de eneldo, de ruda, de manzanilla; eſtos aceites se han de aplicar en caſo que la destemplanza no sea demaſiamente caliente, porque en tal caſo son buenos los siguientes: violado, roſado, de almendras dulces, de alacranes, de alegría, y puédeſe aplicar el siguiente emplasto: tomar dos puños de malvas, y otro tanto de simiente de lino, y cocerlo muy bien, y deſpués de cocido, piſtarlo, a lo que se tiene de añadir de harina de habas, de altramuces, de cada coſa dos onzas; de aceite de manzanilla, del violado, de cada uno dos onzas, y mezclarlo, y con el cocimiento del linueſo y de las malvas hágaſe emplasto. El ungüento siguiente es bueno: tomar de aceite de linueſo violado, de almendras dulces, de cada uno una onza; de enjundia de ánade, de puerco, de gallina, de cada coſa una onza; de unto de hombre, si se pudiere haber, media onza; de polvos de lombrices, media onza; polvos de flor de manzanilla, lo miſmo, y con la cera que baſtare se haga ungüento, con el cual se unte la parte que duele, y si el dolor durare, se tiene de tornar a repetir la evacuación, anſí de purga como la sangría, cliſteres, baños, fricciones, y en eſte caſo, no se tiene de dar palo ni zarzaparrilla, si no fuere en caſo que notablemente el enfermo eſté tocado del mal francés; pero puede alguno eſpantarſe por

Untura.

Otro remedio para el mismo efecto.

Otro para lo mismo.

El palo ni zarza no cumple en esta pasión.

qué razón me muevo a aviſar; eſto es, porque son infinitos los daños que he viſto de aplicarlo en eſta paſión y ser dos daños notables.

El uno, que eſtando el sujeto atropado, de fuerza se tiene de aumentar la deſtemplaza caliente, que ya tenemos declarado ser la cauſa eficiente deſte mal.

Dos daños hacen en este caso la zarza y el palo.

El segundo daño que deſto reſulta, es que ya sabemos que con el sudor se reſuelve de fuerza lo sutil y queda lo duro y grueſo más endurecido, y, por la miſma razón, más diſpueſto para aumentar la cauſa material deſta paſión, y por la miſma razón, quedar de manera que con mayor facilidad se haga la piedra, que es de la enfermedad de que al preſente tratamos; heme alargado en eſte accidente, que es el dolor, porque es una coſa de las que me afligen, y curado y remediado éſte, los demás se remedian fácilmente; eſto dicho, será bien tratemos algunos remedios para hacer expeler la piedra, o quebrándola, o arrancándola del lugar donde eſtá; para eſto todos los autores, anſí graves y auténticos, griegos y árabes, de los cuales pondremos aquí algunos de los dichos autores y de los que hemos sacado de nueſtra invención.

Los medicamentos que han de hacer eſta obra han de tener las siguientes condiciones, de sentencia de Galeno:

Lib. de composición medicam., 2 loc.

La primera, que sea diurético, que es lo que se llama provocante de urina. La segunda, que se ha de detener en el lugar, para que haga bien su obra.

Condiciones de los medicamentos que han de quebrar y expeler la piedra.

La tercera, que el tal medicamento ha de tener confortación, para que los riñones fortificados puedan expeler mejor lo que les daña y ofende; eſta facultad han de tener las medicinas, aunque Galeno pone duda poderſe hallar en medicamento.

Libro 3, de med. facul.

La tercera condición, y es que sea confortativa, mas no me parece diſputar eſte negocio, sino comenzar a traer algunos remedios de los dichos, primero, trayendo de los simples, y luego trataremos de los compueſtos; para eſta enfermedad, es buen remedio la raíz de la grama hecha polvos y bebidos en vino blanco; para lo miſmo es buen remedio la simiente de malvas campeſinas, el culantrillo de pozo, el azafrán, canela, garbanzos negros, regaliz, raíz de eſpárragos, hinojo y su simiente, raíz de perejil, apio, hojas de rábanos, la corteza del ciprés hecha polvos, cortezas de raíces de alcaparras, la salgifragia, ortigas y polvos de milium solis, ciento en rama de las almendras amargas, los granos de la hiedra hechos polvos y dados en cocimiento de regaliz o de grama; para lo miſmo son buenos los polvos de las pepitas de los priſcos hechas polvos en el miſmo cocimiento; para lo miſmo es bueno una dracma de piedra pómez, preparada según arte, dada en vino o en cualquier cocimiento de los dichos; puédeſe dar para el miſmo efecto dracma y media.

Medicamentos simples para este efecto.

Eſte remedio es de Matheo de Gradiel, decocto de la Doradilla; tiene la miſma facultad para lo miſmo el pentafilón, del que trata en su propio ca-

Lib. 2, cap. de nefritide.

pítulo Dioſcórides, el que se llama en castellano quinquesolium; también es bueno el polvo montano y los cueſcos de guindas hechos polvos; el cardo corredor suele ser remedio para eſte mal; polvos de cáſcaras de huevos de gallina dados en vino blanco; han de ser las cáſcaras quemadas, hechas ceniza; eſte remedio no sólo se aprovecha para hacer expeler la piedra de los riñones, pero para quebrarlas, y las de la vejiga también; hase de dar dellas en cuerpo delicado media dracma y en robuſto una dracma; el cocimiento del dauco, que es paſtinaca silveſtre, es maravilloſo, y el del hipericón, y del romero, y del ácoro, que es, según Matiolo y Raſſis, el que llaman cálamo odorato, que en caſtellano se llama juncia; para la miſma intención es buen remedio polvos de la raíz de la rubia, bebido en lo miſmo que hemos dicho; comer alguna vez ajos ayuda a la expulſión con agudeza, y si alguno dijere que cómo ponemos por remedio lo que tantas veces tenemos reprobado, eſto se tiene de entender cuando se va haciendo la piedra para medicina y no para mantenimiento; pero cuando eſtá hecha, entonces para el expelerla suele ser remedio.

Polvos de cáscaras de huevos de gallinas, para la piedra de riñones y vejiga.

Matiolo, cap. de ácoro.

Deſto es autor Avicena, Paulo, Aecio y Alejandro Traliano, y Cornelio Celſo, Matiolo y Dioſcórides y otros graviſſimos autores; también ayuda para lo miſmo cocimiento de eſpárragos, y de la betónica, y la raíz de las berreras, y la goma de los ciruelos, y la corteza de la raíz del laurel, y los co-

Lib. 3, cap. de lapide. Fen. 41, cap. de lapide renum et in cap. aleg.

gollos de la cambronera, la simiente del malvavisco, polvos del nitro quemado, bebidos con vino o con otro cocimiento de los que tenemos dicho. Paulo Gineta alaba la sangre del cabrón preparado, y el mifmo remedio trae Avicena en muchos lugares, y pone la manera de prepararlo, lo cual me pareció poner aquí como remedio tan necefario, porque dice que, de todos los remedios, afirma no haber ninguno más fuerte y de mayor rigor de todos.

Libro 3. capítulo 45. Fen. 41.

Preparación de la sangre del cabrón.

En el tiempo de las uvas se tiene de tomar un cabrón, que sea de cuatro años, y degollarle y echar la sangre en una olla nueva, que efté lavada muchas veces, hafta que le quiten toda la vifcofidad y las partes que tuviere marmóreas, y hafe de entender que no se ha de coger de la primera sangre ni la poftrera, sino la de en medio, y hafe de efperar que se cuaje, y cuajada, se corte a pedazos; póngafe en un paño limpio al sol, y hanfe de guardar del rocío de la noche y de la mañana, y eftarfe allí hafta que se seque, y efté de manera que no le caiga polvo, y dejarlo secar hafta que efté de manera que se pueda moler, y hágafe polvos, y dellos se puede dar dracma y media en agua de amapolas; hafe de dar al tiempo que hubiere menos dolor; pero es de advertir que hay doctor que dice que el cabrón sea mantenido mucho tiempo antes que muera con hierbas diuréticas, como con berros, grama, hojas de rábanos, apio y de perejil, de efpárragos, de cambronera, y de otras hierbas a éftas semejantes.

La cantidad que se puede dar deste polvo.

También Antonio Muſſa dice que una piedra que se halla en la cabeza de algún sapo viejo es maravilloſo remedio para deshacer piedra; pero parecerá a alguno que he sido largo y prolijo en traer tantos simples, y ha sido la cauſa ser el negocio tan importante, y porque todos los autores los traen, como Galeno, Paulo, Aecio, Alexandro Traliano, Avicena, y otros muchos secuaces destos; eſto he dicho lo que toca a los simples; será bien que digamos de las medicinas compueſtas para remedio deſta paſión; entre los medicamentos compueſtos, alaba Galeno la triaca magna de Andrómaco; pero dice que no ha de paſar de ocho meſes, y que se dé una dracma della en vino blanco aguado, o en cocimiento de algunas hierbas, de las dichas.

Loc. cit., cap. de lapide renum.

Pónense las medicinas contra éstas, para esta pasión.

Lib. de triaca magna, Andromaci.

Raſſis pone un remedio: tomar de la sangre del cabrón, preparada, cuatro dracmas; de mirra otras cuatro, y mezclarlo, y deſte polvo dar dracma y media en vino blanco; es para lo miſmo: tomar de cáſcaras de huevos, de donde hayan salido los pollos, cuatro dracmas, de limadura del hueſo del hombre, y mezclarlo, a lo cual se añada de polvos de habas, una onza, de polvos de garbanzos negros, de polvos de la corteza del laurel, de cada uno media onza, y todo junto mezclado, se haga polvo sutiliſimo, y déſe cada mañana peſo de un real en media eſcudilla de agua miel.

Rasis, lib. 3, cap. de lapide

Remedio probadísimo.

Otro remedio.

Otro remedio traen Paulo, Avicena, Raſſis: tomar una pajarita que se llama de las nieves, que

Otro remedio de Paulo y Avicena, cap. de lapide vesicae.

fuera del ruiſeñor, es la menor que hay, y es la que se llama en latín *cauda equina* o *tremula*, porque le tiembla la cola; éſta se llama pajarita de la nieve porque en tiempo de nieves aparece mucho en las nevadas; es de cabeza chiquita y de color verdoſo, que declina a ceniciento; éſta, comida cruda, hace notable provecho; otros dicen que tomarla y quemarla con pluma y hacerla polvos, y tomar dellos una dracma con vino blanco, lo cual dicen muchos que no sólo quiebra la piedra, pero que es cauſa de no tornarſe a engendrar; hállaſe junto a los cercados, y no ordinariamente, y por eſo dice Raſſis, que cuando pudiere ser habida, se haga cecina della, y se queme, y haga polvos, y se dé dos dracmas della en lo dicho; para lo miſmo, es lo siguiente: tomar de eſtiércol de paloma una onza, y de eſtiércol de gallina media, y de orégano una onza, y de azúcar tres, y hágaſe polvos, y haſe de dar por las mañanas una dracma en agua de saxifragia.

Descripción de la cauda tremula, que es pajarita de las nieves.

Lib. et cap. aleg.

Otro remedio bonísimo.

Libro 3, capítulo 45.

Paulo alaba la piedra que se halla en el vientre del puerco montés hecha polvos, y tomada en aceite de bálſamo, y del dicho aceite sea media onza; para lo miſmo suele ser remedio la piedra que se halla en la vejiga del hombre hecha polvos, y tomada en cocimiento de hojas de rábanos, aunque Galeno no aprueba eſte remedio, y para eſte efecto suelen aprovechar baños sulfúreos; también es buen remedio el siguiente: tomar polvos de alacranes quemados, dos dracmas en los dichos

Otro remedio.

Lib. de renum affectibus.

Otro remedio.

cocimientos, y aun se pueden dar dos dracmas dellos; otro: tomar de la raíz de la genciana, jengibre, pimienta larga, de cada coſa una dracma, y de los dichos polvos de alacranes, cuatro dracmas; de polvos de flor de manzanilla, otro tanto, y echar cuatro onzas de miel, y hacerlo conſerva, y éſta hecha de seis meſes arriba, antes que se haya de dar, y cada mañana tome medio eſcrúpulo en cocimiento de grama, y si fuere eſte mal en niños, se tienen de dar cinco granos, que son la sexta parte de una dracma; puédeſe dar en agua de apio, o cocimiento de perejil; haſe de dar nueve mañanas; para lo miſmo es bueno el siguiente remedio: tomar de la sangre del cabrón, preparada como ya tenemos dicho, y de la piedra judaica, y de la piedra cetrin, que es la que se halla en la hiel de la vaca, de anís, y de almendras amargas, y de simiente de cohombros, y de la goma que se llama bedelio cocida, de cada coſa una onza, y confecciónеſe según arte, con agua miel, en la cual se haya cocido rubia de tintoreros, y añadir dos onzas de polvos de habas sutiliſimo, y con azúcar se haga conſerva, y déſe cada mañana dos dracmas, deshecho en cocimiento de manzanilla, o de apio, o de perejil, o de todo junto.

Otro maravilloso.

La cantidad que se puede dar en niños.

Otro remedio.

Muy bueno es hecho conserva.

Avicena, en el capítulo propio, pone muchos remedios para hacer pedazos la piedra, de los cuales sólo pondré al preſente remedios que dice tener grandiſima experiencia, y yo los he uſado muchas veces, y me he hallado maravilloſamente.

Fen. 18, tract. 3.

Dos remedios de Avicena para quebrar la piedra.

El uno es tomar ceniza de alacranes y de sarmientos, y de pelos de liebre quemados, y de berzas, y polvos de la piedra esponja, que se llama piedra pómez, y de la sangre del cabrón preparada, y de ceniza de las cáscaras de huevos que dejaron los pollos, y de piedra judaica, y de goma de nogal, raíz de ácoro, de poleo y de dauco, de perejil, de goma arábiga, simiente de malvavisco, de pimienta, de cada uno partes iguales, y de todo se haga un polvo sutilísimo, y confeccionado con miel y azúcar, se haga un electuario, del cual se dé por la mañana dos dracmas, y si acaso el cuerpo fuere fuerte y robusto, se pueden dar tres en agua o en cocimiento de abrojos, o de garbanzos negros, o en los dichos cocimientos.

Esta es una confección maravillosa, primer remedio de Avicena.

El segundo remedio de Avicena.

El otro remedio de Avicena es: tomar granos de la fruta del prisco, de calamento silvestre, de simiente de malvas y de apio, de cada uno partes iguales, y otra tanta cantidad de azúcar como todo lo dicho, y mezclarlo a modo de electuario, y dar dello cada mañana cucharada y media, o dos, y beber tras ello una copita de vino blanco por nueve días.

Hase de tomar nueve mañanas.

Nicolao en su Antídoto.

Otro remedio, en confección maravillosa, de Nicolao.

También en los flemáticos aprovecha la composición que se llama liton pipereon; es también remedio probadísimo otro que trae Nicolao, que le llama el electuario de las cenizas, cuya descripción es la siguiente: tomar raíz de ácoro, de grama, de cada uno una onza; del milium solis, de garuancos negros, de cada cosa tres cuartas de sangre; del

cabrón preparada, de ceniza de la caudatremula, de cada uno una onza; de la piedra judaica y de la piedra que se halla en la hiel de la vaca, de cada coſa una dracma; de pepitas de melón mondadas y de las de cohombro, de cada coſa media onza; de polvos de saxifragia, de raíz de perejil, de cada coſa tres dracmas, y de miel lo que baſtare; hágase confección, y deſto se puede dar peſo de dos dracmas, en cocimiento de apio, de grama y de anís, o de vino blanco. Otro remedio suele aprovechar para eſta paſión: tomar hojas de hiedra y hojas y cogollos de moral, de raíz de saxifragias y de regaliz, de culantrillo de pozos, y de milium solis, y de garbanzos negros, de cada coſa partes iguales; polvos de acebuche, la mitad de cada coſa, como si de cada simple de los dichos se echare cuatro onzas; deſte se ha de echar dos onzas, y mezclarlo todo, y hacerlo polvos sutiliſimo, y paſarlo por un cedazo muy sutil, y hágaſe todo una maſa con vinagre eſquilítico, y deſpués se tiene de dejar secar, y cuando eſtuviere seca, se tiene de tornar a hacer polvos y se ha de dar cada mañana peſo de un real echado en vino o en el cocimiento dicho. El remedio que se sigue es maravilloſo, de cuya experiencia eſtoy satiſfecho de muchos y admirables efectos: tomar simiente de perejil, y de la corteza de su raíz, quitado el corazón, de cada uno cuatro dracmas; flor del cardo corredor, que es un cardo de muchas eſpinas de hojas anchas, que vulgarmente se llama cardo de asno, y en latín

Otro experto remedio para esta pasión.

Otro maravilloso remedio a lo mismo.

cardus stelat, que es lleno de eſtrellas, y se tiene de secar en un horno de poco fuego, y luego se tiene de moler en las coſas dichas y con ellas mezclarſe y hacerſe un polvo, al cual se ha de añadir media onza de las cáſcaras de los huevos dichos, y mezclado todo se tiene de dar en cuerpo delicado media dracma, en vino o en alguno de los cocimientos dichos, y también se puede dar en caldo de pollo o en aguamiel.

Trat. 1, cap. 5, de lapide renum.

Remedio expertisimo.

Un remedio trae Guillermo de Variñana, y es un polvo cuya deſcripción es la siguiente: tomar de polvos de ceniza de liebre y de cortezas de avellanas, y de goma de almendras, de cada coſa dracma y media; de simiente de malvas, de apio, de beleño, de cada coſa media dracma; de ceniza de alacranes, una dracma; de la sangre del cabrón preparada, dracma y media, y todo eſto se mezcle con aceite freſco de almendras dulces, y hágaſe polvo muy sutil, y se puede dar mezclado con maná, cada mañana dracma y media, siete mañanas en cocimiento de grama o en alguno de los dichos.

Lectuario para el mismo

Puédeſe hacer otro electuario para el miſmo efecto: tomar eſtiércol de ratones y de paloma y polvos de lombrices terreſtres, que se hallan en partes arenoſas húmedas, de cada coſa una onza; de melium solis, simiente de ortigas, de cada uno media onza, todo junto, y con la miel que baſtare, hágaſe confección y déſe della una dracma, o media más en los licores dichos; otro remedio que sirve para la inflamación y el dolor es maravilloſo y de gran

Exquisito y probadisimo remedio.

efecto, cuya deſcripción es la siguiente: tomar dos membrillos, el uno rallado con su cáſcara y sus pepitas, y todo sin dejar coſa de él, y el otro, sin mondarle, hacerle ocho trozos, y hanſe de echar en dos libras de buen aceite común, que sea bueno, y tenerlo en el aceite nueve días, y deſte aceite tomar una onza de cinco a cinco días, y el día que lo tomare no tiene de comer verdura; el tomarlo ha de ser una hora antes de la comida; éſte es de maravilloſa obra y que le han uſado muchos y recibido con grandiſimo provecho.

Otro para lo miſmo: tomar cuerno de ciervo hecho polvos, y preparado según arte, y polvos de hojas de moral, de ceniza de bellotas, de cada uno una onza; de incienſo, de bedelio, de cada coſa tres dracmas; polvos de sangre de cabrón preparada, de polvos de ciento en rama, de cada coſa una onza; polvos de pepitas de melón, de calabazas, de simiente de malvas silveſtres, de cada coſa cinco dracmas; de azúcar blanco, cuatro onzas, y todo junto, se haga polvo sutiliſimo, y se tiene de dar dos dracmas en los dichos cocimientos. Para lo miſmo es remedio: tomar naranjas enteras con su cáſcara y echarlas en una alquitara, y sacar el agua que se deſtilare; dar dello dos onzas, o onza y media, y del polvo que acabamos de decir, en dos onzas deſte agua, echar dracma y media de él cada mañana, por nueve mañanas; para lo miſmo es maravilloſo el dicho.

Otro remedio a la misma pasión.

Otro maravilloso remedio

Tomar polvos de las cortezas de las avellanas

Otro a lo mismo.

y de los cueſcos de los níſperos, y de golondrinas chiquitas, y de bellotas, y de la piedra que se halla en la cabeza del gallo, de cada coſa onza y media; y polvos de la vejiga del puerco montés, sacada juntamente con la urina, y de garbanzos negros, de cada uno tres adarmes; de la piedra que se hubiere sacado de la vejiga del hombre y que le haya expelido de los riñones, dos adarmes; polvos de regaliz, media onza, cuatro onzas de azúcar, y de todo eſto se haga polvo sutilísimo, y dar dellos nueve mañanas en los cocimientos dichos la cantidad de los otros polvos dichos; pero porque he tratado en todos los polvos que he traído que deben de molerſe sutilmente, para lo cual me pareció tratar en eſte negocio, como coſa tan importante, de la razón dello, y es: que en la trituración de cualquiera medicina se tienen de poner delante de los ojos dos coſas. La primera, la subſtancia de cualquier medicamento. La segunda, el lugar para donde le queremos que haga su obra; acerca de la subſtancia, es meneſter saber si es sutil o mediocre, o grueſa; si fuere de sutil, se tiene de moler grueſamente, y es la razón porque no se exhale y se vaya en humo la virtud; las roſas, flor de violetas, las que fueren de mediocre subſtancia se tienen de moler mediocremente, y las de grueſa subſtancia, sutilmente.

La razón por qué el polvo, para este lugar, ha de ser sutilísimo.

Hoc est mesui doctrina, 5, canone 4.

Lo segundo que se ha de contemplar es el lugar donde han de hacer su obra, acerca de lo cual es meneſter saber si su obra han de ir a hacerla

diſtantemente o cerca; si son para el eſtómago, mediocremente; si al corazón, más sutiles; si para la urina, que son para más diſtancia, sutiliſimamente, y si para los ojos, muy más sutilmente; para la urina más que para las otras partes, fuera de los ojos; eſto es por dos razones. La primera, porque han de paſar largo trecho y larga carrera. Lo otro, porque han de paſar por eſtrechíſimos caminos; pero para los ojos muy más sutiles, porque son para parte senſibiliſima, de lo cual reſulta qué razón nos guíe a decir que los polvos para la urina han de ser muy sutiles, parecióme decir eſto de paſo, porque no quede raſtro de duda eſto dicho. Digo, que del polvo poſtrero se tienen de dar tres dracmas por la mañana, en alguno de los dichos cocimientos; solamente acerca deſto quiero decir un remedio en que yo tengo grandiſima experiencia, y es el siguiente.

Las medicinas que son para partes distantes, se tienen que moler sutilísimamente.

Muéstrase la razón por que han de moler sutilísimamente.

Tomar pepitas de melón mondadas, y pepitas de calabaza, y de cueſcos de dátiles, y polvos de raiz de eſpárragos, y de saxifragia, de cada coſa dos onzas, y polvos de cáſcaras de naranjas; sola una onza y media de simiente de malvas, polvos de pelos de liebre quemados y preparados, la cual preparación es de Aecio; dellos se han de tomar tres dracmas, y polvos de altamisa dracma y media, y de azúcar y miel iguales partes; lo que baſtare hágaſe conſerva, de la cual ſe puede dar cada mañana tres dracmas en cocimiento de cebada y grama, cuatro días a reo, y luego dejarlo otros cua-

Expertísimo y maravilloso remedio.

Lib. II, cap. II.

Remedio maravilloso.

tro y luego tornar a ello, y eſto se tiene de hacer por un mes, y eſte remedio que claramente muestra su efecto; pero se entiende con piedras no duras ni grandes, que a los principios, y acontece muchas veces, al deſpedirſe del riñón, viniendo por las uréteras, que son caminos eſtrechíſimos, y por eſto, y porque juntamente con las pedrezuelas baja ventoſidad, dolor en la ijada, entonces se tiene de uſar de los cliſteres, unciones, baños, fomentaciones, fricciones, evacuaciones de sangría y purga, y vómitos de la manera dicha, guardando lo que la enfermedad demandare. En eſte caſo suelen ser grandíſimo remedio las ventoſas, en el sitio donde bajare el dolor, para que no se detenga en los caminos, y echarlas con el orden del miſmo lugar por donde viene la piedra o arenas, y entonces ayudan extrañamente unos bocados de cañofiſtola y de trementina de veta eſcogida, porque tiene facultad de abrir los caminos, y con una coſa concluyo en eſte negocio, y es que la deſcripción y prudencia del médico hace mucho para de las medicinas simples referidas y de las compueſtas componer otras muchas, según la neceſidad que moſtrare la enfermedad y el sujeto donde eſtuviere; parecióme en eſte lugar tratar de algunos baños naturales y muy provechoſos para eſta enfermedad, y primero diré unos que eſtán en Alemania, en la provincia de Boja, en un lugar que se llama Plumiers, cerca de Remiramont, monaſterio de mujeres para caſarſe; deſtos baños me dió noticia el

Tópicos para este daño.

La cañofiſtola es cosa admirable.

Baños.

embajador del criſtianiſſimo Rey de Francia, y otros muchos hombres auténticos fidedignos me dijeron coſas de admiración, y entre ellas una que un hombre corcovado, sin poderſe enderezar, de grandiſſima abundancia de piedras en los riñones, y que a pocos días que eſtuvo en ellos, echó eſcudilla y media de arenas y de piedras como habas pequeñas y garbanzos, y que cuando salió dellos puſo grandiſſimo eſpanto verle tan sano, como si en su vida hubiera tenido mal alguno; también hay la fuente de Lieja; hay también baños milagroſos en Luca; pero será bien digamos qué facultad tiene el baño, o por qué razón aprovecha, y luego diremos de los que tienen nueſtra Eſpaña, que también nueſtro Señor nos los dió con larga mano; el uso del baño tiene tres provechos notorios en nueſtros cuerpos, porque algunas veces evacuan y reſuelven, como nos lo enſeña Galeno en muchos lugares, y que igualmente evacuan todos los humores.

Historia maravillosa.

Libro 4, Methodi; libro 2, Aforism., coment. 18, et lib. 3, com. 15

Lib. de sintomatum causis

La segunda facultad es que llenan un cuerpo, y lo dice Galeno, que lo que es caliente llena el cuerpo, eſtando mucho en el baño, de lo cual todo reſulta la segunda facultad que el baño alcanza.

La tercera es que tiempla cualquiera deſtemplanza que suceda al cuerpo humano, como Galeno nos lo enſeña, y en el lugar dice, que a un sujeto encendido aprovecha, y a un frío le calienta, y al húmedo seca, provocando sudor, y cuando a al seco humedece, como en la cura de los éticos, nos lo enſeña el nono de Almanſor, Avicena y Ga-

Libro 2 et 7, de sanitate tuenda, y lib. 7, Methodi; lib. 1 y 2, de usu partium.

In nonum Almansoris, Avicena, etiam et Galeno.

leno, y porque me parece deſte lugar, digo, eſtos efectos se hallan más en los baños de agua dulce, y por eſo diré al preſente, un notable, maravilloſo deſtos baños dulces, que en ellos se hallan tres diferencias dellos: La primera, cuando son moderados, que ni son fríos ni calientes, y éſtos humedecen moderadamente; los que son más calientes, éſtos humedecen y resfrían, y si son demaſiadamente calientes, éſtos eſcalientan y no humedecen, antes eſtiran los meatos del cuerpo, y corrugando los cierran y exaſperan el cuerpo.

Lib. 2, simplitium, cap. 6.

Lib. de sanitate tuenda, 41.

Eſto es de Galeno, y anſí señalaré los lugares en cada lugar donde señalo la facultad de cada uno, y pues de lo que toca a baños, de paſada hemos tratado, no me parece ser en ellos más prolijo; quien lo quiſiere ver con grandíſima doctrina y grandiſima curioſidad lo hallará en el doctíſimo Mercado, Catedrático de prima de la inſigne Univerſal de Valladolid en Medicina.

Lib. de Afectionibus et libelo de valneis.

In libro qui ex instituto composuit de valneis et fontanelis.

Agora, con la poſible brevedad, será bien tratemos de los baños que goza nueſtra Eſpaña, que son muchos, para eſta y otras muchas indiſpoſiciones utiliſimos, entre los cuales son los baños de Arnedillo, en Castilla la Vieja, en la Rioja, y no muy lejos deſtos los baños de Itero; hay también en Caſtilla la Vieja otros, que se llaman: de Ledeſma, cerca de Salamanca; hay también en Galicia, en un lugar que se llama Orenſe. Eſtos son tan calientes, que con ellos se pela un lechón y un ave; éſtos, a mi parecer, son calidíſimos y sulfú-

Baños de Arnedillo.
Baños de Itero.
Baños de Ledesma.

Baños de Orense.

reos, que son de Alcrebite, y para eſta paſión no los alabo; hay otros en el Reino de Granada, que se llaman los baños de Alhama; llámanſe anſí, porque eſtán junto a una ciudad que se llama Alhama; no los alabo en eſte caſo, que también son sulfúreos y demaſiado calientes, pero para sarna son maravilloſos, y deſpués se tiene gran experiencia: dicho me han que en la sierra de Elvira, junto a Granada, hay otros, aunque con el tiempo se han perdido, y por eſo no hay que traerlos a la memoria; hay otros en Portugal, entre Duero y Miño, que el miſmo lugar se llama Baños; hay en eſte miſmo Reino otros junto a Santaren, que se llaman las Caldas, donde los sereníſimos Reyes de Portugal han hecho grandíſima memoria de gran caridad y han dejado grandíſima renta para todos los que van con neceſidad, y aun sin ella, se curan, dándole médico y medicinas y el gaſto, con mucha liberalidad y caridad, de médico, botica, comida, servicio, cama y lo que es neceſario; hay otros en la ciudad de Lugo, Principado de Aſturias, de grandíſima importancia; otros hay a doce leguas de Barcelona, que se llaman Caldas de Mombui; a cuatro leguas de Barcelona hay otros que se llaman las Caldas de Malavieja; hay otros en Alhama, junto a Aragón, cerca de Huerta, monasterio de Bernardos; al fin hay muchos en Eſpaña, que si con curioſidad se miraſen, habría grandíſimo provecho para muchas y varias enfermedades, como en Italia y en otros Reinos y provincias; pero

Baños de Alhama y otros de Elvira.

Otros baños hay deste nombre junto a Huerta en en Aragón.

porque en uno de los remedios que he traído dije ser bueno para eſte miniſterio ceniza de alacranes de Avicena, me pareció poner aquí el modo que pone el miſmo autor para hacerſe; es deſta manera: tomar una vasija de hechura de urinal y poner en ella los alacranes vivos, y atapallos con barro, hecho si es poſible de greda, y ponellos en un horno haſta que se hagan ceniza, y guardarla en cabo donde no le dé polvo haſta que sea meneſter; mándese quemar, con intención que se pierda la parte venenoſa; lo miſmo dice Galeno en muchos lugares y lo miſmo otros muchos y graves autores, como Paulo, y Aecio, y Alejandro Benedito, y con eſto me pareció dar fin a eſte capítulo.

Fen. 41.

Cómo se hace la ceniza de alacranes.

Lib. de remediis paratu facit, et lib. 1, de composit. med., 1.

CAPITULO XI

EN EL CUAL SE TRATA DE LA INFLAMACIÓN DE LOS RIÑONES

Porque muchas veces suele engendrarſe en los riñones inflamación, que es una enfermedad grave y de grandiſima molestia, y que no pocas veces acontece, me pareció tratar en capítulo diferente, y anſí en eſte capítulo trataré della, como cosa tan importante y neceſaria, para lo cual es meneſter entendamos que, según Galeno, inflamación se toma de tres maneras. La primera, por cualquiera deſtemplanza caliente, y deſta manera la calentura es inflamación, y aun en el miſmo lugar alegado, a la fiebre llama inflamación. La segunda manera como se toma es por cualquier humor caliente, como por la eriſípula, cerpes, carbunco. La tercera y más propia es por el flemón, que es la propia inflamación que se engendra de sangre, y éſta es la que se llama exquiſita, y en latín flegmón, como más largamente en nueſtro *Compendio de Ciruxía* lo tenemos tratado; eſtas tres indiſpoſiciones sue-

Lib. de Arte curativa ad glauconem, cap. 1.

Libro Methodi, 13.

Lib. 2, de Arte curat., capítulo 2.

2. Manera de inflamación.

3. Es por el flemón.

Libris alegatis Gal., et de inequali intemperiae.

len padecer los riñones; de la deſtemplanza caliente, que en griego se llama flogoſis, que Galeno la llama inflamación seca, ya lo tenemos dicho, cuando tratamos de la cauſa eficiente de la piedra que en eſte lugar se engendraba. También suele engendrarſe la eriſípula en eſte lugar por correr a el cólera, que es la cauſa deſta paſión, la cual se tiene de curar como la deſtemplanza, pero no dejaré de contar un caſo de grandiſima admiración, y es: Que en la corte del criſtianiſimo rey Don Felipe segundo, eſtando en Madrid un caballero del hábito de Santiago, del Conſejo de Ordenes, como he contado, le hallé en el riñón un cancro tan grande como una yema de huevo, por la razón del cual padecía un ardor de urina, que baſtó a ulcerarle la vejiga, y a hacer diſpoſiciones y accidentes, como si tuviera piedra de riñones; esto digo, porque cada uno eſté advertido en eſte mal, y que en eſte lugar pueden engendrarſe todos los cuatro géneros de tumores; al fin dejados los tres, hemos de tratar de la inflamación, que es lo que prometemos en eſte capitulo; eſta enfermedad se hace de sangre demaſiada que corre aqueſta partícula, como corre en otra parte lo trata Galeno, anſí de la cauſa ser sangre en muchos lugares, y como corre más cantidad de lo que es meneſter, se inflama la parte; no pudiéndolo aſimilar ni expeler, se hace eſta inflación; dicha la cauſa, será razón digamos de las señales por dónde se deba conocer, de doctrina

Flogosis et inflamatio sica.

Lib. 2, de Arte curat. ad glauconem, cap. I, et de diferentiis morbis.

Historia.

Cancro en el riñón.

En'géndranse en los riñones todos los cuatro tumores.

Libro 2, ad glauconem. cap. 1 et 2, libro de inequali intemp.

Lib. 6, de causis morbis. El modo cómo en los riñones se hace la inflamación.

de Paulo, y de Aecio, y de Traliano, y Avicena, y de Galeno, y de Hipócrates.

Señales desta inflamación.

La primera que se pone es el dolor; comienza grande deſde la primera vértebra o eſpondil de los riñones, arriba de las coſtillas mendosas, en la parte donde eſtuviere la inflamación; si fuere en la parte derecha la inflamación, allí será el dolor, y si en la izquierda, en ella, y el anotomía que declaramos sirve para entender la situación de los riñones, entendiendo que, por la mayor parte, el riñón derecho eſtá más arriba que el izquierdo; eſte dolor baja muchas veces haſta lo que vulgarmente se llama vedija, y se comunica con las caderas, y el pudendo, y a los muslos; en eſta paſión dice Aecio, que también viene eſtupor al muſlo en la parte que es la inflamación, y si es en entrambos riñones, en entrambos muslos sobrevendrá eſte accidente. Eſto dice Galeno en muchos lugares, y que es común señal en todas las inflamaciones un calor demaſiado y dolor; y lo miſmo dice Paulo tratando deſta inflamación; todos los autores dicen que ha de haber gravedad, que es peſadumbre sin poderſe el enfermo doblegar el cuerpo, ha de tener calentura, y algunas veces locura; tiene vómitos de cólera y dificultad de urina, no puede el enfermo mover el cuerpo, ni aun eſtornudar; enfríanſe los extremos cuando urina, tienen gran eſcozor, urinan al principio muy delgado, y como agua la urina, sin señal alguna de cocimiento; en llegando al aumento de la inflamación urinan grueſo y la uri-

Para qué sirve el anotomía.

Libro 11, capítulo 16.

Lib. 2, de arte curativa ad cap. 2, lib. 13, Methodi.

Lib. 3, inflamatione renum.

Señal cuándo esta inflamación llega al aumento.

na eſtá colorada y muy encendida, con algunas materias grueſas, que parecen claras de huevos; la cámara es poca y dura, no tienen ganas de comer, padecen deſmayos, suelen tener crecimientos de calentura, aunque sin orden; crecen a veces los accidentes; pone Aecio, que en los tales no continuamente, sino por intervalos, y dice: que una vez echan poca urina, y otras muchas, y lo miſmo acontece en el andar de vientre, es el dolor con latidos; Galeno dice que el dolor ha de ser peſado; en eſto parece que hay alguna manera de contradicción; Aecio dice que el dolor ha de ser con latidos, y Galeno mueſtra que ha de ser gravativo y peſado, lo cual parece manera de contradicción, y por ello será bien declaremos cómo se tiene de entender, conciliándolos, y ha de ser deſta manera, que los que dicen que ha de ser pulſativo, se tiene de entender cuando la inflamación eſtuviere en las partes nervioſas, y los que dicen que ha de ser gravativo, la inflamación ha de eſtar en las partes carnoſas; eſto es de Galeno.

Lib. 2, de locis affectis.

Reconciliación de Galeno y Aecio.

Libro 6, Aforismorum, comentario 5.

Ya sabéis que en la diſección de los riñones dije se componían de partes nerviosas, como túnicas membranas que cubren los miſmos riñones; hay venas arterias, niervos, que todos se acaban en los miſmos riñones, en aquella parte donde toman principio los vaſos urítides, que son por donde desciende la urina a la vejiga, y cuando la inflamación fuere en eſtas partes, entonces será el dolor pulſativo, y cuanto fuere mayor la inflamación y

ocupare más arterias, serán los latidos mayores, y eſto basta, por tenerlo tan declarado en la Anatomía deſte lugar, donde dijimos que tenían grandes venas y arterias, y es de Galeno; también es de Paulo, y Aecio, que ha de ser la calentura grande, y si Paulo dice en otro lugar que ha de ser chica la fiebre, se ha de entender al principio, cuando la sangre comienza a correr; pero cuando eſtá crecida la inflamación, entonces la fiebre ha de ser mayor, porque no se puede creer haberlo entendido de otra manera que dé fuerza, cuando la inflamación fuere mayor; de neceſidad han de ser los accidentes mayores, y no sólo en eſte lugar, que es inflamación jnterna, sino en otra parte, aunque sea externa.

Libro 2, de affectis. Libro 3, cap. de infl.

Eſto es de Galeno en muchos lugares, y principalmente si lleva camino de maduración, que entonces han de fuerza ser mayores, como Galeno lo declara, y Avicena, y eſto nos enſeña Hipócrates en los *Aphorismos,* y Galeno en el *Comentario* dice ser por razón de la pugna que hay entre el calor natural, y preternatural. El uno, pretendiendo aſimilar el mantenimiento, que es el natural, y el otro, deſtruirle, que es el preternatural, pretendiéndole corromper, y eſto se ha de entender, que la pugna es entre el humor y el calor, porque el natural y el preternatural es un miſmo calor. Es de Galeno eſta doctrina, y dice: que en esta pugna y batalla suceden rigores, que es lo que llamamos frios. Aecio, en el lugar donde trata

Lib. 2, Aforismorum, 47. Fen. 3, cap. de inflam.

Aforism. próximo alegado

Lib. Aforism. alegato.

Lib. de locis affectis.

Et Galeno, in expositione Aforismorum citato.

Lib. 5, cap. 9.

Fen. 5, cap. de signis huius morbis.

Tagulcio, libro 1, cap. de causis tumorum.
Gal., lib de causis morb., et 2, de arte curativa, et ad glauconem, cap. 2.

In nostro Compendio de Chirurgia.

desta pasión, pone por accidente gran calor y dolor, y urina bermeja, y el enfermo siente gran peso: estas señales son de Alexandro Traliano, y todos vienen en ellas, como propias deste mal. Avicena las pone de la misma manera, y porque dijimos la causa de paso deste mal, me pareció traer brevísimamente las causas desta pasión, para lo cual es menester saber que son en dos diferencias: unas son generales y otras especiales; las generales son dos: reuma y congestión; reuma es corrimiento de un lugar a otro de humores que se mueven, o por fortaleza del miembro que envía o flaqueza del que recibe muchedumbre de materia, bajeza de lugar o porque alguna parte está rara de poros y laxa, dicese así sucintamente, remitiéndome al capitulo de las causas de apostemas, que largamente traté en mi *Compendio de Cirurría*, adonde el que fuere curioso lo hallará largamente escrito y declarado. Las especiales dijimos que eran tres: primitiva, antecedente y conjunta; la primitiva es la de defuera; como piedra, palo, caída o golpe; de cualquiera manera la antecedente, es el humor que está aparejado a correr y a hacer esta enfermedad.

La conjunta es lo que ya está alegado en la parte, y suele esta inflamación salir por la comida y bebida, por comer cosas calientes, como ajos, cebollas y otras, como axi, de lo que llaman pimienta de las Indias, o porque en lo que se come se echan muchas muchas especias, como aconte-

ce en paſteles, empanadas y de otras coſas a éſtas semejantes, o por las demás coſas que tenemos traído en el capítulo de la cauſa material de la piedra en la bebida, como beber clarea, hipocrás, vino cocido, vinos adobados y fuertes, al fin de exceſos de las coſas no naturales, que dijimos que eran comida, bebida, movimiento, quietud, ejercicio, aire, Venus, que es andar con mujeres, ira, triſteza con exceſo; éſtas son las cauſas que hacen eſta pasión, y por que de todo eſto tenemos tratado bien a la larga, ceſo con decir que de las miſmas que suelen hacer la cauſa material y la eficiente se puede engendrar inflamación y anſí me remito a todo lo tratado en el dicho capítulo.

Cosas no naturales.

Ahora será bien decir del pronóſtico deſta enfermedad, por ser coſa tan neceſaria para el enfermo y tan honroſa para el médico, e Hipócrates dice que es de gran provecho uſar el médico del pronóſtico, y al fin Cornelio Celſo dice que se alcanza grande honor en decir a dos parientes y amigos o criados si hubiere de morir el enfermo o vivir; al fin comienzo a decirlo.

Lib. 1, Prognost. cap. 1.

Cuando en eſta paſión urinaſe el enfermo mucho y grueſo, con algunas señales de cocimiento, dé buena eſperanza de salud, porque es claro indicio que la virtud eſtá fuerte y que naturaleza va de victoria contra la enfermedad; pero cuando es al contrario, que lo que urina es poco y delgado y como agua, es coſa muy peligroſa, si a la tal enfermedad sobrevinieren almorranas; pero si de-

Coment. cit. Aforism.

Libro 5, Aforism., afor. 6, in coment. eodem.

llas saliere sangre u otro cualquiera excremento, es bonísima señal, y ésta es también doctrina de Hipócrates y de Galeno en muchos lugares; en estos lugares, estos gravísimos autores lo alaban, y luego el enfermo con tal purgación siente alivio, y aun hay algunos autores que las mandan mover, como lo diremos en la cura, porque humor se divierte y deriva, y por la misma razón descarga, y descargándola viene a templarse y mitigarse el dolor; en esta pasión tener privado el apetito es malísimo indicio, y, por el contrario, es bueno si tiene gana de comer; pero si los accidentes y los latidos se frecuentaren, es señal que se supura, y si con estar madura, que se conoce en las señales dichas, que la calentura va perseverante y el dolor se rebela y súbitamente se quita, quedando los demás accidentes, es malísima señal, porque muestra irse la parte essacelando, o, por mejor decir, corrompiendo, que también nos lo muestra la urina, que yede o sale como negra; es la peor terminación de todas, y amenaza muerte; una cosa quiero advertir, que estas apostemas, aunque comienzan por la parte interior, algunas veces, por la parte exterior se comunican, de manera que las venimos a abrir por defuera, que es caso maravilloso y digno de tener en la memoria.

Indicio de madurarse el apostema de los riñones.

Gal., lib. de de diferentiis morb., et de locis affectis.

Y porque esto ha pasado por mí algunas veces, quiero contar una historia que me aconteció en Burgos, en cierto caballero, que teniendo una inflamación, que por las señales entendimos clara-

Historia.

mente un doctíſimo médico y yo que eſtaba supurada, y aun no sólo eſto, sino que ya se comunicaba la supuración afuera, y viſta tan clara la materia a la parte exterior comunicada, determinamos que a otro día se abrieſe la apoſtema con un cauterio que para aquella obra mandamos hacer, y quedando en eſta determinación, a la mañana, cuando fuímos, la hallamos deshecha, y la materia expelida por vómitos, y maravilloſamente quedó sano y con mucha brevedad, porque supurarſe, y expelerſe, y purgarse por la urina, eſto, aunque de alguna manera parece eſpanto, al fin es el propio camino por donde los riñones expurgan sus daños, y eſto se ve ordinariamente, y es su camino derecho; pero por vómito es coſa nueva, ni jamás tocada de autor grave, griego ni árabe, antiguo ni moderno, y quizá si quiſiéſemos buſcar los caminos, sería impoſible, si no es lo que Galeno en muchos lugares trae, que todo nueſtro cuerpo es tranſpirable, y que todas las partes dél unas con otras se comunican al fin; es coſa maravilloſa ver algunas obras de naturaleza, que pueſtos en razón parecen impoſibles; reſulta de aquí, que eſta enfermedad es peligroſa y moleſta, y de grandíſimo trabajo al que la padece, y que al mejor librar queda el que la tiene con malíſimas reliquias, que le duran toda la vida, pero los más mueren en la demanda, y con eſto doy fin al pronóſtico de eſta pasión, y dado fin a eſto del pronóſtico, será bien tratemos de la cura deſta enfermedad, que no tiene

Apostema de riñones supurada se expelió por vómito, cosa rara.

Lib. 4, de pla. Hip. et Platonis.

Lib. 10, Methodi, et integni.

Pronóstico de esta enfermedad.

menos dificultad que las demás que en eſte lugar se engendran.

Aecio, tratando del principio como se han de de curar, dice que se ha de tener obſervación de no dar de comer al enfermo en todo un día natural, que es en veinticuatro horas, y luego se tiene de comenzar la cura por las coſas que llamamos no naturales, pero porque muchas veces he dicho y traído eſtas coſas, será bien digamos por qué se llaman no naturales.

Lib. 3, cap. de inflamatione renum.

No se ha de dar de comer en 24 horas.

Lo cual Galeno dice que se llaman anſí porque no son naturales, como los humores, ni preternaturales, como las enfermedades, sino que el cuerpo que las recibe las tranſmuta y convierte en la substancia que tiene: si mala, mala; si buena, en buena, y para lo que toca a eſte particular, lo dicho baſta, y comenzando de la comida, digo que el mantenimiento ha de ser fácil de cocerſe y de convertirſe en nueſtra subſtancia, y que eſto no tenga acrimonia ni mordicación, y que se uſe de la tiſana, que tiene facultad de templar y deſhace los humores grueſos, y los adelgaza y mundifica, y eſta facultad dice Galeno de la cebada, que incinde, corta, tiempla y mantiene con moderación, y lo que toca en las vías, lo corta y resuelve, es bueno el farro, lo cual se tiene de aderezar deſta manera: tomar el farro y mondarlo como arroz y prepararlo y sudarlo de la miſma manera, y luego cocerle con caldo de pollo o de palominos, y eſto es meneſter se cueza bien, porque es en extremo duro, y luego

En el tegni, la causa por que se llaman cosas no naturales.

Esto se ha de entender como las administra el médico: si bien, bien; si mal, mal.

Condiciones del mantenimiento.

Lib. 3, de sanitate tuenda Lib. 2, de alimentorum facultatibus.

El modo de aderezar el farro.

dar al enfermo una eſcudilla de ello, echado su azúcar y comerlo, y deſta manera se come en el Reino de Valencia, como el arroz ordinariamente, sin tener alguna mala indiſpoſición; es también buena el aguamiel, echando en lugar de la miel azúcar, ciliantro preparado; es para lo miſmo chicorias, eſcarolas, lechugas, verdolagas, borrajas cocidas y eſparragadas con su aceite, vinagre y azúcar; pero una coſa se aviſa: que jamás en el principio deſta paſión no se tienen de dar medicamentos diuréticos, antes se tienen de huir todo el tiempo que el apoſtema durare, antes con grandiſima vigilancia se tiene de poner toda la fuerza en divertir el humor a otra parte, para evitar que no caiga en la parte inflamada.

Las yerbas que son buenas.

Al principio son malos los diuréticos.

Eſto dicho, digo que Galeno pone tres coſas para la cura della. La 1.ª, la grandeza del apoſtema y el cuerpo donde eſtá, y la 3.ª, la fuerza y facultad del sujeto donde se hace. La grandeza del apoſtema, porque unas son grandes y éſtas quieren el remedio más preſto. La 2.ª que se conſidera es el cuerpo donde eſtá, como si es el cuerpo cachochimo, o lleno sin corruptela, si tiene bueno o mal hábito de cuerpo. La tercera coſa que se ha de mirar es la fuerza y facultad del enfermo; eſto conſiderado, y los eſcopos que se han de conſiderar, que es enfermedad que lo demande y virtud que lo conſienta, lo cual nos enſeña Galeno y Paulo, finalmente, tiene el médico de eſtar atento a todas eſtas coſas; Aecio y Alexandro Traliano di-

Lib. 13, Methodi.

Libro de sanguinis missione.

cen que se tiene de sangrar de la vena del arca, de la parte propia donde eſtá la inflamación, reveliendo a la parte contraria; pero Galeno dice que cuando eſtuviere la inflamación en vejiga o riñones, la sangría se tiene de hacer del tobillo y de la parte derecha del mal; pero porque no parezca contradicción de tan graves autores, se tiene de entender que cuando el cuerpo eſtuviere pletórico y lleno, entonces se tiene de romper la vena del arca, como Paulo y Aecio dicen, y eſto también lo tiene dicho Galeno en muchos lugares; pero que cuando el cuerpo no eſtuviere lleno, entonces se tiene de hacer del tobillo, y deſta manera no son contrarias las opiniones, sino que todos dicen una miſma coſa, y anſí digo, que eſtando el cuerpo lleno, se tiene de hacer del brazo, en eſta diſpoſición de que vamos hablando, y cuando no lo eſté, del tobillo, y anſí nos lo manda Galeno y los miſmos autores que tenemos alegados, porque juntamente se haga revulſión y derivación, de lo cual bien a la larga tratamos en nueſtro *Compendio de Ciruxía,* tratando de la inflamación; la cantidad de la sangre, éſa se tiene de conſiderar en la virtud y en la remiſión y crecimiento de la enfermedad y de los accidentes que la acompañan, y aquí ha de valer la deſcripción y buena conjetura del médico.

Lib. 13, Methodi.

Hoc etiam est Gal., lib. de sang. mis.

Libro 2, ad glauconem, cap. 2.

Libro de sanguinis missione.

Advertencia necesaria.

Una coſa advierto, que primero que se haga la sangría se tiene de prevenir y evacuar el cuerpo de las primeras vías con medicinas o con algunos medicamentos minorativos, las medicinas o cliſte-

res, para lo cual se tiene de tomar de cocimiento de malvas y violetas, de cebada, de todo media libra; de aceite rofado o violado, de cada uno dos onzas; de benedita una onza, de azúcar media: hágafe clifter. Clister.

También es maravillofo tomar cocimiento de verdolagas, y de ciruelas pafas media libra, de aceite violado cuatro onzas, de pulpa de cañofiftola seis dracmas, de azúcar una onza; hágafe clifter. Clister.

Es también bueno tomar de cocimiento de cebada seis onzas, de aceite rofado tres onzas, de pulpa de tamarindos media onza, una de azúcar; hágafe clifter. Clister.

También es bueno para efta intención tomar zumo de la cebada, y de las malvas ocho onzas, y al cocer se tiene de echar linuefo y ciruelas pasas, de pulpa de cañofiftola una onza, de azúcar otra, y todo mezclado, hágafe un clifter, añadiendo aceite violado o rofado. Otro clister.

Para tal pafión es maravillofo el siguiente: tomar de leche de cabras o de ovejas o de burras, de cada uno cuatro onzas; de aceite rofado cuatro onzas; de pulpa de cañofiftola ocho dracmas, y anfí mifmo se puede añadir tres onzas de zumo o cocimento de llantén, y de azúcar o de zumo de cebada una; hágafe clifter; el que se recibiere ha de llevar efta intención, reffriar y repercutir, y ablandar y quitar dolor, que es lo que más cumple para la derecha cura defta enfermedad. 5.° clister. Intención que se ha de guardar en el clister.

Al fin de los dichos clíſteres y de las coſas que tengan facultad de repercutir, templar, molificar, se pueden componer según la neceſidad pareciere al diſcreto médico o cirujano, pues prevenido el cuerpo de la manera dicha, y quitado lo que eſtá en las primeras vías de nueſtro cuerpo, se hagan las sangrías de la manera dicha; entonces será bien venir a los tópicos remedios que son los particulares para ponerlos en la parte afecta, y han de tener la facultad dicha de repercutir la fluxión que viniere a la parte; para lo cual es maravilloſo el siguiente ungüento: tomar de aceite roſado, onſacino, violado, de cada uno dos onzas; de manteca de vacas lavada con agua de achicoria o rosada, tres onzas; de polvos de roſas rúbeas caſtellanas, de bolarmenio y de polvos de murta, de cada uno una onza; de enjundia de gallina y de ánade, de cada coſa onza y media; de cera lo que baſtare; hágaſe ungüento, el cual se tiene de aplicar a la parte leſa.

Han de preceder remedios universales a particulares.

Ungüentos.

Para lo miſmo es bueno el siguiente ungüento: tomar de las malvas cocidas y de las berzas, de violetas y de la cebada muy cocida, y paſado todo por cedazo y deſpués piſtado, y añadir aceite rosado y violado, a lo cual se tiene de añadir polvos de roſas caſtellanas y de flor de manzanilla, de cada coſa media onza; de enjun de puerco y de manteca de vacas lavada como eſtá dicho, de cada coſa una onza; una y media de aceite onſacino; roſado onza y media, y un puño de hojas de llan-

Otro ungüento.

tén cocidas y piſtadas, y de verdolagas otro tanto; hágaſe emplaſto con harina de cebada y ponerle en la región de los riñones, tibio en invierno, y en verano, como eſtuviere, sin calentar; pero haſe de tener aviſo que las evacuaciones universales han siempre de uſarſe, como lo más neceſario, antes que se uſen las unturas y emplaſtos, aunque parece que Aecio y Alexandro Traliano quieren que aunque el cuerpo eſté cacoquimio, no se tiene el enfermo de purgar en eſta paſión haſta que se entienda que eſtá mitigado el calor; pero ya que se entienda que el lugar eſtá más templado y la parte menos inflamada, entonces, por razón de la cacoquimia, tenemos de purgar eſte sujeto con el medicamento que el humor pecante pidiere, aunque siempre tenemos de tener cuenta que las medicinas no han de ser fuertes, sino livianas, y anſí es razón entendamos que cuando Aecio y Alexandro dijeron que no se tenía de purgar el cuerpo que tenía eſta enfermedad, se tiene de entender que no se había de purgar con eſtas medicinas fuertes, porque sería coſa de poca razón entenderlo con las livianas que ablandan y purgan, teniendo como pulpa de cañofiſtola, pulpa de tamarindos, diaprunis simple, mana jarabe de nueve infusiones y azúcar roſado de Alejandría y diacatolicón y ciruelas de sen, con eſtas jamás lo negaron los dichos autores; pero cuando haya la neceſidad se tiene el cuerpo de diſponer con los jarabès siguientes: de endibia roſado, de granadas, de ace-

Capítulo et lib. cit.

Hoc est Galeni, loc. cit.

Se tiene de entender con medicinas fuertes.

Jarabes.

deras, de achicoria, de borrajas, violado, de verdolagas, de zumo de limones, y con otros a eſtos ſemejantes, con agua de lo miſmo y de lúpulos, de cebada, y el apoſento donde eſtuviere el enfermo, siendo en verano, ha de ser freſco, el lecho blando, y procurar ande bien de vientre, que haga cámara, y humedecerle siempre, porque suelen las heces con el calor demaſiado secarſe de ordinario, y cuando eſtuviere el cuerpo diſpueſto deſta manera, se tiene de poner encima de la parte el oxicrato, zumo de llantén, de verdolagas, agua roſada, leche, el aceite onfacino roſado; para eſto miſmo es bueno el ceroto, magiſtral de Vigo, que le llamamos defenſivo, cuya deſcripción truje en mi *Compendio de Ciruxía,* y en el quien fuere curioſo lo hallará a donde trato de heridas freſcas; éſte se tiene de entender en un paño delgado a manera de emplaſto.

Iuannis de Vigo, cap. de Inflamatione renum.

Para el principio, otro remedio.

Para el principio deſta paſión, es bueno el remedio siguiente: tomar de ungüento sandalino, y del refrigerante de Galeno, y mezclarlo en partes iguales y lavarlo en vinagre aguado, y ponerlo en la parte inflamada, y remudarlo dos o tres veces al día, es de grande utilidad.

Libro 4, de compositione medicamentorum.

Lib. 3, cap. de inflamat.

Paulo Gineta alaba mucho mucho el siguiente: tomar de aceite onfacino roſado y de aceite de linueſo y aceite de arrayan, de membrillos, de cada uno onza y media: de vinagre roſado una onza; zumo de verdolagas dos onzas, de manteca de vaca freſca, lavada en agua roſada, dos onzas y me-

Otro remedio.

dia, y con la cera que fuere meneſter se haga ungüento blando; eſte miſmo remedio y a mi parecer mejor, porque le quita el aceite de linueſo, que no es a propóſito para la intención que debe guardarse en eſta enfermedad.

Otro maravilloso remedio

Para lo miſmo es el siguiente emplaſto: tomar de llantén, de siemprevivas, de lechugas, de cada uno un puño, aceite onfacino roſado dos onzas, y polvos de todos los sándalos media onza, polvos de roſas castellanas y de arrayan, de cada uno media onza; harina de cebada y de lentejas, de cada coſa una onza, y con la cera que fuere meneſter hágaſe ceroto y póngaſe encima de los riñones.

Otro remedio.

Para esta miſma afección es maravilloſo el siguiente remedio: tomar zumo de siempreviva, hierbamora de racimillo, que es uva canilla, y de verdolagas, de cada uno onza y media, y de aceite de arrayan y de membrillos y roſado, de cada uno onza y media, y ponerlo al fuego manſo haſta que los zumos se conſuman y luego tomar cuatro onzas de manteca de vaca preparada y lavada bien, en caſo que no sea freſca, y mezclarla con los aceites, y añadir polvos de todos los sándalos y de dormideras, de cada uno media onza; de albayalde una onza, y con cera hágaſe ceroto, y úſeſe dél de la miſma manera y mudarle de dos a dos horas; podemos uſar los zumos con agua y vinagre que se pueda beber, y el médico prudente puede mezclarlas conforme le pareciere, según la neceſidad.

Otro remedio.

Eſtos remedios son los que se tienen de aplicar

Para el aumento.

al principio de la enfermedad, y para el aumento son los siguientes buenos: aceite de manzanilla, de azucenas, de linaza, de eneldo, harina de habas, de linueſo, de lentejas, de altramuces, polvos y aceite de lirio, de flor de manzanilla, de coronilla de rey; deſtos se puede mezclar una parte a dos de los dichos ungüentos, cerotos, emplaſtos, porque ya tenemos declarado, en nueſtro *Compendio de Ciruxía*, que en el principio se tiene de poner en las inflamaciones medicinas repercuſivas; en el aumento, dos de repercuſivos y una de reſolutivos; en el eſtado, partes iguales, anſi que declaramos que la inflamación de sentencia de Galeno, y de Avicena, y de Guido, y de Vigo, y de los demás autores, sin faltar alguno. Anſí, que volviendo al aumento, para dar la razón, porque han de aplicarſe de la manera dicha, y la intención es porque se ha de tener cuenta con lo que corre y con lo que eſtá corrido.

Libro de temporibus, morborum. Fen. 43, cap. de inflamatione.

Para lo que corre, los percuſivos, y para lo que eſtá corrido, reſolutivos; en el aumento se puede poner el siguiente: tomar dos partes del ceroto de Paulo, y a dos partes dél poner una de aceite de lirio o de azucena o de cualquiera de los otros, y por la miſma cuenta, poner de los polvos que para eſte tiempo hemos traído, con la cual se cumple la intención que pretendemos. En el eſtado han de ser, como dijimos, partes iguales, mezclando de los del principio con los del aumento, echando tanto de uno como de otro; en la decli-

Emplasto.

nación tienen de aplicarſe sólo reſolutivos y para eſte tiempo hay muchos socrocios, como el de meliroto, que es el que llamamos coronilla de rey, el diaquilón mayor y menor, y los aceites que para eſto eſtán dedicados; pero entendiendo que no quiere eſta inflamación guiar por reſolución, sino por maduración; entonces tienen de aplicar maduratívos, que son los que hacen materia, que han de ser empláſticos, que son los que atapan los poros, como nos lo enſeña Galeno en los libros de la compoſición de los medicamentos; conocemos que las tales inflamaciones se van a madurar en que crecen los accidentes, como tenemos dicho.

Lib. 2, cap. de maduratívis.

Para eſto es bueno el siguiente emplaſto: tomar de hojas de malvas dos puños y cocerlas y piſtarlas y sacarlas por cedazo de cerdas y añadir manteca de vacas freſca y lavada, como está dicho, en cocimiento de las malvas, de unto de puerco sin sal, enjundia de gallina, de anfare, de cada coſa dos onzas, de harina de linueſo y de cebada, de cada uno onza y media, aceite roſado tres onzas, polvos de flor de manzanilla y de alholvas, de cada uno media onza y todo mezclado y piſtado se haga emplaſto en cocimiento de las miſmas malvas.

Emplasto.

Para el miſmo efecto es buen remedio: tomar de cocimiento de higos y de raíz de malvavisco y echarle harina de linueſo y de trigo y de alholvas, de cada uno partes iguales, conforme la cantidad que se quiſiere hacer, y añadir de las miſmas enjundias de ánade, de gallina, de puerco, la canti-

Otro remedio a lo mismo.

dad que viniere a las otras coſas, y hacerlo emplasto, mezclándolo todo según arte y aplicarlo a la parte donde eſtuviere el daño.

Otro remedio.

Es también bueno fomentar la parte con agua caliente y con hierbas que tengan facultad de madurar, como malvas, alholvas, linueſo, malvaviſco y otras a éſtas semejantes, y si se mezclaſen resolvientes, han de ser en menos cantidad, por huir algunos inconvenientes que huyen en eſte caſo los autores y Galeno, y es, que si cantidad mayor se puſieſe de los que reſuelven, se deſharía lo sutil y quedaría lo otro hecho cirro; éſta es la doctrina que tenemos de seguir en eſte caſo, haſta que entendamos ya ser hecha la materia, lo cual se conoce en que la peſadumbre eſtá allí, pero los accidentes aflojan, y en las demás señales que Galeno y los demás autores tratan, y yo lo declaré en mi *Ciruxía* (allí a la larga eſcrito y declarado), y cuando eſto entendamos, nos podemos llegar al uſo de los diuréticos, que son los que mueven urina, para que, con las partes sutiles que tienen, haga que expurgue lo que eſtá supurando, abriendo el abſceſo, que eſtá hecho, se expurgue la materia por la urina; pero haſe de tener cuenta que los diuréticos no han de ser de los medicamentos demaſiadamente calientes, porque podría eſcalentar la parte y mover nuevo corrimiento, que sería grande daño y podría tornar el mal al principio, y por eſto señalaré algunos de los que son apropiados a eſta indiſpoſición, para lo cual es utiliſimo

Libro 2, ad glauconem, cap. de cirro.

Lib. 13, Methodi

Libro 2, Aforismorum, 42.

El uso de los diuréticos, a qué tiempo se ha de entender.

remedio el perejil, el acoro, la grama y su simiente, la caſia, el apio, la verdolaga, el dauco, eſpárragos y su raíz, hojas de rábanos, mercuriales, el bruſco, el poleo y otras muchas, que antes declinan a templanza que a demaſiado calor. Pónense los diurêticos.

Eſtas hierbas que hemos dicho se pueden dar en cocimiento o en polvos en la cantidad que al perito médico pareciere, según el sujeto que padece el mal; para que, según razón, se le adminiſtren, han de acudir a la complexión y a la virtud; unas deſtas son buenas para tomarlas como mantenimiento, como hojas de rábanos y ortigas, espárragos, perejil, berros, achicorias, y si lo dicho no baſtare a romperla, eſtando claramente madura, ha de tener el médico grande advertencia y cuidado, con diligencia, para que más preſto se expurgue la materia supurada, porque, como dice Aecio, que deteniéndolo mucho suele ser cauſa de otras muchas y muy graves enfermedades (como nos lo ha moſtrado la experiencia), por razón que, detenidas, cobran mala calidad y gran malicia y corroen muchas veces el lugar donde eſtán detenidas, y entonces tenemos de aplicar bebidas más fuertes para que la rompan, de las cuales hemos traído muchas en el capítulo de la piedra, para deſhacerla, y, juntamente, para deſhacer los tofos, que dijimos llamarſe terrones, y no obſtante que allí lo trujimos, en eſte capitulo traeré algunas, como las siguientes: tomar pepitas de cohombro, sin corteza, una onza, en cocimiento de grama, y han de

Escopo necesario.

Cap. propio inflamatione renum.

Diuréticos más fuertes.

ser hechas polvos, y también se puede dar aguamiel en el lugar del cocimiento, y también tomar simiente de ortigas, y de malvas otra, y de perejil otra, y otro tanto de eſpárragos, y añadir de simiente de rábanos onza y media, y todo eſto se haga polvo, y en cuatro onzas de cocimiento de grama se echa una onza de vino blanco; hanſe de dar dracma y media de los polvos. También es bueno el cocimiento de todo lo dicho.

Para lo mismo, otro remedio.

Otro para lo mismo.

También tomar de cocimiento de apio, y de su raíz, y de las ortigas, de hojas de rábanos, y de berros, de grama, de raíz de lirio, y regaliz, y hacer, según arte, un cocimiento, y echarle a una libra dos onzas de miel, y tomar dello cada mañana una eſcudilla, tibio, y echar en ello una dracma de eſtiércol de paloma, y darſe cuatro o cinco mañanas, y no baſtando, se puede añadir de polvos de ruda, de cominos, de cada uno una dracma, y sea partes iguales del cocimiento, y de muy buen vino blanco, el más añejo que se pudiere hallar; ir uſando de las medicinas en eſotro capítulo para deſhacer la piedra y mezclarlas según la neceſidad, y administrar las coſas neceſarias, anſí de las coſas no naturales del tiempo; huir de perturbaciones del alma, como ira, triſteza, imaginaciones, y, finalmente, se tiene de uſar de todas las proviſiones que dijimos en el capítulo de la preſervación de la piedra, y porque muchas veces suele acontecer que eſta inflamación sea interior, y sea tan grande, que se comunique con lo exterior, como dijimos

que acontecía, y fácilmente del artífice perito lo conoce que eſtá supurando, no tenemos de eſperar que se rompa por dedentro, sino luego abrir según reglas de cirugía, guardando las siete intenciones para eſta obra que se suelen guardar, que son por donde eſtá la materia, por la parte más baja, y apartarſe lo más que se pueda, y abrir a larga, y no atravesado, y sacar la materia de una vez; si el apoſtema es grande, porque no se reſuelvan los eſpíritus y la parte se enflaquezca más de lo que conviene hacer el abertura, con el menor dolor que se pudiera. La séptima, guardar las cuatro intenciones curativas, que son: digerir, mundificar, encarnar y cicatrizar, que es encorecer, y porque deſto tengo tratado en el *Compendio,* el que allí lo quiſiere ver, podrá, como coſa tratada de propóſito, y por eſto no me pareció alargarme en ello, y aunque sabemos que al abrir eſta apoſtema, cuando se abre interiormente, hay llaga, que se conoce porque echa materia el que la padece por la vía de la urina; pero por ser coſa tan neceſaria la cura de las llagas de riñones, en el dicho caſo no lo trataré al preſente, porque será en el capítulo que se sigue, y bien a la larga.

Tegaulcio y Guido y Iuannes de Vigo.

Son también estas condiciones de Avicena.

Una coſa reſta tratemos al preſente, que es de la deſtemplanza que suele venir a eſte miembro, y procurar la poſible brevedad, y anſí ya hemos dicho las cauſas de la deſtemplanza deſte lugar, y es neceſario acudir con su contrario, como Galeno en muchos lugares, y Ariſtóteles, y pues sabemos

Lib. tegni. Lib. 2, fisicorum.

que al calor demaſiado tenemos de aplicar su contrario, que es frialdad, porque en el lugar alegado trata Ariſtóteles que los contrarios se deſhacen con sus contrarios.

Loco citato.

Eſto es también de Avicena; al fin, a la deſtemplanza caliente, tenemos de poner medicinas frías, como paños mojados en agua de llantén, de racimillo, de hierbamora, de agua de cabezuelas de rosas, agua de adormideras, oxicrato, siempreviva y otras medicinas a éſtas semejantes, y uſar de todos los remedios que tenemos traído para eſta deſtemplanza.

Fen. 41.

Uno será bien que al preſente tratemos aliende de los muchos que en la cura de la piedra de riñones tenemos traído, y es éſte: tomar melones de los mejores, y bien maduros, y deſpedazarlos y echarlos en alquitara y polvorearlos con azúcar piedra, y sacar el agua con sus pepitas, y todo y ha de ser a blando fuego, y deſta agua se puede dar seis onzas por las mañanas, y echarla más azúcar; eſto es de maravilloſo efecto para reducir a la templanza natural de los riñones, y si acaſo sintieren en ellos relajación, se puede dar una onza de zumo de membrillos con azúcar, porque conforta y templa el calor demaſiado, y para eſta paſión se pueden poner las unturas refrigerantes, y los demás simples fríos que ya tenemos dicho, y huir de mantenimientos calientes, y anſí miſmo de la bebida, antes lo que bebiere sea frío, arrimado a nieve, poco ejercicio; quietud

Remedios para deshacer las piedras de riñones.

Lib. 13, Methodi, et 2, de arte curativa, ad glauconem et inequali intemperitae.

es lo que más cumple; al fin, todo lo que se ha de poner ha de ser frío; pero parecióme tratar una coſa, que en muchos lugares lo trata Galeno, que pocas veces halla sola deſtemplanza sin que luego se acompañe con humor, y anſí divide el mismo Galeno que alguna vez el calor viene solo, que no hay más de la deſtemplanza caliente sin materia, que es sin humor, a lo cual en el miſmo lugar el Galeno llama inflamación seca, y el griego lo llama flogoſis, que en caſtellano se llama llamarada, y otras veces el Galeno dice que eſta deſtemplanza viene con humor, y éſte, si fuere sangre, es lo que se llama inflamación; deſta es lo que acabamos de tratar en eſte capítulo, y en eſto el médico ha de tener grande conſideración, y por eſo me he detenido, como coſa tan neceſaria e importante, y porque hemos traído en eſte capítulo que cuando se madura el apoſtema y se evacua por de dentro, de pura neceſidad el abſceſo ha de quedar como llaga, será bien que de la llaga deſte lugar tratemos, y por mayor claridad lo trataremos en su lugar, que será en el siguiente capítulo, porque nô nos contradigamos, y con eſto doy fin a eſte capítulo.

Libro 2, ad glauconem, cap. 1.

Et Avicena vocat nudam cualitatem sine materia.

Loco citato.

CAPITULO XII

EN EL QUAL SE TRATA DE LA LLAGA DE LOS RIÑONES

Suele suceder la llaga de los riñones de la manera que tenemos dicho por la mayor parte, que es habiendo precedido inflamación, y habiéndole madurado y roto, de fuerza es que por donde se rompió ha de quedar llaga, de la cual en eſte capítulo preferente tratamos, y no dejo de conceder que también puede eſta llaga venir de otras cauſas, como lo diremos en su lugar, cuando traigamos la doctrina de la cauſa deſta enfermedad en su lugar propio, y porque procedamos por el orden acoſtumbrado, y para mayor claridad, será bien comencemos por las señales que mueſtran eſta paſión, para que, conocida, sin confuſión podamos curarla, dándole el remedio que le convenga; lo que nos mueſtra eſtar el riñón llagado es en la gran peſadumbre, y si acaſo lo eſtuvieren entrambos, la peſadumbre será en entrambos. Esta enfermedad se comprende debajo de solución de conti-

nuidad, la cual Galeno llama enfermedad común, y quiere decir eſta voz común, que puede hallarſe en las partes similares y en las orgánicas y en la carne y en el hueso, que eso entiendo por las partes similares que componen nueſtro cuerpo, como nervio, hueſo, carne, arteria; en eſta enfermedad se urina sin peſadumbre, que es contrario a la inflamación y a la piedra; tiene la urina que sale mal olor, como nos lo enſeña Galeno, y también Aecio; sale la urina muy clara, con materia; hay dolor en la parte de la llaga; en la urina salen mezcladas unas como hebras de carne, como nos lo enſeña Hipócrates; pero quiero advertir que aunque hay dolor en la piedra, dolor en la inflamación, y en eſta paſión, difieren en eſto: que el dolor en la piedra no es continuo, sino que da por intervalos; pero el de la llaga es continuo, y ha de eſtar el mal donde eſtuviere el dolor, no al urinar; y anſí difieren también por el lugar: el dolor que estuviere en la inflamación y piedra se comunica a la vejiga; la llaga, no; también por el lugar se conocen las enfermedades, y también por los exeuntes, que son los excrementos que salen, como nos lo enſeña Galeno; sólo queda de decir que las hebras que salen son coloradas y carnoſas y también sale sangre, aunque entonces podemos tener temor que la llaga se hace corroſiva, lo cual nos enſeña Hipócrates y Galeno, y para que no procedamos confuſamente en el capítulo de la llaga de vejiga, allí trataremos eſto de propóſito, anſí

In Arte medicinali et lib. de differentis morborum.

Lib. 6, de locis affectis, cap. de ulcere renum. Libro 4, Aforismorum, afor. 75, et Gal. in comentario ipsius.

Lib. 1, de locis affectis. Libro 4, Aforismorum, coment. 73, et afor. 45.

Galeno in coment. vius.

de la llaga de vejiga como la de los riñones; si las carnecillas que salieron son gruesas y muy mezcladas con la urina, esto muestra ser cierto llaga de riñones; esto es de Aecio y de Hipócrates y de Galeno, y lo declaran bastantísimamente, y cuando saliere la materia con ímpetu y con mal olor, es indicio de llaga de riñones, y con esto quedan declaradas las señales por las cuales se declara la llaga de riñones, que no es de menos importancia saberlo, y entender lo que las demás cosas deste lugar, y, a mi parecer, está bastantísimamente declarado lo que toca a esto.

Libro 4. Aforismorum, afor. 80. Lib. 6. de locis affectis, y Galeno en el mismo comentario.

Libro 4. Aforismorum, afor. 78.

Causas generales.

Ahora será bien declaremos las causas desta pasión, porque el negocio vaya muy de raíz, las cuales son generales, como corrimiento y allegamiento, y también pueden ser especiales, como primitiva y antecedente y conjunta, el corrimiento de un miembro a otro, como ya bastantemente tenemos declarado, el allegamiento puede estar la facultad expultriz flaca, y no expeler el excremento, y poco a poco irse allegando hasta roer la parte y venga a llagar la parte.

Causas particulares.

De las particulares, diremos más distintamente que parece que es más que nuestro propósito.

Causa primitiva.

La primitiva, que es de afuera, o por cuchillo, espada, palo, piedra, caída.

Causa antecente.

La segunda, que se llama antecedente, que dijimos ser los humores, que están aparejados a hacer este daño, ésta es de cuatro maneras, o porque el apostema se rompe después de supurada, como

en el capítulo precedente lo tenemos declarado. La segunda manera es porque en los riñones se rompe vena, por razón de lo cual se viene a hacer alguna llaga, como suele acontecer en el pulmón, la cual de los médicos se llama tiſis, y eſto se conoce porque hay un dolor renal grandísimo, y que urina sangre con dolor de los riñones, lo cual trataremos a la larga, cuando tratemos del mear sangre, de lo cual haremos un capítulo propio.

La tercera y última manera es porque en ellos se engendra piedra en la miſma subſtancia del riñón, y otros añaden la cuarta manera, porque corren humores acres y mordaces a la parte, haſta que se viene a hacer en ellos llaga.

Eſto es de Galeno: para el conocimiento dello baſta: muchas veces, a lo menos, ayuda mucho la confiſión e información del enfermo, y por eſo tengo por acertado se le hagan preguntas, como qué ha sentido, qué come de ordinario, qué bebe, en qué ejercita su vida, porque deſto viene a entenderſe el daño. Lo cual nos enſeña Orivaſio, diciendo que muchas veces la coſtumbre hace médico a uno.

Lib. 6, de locis affectis.

Libro de causis morb.

Lib. 2.

Eſto preſupueſto, será bien decir del pronóſtico deſta paſión que es lumbre, para el que el médico no pueda ser culpado, aunque deſpués haya mal suceſo en la enfermedad, como lo tenemos dicho, ni pueda el médico ser argüido de impericia, como suele acontecer. Es coſa cierta que el que luego no eſtá bueno, deſpués se le encallezca la llaga,

con gran dificultad, y es compañera de la vida mientras durare quien la padece.

Lib. 2, de locis affectis.

Eſto es de Galeno, y en el miſmo lugar dice que cuando se hace eſta diſpoſición de humores acres y mordaces malicioſos, que nunca sanan, antes matan con preſteza, y deſta llaga dice Aecio que se curan pocas o ninguna. La freſca se cura mejor que la añeja; la que sucediere a mozos se cura con más facilidad que no en viejos.

Lib. 3, cap. de ulcere renum.

Libro 6. Aforismorum, coment. 2.

Eſto es de Galeno en muchos lugares; Hipócrates dice lo miſmo, y hace generalidad de todas enfermedades, y en el comento dice Galeno que en los viejos las enfermedades son más largas, prolijas, enfadoſas, y la razón es éſta, porque todas las enfermedades que vinieren en sujeto donde hubiere menos virtud, se vencerán con mayor dificultad, y también mientras el sujeto fuere más cacoquimo, serán peores de sanar las enfermedades que no en el que fuere más templado, y el viejo, por la mayor parte, es mal morigerado, y por la miſma razón han de ser de mayor peligro que las que fueren en los mozos; las que eſtuvieren sediondas, que fácilmente se conoce en la urina, éſtas eſtán más corrompidas, y por eſto serán peores; al fin, todas las llagas de riñones son soſpechoſas, y hay poco que fiar en ellas, pues son internas, y por el miſmo caſo mortales; dichas, pues, las señales, cauſas y pronóſtico, será bien que tratemos de la curación deſta enfermedad, comunicando por las coſas no naturales, que éſtas son las

que se han de conſiderar en todas las enfermedades. En éſta comencemos por el aire, que ha de ser que decline a sequedad, con calor moderado, porque ya sabemos de Hipócrates que lo frio daña a las llagas. Y Galeno, en el miſmo comentario, dice lo miſmo, y ya sabemos todas las llagas piden exſicación, en cuanto llagas; Hipócrates y Galeno en muchos lugares, que el arte tiene de ser templado lo enſeñan, y por eſto ser tan sabido, no me pareció detenernos en ello; pero Galeno lo trae en el Método, y trae la cauſa por que todas las llagas, en cuanto llagas, piden la exſicación.

Libro 5. Aforismorum, textu 20.

En el mismo comentario.

Lib. de úlceras en el principio.

Lib. de Arte cur. ad glauconem, cap. 2

Lib. 4. Methodi.

También Hipócrates, en el libro alegado, dice que lo seco es más amigo de salud que lo húmedo, y por eſo me parece deſtas coſas paſar con brevedad del mantenimiento, bebida y ejercicio, movimiento, y de todas eſtas coſas se tienen de huir en demaſía, y de la coſa venérea, ni mucho ni poco, porque cualquiera coſa daña el movimiento moderado, pues ya de sentencia de Ariſtóteles tenemos traído los grandíſimos daños que acarrea, que enciende, y es cauſa de atracción a la parte flaca, y Aecio trae lo miſmo, y dice que muchas veces se deſtempla la llaga, que es grande perjuicio, porque moviéndoſe el enfermo no se conſolida la llaga; Hipócrates dice que hay neceſidad de quietud, hablando generalmente, que hará cuando eſtuvieren en eſta parte que tan fácilmente se deſtempla, como lo tenemos dicho, cumple mucho que en eſta enfermedad el paciente ande bien de vientre, con

Lib. de ulcerib., textu 1.

Lib. 5, Fisicorum.

Lib. 11, capítulo 30.

Libro de ulceribus.

medicinas y sin ellas, y en eſto se tiene de poner extremo cuidado, y, finalmente, evitar las perturbaciones del alma, como ira, triſteza, peſadumbre, imaginación; dejar negocios, porque todo eſto suele ser cauſa de prohibir nueſtro intento y pretenſión, y dijimos que del coito ni mucho ni poco, porque, como tenemos dicho, hace grandiſima ofensa, lo uno, por ser calor demaſiado, irrita los humores y hace otros daños graves, como Galeno nos lo enſeña en muchos lugares, y anſí la parte afecta será la que más padecerá en eſte acto, y será de mayor peligro en los viejos, porque eſtán llenos de humores grueſos y crudos, que aun en salud reciben grandes daños y se apoca el calor natural.

Lib. de renum affectis.

Lib. 4, de sanitate tuenda

Fen. 41, cap. de coito.

Eſta es doctrina de Avicena y también es de Aecio, y de Cornelio Celſo y de Alejandro Traliano, y de Paulo Gineta; hanſe de huir las crudezas como coſa que encrudecen las llagas y las humedecen, y prohiben la unión, y eſto acontece en cualquier edades, niños y viejos y mancebos, y en cualeſquier complexiones y tiempos del año, y cumple que en eſta enfermedad se huyan laticinios, porque se corrompen fácilmente, como leche, queſo, natas, requeſones, mantecas, y anſí miſmo cualquier mantenimiento que fácilmente se corrompa. Tiéneſe de huir de coſas calientes, anſí mantenimiento como bebida, y principalmente las que juntamente tienen con el calor acrimonia y agudeza, como maſtuerzo, rábanos, y las eſpecias, como

Cap. de ulcere renum.

Gal., lib. de aliment. facult., cap. de late.

pimienta, clavos, canela, jengibre, nuez de eſpecia, y otras a éſta semejantes, como agi, que es pimienta de las Indias, cebollas, ajos, puerros, y tiénefe de huir de las coſas ácidas y cualquier agro que tenga partes delgadas en demaſía, como vinagre, lima, limón, digo de sus zumos.

Los astringentes son malos en esta pasión.

También nos hemos de apartar de coſas demasiadamente aſtringentes, como aceitunas, selvas, níſperos, alcachofas, palmitos; anſí miſmo se debe de huir cualquier género de fruta que no eſté bien madura y se deben de huir las coſas que son enemigas del eſtómago, y entre las coſas que más se debe el enfermo guardar, es de las que mueven urina, porque no lleven más humor a la parte de lo que es meneſter, y se tienen de evitar coſas que sean coléricas, porque por su tenuidad son aparejadas al corrimiento.

Las cosas demasiadamente delgadas se tienen de huir, y las que engendran humores gruesos.

También se deben evitar de las coſas muy flemáticas, porque dellas se engendran humores crudos, que son cauſa de los inconvenientes dichos, y para eſto será mejor decir los mantenimientos que tenemos de uſar, porque sabidos, fácilmente entenderemos de los que tenemos de huir, para lo cual digo que el mantenimiento que se debe de adminiſtrar, ha de ser templado y que engendre buen humor y que fácilmente se convierta en nuestra subſtancia; para nueſtro fin es bueno el farro y la tiſana, como Galeno nos lo enſeña en muchos lugares.

Lib. 4, de sanitate tuenda

Lib. de bono et malo suco.

También para eſto en los miſmos lugares nos

alaba los huevos soruiles, caldo de pollo cocido con cebada o con borrajas o lechuga o eſcarola, chicoria, y puede darſe también de una polla tierna. Eſto todo nos enſeña Aecio, y dice Traliano, que uno que padecía eſta paſión se mantenía de huevos crudos y notablemente bien, sintiendo menos dolor y los accidentes menores; de las verduras para eſte mal, son buenas las verdolagas, lechugas, eſcarolas, borrajas, achicorias, malvas, cohombros, pepinos, melones y manzanas, que sean dulces, eſpárragos; eſtas que son legumbres, todas han de ser cocidas y llenas de azúcar y poco vinagre blanco; el pan, blanco, bien fermentado y no reciente; de las carnes, pollitos, pollas, codornices, tortolillas, palominos, faiſanes, pajarillos monteſinos, gazapos, ternera, cabrito y las extremidades deſtos animales se han de huir, y son buenos los lebraſtoncillos.

Lib. 4, cap. de inflamatione renum.

Historia.

Gal., libro 9, Methodi.

Los pescados útiles.

De los peſcados, son buenos los siguientes: las truchas, bogas pequeñas de agua corriente, y bermejuelas, cangrejos de río, sollo, aguja paladar, peces chicos, peſcada en rollo freſca, que en muchos cabos se llama merluza, acedias, luinas, lenguados pequeños y otros semejantes; de las frutas las almendras dulces maduras, y han de ser mondadas, echadas en agua por cuatro o cinco horas, y piñones mondados, también en agua de la manera de las almendras, paſas de sol y sin granillos, manzanas dulces, camueſas, ciruelas de monje negras, damacenas de paſar, verdales, ci-

Las frutas que convienen.

ruelas paſas; eſto es en cuanto toca a la comida.

Será bien declaremos qué tiene de beber el enfermo; digo que ha de ser templada, ni muy fria ni muy caliente, y la mejor es agua llovediza asentada algunos días, porque tiene ſacultad de limpiar, como nos lo enſeña Hipócrates en muchos lugares y Galeno; sólo hay que advertir que eſte agua no esté corrompida, como ya tenemos baſtantiſimamente declarado. Y eſto es de Hipócrates, libro alegado, y lo miſmo Galeno y de Plinio, y si el sujeto no fuera fuerte, sino que amenazare flaqueza, se le puede dar vino blanco, blando y no de los fuertes. También de un vino, aloque de la Membrilla y de la Solana; pero se tiene de aguar dos horas antes que coma o cene, y eſto es porque se le quite la acrimonia, si tuviere alguna, y si fuere colérico y fogoſo, se le puede dar agua de cebada, que beba mezclada con regaliz, que en eſtos caſos es de grandiſimo provecho; puédeſele dar aguamiel, hecha con cocimiento de cebada, porque es muy buen remedio para mundificar la llaga; pero si la llaga estuviere en sujeto cacoquimo bilioſo, de humores acres y mordaces, será bien que se purgue el cuerpo, dándole primero el aguamiel, y si fuere verano, en lugar de la miel, azúcar y también jarabe de endibia, con agua de achicoria o de borrajas y el miſmo jarabe de borrajas y agua de berdolagas y cocimiento de simiente de malvas y luego darle medicinas blandas sin fortaleza, como pulpa de cañofiſtola, pulpa de tamarindos, mana y

Bebida.

Lib. de acere et aqua.

Libro 1, de simpl., cap. de aqua.

Lib. de acere et aqua.

Libro de elementis. Plinio, de natural historia, lib. 4.

Alguna vez el vino es necesario.

Cuándo se ha de dar agua de cebada.

Purgarse cuando convenga.

Jarabes.

Purgas.

jarabe de nueve infuſiones, conſervas de roſas de Alejandría, diaprunis simple, diacatholicon y violado, ciruelas de sen y otros medicamentos fáciles, como mercuriales.

Pócima después de purgado.

Puédeſe dar una apócima deſta manera: tomar cocimiento de malvas, de violeta, de raíz de achicoria y de cebada, echando en ella un poco de sen, conforme la cantidad pareciere y quiſiere hacerse, y parecióme tratarlo de paſo, como coſa ya tratada, y las cantidades no me pareció ponerlas, por eſtar tantas veces repetidas; para eſta indiſposición es útil el vómito, principalmente a los que vomitan fácilmente, de donde toma aſa Aecio para decir que en todas las indiſpoſiciones es coſa aprobadiſima el vómito, como sean en los riñones; Hipócrates aconſeja que para preſervarnos de muchos males, y Galeno en muchos lugares, e Hipócrates lo dice en lo de morbis, y anſí miſmo nos lo enſeña Paulo y manda que en salud se hagan una o dos veces al mes, y la razón, por que es coſa tan neceſaria, porque por el vómito se expurgan muchas crudezas y deja el estómago mundificado, y por la miſma razón es utiliſimo en la piedra de riñones y en la inflamación dellos y para todas las indiſpoſiciones que suelen venir en ellos, y todas eſtas coſas prevenidas, será útil la sangría, principalmente estando el cuerpo lleno y siendo el enfermo mozo, teniendo los eſcopos neceſarios para eſte remedio, ha de ser del tobillo, conforme a la virtud de la miſma parte leſa, lo cual

Vómito conviene.

Lib de plenetudine; lib. 6, de sanitate tuenda, 12.

Lib. de morb.

Lib. 6, cap. 4.

Sangria, y de dónde.

nos mueſtra Galeno diciendo que si el mal y daño eſtuviere en los riñones, que se tiene de derribar por las más cercanas a la parte leſa; la cantidad se tiene de medir con la fuerza y virtud del enfermo, y cuando todas eſtas preparaciones eſtén adminiſtradas como convienen y con diligencia, entonces es meneſter lleguemos a la cura particular de la llaga, comenzando por la mundificación, para lo cual nos ha moſtrado la experiencia ser maravilloſo remedio leche de burras y de yeguas, con un poco de azúcar o miel; la leche ha de ser fresca, recién ordeñada y tibia, como sale del miſmo animal; para lo cual me parece que el enfermo tenga una burra yegua en su caſa, mantenida con mucha limpieza, para que la leche salga más apurada, y para lo miſmo es buena también la leche de cabra, bien mantenida con coſas dulces y buenas; éſte es buen mantenimiento, porque es medicamentoſo, cuya facultad es de limpiar y templar la parte, y mantener para eſtos efectos el aguamiel que tenemos dicha, con cocimiento de cebada, es maravilloſo; también es bueno el crémor de la cebada, lo cual nos enſeña Galeno, y llama crémor cuando la cebada eſtá muy cocida y con un paño sacado, apretando el jugo; eſto limpia, atenúa, mantiene, y haſe de entender que primero ha de cocer hasta que quiera reventar antes que se cuele, y luego echarle su azúcar; algunos alaban el cocimiento de cohombro y melón y de pepinos.

Libro de sanguinis missione.

Lib. 4, Methodi.

Libro 2, de Arte curativo, ad glauconem.

Mundificación.

Leche conviene.

Gal., libro 4, de sanitate tuenda.

Lib. 3, de sanitate tuenda

Un remedio hay maravilloſo para este mal, del

cual tengo grande experiencia de muchos años a eſta parte, y es el siguiente remedio: tomar malvas con su simiente y la de cohombros, de pepitas de melón, cocerlas según arte; haſe de tomar de eſte cocimiento media eſcudilla y media de aguamiel, dando primero un hervor, y luego echarle un poco de azúcar; haſe de dar cada mañana una eſcudilla, teniendo cuenta de no faltar en el regimiento un punto.

Remedio utilísimo y probado.

Para lo miſmo es bueno cocimiento de regaliz y cebada, a dos libras deſte cocimiento; añadir una onza de pepitas de melón mondadas, y tornar a cocer con ellas, y también se puede añadir media onza de simiente de malvas, y echar una onza y media de azúcar al primer hervor, y darſe ocho mañanas.

Otro remedio.

Para la miſma intención es el siguiente maravilloſo: tomar pepitas de melón y de los panecillos de las malvas y de cohombros y de regaliz hecho polvos, de cada coſa cuatro onzas; de paſas, quitados los granillos, y de la corteza de cañofistola hecha polvos, de cada uno tres onzas, y tomarlo todo junto y echarlo en el cocimiento precedente, y de todo hacer una paſta, y también se puede hacer en aguamiel, de la que se puede dar cada mañana onza y media, y beber tras della cuatro onzas del aguamiel, y haſe de tomar ocho o nueve mañanas, y cuando viéremos que eſta pasión se va haciendo prolija más de lo que por razón debe, entonces hemos de uſar remedios que

Para lo mismo.

provoquen urina, de los que fueren más blandos, teniendo siempre cuenta de templar el demaſiado calor de la parte, y juntamente retundir la acrimonia del humor pecante, que es la cauſa deſta enfermedad, la cual nos enſeña Paulo Gineta, y manda que con eſtas medicinas se mezclen otras que tengan alguna facultad de aſtricción, como bolarmeno y terraſigilata y otras a éſtas semejantes, y eſto nos enſeña Galeno, y para eſta intención son buenos trociſcos de alquequenſes, con zumo de apio, y también es bueno añadir una dracma de canela, lo cual se tiene de tomar de cocimiento de malvas, con su simiente y con polvos de canela.

Libro 3, capítulo 45.

Lib. 4, Methodi.

Para lo miſmo, Paulo Gineta pone un preſtantíſimo remedio, que es tomar dos onzas de piñones mondados y de simiente de cohombros y de almendras dulces, de cada uno onza y media en cocimiento nardino y de apio; hágaſe una mezcla, y della tome cada mañana media onza en aguamiel de cebada.

Lib. 3, capítulo 45.

Otro pone Paulo en el miſmo lugar acotado: tomar de simiente de cohombros limpia media onza, de piñones y de almendras mondadas dulces y de aceite de almendras amargas, onza y media; simiente de malvas, otra, y mezclarlo todo; de la cual mezcla se puede tomar con azúcar una onza cada mañana, con algún cocimiento de los que a eſte propóſito hemos dicho; haſe de tomar cada mañana por eſpacio de nueve días, guardando el

Lib. 3, capítulo 45.

regimiento que tenemos dicho; el que fuere curioso podrá hallar muchos remedios en Paulo, y eſte remedio se tiene de uſar haſta que veamos que la llaga va mundificada, lo cual se conoce en que la urina sale ya más clara y vá perdiendo el mal olor, y que la materia que sale es poca, blanca; entonces hemos de uſar de la emulſión de las simientes frías, que son de las pepitas de cohombros, de melón, de calabaza y de pepinos, machacadas con agua de lengua de buey o de endibia o de cocimiento, y sacar el licor, como quien le saca de almendras para almendrada, y deſto mezclado con agua de lo dicho, y a ocho onzas echar una de azúcar, teniendo cuenta con el orden dicho; haſe al fin de uſar de medicinas que templen, conforten, limpien y conglutinen y que quiten el dolor, para la cual intención es bueno el siguiente remedio: tomar paſas, y quitarles el granillo, y de piñones mondados y de almendras dulces toſtadas, de cada coſa media dracma; simiente de malvaviſco y de alquequenſes, de cada coſa otro tanto; simiente de lechugas y de beleño, de cada coſa medio eſcrúpulo; de goma dragagante media dracma, de raíz de orozuz una dracma, y todo eſto se haga polvo, al cual se puede añadir de pepitas de melón mondadas, de cohombro, de cada coſa tres dracmas; de bolarmeno media dracma, y de azúcar, deſhecho en cocimiento de culantrillo de pozo o de roſas caſtellanas, y sea la cantidad del azúcar que pueda hacerſe bocados, de los cuales

Libro 1, cap. alegato.

Remedio para la declinación.

cada mañana tome media onza, dando a beber tras dello media eſcudilla de aguamiel, de cebada o de las otras bebidas que tenemos dicho.

Advertencia, que siendo las llagas viejas de este lugar, se tienen de preservar

Eſtos son los remedios que tenemos recopilados de diverſos autores, y tiénefe de entender que las tales llagas no sean viejas de muchos años, porque en eſtas tales más hemos de procurar la preſervación de no curarlas regularmente, lo cual se hace con los bocadillos que tenemos dicho últimamente, y de las demás, mezclando unas con otras, conforme nos pareciere, teniendo atención a la edad, al sujeto, a la complexión, a la fuerza y al tiempo; eſto baſta para lo que toca a las medicinas que se tienen de dar, comidas y bebidas y las que se tienen de dar para de dentro del cuerpo.

Ungüento para aplicar fuera.

Reſta digamos de las que tenemos de aplicar a la parte por de fuera, que tienen de tener la misma facultad, que es templar y secar, para lo cual es bueno el siguiente remedio: tomar de aceite de arrayán onza y media, de aceite de membrillo una onza, cera lo que baſtare; hágaſe ungüento, y untarle la región de los riñones es también bueno.

Otro para lo mismo.

Para el miſmo efecto es maravilloſo el siguiente ungüento: tomar de aceite onfacino roſado dos onzas, de aceite de arrayán onza y media, polvos muy sutiles de arrayán y de roſas, de cada uno dos dracmas, y lo que baſtare de cera; hágase ungüento; también se puede añadir a los mismos aceites polvos de zumaque y de bolarmeno, la cantidad de los otros polvos, y hacer ungüento; y

Otro para lo mismo.

el siguiente es maravillofo: tomar de aceite onfacino rofado, de arrayán, de cada uno tres onzas; polvos de bolarmeno, de terrafigilata, de cada uno onza y media; harina de habas y de cebada, de cada uno media onza; polvos de zumaque otra media; de cera, lo que baftare; hágafe ungüento, y aplicarlo a los riñones.

Para lo mismo, otro.

También es bueno el siguiente: tomar zumo de llantén, de lechuga y de racimillo, de cada uno onza y media; de zumo de membrillos una onza; polvos de bolarmeno, terrafigilata, de cada uno media onza; de aceite rofado, onza y media; vinagre rofado, media onza; todo mezclado cueza, y echen la cera que fuere menefter, y hágafe ungüento, el cual se ha de aplicar a los riñones; para lo mifmo es el defenfivo de Vigo magiftral de zumos, cuya defcripción traté en mi *Ciru.ría;* en el tratado de las heridas es para lo mifmo el ceroto de Galeno, que se hace de aceite rofado, cera y albayalde cocido, hafta tanto que se vuelva negro como un terciopelo. Las calidades de los simples son: de aceite rofado dos onzas, y una de albayalde, y ha de cocer hafta que se vuelva negro, y echarle la cera que fuere menefter, y aplicarle a la parte.

Otro a lo mismo.

Libro 3, de compos. med.

Otro a lo mismo.

Es también bueno el siguiente: tomar claras de huevos, muy batidas, con agua rofada y aceite rosado e ir mojando en ello unos pañitos y aplicándolos a la región de los riñones, y tener cuenta en no dejarlos secar, yéndolos remojando siempre, y

éste es maravillofo; en cafo que haya deftemplanza caliente, que siempre el médico ha de ir sobre los eftribos, porque pocas veces hay que juntamente con la llaga no haya inflamación, y por efo, todos los remedios que en efte cafo se aplican llevan siempre cofas que remedian la deftemplanza, como claro confta de los remedios efcritos.

Otros muchos remedios pudiéramos traer para efta necefidad, que los antiguos autores, anfí griegos como latinos, modernos, y los árabes, efcribieron, pero el que fuere curiofo y amigo de saber, lo podrá leer en los autores que defto han efcrito, y principalmente a Galeno, en lo de *Renum affectibus*, adonde pone muchos y maravillofos remedios, anfí simples como compueftos, y defta materia efcribió largo Michael Angelo Blondo, autor grave; también Avicena, Rafis y otros muchos autores; es menefter que el médico tenga grande advertencia en conocer efta enfermedad, que no es pofible efconderfe dondequiera que eftuviere, sino que fácilmente por las dichas señales se da claramente a conocer, y anfí me parece dar fin a efte capítulo, en que trato defta llaga de riñones, que tan temida es de los hombres doctos, remitiéndonos a la cura defta enfermedad temida de todos, anfí médicos como cirujanos, aconfejando que mientras efta enfermedad curare, no haya defcuido; al fin teniendo la cuenta con lo que tenemos dicho en las evacuaciones y en las cofas que pertenecen, y defta manera podrá ponerfe re-

Lib. de lapide renum.

medio, que, a lo menos, si no se hallare, creo que mediante Nueſtro Señor, el mal será poco, o quiza nada, teniendo siempre las medicaciones ante los ojos, y las coſas que tantas veces tenemos repetidas, que son las evacuaciones en el dietarle, y aconſejarle que haga lo que deben; al fin eſta enfermedad, que es la llaga de riñones, de la que tratamos, es meneſter no ser curada con deſcuido, sino con grande diligencia, porque no sufre dilación, la cura nos se nos envejezca, que anſi se hace incurable y da tan mala vida al que la padece, que más es dar cada día mil muertes, y con eſo me pareció dar fin a eſte capítulo, que no es de menos conſideración que las demás enfermedades deſte lugar, y como tal, le hice capitulo diferente.

CAPITULO XIII

EN EL QUAL SE TRATA, A LA LARGA, DEL ARDOR DE URINA Y SU CURACIÓN

Entre muchas enfermedades que suelen molestar y afligir los riñones, es una el demaſiado ardor de urina, y no sólo al que lo padece, pero fatigar y trabajar al médico que le cura, y aun ser cáuſa de otras muchas graves y varias y peligroſas enfermedades; y a eſta enfermedad los griegos la llaman extrangurria, y los latinos *stilicidium,* y los caſtellanos llaman mear gotas, y muchas veces, y con grande dificultad y peſadumbre, y para que con mayor claridad podamos proceder y tratar eſte negocio, será meneſter sigamos el orden que en las demás enfermedades es acoſtumbrado, tratando primero de las cauſas, y luego de las señales y de los pronóſticos, y de la cura, que es nueſtro intento y fin principal, que cierto no es menos necesaria la cura que de las demás enfermedades que hemos tratado en los demás capítulos; pero antes será bien declaremos eſta enfermedad, la cual es

Aecio, lib. 11, cap. 19.

Gal., lib. 6, de locis affectis, et lib. 3, de causis sintomatum, et libro 7, com. 45, Aforism., com. 585.

de la vejiga, tratamos de ella en eſte capítulo, porque aunque quien padece es la vejiga, por la mayor parte viene la materia de los riñones, y anſí es accidente della, que es acción depravada, que no puede expeler el excremento.

Lib. de diferentiis morb., et lib. 3, de causis morb.

Es de Galeno en muchos lugares, y porque eſto he de tratar más a la larga, cuando trate de la Anatomía uſo de la vejiga, me pareció no hacer en eſto hincapié, y como tengo dicho, en griego se llama extrangurria, en latín *stilicidium,* y en romance, ardor de urina, y urinar gota a gota, como nos lo mueſtra Galeno en muchos lugares y los demás autores, griegos como latinos, antiguos como modernos y árabes. Eſto dicho, será bien que vengamos a las cauſas, las cuales son dos. La una, la acrimonia de la urina. La otra es la flaqueza de la facultad de la vejiga, que la llamamos retentriz, como nos lo enſeña Galeno en muchos lugares, donde claríſimamente nos mueſtra eſtas dos cauſas que tenemos notadas, y el acrimonia deſto puede venir de dos maneras, o por vicio calentiſimo de los humores que se mezclan y se expurgan por la urina, o por particular vicio de los riñones, que eſtán purulentos y hacen en sí materia y de mala calidad.

Lib. 6, de locis affectiis, et lib. 3, de causis morb., et Aforismorum 45 com., et 58 com.

Lib. 3, Aforismorum, com. 16; in lib. 5, com. 58; in libro 7, com. 48. Et 3, de causis simptom.

Es de Galeno eſto y también lo de eſtar purulentos; es de Hipócrates en otros muchos lugares, adonde expreſamente nos mueſtra lo dicho. Lo cual Alejandro Traliano trae y dice, que cuando vinieren a eſtar los riñones purulentos, se conoce

In lib. cit.

Libro 5, Aforismorum, textu 58.

En el libro 6, cap. 9.

del modo de la urina y de los excrementos. En eſta diſpoſición se ve claro no ser eſte daño propio afecto de la vejiga, sino como accidente della, como claro nos lo mueſtra Galeno.

Gal., lib. 6, de locis affectis.

Eſto dicho, es meneſter decir de cuántas maneras puede inducirſe eſta acrimonia, o a los humores, o a los miſmos riñones; para que puedan mejor entenderſe todas las cauſas deſta paſión, será meneſter digamos la cauſa que hace eſta destemplanza, para lo cual, entre otras que hacen eſta paſión, son dos las principales.

Dos causas de destemplanza.

La primera, por tener el hígado caliente, el cual deſtemplado, la sangre seroſa que dijimos que por las venas emulgentes bajaba a mantener los riñones, mezclada con la urina, de neceſario venía ardiendo, y no sólo venía deſta suerte, pero deſtemplaba los riñones, y algunas veces los llagaba, como ya tenemos declarado.

La otra cauſa es porque los riñones eſtán destemplados y purulentos, y anſí, aunque venga la urina y la sangre seroſa templada, luego se destempla y cobra dellos mayor calor y acrimonia, y engendra eſta paſión de que al preſente vamos tratando, de donde reſulta que se deſtemplan las vías, y son parte para deſtemplanza de la miſma vejiga, y aun la llagan, como lo diremos en su propio lugar; donde trataremos de la llaga en la vejiga, allí diremos a la larga el cómo.

Eſto es de Galeno en muchos lugares, y de Hipócrates en los *Aphorismos* acotados; pero eſto

Lib. 6, de locis affectis.

Aforismos acotados.

dejado para su tiempo, será bien tratemos la cauſa por que el hígado se enciende para venir a hacer eſte daño, y deſpués diremos de las cauſas que hay para que los riñones se deſtemplen; de la destemplanza del hígado diremos; aunque se haya de tratar más a la larga, me pareció decir algo dello al preſente.

Causas de destemplanza del hígado.

Lo primero suele ser cauſa deſta deſtemplanza el mantenimiento demaſiadamente caliente, como comer eſpecias, pimienta, canela, clavos y nuez de eſpecias y maſa, axi, de lo cual Eſpaña eſtá llena, ajos, puerros, cebollas, maſtuerzo, oruga, moſtaza, y otras que tengan eſta acrimonia, y, al fin, todas las coſas que tengan mordacidad y acrimonia pueden con facilidad eſcalentar demaſiadamente, por razón de lo cual se cobre eſta diſpoſición; de la miſma manera, bebida, como beber vino blanco de Valdemoro, y el de Medina del Campo, u otro cualquiera que sea adobado con yeſo, o con cal, porque éſtos suelen ser cauſa deſte y otros mayores daños, y anſí es neceſario que se ponga remedio en ello, que cierto los más daños que en eſtos miembros suceden es por ellos; el Reyno lo procure remediar, que a él incumbe y toca remediarlo; y debe en todas las Cortes inſiſtir y pedir a su Majeſtad en ellas mande se remedíe eſta peſtilencia; en ſigura de romeros no nos conozca Galuan; de la miſma manera eſcalienta la clarea, el vino que llaman hipocrás, y el vino cocido, que se uſa en algunas partes de Eſpaña y fuera della, y también

Vinos fuertes adobados son dañosísimos.

Procuradores de Cortes deben remediar no se adoben los vinos

lo pueden caufar vinos nuevos, por las crudezas, y los ejercicios grandes intempeftivos.

La otra manera que dijimos que se efcalentaba el hígado era por obftrucción y por ser el colérico a natura, y eftando el hígado deftemplado, por fuerza lo que envía con la urina ha de ir deftemplado, y defta manera el hígado quema la flema, y la torna salada, como lo tenemos dicho, y se mezcla con la urina, y hace efte daño, porque de la mifma manera que acontece salir en las palmas de las manos, y en los pies, y en otras partes de nueftros cuerpos, anfí hace los mifmos daños cuando saliere mezclada con la urina; efto es en cuanto toca a la caufa que efcalienta el hígado; será bien tratemos de las caufas que deftemplan los riñones, que también dijimos que solía ser caufa defta pafión, y anfí decimos, que de dos maneras, o porque los riñones eftán purulentos y saniofos defollados, y efto es de dos maneras, o porque eftá en sí la deftemplanza, como tenemos dicho en lo precedente, o porque lo que el hígado envía eftá deftemplado, cuando corren coléricos acrimoniofos, corrofivos, humores, o la flema salada, de manera que por la deftemplanza del hígado, y por lo que corre dél, suelen los riñones padecer efta deftemplanza, como Galeno dice que suele acontecer anfí, que como lo que se mezcla con la urina es colérico, anfí la enciende demafiadamente, y defto viene efta deftemplanza, y lo trataré más a la larga en lo de vejiga, y se tra-

El sujeto donde acontece.

Causa de la destemplanza de riñones.

Lib de causis morbo.

Libro de inequali intemperiae.

tará en la llaga della; pero al fin bien conſiderado, todo viene a ser una miſma cauſa; pero Alejandro Traliano, y Paulo Gineta, y Aecio, ponen otras cauſas, como tener piedra, llaga en riñones y vejiga, y algunas veces romperſe apoſtema, o antes que se rompa; pero bien entendido, todo es una cauſa, pues sabemos que en la piedra hay cauſa eficiente, y éſta es deſtemplanza caliente, y lo mismo en la llaga, y anſí en el apoſtema, también puede venir de cauſas primitivas, que son las que vienen de fuera, como caminar con el sol, ejercitarſe mucho, y porque dijimos que algunas veces eſte daño venía de flema salada, si alguno hubiere tan curioſo que quiſiere saber cómo se engendra, lea nueſtro *Compendio* en un tratadillo que hice de las cuatro enfermedades.

Lib. 6.
Lib. 3, capitulo 44.
Loc. cit.

Alguna vez acontece de causa primitiva.

La flema salada.

La una que es de la flema salada, y allí lo hallará bien a la larga declarado, y juntamente de las enfermedades que della se engendran; conoceráſe venir la cólera con la urina, en que sale la urina ardiendo, amargor de boca, eſtar amarillo el sujeto y seco, eſtar el paciente fogoſo, y el eſcozor es más agudo y picante; cuando viene de flema salada es el eſcozor mezclado con dolor, sabe la boca a salmuera, y el eſputo es salado, tiene gran sed, grandíſimo calor, y alguna vez dolor en la parte del hígado, y poca gana de comer; las urinas encendidas, al fin sale la urina con alguna caſpa, y siente en los riñones cargazón y dolor cuando viniere el ardor de urina; de piedra de vejiga, o de

Señal cuando sale mezclada cólera con la urina.

Señal cuando con ella sale la flema salada.

riñones, o de llaga deſtos lugares, particularmente en sus capitulos lo tenemos declarado, y lo que falta declararemos en sus lugares.

También entre las cauſas se pone el coito, que suele hacer eſte incendio y daño, anſí por el gran movimiento del cuerpo, porque todos los miembros concurren en eſte acto.

El coito es causa alguna vez de este daño.

Eſto es lo que de las cauſas y señales he dicho; pero una coſa advierto, que quien quiſiere estar en eſta doctrina experto, sepa las señales, y eſté en ellas muy advertido, porque si no, hará mil errores en la cura, como vemos se hacen de ordinario, de médicos que se tienen en mucha reputación, por no diſtinguir las cauſas y señales, guiando todas las enfermedades por un camino, y poniendo algunas veces por eſto remedios que ofenden harto más que aprovechan, por no tener cuenta con hacer la diſtinción que conviene en la curación deſta enfermedad, y aplican remedios por piedra, anſí por la parte de afuera como dar bebidas para la quebrar, sin tener advertencia que podría ser deſtemplanza, a la cual eſtas medicinas podrían hacer muy gran ofenſa, porque de fuerza las tales han de ser calientes, y anſí la irritarán más que no la aprovecharán, y por eſto es menester que el que padeciere eſte mal no cure de charlatanes empíricos, que con un zapato quieren calzar a todos los pies, y con un remedio curar a todos los enfermos, aunque sean diferentes, y por eſo contaré un caſo que aconteció a un caballero

Cuánta sea la necesidad de saber las señales.

Errores ordinarios.

Historia.

de la Caſa iluſtre de Córdova, que padecía unas antiguas carnoſidades, el cual llamó un médico en eſta corte, que, sin conſiderar el mal, le dió luego medicinas diuréticas de las más fuertes, de tal manera, que hicieron tal ruina a la vejiga, que lo atapó todo, y tan a piedralodo, que totalmente le dió una supreſión de urina que llegó a lo último de la vida, y con la extrema neceſidad llamó al doctor Bernal de Quirós, médico eruditíſimo y de cámara de Su Majestad, el cual mandó fueſe yo llamado (y fuí) y procuré remediar el accidente; y llámaſe D. Bernardino de Córdova, y puſe una candelilla y topé en la vía de la urina carnoſidad antigua, que por su miſma relación lo entendimos, y con el favor de Nueſtro Señor le hicimos urinar, quitándole del mayor peligro del mundo, y entendimos que lo que le había dado era un jarabe de cebolla con otras coſas diuréticas mezcladas con él, sin atender qué había de llevar, y que eſtando la vía atapada había de hacer el daño que hizo, y deſpués fué curado de las carnoſidades, y sanó muy bien, que cierto fué milagro quedar con la vida.

He dicho eſto porque tenga cuenta el enfermo a quién llama, y el llamado, lo que tiene de conſiderar en eſte negocio, y con eſto doy fin a las causas y señales deſta enfermedad, moſtrando cuanto se deba entender el daño para aplicar el remedio, conſta claro de lo cual tenemos declarado de cuánta neceſidad sea eſta conſideración; será bien tratemos del pronóſtico deſta enfermedad, como he-

Pronóstico.

mos tratado de las demás enfermedades deſte lugar. Eſta enfermedad se sujeta a la mala temperatura en exceſo del calor; es en los viejos de mayor peligro que en los mozos, y es la razón, porque eſtá claro que arguye mayor cauſa para encenderse un viejo, por ser más frío y humido, que un mozo, que es más caliente; que cuanto más diſta el sujeto del calor más ha meneſter que no el que tiene de suyo calor, y por la miſma razón dice Galeno que es más peligroſo un cauſón en un viejo que en un mozo, y por la miſma razón es menos peligroſo en verano que en invierno, lo cual es también de Hipócrates y Galeno, y por la miſma razón será más peligroſa eſta paſión en hembras que no en varón.

Libro 9, Methodi, et libro de differentis febrium.

Libro 6, Aforismorum.

Eſta doctrina es de Avicena, de Paulo, de Aecio y de todos los autores que sobre eſto hablan; eſta enfermedad de muchos dias es de grande soſpecha, porque della suelen engendrarſe varias y graves enfermedades, como llaga de vejiga, y de la verga, y en la vía de la urina, de las cuales suelen venir carnoſidades, que no son de poca moleſtia, y peligro, menoſpreciadas, si no fueren tratadas de las perſonas que las entiendan, como lo diré en el lugar propio, cuando tratare dellas, y suele suceder deſte ardor llagarſe la vejiga, que es enfermedad mortal, como lo diremos adelante, y, finalmente, eſta enfermedad es peligroſa y enfadoſa, anſí de su eſencia como por los daños que della suelen sobrevenir, y por eſto, acerca del pro-

Fen. 3, primi.

Desta enfermedad suce de engendrarse la carnosidad en el pudendo.

Curación.

nóſtico, baſta lo dicho acerca de la cura, que es para lo que se ha preſupueſto lo precedente; se tiene de comenzar de la cauſa de esta paſión, y anſí, el médico ha de hacer diſtinción de ella; si fuere de piedra, de vejiga o de riñones, es meneſter para conocerlo acudir al capítulo de la piedra de riñones, adonde lo mejor que pudimos declaramos las señales por las cuales debe ser conocida, y si de piedra de vejiga, lo trataré cuando trataremos de la piedra de vejiga, y en eſtos lugares curaremos el ardor conforme fueſe neceſidad; sólo en eſte capítulo es mi intención curar el ardor de urina que viene por razón de los humores acrimonioſos, ardientes y coléricos, y también el que viniere de flema salada, y de los demás que fueren deſte jaez, y porque eſtos humores son enviados de los riñones, puſe eſta paſión en las enfermedades dellos, y para salir con nueſtra intención hemos de guardar tres intenciones:

La cura desta pasión.

Tres intenciones para la cura.

La primera es advertir y reveler el humor que corre a la parte.

La segunda, procurar remediar la deſtemplanza, que es cauſa deſte daño y los miſmos humores.

La tercera es quitar lo que eſtá ya corrido por todas las vías de la urina, que con lo que corre, ardiendo, o las tiene corroídas y deſtempladas.

Primera intención.

Lo que toca a la primera, que es reveler el humor, que se vacue por otra parte. Eſto se puede hacer por sangría o por purga, fricciones o baños, y anſí, es meneſter conſiderar si el cuerpo eſtá

lleno o flaco o cacoquímico. Si eſtá lleno, se tiene de uſar de la sangría, reveliendo a la parte distante del lugar.

Autor deſto es Galeno en muchos lugares, donde dice que, cuando corrieren los humores, entonces se tiene de uſar revulſión; si los humores corrieren hacia arriba, se tiene de guiar hacia abajo, y si, al contrario, se tiene de hacer al contrario; al fin dice que se tiene de hacer a partes distantes, como se guarde la comunión y rectitud de las venas, y anſí, en eſta paſión, se hará del brazo de la vena del arca del derecho, y a otro día del otro brazo, de la miſma vena, y si acaſo eſta vena no gobernare, será de la de todo el cuerpo, porque, aliende de que se evacua, se tiempla y reſfría todo el cuerpo con la sangría, como nos lo enſeña Galeno; y la otra comodidad, que es reſfriar, lo hace diſminuyendo la cauſa material deſta paſión, de la miſma manera que acontece en las calenturas.

Lib. 2, de Arte curativa ad glaucoenem, cap. 2.

Lib. de sang., mis., cap. 18.

Lib. 3, Methodi.

Libro de sanguinis missione, cap. 18

Eſto es de Galeno, y hace otro provecho, que evita mayor putrefacción, porque deſcargados los vaſos, se ventilan mejor, que suele ser cauſa siempre de la putrefacción, y si no se evita eſta putrefacción, auméntaſe la cauſa deſte mal, porque ya sabemos de Galeno y de Avicena que cuando la sangre se pudre, la parte delgada della se hace cólera, y la grueſa, melancolía, de lo cual se entiende claro el aumento de la cauſa deſta paſión.

Libro 3, Methodi, et lib. 1, de Arte curativa ad glaucoenem, cap. de sinoco

Lib. 9, Methodi.

Eſto es de Galeno, de lo cual reſulta claro cuán neceſaria sea la sangría de la vena del arca o

Libro de inequali intemperiae.

de la vena común, y cuando ya eſtuviere hecha la revulſión, cumple hacer la derivación, que es quitar lo que está allí allegado. Eſta se tiene de hacer del tobillo, de la parte que más apretare el dolor y el calor. Eſto se tiene de entender que el enfermo tenga virtud fuerte para eſte remedio, que son guardar los eſcopos, que son virtud en el enfermo y enfermedad que lo demande ser del tobillo; lo que propiamente se llama derivación, es por el lugar más cercano, como nos lo enſeña Galeno en muchos lugares, y cuando ya eſtén hechas las sangrías, el uſo de las fricciones es utiliſimo de los brazos y de las piernas, blandamente.

Gal., lib. de sang. mis. Por camino más cercano.

Lib. de sang. mis., cap. 18. Lib. 2, de Arte curativa.

También lavatorios de piernas y brazos con cocimiento de algunas hierbas: con roſas, manzanilla, romero, eſpliego y otras a éſtas semejantes, y eſto irlo uſando conforme a la neceſidad que tuviere el enfermo. Eſto es lo que tenemos de hacer en caſo que el cuerpo eſté lleno; pero si el cuerpo eſtá cacoquímico, que es lleno de malos humores, entonces se debe purgar, como nos lo enſeña Galeno y Avicena.

Esta expurgación se tiene de hacer con medicamentos apropiados al humor que peca, como si fuere cólera o flema o melancolía.

Lib. de bono et malo suco.

Libro de plenitud.

Comencemos del colérico, que es por la mayor parte el que peca, y para eſte negocio primero es meneſter preparar el cuerpo con los siguientes jarabes: de roſas secas, de granadas, de acederas, de endibia, verdolagas, borrajas, aguas de borra-

Jarabes para el colérico

jas, de lengua de buey, de verdolagas, de achicoria, de acederas; cocimiento de cebada, de dormideras, de cabezuelas, de rosas y otras a éstas semejantes, y cuando el cuerpo esté preparado, entonces se tiene de purgar, cuando el cuerpo esté dispuesto, con clisteres a este humor apropiados, para lo cual es maravilloso el siguiente: tomar cocimiento de malvas, de cebada, de verdolagas, de llantén, de violetas, de ciruelas pasas, añadiendo aceite rosado, violado, de manzanilla, y a esto añadir pulpa de cañofistola, de tamarindos, de diaprunis y de letuario rosado, de mesue y del de suco rosarum, de Nicolao, y azúcar; fórmase uno de la manera siguiente: tomar de cocimiento de cebada y de malvas, de cada cocimiento, o de cada uno, ocho onzas; tres de aceite violado, y de pulpa de tamarindo, una onza; de azúcar, otra, y hacer un clister, y así el médico prudente puede ir añadiendo y quitando lo que le pareciere, y cuando el cuerpo estuviere suficientemente preparado, se tiene de purgar desta manera: tomar pulpa de cañofistola, media onza, y de diafinicón, cuatro dracmas. En cocimiento de cebada, es la siguiente maravillosa: tomar pulpa de tamarindos, seis dracmas, y de electuario rosado de mesue, cuatro dracmas, o en lugar deste, el de zumo de rosas, de Nicolao. En cocimiento colérico, es también la siguiente purga maravillosa: tomar de jarabe de nueve infusiones, cuatro onzas; de rabarbaro infuso, en cocimiento de cebada, por la noche, dos

Son para templar.

Clisteres.

Otro clister.

Purga.

Otra purga.

Otra purga.

dracmas, deſhecho en la miſma infuſión; al fin puede tomar de las medicinas que purgan cólera, como ruibarbo, diaprunis solutivi, píldoras de ruibarbo, de electuario roſado, de meſue, del zumo de roſas y de otras que tengan eſta miſma facultad; ir componiendo como le parezca a la neceſidad del enfermo, teniendo atención a la edad, al tiempo, a la complexión, como tomar mana, jarabe de infuſiones de todas las cinco eſpecies de mirabolanos, beléricos, clébulos eſtrinos, emblicos, indos, con cocimiento de cebada, de cocimiento colérico y otras medicinas a éſtas semejantes.

Las medicinas que purguen cólera.

Para purgar y preparar al flemático.

Ahora será bien traigamos lo que cumple al sujeto flemático (digo de la flema salada), que es al que también suele hacer eſte daño; para aqueſta intención es bueno el siguiente: jarabe de palomina, de borrajas, de cantueſo y de dos y de cinco raíces, sin vinagre; para lo miſmo es el culantrillo, aguamiel, de cebada, oximel simple, miel roſada; el agua ha de ser de borrajas, de palomina, cocimiento de cebada y otras a éſtas semejantes; puédeſe preparar el cuerpo con cliſteres que se hagan de cocimiento de borrajas, de violetas, de palomina, de mercuriales, de malvas, de malvaviſco, de linueſo, de manzanilla, de alholvas y otras a éſtas semejantes, añadiendo aceite de manzanilla, de lirio, de eneldo, de linueſo, de almendras violado, y echarles miel roſada, azúcar, pulpa de tamarindos, de cañofiſtola, diaprunis, diafinicón, jirapriga, benedita, y deſto tomar las cantidades neceſarias

Clister.

que en otros clifteres tenemos dicho, y cuando nos parezca que eftuviere preparado el cuerpo, se tiene de purgar con diafinicón, diacatholicón, electuario del scoph, diaprunis simple y solutivo, con cañofiftola y con agarico trocifcado y mechucan, y para efta pafión es bueno purgar con píldoras de fumaria, que es palomina de agarico agregativas, y al fin se pueden ufar los medicamentos flemáticos.

Refta ahora digamos de la preparación del cuerpo melancólico, al cual cafi aprovechan todas las de la flema; pero diremos de las que no hemos tratado.

Para preparar el cuerpo melancólico y para purgarle

Es bueno el jarabe del Rey Sabaor, de endibia; aguas de lúpulos, de achicoria, y las demás que dijimos de la flema salada, y para efta mifma intención; para la purga es bueno confección, hamec, diafén, píldoras de fumaria, cocheas, de lapide lazulo, fétidas y otras muchas que eftán dedicadas para efte efecto, como sen en suero de leche y el epitimo, que lo alaba Galeno en muchos lugares; el letuario indo, mayor y menor, y éfte también se puede aplicar al flemático, y es de notar que también se tiene de ufar de los clifteres de ordinario para que ande fácil de vientre, y para efo es bueno el siguiente: tomar cocimiento de malvas, de violetas y de verdolagas, ocho onzas; de diacatholicón, media onza; de aceite de linuefo y de violado, de cada uno dos onzas; azúcar común, onza y media, y media de benedita, y de todo efto se tiene de componer, y anfi mifmo se pueden fabricar de las

Libro 13, de morbis curandis.

Lib. 2, de Arte curat., cap. de cancro.

Clister.

demás medicinas o clíſteres que al colérico y como al flemático, y déſtos uſar a menudo. Las cantidades se midan conforme las que tenemos señaladas en los capítulos antes déſte, y anſí miſmo en jarabe y en purga; pero de una coſa advierto, que si la paſión fuere vieja, se le ha de dar el siguiente remedio: tomar una onza de pulpa de cañofiſtola, y de diaprunis, otra, y de tamarindos, otra, y de conſerva roſada, la miſma cantidad; de mucilagines, de raíz de perejil, de apio y de grama, dos onzas, y mezclarlo todo y dejarlo secar, y hacerlo polvos sutilíſimos, paſados por cedazo, y otra onza de simiente de las malvas, y de diarrodón de aliabas, dos dracmas, y de azúcar deshecha en agua roſada, cuatro onzas, y de todas eſtas cosas se haga mezcla, de la cual se puede dar dracma y media, y déſe seis mañanas, y tras ellas un poco de agua de lengua de buey, y si se va alargando se tiene de purgar más veces, y uſar deſte remedio muchas veces. Tomar hojas de verdolagas, de violetas, de lechugas y de malvas, de cada una un puño, y de cebada, otro, y que sea deſcortezada, y de simiente de malvas, y de raíz de perejil, y de pepitas de melón y de pepitas de membrillos, de cada coſa cuatro dracmas, y cuézaſe según arte, y deſte cocimiento se tomen diez onzas y tres de aceite rosado, y una onza de pulpa de cañofiſtola, y dos yemas de huevos que sean freſcos, y deſto se haga un polvo, y uſar de él muchas veces.

Para cuando fuera esta paſión vieja.

Remedio.

Polvo maravilloso para dar por la boca.

También para eſta paſión se puede uſar de un

clíſter de leche de cabras, de vacas y de burras, y éſte de cualquier humor que venga el ardor, aunque sea de piedra, de vejiga o de riñones o llaga. Clister.

Ya que bien a la larga hemos tratado de lo univerſal, con decir que las bebidas dichas en el capítulo de llagas de riñones, y una suele hacer grande provecho, como tomar nueve mañanas el jarabe de mucilagines y la emulſión de simientes frías sacada con agua de lengua de buey, de la cual ya tenemos tratado, ya será bien venir al uſo de los tópicos y remedios particulares, y anſí será bien digamos algunas unturas y aplicarlas a la parte deſtemplada, como al hígado o a los riñones, para lo cual es bueno ungüento refrigerante del Galeno, y el sandalino roſado, o mezclarlo todo. Bebida utilísima para esta pasión. Ungüentos.

Es bueno el siguiente remedio: tomar de aceite onfacino roſado dos onzas; zumo de hierbamora, de llantén y de siempreviva, de cada coſa una onza y media; de aceite de membrillos, media, y de polvos de roſas, sutilísimos, onza y media, y todo eſto se tiene de hervir haſta que todos los zumos se conſuman, y cuando veamos que eſtán conſumidos, se tiene de añadir media onza de harina de cebada, y, luego, todo lo que fuere meneſter de cera; hágaſe ungüento. Lo cual se tiene de poner sobre los riñones o sobre el hígado, y hace eſte ungüento grande efecto. Ungüento utilísimo.

Para la miſma intención es el siguiente ceroto: tomar de aceite onfacino roſado cuatro onzas, y de polvos de todos los sándalos, una onza, y de Ceroto

zumo de racimillo de verdolagas, de lechugas, de cada uno una onza, y a fuego manſo se tienen de conſumir los zumos, y conócefe que eſtán ya consumidos en que, echando unas gotas en el fuego, no centellea, y luego se tiene de echar lo siguiente: pólvora de sándalos blancos, media onza; de borlarmeno, sutiliſimamente molido, y de terrafigilata, de cada uno otra media, y media de roſas caſtellanas, y otra media de arrayán; de aceite de arrayán y de onfacino roſado, de cada uno onza y media, echando de cera lo que baſtare, y hágafe ceroto, el cual se tiene de poner sobre la parte doloroſa y deſtemplada.

Maravilloso ungüento.

Es maravilloſo para lo miſmo: tomar de aceite roſado, violado, de arrayán, lavados con agua roſada, de las mucilagines, de simiente de perejil, de simiente de membrillos, lavados, como hemos dicho, con agua roſada, de cada coſa una onza; de todos los sándalos de trociſcos, de canfora, de cada coſa dracma y media; de cera, lo que baſtare; hágafe ungüento; uſe de él como de los demás.

El defenſivo de Vigo magiſtral es maravilloſo, cuya deſcripción tengo dicha en nueſtro *Compendio de Cirugía,* en el capítulo de heridas; para lo miſmo es el refrigerante, el sandalino, el roſado, el populeón; cada uno por sí; también es boniſimo tomar de verdolagas cuatro puños y freírlas con aceite violado o con el roſado, o con manteca de vaca freſca, o si no lavada con agua roſada, y también violetas, de la miſma manera fritas, y eſto

Refrigerante de Galeno.

Otro remedio.

ponerlo sobre los riñones, y de continuo se han de templar las partes interiores con bebidas frías, como las dichas, para que anſí, por bebidas como por medicamentos exteriores, se templen hígado y bazo y riñones, que suelen por la mayor parte ser la fuente donde mana eſta deſtemplanza; para lo cual es bueno tomar muchas mañanas conſerva roſada de borrajas y de violetas; beber tras dellas agua de verdolagas, de borrajas, de malvas, de achicoria, de lengua de buey, de acederas; para lo miſmo son buenos tallos de lechuga conservados, de lenguaza, de eſcorzonera.

Conservas.

Es probadísimo remedió tomar una yema de huevo, fresca, deſhecha en jarabe roſado o violado, o de endibia; eſte remedio se tiene de uſar tres días y tres días no, por eſpacio de un mes y más.

Exquisito remedio.

Para lo miſmo es boníſimo remedio tomar polvos de adormideras, una onza; de simiente de ortigas y de verdolagas, un poco toſtadas, de cada coſa cuatro dracmas; polvos de regaliz, una onza; de las cuatro simientes frías, mondadas, que son: de melón, de cohombro, de pepino, de calabaza, de cada coſa dracma y media; de azúcar cande violado, cuatro onzas, todo mezclado y hecho polvo, y deſto se puede dar cada mañana en un huevo dracma y media, o se puede dar en un poco de caldo de pollo, y si el sujeto fuere robuſto, se le puede dar dos dracmas y media, y si lo tomare en el huevo, beba tras dél media eſcudilla de cocimiento de simiente de malvas; para lo miſmo es mara-

Otro remedio para lo mismo

villoſo el jarabe traído de Mucilaginibus, de Matheo de Gradi, cuya deſcripción es la que se sigue: tomar simiente de malvaviſco, de malvas, de pepitas de membrillo, de cada coſa una onza, y de goma dragagante tres dracmas; todas eſtas coſas tienen de infundir en cocimiento de las miſmas malvas, y de simiente de dormideras blancas una dracma, y otra de arquequenges, y de todo eſto se tiene de hacer expreſión, y éſtas son las mucilagines; pero digo que en el cocimiento se deben de echar algunos diuréticos, para que lleven las dichas medicinas a las partes de la urina los medicamentos que aplicamos para templar la urina y la deſtemplanza de la cauſa, y anſí añadiría raíces de perejil, de grama, de eſpárragos y otras a éſtas semejantes, y tomar de las cantidades que quiſieren hacer, echando el azúcar que le viene y cocerlo según arte, y del jarabe se puede dar tres onzas, con cocimiento de dormideras, de cabezuelas, de malvas, y eſto nueve mañanas; eſte remedio es maravilloſo para templar, limpiar y refrenar la acrimonia de la urina; eſtorba también que no se ulceren las vías de la urina, continuando siempre las dichas evacuaciones, porque sin ellas sería por demás el remediar esta paſión.

Mateo de Gradi, lib. 2. Este es de grandísima eficacia.

Otro remedio de gran eficacia.

Otro remedio es de gran eficacia: tomar de almendras dulces, simiente de dormideras blancas y de beleño que sea blanco, simiente de lechugas, de cada uno media onza, y con zaragatona, hágaſe trociſcos, mezclando polvos de simiente de malvas,

y dellos se puede tomar cada mañana media onza en leche de cabras, y si el calor fuere excesivo, se puede añadir un poco de opio, y la cantidad sea conforme al sujeto y enfermedad, y la complexión del que lo padece, y prosiguiendo con las cosas dichas, es remedio grande el jeringar con cosas que tengan la misma facultad de templar y corregir la acrimonia, y para esto es maravilloso remedio la leche de cabras, porque aliende que hace esos efectos, tiene facultad de echar capa en la vía del pudendo, porque suele estar dessllardada con el gran calor y con la mordacidad del humor, y si no ha llegado a tanto, hace que no se comience; es también maravilloso el cocimiento de cebada con azúcar, y con mucilagines, de zaragatona y pepitas de membrillo; y para lo mismo, es bueno tomar dos dracmas de colirio blanco, de rasis dehecho en agua de llantén, o de agua rosada, o en cocimiento de malvas.

Usar de la jeringa.

Leche.

Otro lavatorio

Otro remedio.

Para lo mismo es bueno el siguiente remedio: tamar mucilagines, de pepitas de melón, con cocimiento de malvas y de dormideras, mezclado con leche de burras.

Otro lavatorio

Otro es maravilloso: tomar agua de llantén, de cabezuelas de rosas, de cada uno seis onzas; una cuarta de albayalde, y hacer colirio, para lavar y templar el ardor de urina, que cierto es verdad que se puede comparar a rabia, y porque dijimos que la emulsión de simientes frías con azúcar era buen remedio para bebido, también es bueno para jerin-

Otro remedio para la jeringa.

La emulsión de las simientes frías para bebida y jeringar.

gar, que es uno de los remedios neceſarios en eſte caſo.

Al fin concluyo con decir que de ordinario se tiene de ir frecuentando el purgar, sangrar y las fricciones; también es maravilloſo el baño de agua dulce e ir reiterando los remedios dichos, anſí de unturas y los demás.

Remedio del baño.

Con lo cual doy fin a la cura deſte mal.

CAPITULO XIV

EN EL QUAL SE TRATA DEL FLUJO DE SANGRE POR LA VERGA, QUE EL VULGO LLAMA MEAR SANGRE

Porque no quede coſa por decir acerca de los afectos y enfermedades de los riñones, me pareció tratar deſta enfermedad, que parece ser aneja deste lugar, que es del flujo de sangre por la verga, que no suele poner menos eſpanto que las demás enfermedades dichas, que parece en sí coſa de milagro y miedo al médico y al que padece, y anſí en eſte negocio no habrá diferencia en el tratarlo que en los demás, comenzando por sus cauſas, guardando el tenor y camino que en las otras enfermedades hemos llevado; eſta cauſa es de dos maneras:

Causas desta pasión.

La una es exterior, que es la que se llama primitiva, que viene de afuera, que otros la llaman conocida, o evidente y procatártica.

Primitiva.

He dicho todos eſtos nombres, por si se hallaren en otros tratados, no lo ignore el que los leye-

re, y entienda que es una miſma coſa, como golpe, pedrada, palo, caída, cuchillada.

Interna.

La otra cauſa se llama interior, que es que procede de dentro, que también se llama interna, como los humores que suelen pudrecerſe y eſcalentarſe demaſiadamente, y reciben otras alteraciones, y hacen acreſimordaces, y para eſo me parece tratar cómo o por qué razón se eſcalientan y reciben las alteraciones que hacen eſta paſión.

Desta enfermedad hay causa externa e interna.

Digo que por cauſa de afuera se pueden calentar por comer coſas demaſiado calientes Las cuales, convertidas en nueſtra subſtancia, hacen humores tan calientes y delgados, que se vuelven a hacer corroſivos, y royendo rompen venillas, y anſí sale sangre por la urina, y Matheo de Gradi cuenta de uno que se dió a comer continuamente ajos, y comió tanta cantidad, que crió tan calientes humores, que padeció primero ardor de urina, y no pudiéndoſe templar, royéronſe las venas, de manera que vino deſpués a mear sangre; y puede venir por sol demaſiado, que dando a una perſona le eſcalienta los humores, de manera que viene a hacerle eſte daño; puede también venir por demasiado ejercicio, por eſcalentarſe, por forcejear demaſiado; también se puede cauſar por hacer grandes agitaciones, por darſe a venéreos deleites sin templanza y por otras coſas a éſtas semejantes, y deſtas coſas vienen a llagar tanto, que por fuerza hemos de decir que los humores demaſiadamente eſcalentados hacen eſte daño de la manera dicha,

Lib. 4, de mictu sanguinis.

Historia.

Prócedese con las causas que suelen ser deste mal.

viniendo el ardor primero, y luego la corroſión de vaſos, de donde sale la sangre en abundancia, como muchas veces tenemos dicho en la cura del ardor de urina y en la llaga de riñones, y también por ser muchos los humores coléricos que se pudren y hacen eſte daño; suele ser cauſa deſta paſión engendrarſe muchos y delgados humores, y sutiles, y sangre delgada, y por eſo va parte della por la urina, y eſto se conoce claro por la sutileza que la sangre mueſtra cuando sale por la verga; otra cauſa hay deſte flujo de sangre, que acontece muchas veces cuando se deſpide alguna pedrezuela de los riñones, la cual, o por ser algo grandecilla, con alguna aſpereza, va raſpando las uréteras, que son vías muy angoſtas, y por ser grande y áſpera, la piedra rompe las venillas que eſtán en el camino y sale eſta sangre; la cauſa de fuera es golpe, caída, ejercicio, anſí a pie como a caballo, fuerza demaſiada, hinchamiento exceſivo de las venas; puede suceder por mucha fuerza del hígado y poca de los riñones.

Primero comienza por ardor.

Humores coléricos, podridos, hacen este mal.

Salir alguna piedra de riñones suele ser causa deste daño.

Eſto nos enſeña Aecio, y también suele acontecer por mucha fuerza de los riñones y poca del hígado, y es que como los riñones tienen fuerza, atraen demaſiado y más de lo que pueden vencer; suele acontecer por llaga de los riñones o de vejiga, y eſto se conocerá por las señales que cada enfermedad déſtas suele moſtrar, como eſtá declarado en lo precedente, y yo lo declararé en su propio lugar; con eſto doy fin a las cauſas della,

Lib. 4, trat. 3, cap. 2. Gal., libro de renum affect.

con sólo declarar que todas las cauſas que pueden llagar pueden ser cauſa de hacer ardor de urina, como piedra, arenas, porque durando vienen a hacer el efecto que tenemos dicho, y de lo que tenemos declarado conſta claro la preciſa neceſidad de entender las cauſas que la hacen. Helo dicho, porque sin entenderlas ni remediarlas no podemos curar eſta enfermedad. De las señales baſta lo que tenemos dicho, porque dello podemos venir en conocimiento della, por lo que mueſtra que ello miſmo nos lo vendrá a manifeſtar, como noſotros eſtemos con cuidado en el conocimiento dellas.

Cuánto importa el conocimiento de las causas y señales.

Y ya será tiempo vengamos a los pronóſticos, poniendo antes algunas conſideraciones neceſarias para ello, que en parte servirán de pronóſtico y de declaración de la cura deſta paſión. La primera es entender si es antigua o freſca. La segunda es saber si la sangre es pura, o si sale mezclada con materia. La tercera, si sale con dolor o sin él, y si fuere con dolor, si es peſado y grave, o si es el dolor pungitivo y mordicante, y también es menester si acaſo la sangre viene poco a poco. La otra es averiguar si fuere de algún golpe, si es mucha o poca la cantidad. Todas eſtas coſas se tienen de averiguar primero, para que eſte negocio se acierte; de la primera, si es freſca o antigua, sirve para aplicar el medicamento, que tiene de ser diferente para la una que para la otra, porque también la que fuere vieja es de mayor peligro que la otra; si sale la sangre pura o mezclada con materia,

Pronóstico.

porque si sale pura, puede ser reſudación de la sangre o expulſión del hígado, o por ser rompida alguna de las venillas o por ser demaſiada y delgada; pero si sale mezclada con materia, entonces puede ser llaga de vejiga, o de riñones, o de las vías ordinarias. Eſto es de Paulo, y de Galeno en muchos lugares, y es digno de grande conſideración, anſí para la cura como para el pronóſtico. Hipócrates dice en muchos lugares, que si alguno urinare sangre y materia, que significa lo dicho, lo cual claro nos mueſtra ser de menos peligro cuando fuere la sangre sin materia, porque cuando es con ella, es con mucho, como lo tengo significado en el capítulo de llaga de riñones, y lo diremos cuando tratemos de la llaga de vejiga, y deſto se entiende la diverſidad que se requiere en aplicar los remedios en eſte negocio y de cuánta importancia sea saber diſtinguirle; acerca de la otra consideración, si sale con dolor o sin él, con dolor puede ser por derribarſe alguna pedrezuela, y que sale dilacerando la miſma subſtancia del riñón o venillas de las vías de la urina, y entonces sale la sangre poco a poco; aunque tiene algún peligro, es poco; pero saliendo en cantidad, o es expulſión del hígado, o flaqueza de la facultad retentriz de los riñones o de la concoctriz, que ni pueden detener lo que viniere del hígado, ni cocerlo para su mantenimiento; eſta flaqueza o es complexional o es material; la complexional es cuando los riñones padecen deſtemplanza caliente o fría, o húmida o

Hip., 4, Aforismorum, textu 78.

Libro 5, cap. proprio. Lib. 4. Afor., com. 76, et 6, libro de locis affectis.

Libro 4, Aforismorum, textu 35.

Causas del dolor en esta pasión.

Por qué se conoce la flaqueza en las facultades.

seca, más o menos de lo que la parte ha meneſter. Eſto es de Galeno, y dice que muchas veces la deſtemplanza de la parte sin materia, que quiere decir sin humor, y anſí miſmo con él, como yo lo tengo declarado en mi *Ciruxía*. Avicena dice que puede venir por relajación de los miſmos riñones. Eſto todo se puede entender de todas las vías que eſtán inſtituídas de naturaleza para eſte uſo. Pero bien conſiderado, eſtas cauſas que hemos traído se pueden reducir, o a la flaqueza de las cuatro facultades naturales de los riñones, que son atractriz, retentriz, concoctriz y expultriz, las cuales declaramos cuando tratamos de la anatomía, y diſección de los riñones, o puede reducirſe a la deſtemplanza caliente, o como tenemos dicho, que por las venas emulgentes venía aquella sangre seroſa enviada del hígado. Eſtá claro que, no deteniéndoſe ni cociéndoſe, que de fuerza se ha de colar y derribar sin alteración, y anſí se tiene de urinar sangre, que no es de tanto peligro como las demás cauſas. Eſta es doctrina de Galeno en muchas partes, donde hace de propóſito deſta materia; también es de Avicena. Al fin, hay tantas cauſas, que confunden un entendimiento (porque dice Raſis) que puede acontecer eſto por ventoſidad, haciendo gran diſtenſión, con la cual se rompen venillas, y por eſo se urina sangre, pero evitar confuſión. Mas, para mejor pronoſticar, será muy bien declaremos las señales de cada cauſa, porque deſto se entenderá claro el pronóſtico legítimamen-

Libro de inequale intemperiae.

Lib. de diferentiis morborum.

Gal. la llama destemplanza de la parte sin humor. Libro 2, de Arte curativa ad glauconem y en el de diferentiis morborum.

Fen. 3, lib. 1, cap. de distemperiae.

Lib. 4, de uso varium.

Lib. 3, de locis affectis.

Lib. 2, de facultatibus natur, et de renum affectibus.

Fen. 16, lib. 3, cap. 7. Rasis, in nonum Almanzoris.

te, y declararélas en particular, para evitar confusión, y aunque por las señales dichas eſtán declaradas; pero de cada una digamos: si la sangre sale sin dolor, conſta claro que es por rompimiento de vena, y ha de venir pura, sin algún sentimiento; pero si dura, ya es señal que las facultades andan flacas, y deſta manera el miſmo enfermo entiende cuándo llega a los riñones y cuándo paſa, haſta cuándo cae en la vejiga, y sale con la urina, y sin ella va saliendo; si saliere mezclada con materia, nos mueſtra ser claro de los riñones y tener llaga o las uréteras o la vejiga; pero si fuere de la vejiga, se conocerá por los exceſivos dolores (que a su tiempo diremos); si entendemos que el enfermo ha comido coſas que en abundancia engendren sangre, puede ser que ni por mucho se pueda retener ni cocer, pero puede eſto acontecer por causa primitiva, como palo, piedra, golpe, caída, eſpada, y déſtas no es meneſter señales, pues es la cauſa tan notoria y clara, sólo nos queda decir que cuándo sale por erroyſión y acrimonia. También se entiende claro por el grande eſcozor y pesadumbre, gran dolor, como ya lo tenemos declarado en el capitulo de llaga de riñones, y lo declararemos en el de llaga de vejiga, adonde dijimos las señales deſta paſión, y por eſo no tenemos que detenernos en ella, pues de los riñones eſtán dichas; si mucha cantidad de sangre se urinare, no se remedia; aunque sea sin dolor, amenaza peligro, si no aplicaren los remedios neceſarios con cuida-

Señal de vena rompida.

Demostración de la flaqueza de las facultades naturales.

Hip., 4, Aforismorum. Si la sangre fuere de la vejiga con dolor excesivo.

Cuando sale la sangre con escozor, arguye humor agudo.

do, se vienen a extenuar y secar y acabar la vida. Eſta es sentencia de Aecio, y aun dice, que aunque la sangre no salga continua, sino por intervalos, que es que ceſe y torne, y que cuanto mayor fuere la cantidad, será mayor el peligro y más breve acabar; pero si la sangre saliere en cantidad moderada y no repitiere, suele ser beneficio para preſervar otras enfermedades, y dice el miſmo Aecio, que si viniere eſta sangre continua, o por intervalos, repitiendo algunas veces y deſpués ceſa, y al fin se habituare a venir, y ceſare, que suelen suceder muchas enfermedades, de la miſma manera que cerrando almorranas antiguas, que dice Hipócrates que cerrándolas y no dejando una abierta, sucede locura, vaguidos de cabeza, gota, oftalmia, y cegar, hidropeſía; eſto es notorio, y por experiencia conocido, y eſto confirma Galeno, y declara que el hígado y bazo se deſcarga de la sangre feculenta, y que si lo eſtorba, que volverá al hígado, y pone una semejanza, que será de la manera que acontece en las grandes llamas que echando mucha cantidad de leños, ahogará el fuego, y lo miſmo acaece tornada aquella sangre excrementoſa: ahogará el calor natural y hará muchas y moleſtas indiſpoſiciones.

Lib. 3, sermone 3, cap. 3.

Aecius, eodem loco.

Libro 6, Aforismorum, textu 12.

In comentario al egati. Aforism. 12.

Aecio refiere que acontece más en mozos que en viejos, en hombres varones que no en hembras; es más peligroſa en viejos que en los mozos, y eſto nos mueſtra Hipócrates. Al fin, eſta paſión tiene de cualquiera manera peligro, porque algunas

Loco citato.

Libro 6. Aforismorum, textu 6.

veces la piedra no puede paſar, o la sangre se queda hecha grumos en las vías de la urina, y puede hacer supreſión; de cualquier arte amenaza peligro, y el enfermo suele tener deſmayos y padecer morbo regio, que es lo que el vulgo llama ictericia.

Supresión de urina de cualquiera causa peligrosa.

Eſta es doctrina de Galeno, y de todo lo dicho se colige que eſta paſión es peſada, enfadoſa, dificultoſa, sino es cuando se deſpide alguna piedra, que algunas veces suele acabarſe preſto; con lo cual me pareció dar ſin al pronóſtico deſta enfermedad, que es tan neceſario como lo que más.

Lib. 6, de locis affectis.

Agora que todas eſtas coſas eſtán preſupuestas, será bien comencemos la cura deſta paſión, que es el blanco y fin para lo que traemos eſta doctrina, y anſí comenzaremos de las coſas que tantas veces hemos traído en eſta obra, comenzando del mantenimiento; pero para adminiſtrarle, es meneſter se advierta que tiene de ser teniendo reſpeto a la cauſa, porque cuando viniere por golpe o por abertura de venas, y cauſa primitiva, como palo, eſpada, caída o herida, entonces se tiene de dar el mantenimiento que decline a frío y seco; para eſta intención es bueno el zumo de la cebada, y puches hechas de la harina della; el farro; son a eſte propóſito las lentejas, el arroz, el llantén cocido, como las lechugas eſparragadas, poco vinagre y azúcar, y las verdolagas, membrillos aſados o cocidos, selvas, niſperos, y anſí todos los que han tratado de la cura mandan que los

El mantenimiento de que se ha de usar.

El mantenimiento, que sea astringente, frío, y seco.

mantenimientos tengan eſtiticidad, que aprieten, y el almidón, y huevos algo duros, y las claras de huevos. Aecio nos enſeña que se den también las medicinas bebidas que tengan facultad de apretar todo en orden; que se cabeceen los vaſos, para que no se salga la sangre.

Lib. 3, cap. prop. de mictu sanguinis.

Al fin se ha de tener intención de engroſar los humores, para lo cual es de gran eficacia el zumo de las manzanas de Najara, por la aſtricción que tienen; zumo de granadas, el zumo de los membrillos con azúcar, conſerva roſada de roſas secas, y el jarabe, y el de membrillos, el de arrayán con agua de llantén o cocimiento de peras, de los mismos membrillos; el zumo deſtas miſmas coſas, y sacarle mezclado con agua de la lluvia, y también es bueno el cocimiento de todos eſtos medicamentos, y el agua sea de la miſma, y puédeseles dar pollos, gallina cocida en eſta agua, tordos aſados, tortolillas, perdices, faiſanes, palomas, palominos o turmillas de los gallos, los alones y los pies destas miſmas aves, pies y manos de ternera, y de carnero, y de cabrito.

Jarabes para este mal.

Agua llovediza conviene en este caso.

Todo eſto nos enſeña Alejandro Traliano, y que se aderecen con algunas coſas aromáticas, y las aves montanas aderezadas de la miſma manera; para la bebida es buena agua almacigada, y acerada, y todas las aguas cocidas con medicinas que tengan facultad de incraſar, y detener, y apretar, y puédeſe en el agua echar jarabe roſado de murta o de los demás que tenemos dicho; de las demás

Lib. 9, cap. 8.

coſas no naturales tenemos de uſar de moderación, si no fuere el coito, y el ejercicio, que de ninguna manera tenemos de uſar déſtos, porque son perjudiciales, y, finalmente, todas las coſas que se hacen con movimiento se tienen de huir, porque con él se adquiere más calor de lo que es meneſter en eſte caſo, y enciende la sangre, y anſina no es posible conſolidarſe los vaſos que eſtán abiertos, y cuando el flujo fuere suprimido, las carnes se tienen de guiſar y aderezar con salvia, y con aſaro, hiſopo y saturegia. Y dice también Matheo de Gradi en eſte caſo han de ser las carnes piſtadas, con medicinas aſtringentes. De manera que todo nuestro fin ha de ser a coſas que reſtañen la sangre. Para lo cual alaba Aecio el zumo de la hierba sanguinaria, aplicándoſe deſpués de hechas las univerſales evacuaciones, y señala para lo miſmo el decato de la raíz del simphito, y es para lo miſmo una dracma de dragagante en vino tinto aguado, y cuatro onzas del dicho cocimiento, y el vino sea aguado con agua de llantén o roſada; también es maravilloſo remedio: tomar dos dracmas de cuerno de ciervo quemado y echarlo en la miſma cantidad del vino aguado, con el dicho licor; para lo miſmo es bueno polvos de hojas del salz en el mismo cocimiento, y vino.

Modo de preparar las carnes.

Lib. 3, cap. de sang. mictu.

Lib. 4, cap. de mictu sanguinis.

Cómo se ha de beber el vino, y cómo se ha de aguar.

Remedio.

Paulo Gineta dice que se dé cocimiento de llantén y de poleo, y también alaba el zumo dello, mezclado con agua y vinagre, que es lo que los cirujanos llaman oxicrato, y el vinagre ha de eſtar

Lib. 3, cap. de mictu sanguinis.

de modo aguado que se pueda beber, y tomar del zumo cuatro onzas, y del oxicrato seis, y a fuego manſo hierva, echando onza y media de azúcar, y eſto se tiene de dar nueve mañanas; para lo miſmo es bueno el jarabe de roſas secas, el jarabe de almáciga, y el de murta, y el de membrillos, tomar dos onzas dello con agua de llantén roſado, añadiendo a cada jarabe una dracma de cuerno de ciervo, preparado como eſtá dicho, o de los polvos de la raíz del simphito, o polvos de la piedra hematites, o de bolarmeno preparado, añadiendo un poco de vinagre, y si no baſtare, se puede dar una dracma de trociſcos de eſpodio; y el siguiente es eficaz remedio: tomar dracma y media de trociſcos de cárabe, echados en un poco de vino tinto, aguado con agua de llantén; y para abreviar es meneſter que uſemos de cuatro intenciones: la primera, del mantenimiento y bebida, de la cual hemos baſtantemente tratado. La segunda intención es la que toca a la evacuación neceſaria de sangría o purga; para la sangría se tiene de mirar la fuerza, la edad, la grandeza de la enfermedad y el tiempo, lo cual conſiderado, se tiene de hacer la sangría de la vena del arca del derecho, y la cantidad de la sangre se tiene de medir con la fuerza y la neceſidad del paciente, lo cual se deje al médico perito, que en el uſo deſte negocio eſtará experimentado; pero si el cuerpo eſtuviere cacoquímico, se tiene de curar, purgando los humores malicioſos, que es lo que quiere decir cacoquimia,

Otro remedio.

Otros muchos remedios.

Maravilloso remedio.

Cuatro intenciones necesarias para la cura.

Escopos que se han de guardar para la sangría.

Gal., lib. de sanguinis missione, cap. 1.

y porque ya tenemos declarado que puede ser dispoſición de todos los humores, o uno pequen, es meneſter saber cuál es el pecante, y porque no nos detengamos, sólo cumple para la purga dar pulpa de cañofiſtola, pulpa de tamarindos y maná; por jarabes, los que ya tenemos señalados con agua roſada, de llantén, de arrayán, y deſpués que eſté purgado, es maravilloſa la siguiente bebida: tomar de conſerva roſada, de polvos de coral rojo, preparado según arte, y de trociſcos de eſpodio, y de cárabe, y de piedra hematite, de cada uno una dracma; la piedra ha de ser preparada de dragagante y cortezas de bellotas, y de bolarmeno preparado, y de las cuatro simientes frías mondadas y hechas polvos, de cada coſa una dracma, y de azúcar lo que baſtare; hágaſe confección con jarabe roſado, y deſto se puede dar dos dracmas deſhecho en agua de llantén o de verdolagas; haſe de tomar nueve mañanas a hora que el eſtómago eſté más vacío; en eſto me reſumo que todos los medicamentos que se adminiſtraren han de tener aſtricción, y con eſto se da fin a la dicha intención, dejando al buen juicio del médico el quitar o añadir lo que la neceſidad demandare. La tercera intención se cumple con venir a los particulares remedios para confortar el lugar, los cuales han de tener confortación de la parte, y acerca deſto, los autores puſieron muchos remedios, para lo cual es bueno el siguiente: tomar polvos de hojas de zumaque y de arrayán y mezclarlos con agua y vina-

Por purga se han de evacuar los malos humores.

Purgantes.

Bebida experimentada.

Cuantidad.

Tercera intención.

Remedio para la tercera intención.

gre, y de polvos de varas de laurel la miſma cantidad, y de cáſcaras de granadas, y de nueces de ciprés, y zumo de membrillos, y juntarlo todo con vino eſtítico, o con el miſmo vinagre aguado, de manera que se pueda beber.

Vino estítico.

Bebida bonísima.

También es maravilloſa la siguiente bebida: tomar cocimiento de membrillos, de llantén y de arrayán, y de cortezas de granada, cuatro onzas; jarabe de membrillos, onza y media; trociſcos de cárabe, una dracma; eſto puede tomar nueve mañanas; puédeſe tomar la conſerva siguiente: de azúcar rosado muy antiguo, media onza, a lo cual se añadan polvos de bolarmeno y de trociſcos de Alquequenge, de cada una un eſcrúpulo, y tomarla y beber tras ella cuatro onzas de agua de llantén y del cocimiento dicho, eſtas bebidas, y las que acerca de eſto tenemos traído; será bien que pongamos aquí algunos apóſitos en el lugar particular donde entendiéremos que eſté hecha la rotura de vaſos y el golpe y la caída; para lo cual es el siguiente: tomar polvos de varas de laurel y de cortezas de granada y hojas de encina, de cada coſa medio puño; de aceite roſado, de murta, de cada uno una onza, y harina volátil una onza; con el oxicrato hágaſe emplaſto y póngaſe encima de la parte leſa; para la miſma intención es el siguiente: tomar cogollos de palma y hojas de zumaque y eſto cocerlo con vino eſtítico; añádanſe al cocimiento llantén y de siempreviva, de cada uno un puño, y cocidas eſtas hierbas, se piſten y deſpués se añada

Conserva para lo mismo.

Para poner sobre la parte lesa: remedio.

Emplasto para lo mismo.

de polvos de dragagante y de polvos de terrafigilata, de cada cofa una onza, y de acacia media onza; de aceite rofado y de membrillos, de cada uno onza y media; de harina de cebada, dos onzas; hágafe emplafto; puédefe fomentar en los riñones, o donde sintiéremos el daño; el cocimiento se puede hacer de las dichas yerbas, añadiendo nueces de ciprés, hojas de olivo, hojas de sauz y el zumaque, nueces sin madurar y otras medicinas que tengan aftricción; el fomento se puede hacer con una esponja o con un fieltro de sombrero, y puédefe hacer cuatro días y cuatro no y ufar efto por algún orden, por efpacio de un mes o de mes y medio, o como la enfermedad durare; tiene el enfermo de tener abftinencia extremada, porque es alabada de Hipócrates, adonde, tratando de las úlceras, dice que ninguna cofa hay más útil en las llagas que comer poco y beber agua, por eftorbar el corrimiento. Lo cual alaba Galeno en el mifmo lugar, y cuando el enfermo se haya de alargar, sea a mantenimientos de los dichos, que tengan alguna aftractión, y anfí mifmo la bebida y los medicamentos que se aplicaren por la parte de adentro, como apófitos por la de afuera, todos han de tener una mifma intención; otros muchos remedios ponen los autores, anfí antiguos como modernos; pero para que un buen médico pueda guardar las intenciones necefarias, me parece que bafta lo que eftá dicho; y anfí concluyo con que siempre el médico procure tener grande vigilancia en saber

Fomentos para la parte dolorosa.

Libro ulceribus.

Libro 4, de morbis curandis.

Comentario loci citato.

Las medicinas, ansí bebidas como aplicadas por de fuera, han de tener astricción.

oportunamente aplicar los remedios que convienen para eſta paſión, tiniendo siempre cuenta que en todas las medicinas, anſí bebidas como comidas y en las que de fuera se aplicaren, tengan la miſma intención y facultad de unir las venas, con lo cual doy fin a eſte capítulo.

CAPITULO XV

EN EL QUAL SE TRATA DE LA DIABÉTICA PASIÓN, QUE ES URINAR COMO SE BEBE

Porque prometimos tratar de todas las enfermedades que suelen sobrevenir a los riñones, me pareció tratar déſta, que no es de menos neceſidad y advertencia que las demás, y por eſo quiſe en eſte TRATADO declarar la diabética paſión, porque aunque es enfermedad que acontece pocas veces, me pareció no paſarla en silencio, y será razón declararla y procurar acudir con el remedio que fuere meneſter para la cura deſte mal, y con ello daré fin a todas las enfermedades que suelen suceder a eſte lugar, como lo propuſe al principio deſta obra; pero por mayor declaración de nueſtro intento, digo qué diferente coſa es la diabética paſión que es la muchedumbre de urina, aunque convienen en una coſa, que es urinar mucho; la diferencia es en que la diabética paſión hay muchedumbre de urina y se expele siempre sin alte-

Diabética pasión.

Animadvertencia necesaria.

Diferencia entre diabética y frecuencia de urina

rarſe la bebida, sino que se urina como se bebe; pero en la muchedumbre de urina sale cocida o a lo menos alterada en color, y también difieren en las cauſas de que se hacen eſtas enfermedades, como lo diremos en el proceſo deſte capítulo.

Qué cosa sea diabética pasión.

Eſta enfermedad se llama en latín *diabetes,* y en caſtellano caſi tiene el miſmo nombre, que se llama diabética paſión, y es cuando se urina como se bebe, sin haber mudanza en la bebida, y porque mejor procedamos y tomemos más de raíz eſta doctrina, es meneſter saber que en las venas, cuando se cuece la sangre, hay tres maneras de excrementos; para los dos tiene naturaleza lugares determinados: para la cólera, la vejiga de la hiel, y para la melancolía, tiene el bazo, que es el otro excremento de los dos y va por ciertos caminos, que hay deſde el hígado al bazo. El tercero excremento es la urina, que el Galeno la llama suero de sangre; éſte no tiene lugar determinado, sino expelerſe por unos canales, que tenemos ya declarado llamarſe venas emulgentes, que eran vaciaderos para eſto dedicados, como ya en el anatomía deſte lugar declaramos, y bajan a los riñones con sangre seroſa, de la cual se mantienen los riñones, y allí los deja mantenidos y baja la urina y se cuela por los embudillos que dijimos. Lo cual también tengo tratado en el capítulo precedente del flujo de sangre.

En la cocción hay tres excrementos.

Lib. 3, de usu partium et libro de locis affectis.

En el de anatomía.

En los libros de anatomía. Lib. 5, de usu partium Lib. 3, de facultatibus natur.

Deſto es autor Galeno en muchos lugares, y dice que las facultades de los riñones se pueden

depravar y disminuir, entre las cuales es una desta manera: que es la diabética paſión, de la que al preſente tratamos (y dice Galeno), que es rariſima enfermedad y confuſa, que en su vida vido dos no más, y él miſmo la llama hidropeſía de los riñones, o de las uréteras, que son las vías de la urina, y otros la ponen diverſos nombres, por los diverſos afectos que hace. Eſta es doctrina que pone Galeno en muchos lugares, donde a eſta paſión llama varios nombres, y eſto aviſo aquí, para que eſté sobre aviſo el perito médico en eſte caſo que tan raramente aconteſce y es de todos por el nombre muy tenido de oídas, y también Avicena trata dél y lo miſmo Aecio y Paulo, en su capítulo propio; pero de los más graves autores se llama diabética paſión, que quiere decir urinar de la miſma manera que se bebe, cuyas señales son conocidas; es enfermedad de los riñones, cuyas facultades retentriz y concoctriz eſtán flaquiſimas, como lo diremos cuando trataremos de las cauſas della; al fin es la urina como se bebe. Eſta señal es de Paulo y Aecio y dicen que es una breviſima expulsión de la bebida, y deſto Galeno pone una semejanza que acontece en el apetito canino, que apeteciendo la boca del eſtómago mantenimiento continuo, y en comiéndolo, luego lo expele, o por cámara o por vómitos, echándolo tan crudo como lo ha comido. Deſta miſma manera acontece a los riñones, que apeteciendo humedeceſe, como lo mueſtra la sed que padecen siempre, atraen para sí

Lib. 6, de locis affectis. Loco citato.

Llama Galeno a esta enfermedad hidrops renum.

Libro 1, de crisibus. Lib. de diferentiis morborum. Libro de diferentiis simptom. Et libro 5, de locis affectis. Fen. 2.

En esta enfermedad están flacas la retentriz y la concoctriz.

Lib. 2, capitulo 1. Libro 2, capitulo 45. Lib. 6. de locis affectis.

toda la humidad del cuerpo, y luego, sin detenerla, se sale como se ha bebido, urinándola súbitamente tan cruda como se bebe.

Lib 6, de locis affectis in alegatis alius locus.

Esto trata Galeno en muchos lugares; siente en los riñones gran calor, y por la miſma razón hay en todo el cuerpo deſtemplanza caliente y seca (la razón eſtá en las manos), y de aquí nace la grande sed, que jamás el enfermo se puede hartar de agua, y a eſtas vueltas por neceſidad; también la facultad atractriz trae demaſiado, y de aquí viene que las otras dos dichas facultades, conviene a saber, la retentriz y concoctriz, faltan en la obra que de naturaleza son adornadas, de donde viene que luego se cuela por los embudillos que dijimos había en los riñones; de lo cual reſulta entender que en eſta enfermedad eſtán las tres facultades dañadas deſte miembro, y según lo tenemos ya traído de Galeno en muchos lugares, y otros muchos y muy graves autores, anſí árabes como griegos, antiguos como modernos, y entre ellos Alexandro Traliano y Paulo y Aecio, dicen lo miſmo en los lugares alegados; otra señal deſta paſión es que el que la padece tiene grandiſima triſteza, anda imaginativo, y si por alguna ocaſión se les detiene la urina, luego se les hinchan los lomos, y las ijadas, enciéndeſeles más el calor, hinchanſeles las ancas y las bolſas, y enflaquécenſe tanto, que parecen éticos o tábidos. Eſto nos enseña Aecio en el lugar alegado; pero es de opinión de Areteo; al fin, todos los autores concuer-

Lib. 2, de crisibus.
Lib. 2, de facult. natur.
Lib. 6, de locis affectis.
Lib. 8, capitulo 9.
Locis citatis.
Loco citato.

dan en que se eſtán abraſando los que padecen eſta enfermedad. Eſtas, pues, son las señales que nos mueſtran eſta riguroſa paſión; será bien tratemos de las cauſas, acerca de lo que Aecio dice: que eſta paſión es cauſa de humores coléricos, vaciados y corrompidos, que eſtán embebidos en la miſma subſtancia de los riñones, por lo cual viene la parte en tanta deſtemplanza que vienen a hacer eſte daño.

En esta enfermedad hay gran incendio

Loco citato.

Causas.

Lo miſmo trae Alexandro Traliano y Paulo Gineta, y los miſmos autores dicen que pueden ser humores salados los que hacen eſta paſión, y éſtos se llaman comúnmente flema salada; por razón deſtos humores se introduce tanta sequedad, que la facultad atractriz, procurándola remediar, atrae la humedad y viene a hacer eſta paſión, y pueden otras cauſas hacer eſta enfermedad, como comer y beber coſas calientes y agudas que baſten a introducir eſta deſtemplanza caliente y seca, por razón de lo cual se venga a forjar eſta enfermedad, como ejercicio demaſiado, coito y las demás causas que tenemos dicho de la llaga de riñones, con lo cual damos fin a las cauſas deſta paſión.

Locis citatis.

Pueden también comida y bebida caliente hacer esta enfermedad.

Reſta agora digamos de el pronóſtico deſta indiſpoſición, qué es el que más aprovecha, porque de la cura pocos pueden eſcaparſe.

Pronóstico.

Dicen Paulo y Aecio que eſta paſión es de los riñones, y larga y diuturna, y que pocas veces acaece, y ninguna sana, por la cual razón ninguna coſa hay que más neceſaria sea en ella que uſar

Lib. 2, capítulo 1. Es enfermedad incurable, por la mayor parte.

del pronóſtico, por las razones traídas, y si en alguna paſión conviene, en éſta más, y cumple que el médico eſté advertido en el conocimiento della, porque como acaece pocas veces, no es mucho se paſe sin conocerla, pues caſi nunca acontece, y por los principios deſta enfermedad se puede sacar con facilidad el pronóſtico, que es incurable, aunque si se conoce al tiempo que se comienza, poniendo grandiſima diligencia, de alguna manera sería poſible venir a sanar; pero cuando ya eſta enfermedad viene al aumento, entonces crece con la enfermedad la dificultad de su remedio; pero cuando ya viene al eſtado, es totalmente mortal, porque eſtán las facultades perdidas y sin remedio de recuperarlas, y anſí dice Galeno que cuanto más los inſtrumentos fueren leſos, tanto será más deſeſperado el remedio, porque llegando ya a tal punto, no sólo conſume la humidad de las venas, sino también conſume todo el humido que tiene el cuerpo, y anſí se vuelven tábidos y acaban la vida. De manera que eſta enfermedad es rara, y más raro poder uno tener salud, y al fin de lo dicho se mueſtra ser mortal, con lo cual doy fin al pronóſtico deſta paſión.

Es rara enfermedad.

Puede curar al principio, y es imposible en el aumento.

En el estado, ya sin remedio.

Lib. 6, de locis affectis.

Reſta agora vengamos a la cura, que tanta neceſidad hemos moſtrado tiene, y acerca deſto dicen Paulo y Alexandro Traliano que se tiene de comenzar procurando reducir la gran deſtemplanza del calor, reſfriando y humedeciendo la gran sequedad que tenemos significado, y eſto ha de ser con

Locis citatis.

Cura, aunque dificultosa.

medicinas que tengan facultad de humedecer, y luego quitar los humores coléricos o los falſos, que dijimos ser cauſa deſta enfermedad, que eſtán embebidos en la subſtancia de los riñones, como lo dije de Aecio, y para conſeguir nueſtro fin, tenemos de comenzar de las cauſas del daño, procurando quitarlas, para lo cual hemos de uſar de las cosas no naturales; el aire ha de ser frío y húmido, y el sueño se tiene de conciliar, y que duerma lo más que pudiere, porque quieta y esfuerza las facultades y conſerva, y cociendo el sueño bien se humedece el cuerpo, y caſi es claro que Galeno dice que en el sueño se cuece mejor, y se hacen las obras de la cocción más perfectas, y anſí Hipócrates, ponderando las utilidades y provechos del sueño, dice que a donde hiciere daño es mortal, y por eſo es alabado en los flujos de vientre; el movimiento y ejercicio, poco o mucho, es totalmente vedado, por las razones traídas en el capítulo de llaga de riñones, y anſí se debe eſcoger la quietud y soſiego; el coito aun es malo para imaginado, por las razones traídas en el capítulo de llaga e inflamación de riñones: tiéneſe de procurar que el enfermo ande bien de vientre, con medicinas y sin ellas, para lo cual tengo por buena la siguiente: tomar cocimiento de lechugas, de llantén, de malvas, cebada, de leche, echando en ellas cañofiſtola, diamargariton frío; la emulſión de las simientes frías, azúcar; al fin, coſas que tengan fuerza de humedecer y refriar, porque, como te-

Loco citato.

El sueño es gran remedio para este mal

Lib. 2, de crisibus, cap. 12

Aforismorum, libro 2, textu 1.

Hacer cámara ordinaria es necesario.

Clister.

nemos dicho, en eſta paſión eſtán el hígado y los riñones con una grande deſtemplanza caliente y seca, de fuerza ha de secar las heces, anſí las que tuviere el cuerpo en la parte superior como en los inteſtinos, y por eſo es meneſter socorrer con coſas frías que tengan humidad conſigo, y en lo que toca a los afectos del alma, no sobrevengan, como ira, tristeza, imaginación; acerca del mantenimiento, que sea en forma grueſa y no líquida, y que sean fáciles de convertir en nueſtra subſtancia, y que no puedan con facilidad adelgazarſe.

Huír ira, tristeza, imaginación.

El mantenimiento, cuál deba escogerse.

Eſta es doctrina de Paulo Gineta y de Alexandro Traliano; pero que los tales mantenimientos fácilmente se cuezan, y que no tengan acrimonia ninguna, y lo miſmo dice Aecio, y aun dice que se den en más cantidad que en salud, y que declinen a fríos y húmidos, y aun dice que engendren buenos humores; pero que no se cuezan fácilmente; porque no parezca contradicción entre autores tan graves, los conciliaré deſta manera: que lo que dice Aecio, que no se cuezan fácilmente, se tiene de entender que no se diſuelvan fácilmente, sino que queden pegados a nueſtra subſtancia algún eſpacio de tiempo, porque no hagan más veloz corrida de lo que es meneſter, y por eſo, de la carne alaban la carne del puerco, que sea magra y bien cocida, y las orejas, y pies, y el rostro, y manos, y la cabeza de ternera, y de cabrito, y de carnero, y liebre, y la leche cuajada, quitada el suero, y huevos freſcos, no blandos, y queſo sin sal, y

Loc. cit. cap. de diabética pasión.

Conciliación de autores.

Qué carnes sean provechosas.

leche de cabras, dado un hervor con unos cuajarillos.

De las verduras son: como lechugas, chicorias, verdolagas; y de los pefcados es buena la pefcada en rollo, que se llama en algún cabo merluza y en otros pefcada frefca; lenguados, oftias; los peces saxatiles, que son de río pedregofo; trucha, salmón, aguja paladar, y sollo, y congrio frefco, mielga, pulpo; al fin, que sean de alguna manera duros, porque son pegajosos y tienen humidad, que es tan necefaria para efta enfermedad. Es también para efto mero y amejas, anguilas; de los frutos, son buenas las peras, duraznos, manzanas y caftañas y avellanas. Efto es de Alexandro Traliano, y en el mifmo lugar nos aconfeja no se coma anís, ni cominos, ni alcarabea, ni efpecias de cualquiera condición que sean, ni ajos, ni cebolla, ni puerros, ni cofa picante, sino huir de las que tienen acrimonia; de todas las cofas saladas se tiene de huir.

Quál pescado sea bueno.

Quáles frutos convengan en esta pasión.

Cecinas son perjudiciales.

En lo que toca a la bebida, digo que se tiene de dar más que lo que solía beber en salud y sea frío, aunque lo beba arrimado a nieve; puede también beber vino tinto aguado con agua muy fría, por la razón que dice Aecio, que el vino mezclado humedece todo el cuerpo, y también es de Galeno; puédefe dar agua de cebada, primero toftada y defpués cocida el agua con ella; puédefe dar agua cocida con arrayán, y con manzanas y con peras, y con duraznos, y anfí manda Aecio se den bebidas aftringentes y frías para templar el

Lib 2, capitulo 3. Libro 6 Aforismorum, coment. 56.

Cap. cit.

inmoderado calor que eſtá en los miembros nutritivos; pues eſto dicho, por significar la eſencia deſte mal, será bien comencemos por los remedios univerſales, comenzando por sangría al principio, guardando los eſcopos neceſarios; como la virtud fuerte será de la vena del arca; pero quieren Aecio y Paulo que sea con moderación la sangría, y para ello traen dos razones. La una, porque ya sabemos de Galeno que con la sangría se enfría todo el hábito del cuerpo, y la otra razón que traen que se ha de sangrar en eſta paſión, es porque quitando sangre, se quita la yeſca, y el cebo del calor, y la minera de la putrefacción, y que tiene de ser la sangría moderada, dicen que es por razón que el cuerpo se seca y conſume en eſte mal demaſiadamente, y es largo; pero quiero advertir que sea al principio, porque adelante es remedio perjudicial, si no fueſe al principio, y aquí cuadra lo que dice Hipócrates, que cuando las enfermedades comienzan, se tiene de mover lo que hay neceſidad; porque los riñones eſtán llenos de humores coléricos y mordaces y salados, tenemos de uſar de medicamentos que evacuen los tales humores con las medicinas que hemos dicho, uſando primero para la preparación del cuerpo los jarabes que tenemos antes declarados, y en eſto se tenga gran cuidado y advertencia, que es lo que cumple para la cura deſta enfermedad. Los jarabes son violado, de lengua de buey, borrajas; con las miſmas aguas las purgas han de ser ligeras, como

Lib. 1, cit. Libro de sanguinis missione.

La sangría ha de ser moderada.

Libro 3, Aforismorum, textu 60.

Cumple la expurgación.

Purgas ligeras.

maná, cañofiſtola, pulpa de tamarindos, jarabe de nueve infuſiones, electuario roſado, de meſue, y en lo que fuere poſible, huir de todas las medicinas eſcamoneadas, y de las otras uſar muchas veces, y puédeſe hacer una mezcla déſtos, añadiendo diacatolicon, diaprumis simple, e ir haciendo eſto, y cuando ya viéremos que el cuerpo eſtá bien preparado, podemos uſar de los baños naturales, como sea de agua dulce, y cuando no los hubiere, podemos hacerlos artificiales con agua dulce y con algunas yerbas que tengan la miſma facultad que tenemos en los medicamentos moſtrado, que resfríen y humedezcan, como las malvas y violetas, borrajas, cebada y otras a éſtas semejantes; el agua ha de eſtar templada, que no decline a calor, por las razones dichas; baños naturales son de agua dulce los de Ledeſma y de Itero.

Baños naturales son utilísimos.

Hacer baños artificiales con yerbas.

La razón por que para eſta enfermedad es el baño cómodo y utiliſimo, porque templa, humedece, evacua y conforta todos los miembros naturales, como hígado, riñones y el bazo, y antes que entren en el baño, untar con el siguiente ungüento: tomar una onza de aceite roſado y otra de aceite de arrayán, y de cera, lo que baſtare; hágase ungüento; y cuando hubiere tomado el baño, le pueden dar azúcar roſado, conserva de borrajas y beber sobre ello agua de borrajas o de lengua de buey o de cebada; también se puede dar zumo de la yerba sanguinaria en vino tinto aguado, y eſto a la continua, como nos lo enſeñan Paulo y Aecio;

Condiciones del baño.

Unción antes del baño.

Conservas y bebidas para después del baño.

Capite propio de diabética pasione.

de la miſma manera se puede dar el zumo de las palmas o de los palmitos, y de la simiente del laurel, zumo de peras, y si no, puede darſe el cocimiento dellas; también en eſta paſión es remedio: tomar las lombrices terreſtres hechas polvos en alguno de los dichos zumos; es también bueno jarabe de agraz acetoſo, con infuſión de roſas secas o del llantén; será también a propóſito jarabe roſado, de roſas secas, con agua de la verdolaga, echando en ella una dracma de terralemnia, o de eſpodio.

Otro remedio.

Otros remedios.

Lib. 2, capite proprio.

Trae para eſta paſión Arnaldo de Vilanova un polvo, con el cual afirma haber sanado un mancebo deſta enfermedad, y le pone a manera de trociſco, cuya deſcripción es la siguiente: tomar de roſas y de eſpodio, hechas polvos, de cada uno cinco dracmas; de simiente de verdolagas y de regaliz, que en otros lugares llaman oroçuz y palo dulce, de bolarménico, de zumaque, de cada uno una dracma; de simiente de lechugas y de ciliantro, de cada uno media dracma; de sándalos, una dracma; de dragante, de goma arábiga, de balauſtrias, de cada uno una dracma, y todo, hecho polvo, echarlo en zumo de granadas agrias, y deſto se hagan trociscos según arte, de los cuales se puede dar cada mañana una dracma en jarabe acetoſo o roſado, o en agua acerada.

Trociscos de Arnaldo.

La dosis desto.

Ya muchas veces dijimos que se tenía de poner fuerza en reſfriar los riñones; para eſto tenemos de dar electuario, diatrion sandalorum y dia-

Confortantes.

rrodon abatis, diamargariton frío, conſerva roſada, o violada, o de borrajas, trociſcos de canfora, de lo cual se puede hacer tal miſtura. Tomar mucilagines de simiente de perejil, sacadas con agua rosada, una onza o dos; conſerva de roſas secas, onza y media; de conſerva acetoſa y violada, de cada una media onza; de trociſcos de canfora, polvos de todos los sándalos, diamargariton frío, de cada uno dos dracmas; de jarabe de arrayán, lo que baſtare; mézcleſe todo y hágaſe confección, y puédeſe dar deſta confección cada mañana dos dracmas en agua de cebada. También manda Aecio que si la paſión fuere muy crecida, se puede uſar de algunos remedios que adormezcan la parte, para lo cual dice que es el philonio romano muy bueno deſhecho en un poco de vino tinto, y para eſta paſión se pueden dar otros remedios, y mezclando alguna medicina opiata, como al diſcreto artífice pareciere, y tiéneſe de ir uſando de cliſteres que tengan la miſma facultad de reſfriar y humedecer, para divertir los humores que eſtán contenidos en la miſma subſtancia de los riñones, como los que tenemos dicho, y algunas que traeremos agora, como tomar hojas de lechuga, de malvas, de violetas, de verdolagas y de cebada preparada, de cada coſa un puño, y cuézaſe todo, y tómeſe deſte cocimiento media libra, y añadir de aceite roſado, de dormideras y de diacatolicon y de pulpa de cañofiſtola, de cada coſa media onza; hágaſe cliſter; para el miſmo efecto es maravilloſo

Remedio maravilloso.

Loc. cit.

Clisteres que resfríen, se tienen de usar

Para lo dicho, clister.

Otro para lo mismo.

el siguiente: tomar de cocimiento de malvas, de llantén, de hierbamora, de zumaque media libra; de aceite onfacino rofado y de violetas, de cada uno onza y media; de pulpa de tamarindos, una onza, y otra de jarabe de dormideras; hágafe un clifter, y guardando la mifma intención, se pueden componer otras muchas ayudas; puédefe dar a beber al enfermo leche de cabras, de ovejas, echada en ella una guija ardiendo. Dicho tenemos ya bien a la larga lo que toca a los remedios univerfales. Refta agora digamos de los tópicos y particulares para aplicar al hígado y a los riñones; éftos han de tener virtud de templar reffriando, para lo cual es buen remedio: tomar agua de chicoria rofada, de verdolagas, de cada una cuatro onzas; de vinagre rofado, una onza; de todos los sándalos y de trocifcos de canfora, de cada cosa una dracma; mézclefe todo y póngafe en unos pañitos encima del hígado y de los riñones; para la mifma intención es bueno: tomar aceite de arrayán, rofado, de cada uno onza y media; ungüento populeón, onza y media; polvos de almáciga, de encienfo, de sangre de drago, de cada uno una dracma; de cera lo que bastare; hágase ungüento y aplíquefe a las dichas partes; si fuere tiempo de invierno, tepido, y si en verano, frefco como eftuviere. Eftos son probados remedios para la dicha deftemplanza: tomar de aceite rofado onfacino, aceite de membrillos, de arrayán y de dormideras, y echarle un poco de vinagre y dar un hervor, y luego echarle

Bebidas útiles.

Quáles tópicos se deben usar.

Remedio para aplicar, maravilloso.

Otro maravilloso, en forma de ungüento.

un poco de cera y hacerlo ungüento, y con ello untar el hígado y los riñones; el remedio siguiente es para eſte negocio: tomar de todos los sándalos dos dracmas, y zumo de llantén y de chicoria, de cada uno una onza; aceite roſado y de arrayán, de cada uno una onza; aceite violado, se tome onza y media, un poco de vinagre, y con cera hágaſe ungüento; haſe de poner en el miſmo lugar, y más se puede aplicar a las vedijas. Para lo miſmo es bueno el siguiente: tomar zumo de lechugas, de pámpanos, y de verdolagas, y de yerbamora, de cada coſa una onza; harina de cebada, media onza; goma dragagante infuſa en agua roſada, tres dracmas; simiente de dormideras y bayas de laurel, de cada coſa una onza; de aceite de arrayán y roſado, de cada uno onza y media; de las balauſtrias, de corales rubios, de cada coſa media dracma; de polvos de zumaque, media onza, y poco vinagre, y echar de cera lo que baſtare; hágaſe ungüento y aplicarle al miſmo lugar, como los demás, y cuando vaya dando el primer hervor, se le puede añadir un poco de beleño y un poco de zumo de yerbamora y de llantén, haſta que quede en forma de ungüento; a eſte miſmo se le puede añadir dracma y media de polvos de dormideras; éſte es de obra maravilloſa, porque no sólo tiempla la calor, pero humedece de alguna manera y conforta los miembros maravilloſamente; es remedio tomar de beleño, de roſas, de dormideras y su simiente, y verdolagas, de hierbamora, de cada uno un puño, y

Ungüento para la dicha enfermedad.

Otro remedio probadísimo.

Otro remedio grandísimo.

de pepitas de membrillos, de cada coſa tres dracmas; de harina de cebada, puño y medio; de sándalos, y balauſtrias, y de coral bermejo, de cada coſa media onza, y echen de aceite onfacino rosado y de arrayán, de cada coſa onza y media, y píſteſe todo muy bien, y con zumo de hojas de pámpanos, hágaſe cataplaſma y aplíqueſe a los riñones; es buen remedio para encima del hígado y riñones poner el defenſivo de Vigo, cuya deſcripción tengo traída, del miſmo Vigo, en nueſtro *Compendio de Ciruxía;* allí la hallará quien fuere curioſo. También nos aconſejan los autores que se ponga una delgada plancha de plomo en el miſmo lugar.

Con lo cual doy fin al primer libro de nueſtra obra.

INDICE DEL TOMO I

Págs.

El Dr. Francisco Díaz y sus obras, por el Dr. Mollá y Rodrigo 9
Licencia del Rey para imprimir y vender este TRATADO 67
Dedicatoria al Dr. Valles, protomédico del Rey y médico de su Cámara 71
Prólogo al lector 73
Dos sonetos de Lope Vega: Al autor, y En alabanza del autor 75

LIBRO PRIMERO

EN EL QUAL SE TRATA DEL MAL DE URINA Y ENFERMEDADES DE LOS RIÑONES

Capítulo I.—En el qual se trata de la razón que movió al autor escribir destas enfermedades 77
Capítulo II. En el qual se trata en qué animales y en qué miembros de nuestros cuerpos se hallan piedras y arenas 84
Capítulo III. En el que se trata de la disección y anatomía de los riñones y de su uso y sitio 95
Capítulo IV.—En el qual se trata qué cosas sean arenas, y cómo se engendran en nuestros cuerpos, y su causa, y de la piedra 103
Capítulo V. En el qual se trata de la causa eficiente de las arenas y de las piedras 113

Págs.

Capítulo VI.—En el qual se trata del modo de engendrar la piedra de los riñones 120
Capítulo VII.—En el qual se trata de las señales de la piedra de riñones.... 136
Capítulo VIII. - En el qual se trata de el pronóstico de piedra de riñones..... 145
Capítulo IX.—En el qual se muestra la manera de regirse y preservarse de esta pasión..... 152
Capítulo X.—En el qual se trata de la piedra de riñones y de su cura.. 180
Capítulo XI —En el qual se trata de la inflamación de los riñones 219
Capítulo XII.—En el qual se trata de la llaga de los riñones 244
Capítulo XIII —En el qual se trata, a la larga, del ardor de urina y su curación.. 263
Capítulo XIV.—En el qual se trata del flujo de sangre por la verga, que el vulgo llama mear sangre. 285
Capítulo XV. - En el qual se trata de la diabética pasión, que es urinar como se bebe..... 301

Este segundo tomo
de la «Biblioteca Clásica de la Medicina Española»,
que comprende el libro primero
del famoso Tratado del Dr. Francisco Díaz,
acabóse de imprimir en Madrid
en la oficina de Julio Cosano
y estando a la mira el Dr. Mollá y Rodrigo,
el 19 de mayo de 1923.

LAUS DEO.